

BENEDICTO XVI

EL SEÑOR NOS LLEVA DE LA MANO

HOMILÍAS
PRIVADAS



BENEDI

EL SEÑOR
NOS LLEVA
DE LA MAN

Título en idioma original: «*Il Signore ci tiene per mano*». *Avvento, Quaresima, Pasqua. Omelie inedite 2005-2017*

© 2025 — Dicastero per la Comunicazione — Libreria Editrice Vaticana 00120 Città del Vaticano Tel. 06. 698.45780

E-mail: commerciale.lev@spc.va www.libreriaeditricevaticana.va © Ediciones Encuentro S.A., Madrid 2025

Prólogo de Mons. Georg Gänswein Introducción del P. Federico Lombardi S.I.

Edición de Riccardo Bollati, Luca Caruso, Federico Lombardi S.I.

Traducción de Fernando Montesinos Pons Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Colección 100XUNO, nº 151

Fotocomposición: Encuentro-Madrid ISBN: 978-84-1339-247-9

ISBN EPUB: 978-84-1339-580-7

Depósito Legal: M-19835-2025

Printed in Spain

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a: Redacción de Ediciones Encuentro Conde de Aranda 20, bajo B - 28001 Madrid - Tel. 915322607
www.edicionesencuentro.com - info@edicionesencuentro.com

ÍNDICE

[Prólogo](#)

[Introducción](#)

[TIEMPO DE ADVIENTO](#)

[Adviento: la «llegada» de Cristo a nuestra historia y a la del mundo](#)

[¡Entra en nuestra historia, Señor!](#)

[Cómo debemos vivir el Adviento](#)

[Adviento: el desierto, el camino, la voz](#)

[Una voz: «¡Alegraos! ¡El Señor está cerca!»](#)

[Alegría, porque nos sabemos amados](#)

[San José: el justo que escucha y actúa](#)

[El «sí» de María y el cumplimiento de la promesa](#)

[TIEMPO DE NAVIDAD](#)

[El bautismo de Jesús, el Siervo de Yahvé y nuestro bautismo](#)

[TIEMPO DE CUARESMA](#)

[¿Qué debe hacer el Redentor del mundo?](#)

[Para cambiar el mundo hay que adorar a Dios](#)

[La luz de la Transfiguración](#)

[Escuchar para salir y ser bendición](#)

[La Transfiguración: escuchar a Jesús para aprender el camino](#)

[Entrar en la luz, convertirse en luz](#)

[La Samaritana y el pozo del agua viva](#)

[El Decálogo y el cumplimiento de la Ley](#)

[«Yo soy». El Dios que nos mira y al que podemos llamar](#)

[Llegar a ser hijos de la luz en el bautismo](#)

[Vivir en la luz](#)

[El hombre vive cuando ve a Dios](#)

[El hermano mayor: de la amargura a la alegría](#)

[La alegría de estar en casa con el Padre](#)

[La vida eterna: sostenidos en la mano del Señor](#)

[La conversión](#)

[TRIDUO PASCUAL](#)

[Comer la Pascua, deseo de encuentro de amor](#)

TIEMPO PASCUAL

Pascua: nueva Creación, perdón y misión

El Resucitado y la nueva Creación

La visión de Juan en el día del Señor

Emaús: siempre es Viernes Santo y siempre es Pascua

El Buen Pastor

El pastor que guía y defiende de los lobos

La multitud de los salvados

Nuestro sacerdocio real

Permanecer en el amor del Señor, que lo sabe todo

Dar gracias, pedir, caminar en la alegría

La fe en el corazón y el testimonio en los labios

Dar fruto: el don del vino

La ciudad de Dios con los hombres

La Iglesia en espera del Espíritu

«¡Ven, Señor!»

El misterio del Espíritu Santo

Pentecostés: comunión universal, amor que transforma, viento que purifica

Pentecostés: la fiesta de la catolicidad

SOLEMNIDAD DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD

Trinidad: alegría por el Dios cercano

¡Un Dios tan cercano!

En el monte: promesa y mandato

«Por tu inmensa gloria [...] te damos gracias»

OTRAS FESTIVIDADES. MARÍA SANTÍSIMA. SANTOS

Entregarse a Dios para iluminar el mundo

«Escucha, hijo». San Benito, maestro de sabiduría

La misión de Pedro y la ofrenda de Pablo

La fe de Tomás: solo quien cree toca a Jesús con el corazón

Configurarnos con la Cruz de Cristo

El amor de Dios lleva a lo alto

Piedras vivas del Cuerpo de Cristo

María está cerca de nosotros porque es Inmaculada

Índice según el calendario litúrgico

Índice cronológico

Índice bíblico

PRÓLOGO

«Cristo no triunfa sobre nadie que no lo quiera. Solo vence por medio de la persuasión: es la Palabra de Dios». En estas palabras de Orígenes, que el cardenal Joseph Ratzinger citó en su discurso con ocasión de su admisión en la Academia francesa, se encuentra la clave de la singular importancia de la actividad del predicador. Para Joseph Ratzinger, anunciar la Palabra de Dios significa dar testimonio del esplendor de la verdad que se encarnó en el Hijo unigénito de Dios. Es más, anunciar la verdad se ha vuelto para él una misión y una pasión.

A lo largo de su vida pronunció innumerables homilías, la mayoría de las cuales son accesibles en la *Opera Omnia* en su versión original, en el sitio web del Vaticano y en otros libros publicados. La presente edición de las homilías inéditas de Benedicto XVI es singular, se caracteriza por una particularidad única: ninguna de estas homilías se pronunció en público ante una gran asamblea, sino «en privado» ante unas pocas personas, tanto durante el pontificado como después de su renuncia al mismo.

Hay que subrayar que ni *Memores Domini* ni el que firma más abajo pedimos a Benedicto XVI que predicara en las celebraciones eucarísticas. Fue una iniciativa suya que se convirtió para unos pocos en un regalo tan inesperado como precioso. A menudo nos preguntábamos, sobre todo después de su renuncia, por qué el papa emérito se esforzaba en pronunciar homilías para «cuatro gatos», viendo que sus fuerzas se debilitaban poco a poco. Encontramos un motivo entre nosotros, a saber, llegamos a la convicción de que Benedicto XVI quería dar una señal discreta de gratitud a la pequeña familia pontificia por su compañía en su

«última etapa de vida terrena», como él mismo dijo en el balcón de la Villa Pontificia de Castel Gandolfo la noche del 28 de febrero de 2013.

Joseph Ratzinger-Benedicto XVI considera el anuncio del Evangelio como tarea irrenunciable del sacerdote, del obispo, del cardenal, del papa y también del papa emérito. Dio prueba inequívoca de ello en los últimos años de su recorrido en la tierra. Como en toda su vida, cada una de las homilías aquí publicadas se basa en la Sagrada Escritura, en su unidad de Antiguo y Nuevo Testamento, tiene en cuenta la tradición de los Padres y la enseñanza de la Iglesia, y concluye con una sencilla oración dirigida al Señor para que su gracia transforme nuestra vida y nos conceda la salvación.

Su lectura atenta y profunda de los textos bíblicos, no con los ojos de un exégeta distanciado, sino marcada por una participación viva, resulta enormemente cautivadora. Se ve que la meditación de la Escritura, dejándose interrogar por ella e interrogándola a su vez, le acompañó toda su larga vida; en cierto sentido es su vida misma no solo como teólogo, sino también como creyente y sacerdote en la comunidad de la Iglesia. Es lo que siempre ha hecho, pero con el paso del tiempo se había vuelto en cierto modo todavía más dominante a medida que disminuían otros compromisos y actividades. Se percibe justamente que vive ante Dios, en comunión con el misterio de Dios, intentando conocer cada vez más el rostro de Jesús, sintiendo el peso y a veces la dificultad de la Palabra del Señor.

Hago mías las siguientes palabras del padre Federico Lombardi en su amplia e importante Introducción a las homilías aquí recogidas: «La síntesis coherente y armoniosa entre la escucha profunda de la Escritura, la reflexión sobre la fe y su ‘contenido’ transmitido por la Iglesia, y su traducción a la vida cristiana es una característica impresionante y fascinante de la predicación de Joseph Ratzinger-Benedicto XVI. Exégesis, teología, catequesis, espiritualidad se entrelazan y se unen, conduciendo al oyente al

corazón del misterio de Cristo. Va mucho más allá del ejercicio intelectual y conceptual para implicarse en una relación personal con Dios en toda su riqueza e intensidad».

Los últimos años de Benedicto XVI fueron un ejemplo de largo debilitamiento humano vivido ante Dios en comunión con la Iglesia y en una confianza cada vez más completa en el Señor. Esto puede deducirse del hecho de que sus homilías terminan siempre con una breve oración, que revela mucho de la autenticidad y la humildad de su vida de creyente en Jesucristo. La oración y la fe nunca son algo que se pueda dar por descontado, ni siquiera para alguien que ha sido papa. Leyendo estas homilías, se queda uno impactado por la continuidad de espíritu y de método que caracterizan toda la predicación de Joseph Ratzinger-Benedicto XVI desde el principio. Las homilías por fin publicadas constituyen un valioso testimonio del magisterio espiritual, no solo de un excepcional teólogo, sino de un no menos gran predicador.

Monseñor Georg Gänswein

INTRODUCCIÓN

La celebración diaria de la Santa Misa, pero en particular la de los domingos y días festivos, ha sido siempre un acontecimiento fundamental en la vida sacerdotal de Joseph Ratzinger. No podía pensar su servicio ministerial en el día del Señor sin dar el debido lugar a la escucha y al anuncio de la Palabra de Dios, aunque a veces, dadas las circunstancias, la celebración tuviera lugar en una asamblea de dimensiones muy reducidas, no en una iglesia o lugar público, sino en una capilla «privada». Para él siempre fue así.

Por eso, incluso durante su pontificado, cuando Benedicto XVI no presidía la celebración de la Santa Misa en público, en Roma (en San Pedro o en parroquias) o en otros lugares durante sus viajes apostólicos, los domingos solía celebrar en su capilla privada, pronunciando una homilía cuidadosamente preparada sobre las lecturas previstas por la liturgia, aunque el número de los presentes fuera muy reducido.

De la pequeña asamblea formaban parte normalmente sus secretarios, S. E. *Mons.* Georg Gänswein y S. E. *Mons.* Alfred Xuereb (entre 2007 y 2013), la fidelísima secretaria Sor Birgit Wansing, las cuatro *Memores Domini* —Carmela, Cristina, Loredana, Manuela y (tras la muerte de esta última) Rossella— y los eventuales concelebrantes o huéspedes que estaban de paso.

Esta costumbre se conservó incluso después de la renuncia al pontificado. Es más, se volvió más frecuente y regular al desaparecer todas las celebraciones públicas, y duró mientras las fuerzas y sobre todo la voz permitieron al papa emérito pronunciar la homilía dominical. Después concelebraba, pero pedía a uno de los sacerdotes presentes que dirigiera la palabra a

los presentes.

Nunca ha existido un texto escrito por la mano de Benedicto XVI para estas homilías. Como ha explicado varias veces su secretario, S. E. *Mons.* Georg Gänswein, y a veces incluso él mismo, Benedicto XVI preparaba la homilía del domingo a lo largo de la semana anterior, leyendo y estudiando atentamente los textos litúrgicos, haciéndolos objeto de reflexión y de oración, e incluso tomando notas en un cuaderno apropiado. Pero mientras que para las ocasiones de celebraciones públicas durante el papado preparaba él mismo un texto escrito completo —que se publicaba cada vez—, para las «privadas» no, porque tenía una memoria y una claridad de exposición libre extraordinarias. Sin embargo, el modo y el cuidado de la preparación eran sustancialmente los mismos.

Las *Memores Domini*, testigos fieles y atentas de este precioso servicio espiritual de Benedicto XVI, al darse cuenta de su gran valor y con el deseo de conservar su riqueza para ellas mismas y posiblemente para otros, tomaron la iniciativa de grabar discretamente estas homilías y hacer una primera transcripción sumaria de la mayoría de ellas.

Tras la muerte de Benedicto XVI, su albacea, S. E. *Mons.* Gänswein, mencionó algunas veces estas homilías y la existencia del material grabado, y finalmente lo puso a disposición de la Fundación Vaticana Joseph Ratzinger-Benedicto XVI y de la Librería Editrice Vaticana en vistas a una posible publicación. Así nació esta colección, prevista en dos volúmenes, cuyos textos fueron editados por el que suscribe con la valiosa colaboración de *Mons.* Riccardo Bollati y del Dr. Luca Caruso.

Tras un atento trabajo de escucha, de revisión de las transcripciones ya existentes y de transcripción de las homilías de las que solo se contaba con la grabación de audio, se prepararon

para su publicación un total de unas 135 homilías, distribuidas en el tiempo entre 2005, año del inicio del pontificado, y 2017.

Todas fueron pronunciadas por Benedicto XVI en italiano. Benedicto XVI dominaba esta lengua a la perfección, aunque, como es natural, a veces se notaban algunos germanismos, ya que no era su lengua materna.

Los lugares de celebración fueron tres en la práctica totalidad de los casos: hasta el final de su pontificado, principalmente la capilla privada de los apartamentos pontificios en el Palacio Apostólico; después, en los primeros meses tras su renuncia, la capilla privada del Palacio de Castel Gandolfo; por último, la capilla del Monasterio Mater Ecclesiae en los Jardines Vaticanos, última residencia de Benedicto XVI.

En la preparación de la publicación nos hemos atendido lo más fielmente posible al texto efectivamente pronunciado, conservando su carácter oral discursivo y el vocabulario habitualmente utilizado por el predicador. Nuestro trabajo ha consistido, principalmente, en cuidar la puntuación para facilitar la comprensión y hacer fluida la lectura, en eliminar algunas repeticiones, en reordenar la estructura de la frase según el uso italiano allí donde estaba demasiado marcada por el origen germánico del predicador.

Con respecto al texto original, se ha añadido un título a cada homilía, que, por tanto, no debe atribuirse a Benedicto XVI, sino a los editores de esta publicación. También se han añadido las referencias a los textos bíblicos citados por Benedicto XVI en el curso de las homilías, cuando no estaban ya incluidos en las lecturas del Leccionario que estaba comentando. Estas referencias son muchas. Es menester señalar que Benedicto XVI tenía un conocimiento y una familiaridad muy profundos con las Escrituras, de suerte que a menudo las citaba «libremente», sin referirse a una traducción italiana específica de la Biblia. Es más, por lo que se refiere al Nuevo Testamento, se preparaba por lo general a partir del texto griego, que conocía perfectamente y a

partir del cual a veces hacía también algunas observaciones críticas sobre la traducción italiana utilizada en el Leccionario. Por eso no hemos intentado insertar en las homilías las citas según las traducciones oficiales italianas, sino que hemos respetado más bien el modo personal y original con el que el predicador presentaba los textos bíblicos ¹. Como es bien sabido, Benedicto XVI era también un profundo conocedor de los Padres de la Iglesia —en particular de san Agustín, pero no solo del obispo de Hipona—, por lo que sus citas, también en su mayoría referidas «libremente», son asimismo frecuentes en las homilías. En la medida de lo posible, hemos añadido también la referencia textual de las mismas.

Como ya hemos dicho, estas homilías «privadas», hasta ahora inéditas, suman en total unas 135 y se publican en dos volúmenes. Siguiendo el criterio ya utilizado en el volumen XIV de la *Opera omnia* en la versión alemana, en la publicación hemos preferido seguir no el orden cronológico, sino el del calendario litúrgico. Así pues, el primer volumen contiene las homilías para los «tiempos fuertes» del año litúrgico (Adviento, Navidad, Cuaresma, Pascua) y algunas otras festividades particulares, mientras que en el segundo volumen recogeremos las homilías para el Tiempo ordinario. Naturalmente, la colección no constituye en modo alguno un comentario completo del Leccionario festivo trienal, pero, con todo, es muy rica.

Además del Índice según el calendario litúrgico, que refleja fielmente la estructura de ambos volúmenes, ofrecemos también un índice cronológico de las homilías, así como un Índice bíblico. Este último no ha sido elaborado siguiendo el criterio de una exhaustividad analítica de todas las citas, sino siguiendo el de señalar todos los pasajes bíblicos de los que el papa Benedicto ofrece, efectivamente, en su predicación un comentario o al menos una breve profundización.

Como es natural, al presentar una nueva colección de homilías de Benedicto XVI, no podemos dejar de recordar que se trata de una parte relativamente pequeña de una inmensa actividad de predicación, desarrollada durante décadas con regularidad y con pasión, respondiendo a la vocación sacerdotal de servir al anuncio del Evangelio al pueblo de Dios. Como sacerdote, como obispo, como papa, Joseph Ratzinger-Benedicto XVI ha pronunciado en total varios miles de homilías, gran parte de las cuales han sido publicadas en diversas lenguas y son accesibles en diversas colecciones revisadas y aprobadas explícitamente por él mismo. Pensemos en los tres grandes volúmenes del tomo XIV de la *Opera omnia* en la edición alemana, con cientos y cientos de homilías anteriores al pontificado. Pensemos en el sitio web vatican.va, donde se puede acceder a todas las homilías pronunciadas en público durante el pontificado, incluso en todas las grandes solemnidades para las que no hemos encontrado homilías correspondientes en esta colección. Todo el año litúrgico, las fiestas de nuestra Señora y de los santos, las celebraciones sacramentales, innumerables ocasiones de la vida cristiana comunitaria y personal han sido acompañadas e ilustradas teológica y espiritualmente por las homilías de este gran pastor.

A Benedicto XVI se le considera generalmente como uno de los más grandes teólogos católicos contemporáneos, y con toda justicia, pero no hay que olvidar que también puede ser considerado como uno de los más grandes predicadores de nuestro tiempo, de modo particular en el ámbito litúrgico y sacramental. Y ambas cosas van juntas: enseñar y predicar la fe ha sido la misión de toda su vida.

Al leer y meditar estas homilías de la última etapa de su larga vida, uno no puede dejar de quedar impactado por la continuidad del espíritu y del método que caracterizan toda la predicación de Benedicto XVI desde el principio.

En uno de sus primeros sermones tras su ordenación sacerdotal, en 1954, el joven Ratzinger decía: «Si puedo contar algo de mis

recuerdos, diré que ya como estudiante me alegraba muy a menudo con el hecho de que un día podría predicar, anunciar la Palabra de Dios a hombres que, incluso en la desorientación de una vida cotidiana a menudo olvidada de Dios, debían esperar, sin embargo, esta Palabra. Y me alegraba sobre todo cuando un pasaje de la Escritura o una conexión entre nuestra fe y nuestra vida se me aparecían bajo una nueva luz y me llenaban de alegría» (*Menschenfisher* , p. 666, cit. en *Opera omnia* , ed. ale., vol. XIV, Prólogo, p. 34).

Y en 1973 el profesor Ratzinger escribía: «La tensión interna de la predicación depende del arco que une: Dogma-Escritura-Iglesia-Hoy. No se puede quitar ninguno de estos pilares, sin que al final todo se derrumbe» (Prólogo a *Dogma und Verkündigung*, p. 849, citado en *Opera omnia* , ed. ale., vol. XIV, p. 33).

Como hizo a lo largo de toda su vida, en cada una de las homilías aquí publicadas Benedicto XVI parte de la Escritura, en su unidad de Antiguo y Nuevo Testamento, atraviesa y recorre la tradición de los Padres y el magisterio de la Iglesia de la que somos miembros, y llega a las cuestiones y dificultades actuales de la fe y de la vida cristiana, esbozadas con claridad y sinceridad. Por último, concluye con una oración, un diálogo humilde, directo y afectuoso con el Señor, para que su gracia transforme nuestras vidas y nos conceda la salvación. Siempre así. De la escucha atenta de la Palabra de Dios a la fe en Cristo que forma y transforma la vida, a la comunión en la caridad con su cuerpo que es la Iglesia, a la humilde petición final, llena de esperanza y de amor, dirigida directamente al Padre, dador de todo bien.

La síntesis coherente y armoniosa entre la escucha profunda de la Escritura, la reflexión sobre la fe y su «contenido» transmitido por la Iglesia, y su traducción a la vida cristiana constituye una característica impresionante y fascinante de la predicación de Joseph Ratzinger-Benedicto XVI. Exégesis, teología, catequesis, espiritualidad se entrelazan y se unen, conduciendo al oyente al

corazón del misterio de Cristo. Va mucho más allá del ejercicio intelectual y conceptual para implicarse en una relación personal con Dios en toda su riqueza e intensidad. Incluso cuando las imágenes bíblicas alcanzan su cima de profundidad y belleza, cuando la cruz de Jesús se acerca al carro de fuego en el que el profeta Elías es llevado al cielo, uno se da perfecta cuenta de que el predicador no se guía por la complacencia estética, sino que nos está llevando a intuir el esplendor de la verdad.

A pesar de la sustancial continuidad de estructura y espíritu de las homilías de Ratzinger a lo largo del tiempo, es legítimo preguntarse si las homilías ahora publicadas presentan características específicas en relación con las ya conocidas. Se trata de una cuestión que merecerá un estudio ulterior más a fondo. Una respuesta adecuada probablemente tendría que elaborarse en el marco de una relectura global de la inmensa producción homilética a la que hemos aludido antes, reflexionando sobre su desarrollo a la luz de las distintas etapas de la larga vida de Ratzinger como predicador. Sin embargo, ya desde ahora podemos esbozar algunos aspectos.

En primer lugar, lo que tienen en común estas homilías, pronunciadas tanto durante su pontificado como después de su renuncia, es haber sido pronunciadas en una asamblea pequeña, o más bien pequeñísima, sin circunstancias particulares debidas a la situación de la celebración. En circunstancias diversas y públicas, como es natural, el predicador debía tener adecuadamente en cuenta al público presente o temas de específica importancia o urgencia que no podía dejar de abordar. Ciertamente, tampoco en estas homilías faltan referencias a acontecimientos o circunstancias, pero lo esencial es siempre un claro itinerario que va desde la escucha de los textos bíblicos, a la luz del misterio de Cristo, hasta los aspectos fundamentales de la

vida cristiana personal y comunitaria. Las digresiones a partir de este sencillo hilo conductor son raras y contenidas. Por eso nos parece que la lectura de estos textos nos transmite casi con naturalidad el sello característico de la personalidad de Ratzinger, como creyente y formador en la fe, con su inteligencia y su reflexión honesta y profunda, su amor a Jesucristo y a su Iglesia, su equilibrio y su raro sentido de la armonía espiritual.

Quien conozca la gran trilogía del papa Benedicto sobre Jesús de Nazaret, como muchos de sus otros escritos u homilías, encontrará a menudo pensamientos e incluso formulaciones que ya le son familiares, pero nunca tendrá la sensación de estar leyendo algo meramente repetido. Por otra parte, el Ratzinger predicador nunca ha deseado decir ni remotamente cosas «suyas», «nuevas» u «originales», sino que solo ha buscado siempre insertar el servicio de su voz en lo que él mismo llama el «estruendo de las grandes aguas», es decir, en los ríos de las Escrituras que hablan de Cristo y son su voz (cf. Ap 1,15). En efecto, escuchando al último Ratzinger se percibe asimismo distintamente esa misma alegría que el joven Ratzinger recién ordenado decía sentir al descubrir una nueva pequeña gran luz en cada palabra de la Escritura. Cada vez que uno le escucha, siente el sabor del agua que mana del manantial. Y el manantial es inagotable. Esto se comprueba también en varias homilías de esta colección. Dado que el Leccionario dominical sigue un ciclo trienal, el predicador se encuentra comentando exactamente los mismos textos bíblicos cada tres años. Pero Benedicto, aunque a veces no pueda evitar volver sobre los mismos temas, completa cada vez de nuevo el itinerario de preparación de la homilía en la oración, y cada vez tiene cosas nuevas que decirnos, nuevas referencias que evocar, nuevas luces que hacer brillar.

Aunque las homilías están ordenadas para su publicación según el calendario litúrgico, no hay que pensarlas como pronunciadas todas en el mismo momento y en la misma situación. Aquí radica la gran importancia del índice cronológico. Este nos indica que las

homilías están distribuidas a lo largo de un arco que comprende unos doce años. La mayoría son de los años 2013 y 2014, los primeros después de la renuncia; después se vuelven menos numerosas en los años siguientes, cuando su voz comienza a debilitarse, hasta la última, el 2 de abril de 2017, poco antes de su 90º cumpleaños, el 16 de abril... Casi todas se sitúan, pues, entre los 80 y los 90 años del predicador, que desde marzo de 2013 se ha «retirado al monte» para recorrer la última etapa de su vida en oración y reflexión. Uno casi tiene la impresión de que, con el tiempo, el análisis exegético de los textos se va abreviando y haciéndose más sencillo, y la atención se va desplazando cada vez más hacia la participación espiritual en el corazón del misterio de Jesús que nos conduce al Padre. Tal vez no sea casualidad que la última homilía, sobre el Evangelio de la Resurrección de Lázaro, sea precisamente una meditación sobre el diálogo entre Jesús y Marta acerca de la vida eterna, y concluya con una hermosa oración para que el Señor nos lleve siempre de la mano y en su mano sin dejarnos caer.

En el recogimiento de la pequeña «familia» que le rodea y acompaña en su oración, se perciben también, por tanto, el progreso del camino y el debilitamiento de la voz. Estas homilías se convierten así en un testimonio precioso y, en cierto sentido, único de la experiencia y del magisterio espiritual de un gran Pontífice, teólogo, predicador, pero ante todo un creyente en Jesucristo: «¡Señor mío y Dios mío!».

Federico Lombardi S.I.

TIEMPO DE ADVIENTO

ADVIENTO: LA «LLEGADA» DE CRISTO A NUESTRA HISTORIA Y A LA DEL MUNDO

1 de diciembre de 2013, Capilla privada, Monasterio Mater Ecclesiae

I Domingo de Adviento (Año A)

Lecturas: Is 2,1-5; Sal 121; Rom 13,11-14; Mt 23,37-44

Queridos hermanos:

La palabra «adviento» procede del latín del tiempo de Jesús, del lenguaje político y religioso de la época. Indicaba la primera visita de una gran personalidad a un lugar determinado. Por ejemplo, tenemos monedas de Corinto del siglo I, que hablan del «advenimiento de Augusto» —era Nerón— o noticias del calendario del siglo IV, que hablan del advenimiento, del «*adventus ibi* », de Constantino. Pero también se puede llamar «advenimiento» a la visita de una figura de la divinidad al templo, es decir, a la venida de esta divinidad, por un tiempo determinado, a ese templo.

Los cristianos sabían que el verdadero emperador del mundo, la verdadera divinidad, el Hijo de Dios, ha hecho una visita a este mundo. Esto es el Adviento, la visita del emperador del mundo, de nuestro hermano, de nuestro Señor Jesucristo. La teología habla de dos advenimientos del Señor. El primer advenimiento en la carne, en su existencia terrena en Palestina, desde el comienzo de este primer milenio hasta el año 33; el segundo advenimiento, es decir, su venida como juez tendrá lugar al final de los tiempos.

Pero aquí surge un problema: si esto es así, entonces el cristianismo aparece en pasado, porque el primer advenimiento tuvo lugar en un pasado remoto; el segundo advenimiento, posterior, está igualmente lejano, porque nadie lo espera en un

futuro próximo, es casi una cosa utópica e irreal. Así las cosas, el cristianismo no tendría un presente, sino solo un pasado y un futuro incierto. Pero no es así.

San Bernardo de Claraval, a principios del siglo XII, hablaba no de dos, sino de tres advenimientos de Jesucristo: el primero, uno intermedio y el tercero ² . El intermedio se realiza permanentemente en la Iglesia. En realidad, ya los Padres lo habían comprendido, de suerte que el Adviento no es un puro hecho del pasado. San Agustín, por ejemplo, interpreta la Escritura en este sentido, diciendo que las nubes sobre las que viene el juez, de las que habla el profeta Daniel (cf. Dn 7,13-14), son la Palabra de Dios, y dice que el anuncio de la Palabra se realiza en esta nube, que es al mismo tiempo misterio y presencia ³ . La nube tendría así un doble significado: por una parte, indica la presencia de Dios en el templo y en el culto (cf. 1 Re 8,10-12), y por otra, este movimiento permanente de Dios al hablar con nosotros.

En realidad, me parece que se puede hablar de al menos tres modalidades de la venida permanente de Cristo: la primera es la que tiene lugar en la Palabra, la segunda en los sacramentos, la tercera en la historia. Debemos observar inmediatamente que este venir del Señor no es un movimiento unilateral, porque implica que también nosotros debemos ir al encuentro del Señor. La liturgia de hoy nos da las palabras clave para ello: la primera es «levanto mi alma»: «levanto», «*sursum corda* », «voy al encuentro del Señor»; a continuación, la lectura de san Pablo nos habla de revestirnos de Cristo y, por último, el Evangelio nos dice que seamos «dignos», es decir, que estemos preparados para su venida. Pero veamos más de cerca estos tres advenimientos, siempre desde esta perspectiva de movimientos de Dios y de movimientos nuestros.

En primer lugar, Dios, Cristo, viene en su Palabra, que no es una palabra del pasado. Él habla con nosotros y esta Palabra se anuncia en la Iglesia, que muestra así dónde está la presencia del

Señor. Cada generación recibe de nuevo esta Palabra del Señor, que habla con nosotros. El Señor no ha sido nunca un libro muerto, sino que vive en el anuncio de la Iglesia, en la que vemos cómo también hoy el Señor sigue hablando, habla conmigo, habla con nosotros.

Debemos añadir que esta Palabra no es una teoría que concierne solo a nuestra razón, a nuestro pensamiento, sino que es una realidad, es un camino. Así, la primera lectura de hoy nos dice: «¡Caminemos en la luz, en la Palabra del Señor!» y, en este contexto, nos muestra un mundo penetrado por la Palabra de Dios, que camina realmente en esta luz. Este sería un mundo que vive en paz, un mundo donde las espadas se convierten en arados y las lanzas en podaderas.

El capítulo 11 del profeta Isaías retoma esta visión y la radicaliza todavía más (cf. Is 11,1-9): habla de una situación en la que el cordero convive con el lobo y el ternero con el león. Parece bastante irreal, pero no lo es en la medida en que la Palabra de Dios entra realmente en este mundo. La clave nos la proporciona precisamente este capítulo 11 de Isaías cuando, en la conclusión de esta visión del mundo reconciliado, dice que «el conocimiento de Dios llenará la tierra como las aguas cubren el fondo del mar».

Donde hay conocimiento de Dios, donde realmente el conocimiento de Dios es plena realidad en la vida del hombre, Dios está presente y crece el mundo reconciliado. El gran problema de nuestro tiempo es precisamente el analfabetismo religioso, el no conocimiento de Dios, la ausencia de Dios. Para una verdadera renovación del mundo, antes que todas las demás reformas que puedan ser necesarias, es fundamental esta otra: la nueva presencia del conocimiento de Dios, una escucha que se convierta en actividad y acción. El conocimiento de Dios no es un conocimiento como, por ejemplo, el de un número de teléfono, sino que es un conocimiento como el que tengo de una persona a la que amo, y a la que solo conozco realmente en el amor. Este conocimiento de Dios transforma el mundo: allí donde existe este

conocimiento, nace el mundo reconciliado. Podemos verlo en esos pequeños paraísos que crecen allí donde hay comunidades religiosas que viven verdaderamente a la luz del Señor.

Oremos al Señor para que nos ilumine, para que nos ayude a escuchar realmente, para dejarnos permear por la Palabra de Dios, para ser configurados interiormente, para comenzar a conocer verdaderamente a Dios y a vivir con él; y así recibir la luz que se convierta también en luz para los demás, que se convierta en fuerza de paz y de renovación.

La segunda modalidad de la venida de Jesús, de Dios, en este tiempo, en el presente de cada generación, son los sacramentos. Pensemos solo en la Eucaristía. Aquí Jesús entra verdaderamente entre nosotros; el pan ya no es pan, es el Señor; el Señor resucitado viene, nos visita, está con nosotros, más aún, permanece en nuestros corazones. Y la Eucaristía no termina con la celebración de la Santa Misa; el Señor sigue presente, habita con nosotros, nos visita y nosotros podemos visitar a Jesús, hablar con él, y él entra en esta amistad con el mundo. Otro ejemplo: en la absolución, en la confesión, el Señor habla realmente conmigo y me dice: «Vuelvo a empezar contigo, tu pasado ya no vale, ahora hay un presente nuevo basado en mi perdón, en mi gracia». Y así en todos los sacramentos.

La liturgia de la Iglesia como tal es también una modalidad en la que Dios entra en nuestro tiempo y se hace sentir. En este día, debemos dejarnos penetrar profundamente por el hecho de que Dios, Cristo, nos visita realmente y ha vencido ahora, precisamente en la Santa Misa: está con nosotros, se entrega en nuestras manos. Oremos para que realmente nuestra existencia esté guiada por él.

En la segunda lectura aparece la expresión «Vestíos del Señor Jesucristo». En la Segunda Carta a los Corintios, Pablo define el cuerpo como el vestido del hombre y la resurrección como revestirse (cf. 2 Cor 5,1-5). El Señor resucitado entra en nuestra vida mortal y comienza así este «revestimiento» de nuestra

existencia; con el Resucitado comienza la resurrección; en el momento en que el Resucitado nos toca, comienza la vida para siempre, la vida con Dios. Dejémonos revestir realmente de Cristo, con su cuerpo resucitado, con su vida eterna, con la alegría de su amor, con la fuerza de su presencia. Celebremos de verdad en la Eucaristía la venida del Hijo de Dios, que se ha hecho nuestro hermano, que nos reviste de sí mismo, de suerte que ya en este mundo seamos cuerpo de Cristo, de Cristo resucitado.

Por último, Cristo Jesús viene también en la historia, en la gran historia y en la pequeña historia. Pensemos, por ejemplo, en la obra de san Benito, que creó un nuevo modo de vida con la unión del trabajo y la adoración, creó nuevas comunidades, y creó así un nuevo continente, el continente europeo. La llegada de este modo de vivir era una «llegada» de Cristo: con esta Regla, con este hombre, con esta actividad suya, Dios mismo entró de nuevo en la historia, dio una nueva forma a la historia.

Pensemos en el siglo XII, con santo Domingo y san Francisco. También con ellos vuelve el Señor, es una «llegada» del Señor, un verdadero advenimiento. San Francisco era considerado con toda justicia por sus contemporáneos como icono de Cristo con sus estigmas: Cristo mismo aparece identificado con él y él con Cristo. Con Francisco la Palabra de Dios llegaba con una nueva frescura vivida, su palabra era vivir la Palabra del Evangelio siempre sin glosa, sin comentarios añadidos, una Palabra que transforma nuestras situaciones; vivir la Palabra de modo que esté presente entre nosotros con toda su fuerza. Con este movimiento franciscano, con el dominico, en la Iglesia rica de la época, un poco demasiado estable, entra así el dinamismo de una nueva alegría, del anuncio a los pobres, del anuncio también fuera del mundo cristiano europeo. Cristo llega así a la historia: esa es su verdadera «llegada» a la historia.

Pensemos en el siglo XV. Por un lado, está san Ignacio, con su nueva alegría de luchar por Cristo, de llevar la fuerza del Señor contra lo que se le opone. Por otro lado, están santa Teresa de

Ávila y san Juan de la Cruz, y esta intimidad con Jesús, que entra realmente en el hombre, en el ser, lo transforma y le hace ver la presencia de Jesús.

Y también en el siglo XIX. Pensemos en las grandes comunidades religiosas que nacieron en aquel tiempo: eran una «llegada» de Cristo. Era un movimiento social de enormes dimensiones: hombres y mujeres se reunieron para servir a Cristo en los pobres, en los enfermos, para ofrecer educación a los pobres, para hacer presente la Palabra de Cristo, la Vida de Cristo. Todos vivimos ahora de los frutos de este gran apostolado, de una nueva «llegada» del Señor en aquel siglo de la Ilustración contrario a Cristo, el siglo que decía que Cristo estaba anticuado, que su tiempo había pasado. Precisamente en aquel tiempo se produjo un nuevo nacimiento de la Iglesia, un nuevo nacimiento de su mensaje, de su vida.

Y si estamos atentos, podremos ver que incluso en nuestra generación, también hoy, Cristo está llegando y es Adviento. Cuántas figuras: la Madre Teresa, Juan Pablo II y otros, son la entrada de Cristo en este tiempo, que nos da la fuerza para vivir de nuevo en la presencia del Señor, como en el pasado, también hoy y en la eternidad.

En la gran historia están, pues, los Advenimientos, los Advenimientos de Cristo. Pero también en nuestra pequeña historia personal. Si estamos atentos, podremos sentir que en diversas situaciones el Señor me toca, llama a la puerta de mi vida, me hace sentir su ternura, su bondad. Debemos tener más sensibilidad, más capacidad de percibir esta presencia misteriosa y real.

Pidamos al Señor que nos ayude, que nuestro corazón, nuestra sensibilidad estén abiertos para comprender que ahora el Señor me toca: este gesto es para mí, ahora él me llama, me informa, me habla, me guía. El Señor también está presente con muchos gestos en mi vida. A la vida de cada uno de nosotros llega hoy el verdadero Adviento, el Adviento de Cristo. Cristo no es solo un

pasado, es un hoy, ¡es un futuro! Elevar el alma, ir al encuentro de Cristo, revestirse de Cristo, ser verdaderos, sensibles a su presencia: este es el ritmo interior del Adviento.

Pidamos al Señor que en estas semanas podamos celebrar verdaderamente su Adviento. Amén.

¡ENTRA EN NUESTRA HISTORIA, SEÑOR!

30 de noviembre de 2014, Capilla privada, Monasterio Mater Ecclesiae

I Domingo de Adviento (Año B)

Lecturas: Is 63,16b-17.19b; 64,2-7; Sal 79; 1 Cor 1,3-9; Mc 13,33-37

Queridos amigos:

«¡Ojalá rasgases el cielo y bajases!, ¡vuélvete Señor!». Estas palabras de la primera lectura son la oración de Israel, una oración de Adviento, tras el regreso del exilio de Babilonia.

Recordemos: durante setenta años, Israel fue como si no existiera, estaba disperso, en el exilio. Dios parecía haberlo olvidado, parecía que ya no existía. Y entonces ocurre lo inesperado: el rey de Persia, Ciro, vence a Babilonia, destruye el Imperio babilónico y da permiso a Israel para volver. Es un regalo de Dios. Los israelitas ven que este gran rey de los persas es en realidad un siervo de Dios, que les abre las puertas. Y conocemos estas hermosas palabras: «Preparad los caminos...» (cf. Is 40,3): es la idea de un camino de Dios en el desierto para volver a la patria.

Y así se produce un segundo éxodo, se vuelve de nuevo de la casa de la esclavitud a la Tierra Prometida; es un gran momento, en el que se hace visible la llegada de Dios. Pero después, de vuelta a la patria, Israel encuentra una terrible miseria: han sido abandonados por todos, la tierra está descuidada, tienen que empezar de cero, nadie les ayuda, la tierra no da frutos, no hay templo; Dios vuelve a estar totalmente ausente y calla. En esa situación, tras la gran alegría de la intervención de Dios, en el gran misterio de su silencio, nace esta oración: «¡Ojalá rasgases el cielo y bajases!».

Podemos ver aquí una cierta analogía con nuestra situación, con la situación de la Iglesia. ¡Dios ha venido! Ha venido a nosotros, ha nacido en el establo de Belén, es un niño, Dios se ha dejado

tocar, ha vivido con nosotros, conocemos su voz, conocemos su rostro, conocemos su bondad, su humildad, su poder. ¡Ha venido! Esto es lo que constituye la alegría del cristiano.

Y, sin embargo, también es verdad en nuestro caso y debemos gritar: «¡Ojalá rasgases el cielo y bajases!». Porque estamos viendo, incluso en los países que ya son cristianos, cuántos problemas, cuánta violencia, cuánta incredulidad, cuánta destrucción de la fe, del hombre mismo; y en el mundo estamos viendo cuántos refugiados, cuántas guerras, y por eso debemos gritar: «Dios, ¿no ves? ¡Ven! Baja!» Este es nuestro Adviento. ¿Qué significa el Adviento? Dios ha venido y lo sabemos, nunca estamos detrás de Cristo, estamos con Cristo, no antes de Cristo, porque Dios ha venido. Pero estamos lejos de él.

Solemos hablar de dos advenimientos de Cristo: el primero en Belén, el segundo al fin del mundo. Pero esta expresión es absolutamente insuficiente. Si así fuera, tendríamos, por una parte, un pasado cada vez más lejano: Belén, la vida de Jesús; y, por otra, un futuro no deseado, porque ninguno de nosotros desea el fin del mundo, con todas las cosas tremendas de las que habla el Evangelio. Y por eso el tiempo del cristianismo sería esto: un pasado lejano, un futuro no deseado, y un presente que estaría vacío... ¡Pero no es así!

San Bernardo de Claraval dijo que debemos hablar, en cambio, de tres advenimientos de Dios: el primero en Belén, el intermedio y el final ⁴. Y el intermedio es el que nos concierne. Dios no ha venido para volver al cielo tras una breve visita y dejarnos de nuevo solos. Él viene siempre. Se ha quedado con nosotros, está con nosotros en la santa Eucaristía, habita con nosotros, es nuestro conciudadano, se entrega en nuestras manos, viene de manera permanente en su Palabra, en todas sus gracias, viene con los santos, en quienes reconocemos de nuevo su presencia, su rostro, su humildad y su poder. ¡Dios viene siempre! Este Adviento intermedio es la permanencia del primero y la presencia anticipada del segundo. Ambos no son puro pasado o futuro, sino

que se encuentran en un presente humilde y, sin embargo, verdadero.

Adviento significa, a continuación, espera, en el doble sentido de atención y de expectativa. Espera, atención a la presencia real del Señor. ¡Él está con nosotros! Solo que nosotros no lo percibimos, porque somos sordos y ciegos para esta presencia. Por eso el Adviento nos dice: abre tu corazón, abre tus ojos, abre tus sentidos, abre tus oídos y ve la presencia humilde y real del Señor cada día, en tantas realidades y sobre todo en la liturgia, en su Palabra, en el sacramento. Pero también dice expectativa, grito, para que Dios se muestre cada vez más, como en los grandes momentos de la historia.

Por eso, también hoy pedimos al Señor que entre de nuevo en nuestra historia: «Muestra tu presencia, como lo hiciste en la caída del muro de Berlín, en tantos acontecimientos de la historia, que en última instancia venían de ti; entra en nuestra historia y abre nuestros corazones». Estar expectantes, atentos a la presencia del Señor, esperando, orando, para que se me muestre cada vez más también a mí en mi vida. ¡Esto es el Adviento!

La liturgia presenta el Adviento no solo con pensamientos, con ideas, sino también en una persona. Para la Iglesia, María es el Adviento en persona. En María vemos todo esto, esta sensibilidad hacia Dios, esta capacidad de percibir su presencia, esta sobriedad, este valor para decir: «Pero, ¿qué quieres que haga?». Es esta disponibilidad a obedecer y, sobre todo, también esta alegría silenciosa, a pesar de todos los problemas y dificultades con que se encontraban, por difícil que fuera el nacimiento del Niño Jesús en un establo; esta alegría maravillosa: ¡ha nacido el Niño, Dios está con nosotros! Precisamente esto debería renacer en nuestros corazones: esta alegría de la presencia, esta alegría de que él está con nosotros, es humilde y bueno con nosotros y —precisamente así— ¡poderoso!

Por eso pedimos al Señor que nos ayude a estar atentos y

abiertos y nos conceda la alegría humilde y hermosa de este tiempo, en el que percibimos que él está con nosotros: Yo estoy contigo, dice Dios. Y respondemos: «Gracias Señor, haz crecer en nosotros esta alegría de tu presencia». Amén.

CÓMO DEBEMOS VIVIR EL ADVIENTO

3 de diciembre de 2006, Capilla privada, Palacio Apostólico

I Domingo de Adviento (Año C)

Lecturas: Jer 33,14-16; Sal 24; 1 Tes 3,12.4.2; Lc 21,25.28.34-36

Queridos hermanos y hermanas:

La liturgia del Adviento nos ofrece diversas imágenes, diversas visiones de lo que es existencialmente el Adviento, el movimiento de nuestra existencia que se expresa y se realizará en el tiempo de Adviento. Entre los temas que la Iglesia propone, está también el himno de apertura de la liturgia del Adviento, el salmo 24: «A ti, Señor, levanto mi alma».

Ya la primera palabra es importante: «a ti». El cristianismo ha descubierto el «ti», es decir, el Tú que se nos hace visible. Para el cristiano no se trata de una introspección, como en la mayoría de las místicas asiáticas, sino que se trata de una salida de sí mismo, de un éxodo hacia el tú de Dios. Aquí se expresa la esencia profunda del cristianismo, la relacionalidad de nuestra existencia, que no se encierra en sí misma, sino que es esperada, deseada, amada, llamada por el tú.

Por eso la primera comunidad, en esta dirección, dijo «a ti»: es esta apertura, este percibir la realidad del tú que me ha creado, que me ama, que me llama. «A ti, Señor, levanto mi alma». El movimiento «a ti» es el movimiento de elevación, y aquí el Salmo 24 se encuentra con las palabras introductorias de la plegaria eucarística, que son comunes a todas las grandes liturgias, y que se emplean desde los comienzos de la liturgia de la Iglesia: «Arriba los corazones». Levantar el corazón, elevarlo, es un movimiento hacia el tú de Dios.

En realidad, el corazón puede estar «abajo», puede estar muy consumido por las pequeñas cosas de cada día, las cosas que nos consumen a diario. El corazón puede estar abajo, desanimado por las preocupaciones de este mundo. Puede estar abajo, consumido

por las diversiones, por todas las cosas materiales, como dice el Señor en el Evangelio de hoy: «Tened cuidado: no se os embote la mente con el vicio, la bebida y los agobios de la vida». Es una descripción del mundo mediático, que en realidad, mientras nos dice que nos divirtamos, que estemos bien, nos sobrecarga el corazón y nos lo echa abajo.

«Arriba los corazones»: el corazón se mueve hacia arriba, se eleva hacia este tú. Me viene a la mente otra comparación: Pedro salta de la barca, va sobre las aguas hacia Cristo, y mientras ve a Cristo puede caminar sobre las aguas del mundo, sobre todas estas cosas del mar de la muerte que es el mundo (cf. Mt 14,24-33). Pero en el momento en que ve las cosas que están debajo de él, empieza a sumergirse, su gravitación le tira abajo. Y debe llegar a una nueva gravitación, la de la mirada de Jesús que tira de él hacia arriba. Caminar sobre las aguas de los tiempos con la mirada fija en el tú, en Jesús, construye una nueva gravitación, tira del corazón hacia arriba. En lo alto está también esta alegría de ser amados, de no estar en un mundo vacío, sino de estar en un movimiento, en una atracción hacia arriba, donde se encuentra la verdadera belleza, la verdadera felicidad.

Una segunda imagen corresponde a lo que se dice hoy en la oración de la Iglesia, que evoca la palabra clave de la liturgia de Adviento: «*Excita* », «Despiértate», «Despiértanos» Señor. Se supone que el hombre suele correr el peligro de no estar despierto, es decir, de estar encerrado en los sueños, de no percibir la realidad en su totalidad. «Sueño» significa que el hombre está encerrado en sí mismo por el sopor y no percibe la realidad como tal, sino solo los reflejos que se esconden en su subconsciente y aparecen como la realidad, pero solo son reflejos —incluso curiosos y entremezclados de realidad—, no la realidad misma.

«Despertarse» significa romper el velo del sopor y ver así la realidad como tal, no solo el reflejo de la realidad que ha quedado en mí. Los Padres de la Iglesia nos dicen: hasta las personas del mundo que se consideran muy atentas, en realidad están fijadas

en lo material, en los afanes, en los pesares, en todo esto, pero están dormidas y sueñan, porque no ven la realidad en su totalidad, solo ven un fragmento que parece ser el todo, pero no es el todo, es solo un fragmento, que adquiere su verdadero sentido solo de la luz del todo, de la luz divina. Por eso el Señor nos dice a nosotros, al mundo: «¡Despertaos! Con esta vida que vivís, con esta vida presentada en los medios de comunicación, estáis en sueños, no percibís la realidad. Todo esto es encerrarte en un velo que oculta la verdadera realidad. Despertaos y percibid la luz, Dios mismo, el tú del Señor que viene».

Esta es nuestra oración en este Adviento: que el Señor nos ayude a ver la realidad misma. Y solo la veremos si percibimos la presencia de Dios en la Palabra de Dios, en los sacramentos, en la vida de la Iglesia, en la conversación personal con Dios, con el Señor.

Por último, la oración nos ofrece una imagen para meditar: «Dios todopoderoso: aviva en tus fieles, al comenzar el Adviento, el deseo de salir al encuentro de Cristo —que viene— acompañados por las buenas obras». Esa es la idea, la imagen del camino, del caminar. Todo lo que aparece en el corazón, en el despertarse, indica un camino, ponerse en camino hacia el Otro, y también está bien expresado en otra imagen del Adviento: ponerse en peregrinación, en camino hacia el Tú.

Naturalmente, nos preguntamos cómo podemos emprender este camino del corazón: este ir con el corazón, ¿cómo se pone en práctica? La oración nos indica dos respuestas fundamentales. La primera: haciendo el bien o, como se dice, con buenas obras, es decir, actuando según la Palabra de Dios, según las indicaciones que nos llegan de la vida de los santos, que han traducido en su vida la Palabra de Dios y sus mandamientos, y nos muestran así el camino, la verdadera manera de vivir, de ascender —muchas veces con dificultad— hacia arriba, hacia la realidad misma.

Y la segunda indicación: la oración. Orar es un concepto múltiple, pero como primer paso implica siempre la escucha,

porque ¿cómo podríamos hablar a Dios sin haberle escuchado? Esta atención interior, la del que se deja penetrar por su Palabra, la del que entra en la profundidad de su Palabra, y también la personaliza —porque debo comprender que esta Palabra también me concierne a mí—. Escuchar, meditar, responder, hablar con el Señor, contarle nuestros problemas, nuestra incapacidad, nuestro deseo, nuestra voluntad de amarle. Y así avanzar realmente por el camino del corazón hacia ese tú que nos sale al encuentro.

Porque esta es la otra parte: no somos solo nosotros los que debemos elevarnos hacia un Dios lejano que permanece siempre en sí mismo. No. Dios viene de nuevo, baja y así nos toma de la mano y nos hace subir hacia él. Descender y ascender se encuentran en este movimiento del actuar bien, del orar, en el momento del sacramento, donde el Señor realmente desciende, se entrega en nuestras manos, hace que nuestros corazones se eleven.

Oremos: «Señor, ven y ayúdanos a ir hacia ti». Amén.

ADVIENTO: EL DESIERTO, EL CAMINO, LA VOZ

7 de diciembre de 2014, Capilla privada, Monasterio Mater Ecclesiae

II Domingo de Adviento (Año B) Lecturas: Is 40,1-5.9-11; Sal 84; 2 Pe 3,8-14; Mc 1,1-8

Queridos amigos:

Lo que es el Adviento, nos lo dice la liturgia ofreciendo a nuestra atención tanto personas —san Juan Bautista, la Virgen— como grandes imágenes. En las lecturas de hoy encontramos sobre todo tres grandes imágenes: el desierto, el camino, la voz.

En primer lugar, el desierto. San Juan Bautista no predica, como hará Jesús, en el templo o en las sinagogas, sino en el desierto. Quien quiera escucharle debe salir de la ciudad, debe tomarse un tiempo, unos días, debe llevar consigo solo lo necesario. Debe liberarse de sus costumbres, debe ser libre precisamente para escuchar el mensaje.

En realidad, el desierto tiene una gran importancia en la historia de las religiones: podemos decir que el monoteísmo nació en el desierto, y este es importante sobre todo para la historia de Israel. Todo comienza con el encuentro con la zarza ardiente. Moisés conoce a Dios personalmente, por su nombre, con su voz, en el desierto, no en la corte del rey, no en el marco de los trabajos de los hebreos oprimidos, sino que precisamente saliendo al desierto encuentra a Dios y Dios habla con él.

Israel se encuentra a sí mismo como pueblo en el Sinaí: aquí oye la voz de Dios, aquí recibe el derecho que le da forma, que lo crea como pueblo. También Elías, tras la matanza de los sacerdotes de Baal, debe volver de nuevo al Sinaí, al Horeb, para recibir de nuevo la voz de Dios, para renovar la alianza rota en el relato anterior.

También Jesús comienza su misión en el desierto. Esto significa: en la ciudad, en la vida cotidiana, casi no hay encuentro con Dios; estamos tan llenos de nuestras cosas, que Dios no puede entrar en nuestro corazón, en nuestros ojos, en nuestros oídos. Para oír a Dios, para entrar en contacto con el Señor, necesitamos un éxodo, salir para ser libres, dejar nuestras cosas, oír, esperar su voz.

Esto es siempre necesario de nuevo, y el Adviento significa precisamente esto: que interiormente nos tomemos el tiempo de salir un poco de nuestra vida cotidiana, de nuestros problemas y ser libres para encontrarnos con la voz de Dios. En nuestro Adviento de hoy sucede a menudo justo lo contrario: estamos aún más llenos de nuestras propias palabras. Pidamos, pues, al Señor que nos dé la libertad de salir un poco a su desierto, de ser libres de nuestras ideas, ocupaciones, etc., para poder oír su voz.

Segunda imagen: el camino. El camino es comunicación, abre una conexión entre dos puntos, es una relación. Crear un camino significa crear un puente, un acceso entre dos puntos que por sí mismos no se comunican. La red de caminos de nuestro país, del mundo, es precisamente la red de comunicación que permite a la humanidad comunicarse. Camino: es el camino de Dios hacia nosotros. De por sí, Dios está lejos para nosotros, no nos parece posible encontrar un camino que termine en Dios, un camino que llegue hasta él. En realidad, solo Dios puede crear un camino hacia nosotros, es más, él mismo se ha hecho Camino. Sin embargo, también nosotros debemos cooperar, debemos hacer nuestro recorrido para construir este camino, esta comunicación. Las lecturas —tanto el profeta Isaías como el Evangelio de san Juan Bautista— hablan en este contexto de la construcción del camino, de la apertura de la comunión, del acceso desde la realidad a Dios; hablan sobre todo de los obstáculos que debemos quitar de en medio para que pueda aparecer este camino, y señalan dos de ellos: el monte y el valle.

El monte, en este caso, impide el camino, excluye el acceso del otro, es un símbolo del cierre en nosotros mismos, del orgullo, del

hecho de que nos consideramos a nosotros mismos tan grandes que ya no le queda acceso a Dios. Quitar el monte significa, pues, suprimir ese cierre en nosotros mismos, esa montaña de cosas, de realidades, de ideas, que nos separa de Dios. En este contexto, san Agustín ha hablado del amor a sí mismo, del amor propio, como la verdadera montaña que nos impide encontrar el amor de Dios ⁵. El falso amor a sí mismo, como cierre en uno mismo, que solo piensa en sí mismo, que no nos permite salir de nosotros mismos, es para san Agustín la fuerza que se opone a nuestra comunión con Dios a lo largo de la historia. Dice: la historia es una lucha entre dos amores, el amor a mí mismo hasta la negación de Dios y el amor a Dios hasta la libertad, hasta el martirio. En este sentido, por tanto, el monte que debemos vencer sería ese enamoramiento de mi propia persona que me encierra en mí mismo.

San Agustín indica tres elementos en los que se expresa este falso amor, que se convierte en montaña, que impide el acceso a Dios. El primero es la «gloria», que significa buscar ser amado de manera egoísta, buscar ser admirado, querer ser aceptado por todos. Esto no es verdadero amor, es solo amor a uno mismo: quiero utilizar a los otros para mí. Así, este amor a mí mismo, esta búsqueda de gloria, de ser aceptado, crea una montaña que no me permite salir de mí. El segundo elemento es el «poder»: el hombre en busca del poder, el hombre que quiere ser el mismo Dios. El tercero es la «ganancia», es decir, la materia que nos domina.

A estos tres elementos del amor a sí mismo —gloria, poder, «ganancia»— que construyen la montaña que nos hace de obstáculo, Agustín opone los tres valores que abren: obedecer, ayudar, amar. Nosotros mismos podemos meditar cómo obedecer, es decir, cómo abrir los ojos para oír y seguir con disponibilidad la voz de Dios; cómo ayudar, no cómo ayudarnos primero a nosotros mismos, sino cómo ayudar a los demás, y finalmente amar, proclamar nuestro «sí». Así es como quitamos el monte,

sustituyendo este deseo de gloria, de poder, de ganancia, por la obediencia, la ayuda a los demás, el verdadero amor.

El otro obstáculo, el valle, indica un modo de vivir de bajo nivel, que no se eleva a la altura de Dios, que se pierde totalmente en la futilidad de las cosas cotidianas y en la materia, en las cosas triviales de cada día, y el horizonte se dirige a otra cosa, distinta de Dios; así no se construye. Sabemos que el hombre de hoy, con todas sus ocupaciones, aparentemente grandes —presa del dinero y de otras cosas—, vive en realidad la vía «baja», porque no sale del ámbito de las cosas materiales y no se abre al gran horizonte de la vida. A este valle, la Iglesia le opone el *sursum corda*, el «arriba los corazones»: abrírnos a la grandeza de nuestra vocación, ver que hay más y abrir el corazón, para que Dios pueda venir a nosotros.

Tercera imagen: la voz. Una voz en el desierto. La «voz» significa también que detrás de ella se encuentra una persona, una persona que habla a mi razón, a mi corazón. En la historia de Elías en el monte Horeb, es interesante que Dios no esté en la tormenta, ni en el terremoto, sino en la voz (cf. 1 Re 19,9-13). La traducción verdadera dice que Dios no es una fuerza de la naturaleza, no es poder; Dios es persona, razón y corazón, y me habla a mí, a mi razón y a mi corazón, con su palabra. Y es verdaderamente un hablar de Dios al corazón. Hoy hemos oído cómo el profeta, después de haber amenazado con los juicios de Dios, dice finalmente: «Consolad, consolad a mi pueblo —dice vuestro Dios—; hablad al corazón de Jerusalén...». El adviento es esta voz, la voz de Dios que habla a nuestro corazón, y con una gran ternura nos dice: «En todas las cosas terribles del mundo no olvides mi corazón, recuerda que yo estoy contigo».

Pidamos al Señor que podamos escuchar verdaderamente su voz: escuchando su palabra en la Escritura, tanto cuando habla de él directamente, como también en los Salmos, que son la voz con la que Dios habla a nuestro corazón.

Pidamos al Señor que él sea verdaderamente el camino que abra

el nuestro hacia él, que en el desierto podamos encontrar su voz, y que su voz entre en nuestro corazón y nos dé la alegría de su presencia. Amén.

UNA VOZ: «¡ALEGRAOS! ¡EL SEÑOR ESTÁ CERCA!»

15 de diciembre de 2013, Capilla privada, Monasterio Mater Ecclesiae

III Domingo de Adviento (Año A)

Lecturas: Is 35,1-6.8-10; Sal 145; Sant 5,7-10; Mt 11,2-11

Queridos amigos:

Lo que significa «Adviento» nos lo muestra la Iglesia sobre todo con dos personas, que son casi el Adviento en persona: María, la Madre del Señor, y Juan Bautista.

María, que no está encerrada en sí misma, sino totalmente abierta al Señor, es el «sí» al Señor. Ella se convierte así en la tienda sagrada donde habita el Señor, la morada, la nueva Sion, donde el Señor está presente. María, que ofrece su propia carne para dar carne al Hijo de Dios, para darle nuestra humanidad, es ella misma la apertura del mundo a la presencia del Señor y a su venir.

La figura de san Juan Bautista aparece diferente, casi contraria. María está penetrada por la alegría del Adviento, de la llegada del Señor; la primera palabra del ángel a María es al mismo tiempo la primera palabra del Nuevo Testamento, lo abre: «¡Alegraos! Porque viene el Señor, ya no hay esta distancia. Dios ya no es desconocido... ¡Alegraos!» (cf. Lc 1,26-28).

En cambio, san Juan Bautista aparece severo. En san Juan aparece el compromiso moral del hombre, aparece la amenaza del juicio, el juicio severo que también puede decir: «¡No, no sois míos!». Con todo, san Juan no es solo amenaza, no es solo moralista; también es en el fondo un mensajero de la alegría. Lo vemos cuando pensamos en su presentación, en los cuatro Evangelios, con una palabra del profeta Isaías: «Una voz grita en el desierto: preparad los caminos del Señor» (cf. Is 40,3).

«Una voz grita en el desierto», dice Isaías 500 años antes de Cristo. Israel llevaba setenta años en el exilio, ya no existía una tierra de Israel, Israel ya no existía como pueblo, era inexistente. Dios ya no hablaba, no había templo, ni posibilidad de adorar a Dios en una liturgia común: Dios callaba, llevaba setenta años ausente, y el gran temor era que Dios se hubiera retirado de la historia, que hubiera olvidado a Israel, que la historia de la salvación hubiera terminado e Israel desapareciera entre las gentes en una triste situación de exilio y de pobreza.

Y he aquí una voz que grita en el desierto, una voz que anuncia la nueva presencia de Dios: he aquí el amor de Dios que todavía existe, que vuelve a Israel, que lo lleva a casa. La voz en el desierto, la voz después de setenta años de silencio es signo de esperanza, es signo de alegría; una voz que anuncia la nueva presencia de Dios, que anuncia el retorno. Esta era la alegría que despertó a Israel y le permitió volver.

Y ahora, 500 años más tarde, Juan vuelve a ser otra vez esta voz, con toda su persona es «voz», voz de Dios, que habla de nuevo con nosotros. La situación era muy parecida a la de después del exilio. Israel estaba en casa, pero bajo la dominación de otros: Herodes era un idumeo, Roma gobernaba; Israel ya no era un pueblo autónomo, sino conquistado, y desde hacía 200 años no había hablado ningún profeta. La opinión común era que el tiempo de los profetas, del hablar de Dios, había terminado, y que Dios ya no hablaba. En esta situación carente de esperanza y de alegría, he aquí una voz en el desierto: Dios habla conmigo, Dios no me ha olvidado. La «voz» es la certeza de que Dios nos conoce y nos ama.

Todo el proyecto ético, moral, todo el desafío moral de san Juan se ordena a esta voz, sirve a esta voz. La moral no es una cosa en sí misma, una especie de gimnasia espiritual. El trabajo, el compromiso moral sirve a este amor, se ordena a este amor, es trabajo para salir al encuentro, para abrir los caminos, para salir al encuentro de Dios; por consiguiente, está totalmente penetrado

por la realidad de que Dios está cerca; es respuesta al amor, es expresión de amor, de suerte que la moral queda renovada, porque forma parte de una historia de amor, responde a la alegría de la voz que anuncia: Dios no nos ha olvidado.

Este compromiso, el trabajo del amor, es un compromiso común. Sí, el mundo debe cambiar, es desierto, y desierto significa muerte, el desierto no es camino; el mundo debe cambiar, y el desierto debe convertirse en camino. Y el cambio del mundo comienza en las personas particulares: para que el mundo cambie cada persona debe cambiar ella misma, debe abrir su vida, hacer que su vida no esté cerrada, sino que sea apertura al Señor, sea camino para el Señor. Pero, al mismo tiempo, esta voz del Señor, que nos anima a cambiar el mundo cambiándonos a nosotros mismos, se prolonga en un trabajo común. El pueblo de Dios, unido, cambia el mundo, trabajando juntos para que el desierto sea camino. Y este trabajo, con todo su peso, es un trabajo por amor; por eso permanece la melodía fundamental: «¡Alegraos!, sigue la alegría.

La «voz»: muchos piensan que la Revelación ha pasado también ahora y que vivimos en un mundo en el que Dios no habla. Pero no es verdad, también hoy existe la voz de Dios; la Iglesia da voz a Dios y con la invitación de Dios nos habla a nosotros y se hace ella misma voz. Y para ser voz de Dios toma las palabras de san Pablo, que son el canto de toda esta Misa: «Alegraos siempre en el Señor; os lo repito, alegraos. [...] El Señor está cerca» (cf. Flp 4,4-5).

San Pablo escribió estas palabras en la cárcel, esperando su condena a muerte; está cerca de la muerte y precisamente en ese mismo momento escribe: «¡Alegraos!». Y quiere que esta sea su última palabra a los cristianos, a nosotros, casi su testamento ante la muerte: «¡Alegraos, porque el Señor está cerca!». Hasta la muerte, iluminada por la luz de la presencia del Señor, ya no es muerte, es cambio que nos une a Cristo. «Alegraos, porque el Señor está cerca»: esto es verdad también hoy. Y san Pablo

continúa: «Que vuestra bondad la conozca todo el mundo». La alegría del cristiano individual se comunica y se convierte en bondad para los demás. En realidad, quien lleva la alegría en sí mismo debe dar también un poco de luz a los otros, iluminar a los demás; la alegría se comunica y se convierte así en alegría común. Alegraos y mostrad vuestra alegría y manifestad así a Dios, la voz de Dios en el mundo.

En nuestras grandes ciudades, es difícil oír hoy su voz; hay tanto ruido que es casi imposible. Ruido interior, ruido exterior, y parece difícil oír esta voz decisiva, que nos da alegría y esperanza. Por eso Juan Bautista habló en el desierto, donde no hay ruido, sino un gran silencio, y, por consiguiente, existe la posibilidad de oír la voz. San Juan nos invita, también hoy, a salir un poco del ruido de las grandes ciudades, a buscar un poco de desierto para oír la voz de Dios. Y a hacer oír a los otros esta voz, para que también ellos lo sepan: hay motivo de alegría, porque soy amado con un amor indestructible.

Oremos al Señor: ¡que esta voz suya llegue también a nuestros corazones! Pidámosle que cree en nosotros la alegría de ser amados y nos dé una luz para transmitirla también a los demás, para que los hombres de nuestro tiempo oigan la voz de Dios, a fin de que sientan el amor de Dios y reciban así la verdadera alegría, la alegría que nos hace capaces de cambiarnos a nosotros mismos, de cambiar el mundo. «Señor, ayúdanos, danos tu alegría». Amén.

ALEGRÍA, PORQUE NOS SABEMOS AMADOS

14 de diciembre de 2014, Capilla privada, Monasterio Mater Ecclesiae

III Domingo de Adviento (Año B)

Lecturas: Is 61,1-2.10-11; Lc 1 Cántico de María; 1Tes 5,16-24; Jn 1,6-8.19-28

Queridos amigos:

Este tercer domingo de Adviento es, según la tradición litúrgica de la Iglesia, el domingo de la alegría. Lo vemos en los colores de los ornamentos ⁶, lo vemos también en el canto de entrada de la Iglesia, que reza, también según la nueva liturgia, con las palabras de la Carta de san Pablo a los Filipenses: «Alegraos siempre en el Señor; os lo repito, alegraos» (cf. Flp 4,4-5).

¿Qué se puede decir? La alegría no se puede mandar: o la hay o no la hay. Es verdad, no se puede mandar la alegría... pero se puede llevar la alegría. Se puede llevar una información que se convierte en una transformación de la realidad. Por ejemplo: un amigo mío estaba en una cárcel rusa, en una situación muy triste, con hambre, frío, crueldad, durante meses y meses. Un día llegó una carta de su mujer diciéndole: «Te quiero, te soy fiel, te esperamos». Y todo cambió. Hay que acoger la vida como tal, porque existe esta luz: «Te quiero, te esperamos». Sabe por qué existir, sabe por qué afrontar todo esto: ¡ha llegado la alegría! La pequeña llama de la alegría en medio de la tristeza de esa situación. Otro ejemplo: uno se presenta a un concurso con muchos participantes y pocas posibilidades de ganar... Llega la noticia: «¡Has ganado!» y la vida cambia. O uno busca trabajo y le dicen: «¡Estás admitido!».

En estas situaciones de los cristianos está contenida la realidad del Evangelio, a saber, Dios mismo nos dice: «¡Eres amado, eres esperado, has ganado, estás admitido!». Esta es nuestra alegría, esta es una información que implica la transformación de nuestra

vida. En todos los problemas del mundo existe esta llama: «¡Eres amado, eres esperado, has ganado!».

Me gustaría decir lo mismo con otro ejemplo: se trata de la historia del gran místico y teólogo español Ramón Llull, nacido en 1232. Se cuenta que un día se encontró con un ermitaño muy delgado, con una larga barba, muy triste. Le preguntó: «¿Qué ha pasado, por qué estás tan triste?». Él respondió: «He decidido hacerme perfecto y he decidido empezar por mí, superar mis pecados, cambiarme a mí mismo para llegar a Dios. Pero en este empeño, con todas las penitencias que hago, todo me entristece cada vez más...». Y Ramón le dijo: «¡Te ha engañado Satanás! Es todo lo contrario: si empiezas por ti, siempre te quedarás contigo, y tu tristeza siempre crecerá, porque no verás la luz. ¡No! No debes empezar por ti: debes empezar por Dios y así vas hacia la luz, así ves la belleza de la creación, de las criaturas, ¡así verás el amor como fuente de todo! Así verás también a tus hermanos y hermanas, aunque sean antipáticos, bajo otra luz, verás la pequeña luz del Creador transparentándose en ellos también. Y así irás hacia esta luz de Dios, purificado, perfeccionado y, al final, ¡santo!». Esta es la palabra decisiva: no empezar por uno mismo, sino por Dios. Lo importante es que la primera mirada se dirija a Dios: solo comenzando por Dios se enciende nuestra mirada y también nosotros podremos ser iluminados y purificados, encontrar así la verdadera vida, encontrar a nuestros hermanos y hermanas en él.

San Agustín dijo una vez: «La ciencia entristece» ⁷, conjugando tristeza y ciencia. Es hermoso saber muchas cosas, pero si al final sé todas esas cosas y subsiste la tristeza, habrá muchas cosas tristes y no habrá ningún sentido en todo esto. Solo cuando aparece la luz del amor de Dios van bien las cosas, solo entonces la tristeza puede transformarse en alegría. Así pues, esta es la alegría de este día: que nosotros, con la ciencia, no solo podemos conocer y aprender, sino que incluso en este mundo lleno de injusticia y tristeza podemos ver la luz que se transparenta en

todas las cosas y nos llena de alegría.

En los años sesenta estaba de moda decir: después de Auschwitz ya no está permitido alegrarse. En un mundo en el que han ocurrido estas cosas terribles, ya no se puede hacer poesía, ya no se puede realizar la belleza, porque eso sería despreciar la tristeza: por tanto, no podemos alegrarnos. También esto era un truco del diablo, justo lo contrario de lo que es necesario. El mundo necesita hombres que lleven consigo la luz del amor de Dios, que lleven consigo la alegría de ofrecer un poco de luz en la noche de este mundo.

«Alegraos», dice san Pablo. Esto es ante todo un don. Nos trae esta alegría, este regocijo diciéndonos: «¡Eres amado!». Y este aspecto está estrechamente unido a otro, a saber, debemos hacer vivir realmente esta llama que Dios nos ha dado, la llama del Evangelio. Como dice san Pablo a Timoteo: «Te recuerdo que reavives la llama que hay en ti por la imposición de mis manos» (cf. 2 Tim 1,6). Este es el sentido de las fiestas cristianas y de este tercer domingo: «¡Reaviva esta llama!». Pidamos al Señor que nos haga sentir profundamente esta verdad: «¡Eres amado, eres esperado, has vencido!».

Oremos para que realmente la llama de la alegría de Dios no se apague en nosotros y podamos llevar a los demás esta luz, esta alegría: ¡somos amados! Amén.

SAN JOSÉ: EL JUSTO QUE ESCUCHA Y ACTÚA

22 de diciembre de 2013, Capilla privada, Monasterio Mater Ecclesiae

IV domingo de Adviento (Año A)

Lecturas: Is 7,10-14; Sal 23; Rom 1,1-7; Mt 1,18-24

Queridos amigos:

Junto a María, Madre del Señor, y a san Juan Bautista, hoy la liturgia nos presenta una tercera figura, en la que el Adviento se hace casi una persona, una figura que encarna el Adviento: san José. Meditando el texto podemos ver, me parece, tres elementos que resultan constitutivos para esta visión.

El primero y decisivo es que san José es llamado «justo – *sadich* ». Esta es para el Antiguo Testamento la caracterización máxima para quien vive realmente según la Palabra de Dios, para quien vive la alianza con Dios. Para comprender esto, debemos pensar en la diferencia entre el Antiguo y el Nuevo Testamento.

El acto fundamental del cristiano es el encuentro con Jesús y, en Jesús, con la Palabra de Dios que es una Persona. Al encontrarnos con Jesús encontramos la verdad, el amor de Dios, y de este modo la relación de amistad se convierte en amor, crece nuestra comunión con Dios, somos realmente creyentes y llegamos a ser santos.

El acto fundamental en el Antiguo Testamento es diferente, porque Cristo era todavía futuro y, por tanto, a lo sumo se trataba de ir al encuentro de Cristo, pero no se trataba todavía de un verdadero encuentro como tal. La Palabra de Dios en el Antiguo Testamento tiene sustancialmente la forma de la Ley – la Torá. Dios guía, este es el sentido, Dios nos muestra el camino, y es un camino de educación en el que forma al hombre según Dios y lo hace capaz de encontrar a Cristo. En este sentido, esta justicia,

este vivir según la Ley es un camino hacia Cristo, un extenderse hacia él, pero el acto fundamental es la observancia de la Torá, de la Ley, y de este modo ser «justo». San José es un justo, ejemplar, pero sigue siendo todavía del Antiguo Testamento.

Aquí, sin embargo, hay un peligro y al mismo tiempo una promesa, una puerta abierta. El peligro aparece en las discusiones de Jesús con los fariseos y, sobre todo, en las cartas de san Pablo. El peligro consiste en que, si la Palabra de Dios es sustancialmente Ley, debe ser considerada como una suma de prescripciones y prohibiciones, un paquete de normas, y la actitud debe ser, por tanto, observar las normas y ser así correctos. Pero si la religión es así, si solo es eso, no nace una relación personal con Dios y el hombre permanece en sí mismo, solo busca perfeccionarse, ser alguien perfecto. Así, por una parte, nace la amargura —como vemos en el segundo hijo de la parábola del hijo pródigo que, habiéndolo observado todo, al final está amargado e incluso tiene un poco de envidia de su hermano que, como él piensa, ha tenido la vida en abundancia (cf. Lc 15,25-32)—. Este es el peligro: la sola observancia de la Ley se vuelve impersonal, solo un hacer; el hombre se vuelve duro e incluso amargado, y al final no puede amar a este Dios, que se presenta solo con normas y posiblemente también con amenazas.

Este es el peligro, la promesa, en cambio, es esta: uno puede ver también estas prescripciones no solo como un código, como un paquete de reglas, sino como expresión de la voluntad de Dios, en la que Dios habla conmigo y yo hablo con él. Así pues, al entrar en esta ley, entro en diálogo con Dios, aprendo el rostro de Dios, empiezo a ver a Dios, y de este modo estoy en camino hacia la Palabra de Dios en Persona, hacia Cristo. Y, para alguien verdaderamente justo, como san José, es así: para él, la Ley no es simplemente la observancia de unas normas, sino que se presenta como una palabra de amor, como una invitación al diálogo; y la vida según la Palabra de Dios es entrar en este diálogo, y encontrar detrás de las normas y en ellas mismas el amor de

Dios; y comprender que todas estas normas no valen por sí mismas, sino que son reglas del amor, sirven para que crezca en mí el amor.

Así se comprende que, en última instancia, toda la Ley es solo amor a Dios y al prójimo. Una vez encontrado esto, se ha observado toda la Ley (cf. Mc 12,28-34; Mt 22,34-40). Si alguien vive en este diálogo con Dios —un diálogo de amor en el que busca el rostro de Dios, en el que se busca el amor y se comprende que todo lo dicta el amor—, se está en camino hacia Cristo, se es un verdadero «justo». San José es un verdadero justo: así, en él, el Antiguo Testamento se convierte en Nuevo, porque con sus palabras busca a Dios, su Persona, busca su amor, y toda observancia de la Ley se vuelve vida en el amor.

Lo vemos en el ejemplo que nos ofrece este Evangelio. San José, prometido a María, descubre que ella espera un hijo. Podemos imaginar su decepción: conocía a esta muchacha y la profundidad de su relación con Dios, su belleza interior, la extraordinaria pureza de su corazón; ha visto transparentarse el amor a Dios y el amor a su Palabra, a su verdad, en toda esta muchacha, y ahora se encuentra gravemente decepcionado, ¿qué puede hacer?

Veamos, la Ley ofrece dos posibilidades, en las que aparecen los dos caminos: el peligroso, fatal, y el de la promesa. Puede presentar la causa ante el tribunal y exponer así a María a la vergüenza, destruirla como persona. Puede hacerlo en privado, con una carta de separación. Y san José, un hombre verdaderamente justo, aunque sufrió mucho, toma la decisión de tomar este camino —que es un camino de amor en la justicia y de justicia en el amor— y san Mateo nos dice que luchó consigo mismo, en sí mismo, con la Palabra de Dios. En esta lucha, en este camino para comprender la verdadera voluntad de Dios, encontró la unidad entre el amor y la norma, entre la justicia y el amor y, así, en camino hacia Jesús, está dispuesto, está abierto a la aparición del ángel, abierto al hecho de que Dios le dé a conocer que se trata de una obra del Espíritu Santo.

San Hilario de Poitiers, en el siglo IV, dijo una vez, tratando del temor de Dios: «Todo nuestro temor está puesto en el amor» ⁸ . Esto es solo un aspecto, un matiz del amor. Así podemos decir aquí, en nuestro caso: toda la Ley está puesta en el amor, es expresión del amor y debe cumplirse entrando en la lógica del amor.

Debemos tener en cuenta que, también para nosotros, los cristianos, existe la misma tentación, el mismo peligro que existía en el Antiguo Testamento: también el cristiano puede llegar a una actitud en la que la religión cristiana sea considerada como un paquete de normas, de prohibiciones y de normas positivas, de preceptos. Se puede llegar a la idea de que solo se trata de cumplir preceptos impersonales para así perfeccionarse: pero, obrando de este modo, se vacía el fondo personal de la Palabra de Dios y se llega a una cierta amargura y dureza de corazón.

En la historia de la Iglesia lo vemos en el jansenismo. Todos nosotros corremos también este peligro: sabemos personalmente que siempre debemos superar de nuevo este peligro y encontrar a la Persona de Dios y, en el amor a la Persona, el camino de la vida y la alegría de la fe. Ser «justo» significa encontrar este camino. Y de este modo también nosotros, en realidad, nos encontramos siempre de nuevo en camino desde el Antiguo al Nuevo Testamento, en busca de la Persona, del rostro de Dios en Cristo. Esto es precisamente el Adviento: salir de la pura norma hacia el encuentro del amor, salir del Antiguo Testamento, que entonces se convierte en Nuevo. Este es, pues, el primer y fundamental elemento de la figura de San José, tal como aparece en el Evangelio de hoy.

Ahora, dos palabras muy breves sobre el segundo y el tercer elemento.

El segundo: José ve al ángel en sueños y escucha su mensaje. Esto supone una sensibilidad interior para con Dios, una capacidad de percibir la voz de Dios, un don de discernimiento, capaz de discernir entre los sueños que son sueños y los que son

un verdadero encuentro con Dios. Solo porque san José estaba ya en camino hacia la Persona de la Palabra, es decir, hacia el Señor, hacia el Salvador, podía discernir; Dios podía hablar con él y él comprendió: esto no es un sueño, es la verdad, es la aparición de su ángel. Y de esta suerte pudo discernir y decidir.

Esta sensibilidad para con Dios, esta capacidad de percibir que Dios habla conmigo, y esta capacidad de discernir es también importante para nosotros. Es cierto, Dios no nos habla normalmente como habló a través del ángel con José, pero también tiene sus modos particulares de hablar con nosotros. Son gestos de ternura de Dios, que debemos percibir para encontrar alegría y consuelo, son palabras de invitación, de amor; también de petición, tal vez en el encuentro con personas que sufren, que necesitan una palabra mía o un gesto concreto, un hecho: y aquí necesitamos ser sensibles, conocer la voz de Dios, y comprender que, precisamente ahora, Dios me habla y es preciso responder.

Y de este modo hemos llegado al tercer punto: la respuesta de san José a la palabra del ángel es, en primer lugar, fe, y después obediencia, hecho. Fe: ha comprendido, esta era realmente la voz de Dios, no era un sueño. La fe se convierte en un fundamento sobre el que actuar, sobre el que vivir: es reconocer que esta es la voz de Dios, es imperativo del amor, que me guía por el camino de la vida, y, a continuación, es hacer la voluntad de Dios.

San José no era un soñador, aunque el sueño había sido la puerta por la que Dios había entrado en su vida, era un hombre práctico y sobrio, un hombre de decisión, capaz de organizar. No era fácil, me parece, encontrar en Belén —porque no había sitio en las casas— un establo como lugar discreto y protegido y, a pesar de la pobreza, digno para el nacimiento del Salvador. Organizar la huida a Egipto, encontrar un lugar donde dormir cada día, y luego vivir durante mucho tiempo, requería un hombre práctico, con sentido de la acción, con capacidad para responder a los desafíos, para encontrar las posibilidades de sobrevivir. Y más tarde, a su regreso, la decisión de volver a

Nazaret, de fijar allí la patria del Hijo de Dios: también esto demuestra que era un hombre práctico, que como carpintero vivió e hizo posible la vida de cada día.

Así, san José nos invita, por una parte, a emprender este camino interior en la Palabra de Dios para estar cada vez más cerca de la Persona, del Señor; pero, al mismo tiempo, nos invita a una vida sobria, al trabajo, al servicio práctico de cada día para cumplir con nuestro deber en el gran mosaico de la historia.

Demos gracias a Dios por la hermosa figura de san José. Oremos: «Señor, ayúdanos a estar abiertos a ti, a encontrar cada vez más tu rostro, a amarte, a descubrir el amor en la norma, a enraizarnos, a realizarnos en el amor. Ábrenos al don del discernimiento, a la capacidad de escucharte y a la sobriedad de vivir según tu voluntad y en nuestra vocación». Amén.

EL «SÍ» DE MARÍA Y EL CUMPLIMIENTO DE LA PROMESA

21 de diciembre de 2014, Capilla privada, Monasterio Mater Ecclesiae

IV domingo de Adviento (Año B)

Lecturas: 2 Sam 7,1-5.8-12.14.16; Sal 88; Rom 16,25-27; Lc 1,26-38

Queridos amigos:

Este Evangelio que acabamos de escuchar es, a buen seguro, uno de los pasajes más hermosos de toda la Sagrada Escritura. El ángel dice a María: «¡Alégrate! Alégrate, porque Dios entra en la historia, se hace uno de nosotros». En el «sí» de María se realiza la Encarnación, Dios se hace hombre.

Mas para comprender la profundidad de este acontecimiento, de este texto, debemos escuchar antes el mensaje de la primera lectura, tomada del Libro de Samuel. Estamos 1000 años antes de Cristo. Aquí comienza la historia. David, tras alcanzar la cima de su poder, después de hechos dramáticos, logra finalmente reunir a las doce tribus de Israel bajo su reinado. Es el rey incontestado de todo Israel, ha sido capaz de ganar todas las guerras con los diferentes reyes que rodeaban Israel y, al final, contra toda expectativa, también ha conseguido la ciudad considerada inexpugnable, Jerusalén, y de este modo ha creado una capital realmente digna de un rey.

En este momento, David piensa en Dios. Ahora él vive en un palacio —como él mismo dice— mientras que Dios sigue todavía en la tienda: Dios sigue siendo Dios en camino, en las tiendas del Éxodo. Por eso, David quiere construir una casa digna de Dios. Dios será el huésped de su ciudad, habitará en su ciudad, el templo será la gloria de Dios, y Dios será también la gloria de su ciudad y de su reino.

Podemos considerar que en este proyecto de David se percibe el

verdadero amor a Dios, el deseo de la verdadera gloria de Dios y el compromiso en favor del primado de Dios, pero también un poco de vanidad humana: tener un templo glorioso, tener a Dios en la propia ciudad y, con su templo, tener también más prestigio fuera de Israel. Sin embargo, a través de su profeta Natán, Dios le da una orden diferente. Le dice: «Tú quieres construirme una casa, pero seré yo quien construya una casa para ti».

El hombre no puede construir una casa a Dios, no es capaz de hacerlo. Dios no habita en casas hechas por manos de hombre, Dios no habita entre lápidas, entre piedras. Solo Dios puede construirse una casa a sí mismo: Dios no es nuestro huésped, sino que nosotros somos huéspedes de Dios; Dios no habita con nosotros, sino que nosotros habitamos con y en Dios. Esta es la gran promesa que tiene lugar en este momento: Dios mismo se construirá una casa a través de David y de su hijo. Así se anuncia ya lo que Jesús indicará antes de su Pasión: «Construiré dentro de tres días el nuevo templo verdadero, mi cuerpo, que es realmente el templo de Dios» (cf. Jn 2,19; Mt 26,61). A partir de ahí, todos nos convertimos en templo de Dios, al ser atraídos a su cuerpo. Y de este modo entramos tanto en el misterio de la Encarnación como en el de la Eucaristía, en el que él nos da su cuerpo y nosotros nos convertimos en su cuerpo.

Dios promete tres cosas. Promete un hijo de David, que dirá a Dios: «Padre». Dios dirá a este rey: «Hijo mío», y le promete, por tanto, su dignidad. Por último, Dios dice: «Aunque tus hijos deban ser castigados, yo castigaré, pero no romperé mi fidelidad». Así pues, esta casa no depende de la moralidad del hombre, sino solo de la fidelidad de Dios: de ahí que sea un reino eterno. Todo esto parecía bastante fantasioso y, tras el exilio, también había dejado de ser realista: parecía una señal de que Dios había olvidado su promesa. Pero esta promesa se muestra en su profunda realidad solo en el momento del anuncio de Nazaret. Ahora, Dios llama a la puerta para hacerse definitivamente hombre y darnos así el rey, el reino, y mostrar su fidelidad.

Volvamos aún brevemente sobre el «¡Alegraos!». Es el saludo griego. En Israel el saludo era: «*Shalom* – ¡Paz!», mientras que en griego es: «*Cha ï re* – ¡Alégrate!». Así se abre hoy, en Israel, la universalidad de esta promesa: Dios no solo será rey de Israel, sino rey de todo el mundo. Por eso se nos dice a todos «¡Alegraos!». Y, al mismo tiempo, esta palabra de la fidelidad total a las promesas hechas a David, a Israel, es también una palabra tomada del profeta Sofonías, que dice: «¡Alégrate, Sion, porque en ti estará el Señor, el Señor está contigo!» (cf. Sof 3,16-17). Literalmente, el texto dice: «El Señor está en tu seno». Es la expresión utilizada para el Arca de la Alianza: está en el seno de Israel, y a través del Arca de la Alianza es el Señor quien está en el seno de su pueblo. Todo esto asume en el Evangelio una versión totalmente inesperada, nueva: María, la mujer viva, es el Arca viva de Dios; en su seno estará realmente el Señor Dios.

Pero debemos pensar también en la dramaticidad de este momento, bien explicada por san Bernardo en una de sus homilías ⁹ : Dios llama a la puerta del mundo, a la puerta de la humanidad. Se hace depender del «sí» libre de una persona humana. Muchos lo esperan, y san Bernardo dice a la Virgen: «Espero de verdad, profundamente, lo que me respondas». Si María, tal vez conmovida por la humildad, asustada por la grandeza de la voluntad de Dios, dijera: «No soy digna», ¿qué sucedería? Dios no podría entrar en el mundo, no encontraría casa. Pero, mientras todos esperamos, María dice: «Sí, soy la sierva del Señor». Este es el momento del verdadero giro crucial de la historia: a partir de este momento, Dios es hombre, está con nosotros y ya no nos abandona, nunca, ni siquiera en todas las tristezas, en todas las catástrofes, en todas las situaciones de la historia. «Sí, soy tu sierva»: este acontecimiento único nos llena realmente de alegría, de regocijo.

También debemos tener presente que, en cierto modo, esta situación se repite: Dios también llama a la puerta de mi vida, de mi corazón y quiere ser concebido, quiere nacer también en mí y

de mí. Y siempre dice: «Quiero nacer en ti», y espera nuestro «sí». Pidamos al Señor que nos ayude a decir: «Sí, soy siervo del Señor». Así realizaremos lo imposible. En cambio, si dijéramos: «Soy demasiado pequeño; no, no, no puedo; quiero vivir a mi manera», pero nada es imposible para Dios. El Evangelio nos infunde esta gran confianza: si le decimos «sí», Dios nos lleva, nos guía. Demos gracias a Dios por el gran don de su Encarnación y pidámosle que también nosotros podamos decir: «Sí, cada día soy tu siervo, ¡que se haga en mí tu voluntad!». Amén.

TIEMPO DE NAVIDAD

EL BAUTISMO DE JESÚS, EL SIERVO DE YAHVÉ Y NUESTRO BAUTISMO

12 de enero de 2014, Capilla privada, Monasterio Mater Ecclesiae

Bautismo del Señor (Año A)

Lecturas: Is 42,1-4.6-7; Sal 28; Hch 10,34-38; Mt 3,13-17

Queridos amigos:

En la primera lectura de esta fiesta litúrgica del Bautismo de Jesús hemos escuchado el primero de los cuatro cantos del Siervo de Yahvé, que se distribuyen entre el capítulo 42 y el 53 del libro del profeta Isaías. El cuarto canto está en el centro de la liturgia del Viernes Santo, y habla del Siervo de Yahvé, que sufre mucho por nosotros y nos trae así la verdadera vida.

Estos cuatro cantos del Siervo de Yahvé son importantes, porque nos muestran una dimensión de la esperanza de Israel, y, por tanto, de la esperanza de nuestra fe, que normalmente casi no vemos, porque estamos demasiado centrados en la línea del Mesías, como expectativa central de Israel, el Mesías rey, el nuevo David que debería volver a reinar sobre Israel. Pero precisamente esta otra visión, la del Siervo de Yahvé, es importante, porque muestra la profundidad de la esperanza que nos abre la fe.

Un primer punto. Esta esperanza no habla de un rey, habla del Siervo de Yahvé y de este modo aclara ya un aspecto fundamental: el modo de reinar de Dios es distinto del modo de reinar de los reyes de este mundo. Dios reina sirviendo, y nos dice que toda verdadera dominación es servicio; que solo sirviendo se puede reinar de verdad, es decir, construir el mundo en apertura a Dios.

Esta humildad de Dios tiene una gran importancia, porque nos muestra el camino. A continuación, aparecen unas palabras que la caracterizan todavía mejor; por medio del profeta, dice Dios: «Mi siervo no gritará, no levantará la voz [...] ni apagará la mecha que arde débilmente», la pequeña llama, y no rompe al hombre. No eleva el tono: es decir, que este Señor, Dios, no viene con la gran fuerza de la propaganda, con el grito propagandístico, que nos obliga a oír; no viene con esta máquina de crear opinión, que nos oprime y nos compromete fácil y necesariamente; no viene con un tono alto, sino con una voz silenciosa, y solo entrando en este silencio de Dios podemos escuchar la verdad. Por consiguiente, debemos aprender a escuchar a aquel que no eleva el tono, que nos habla al corazón en profundidad y en verdad, y que no apaga el pábilo vacilante, es decir, no es violento, no gobierna con la violencia, con el poder exterior, sino con la bondad interior.

Aquí vemos precisamente lo que Jesús respondió a Juan cuando este le preguntó: «¿Eres tú el Señor, el Mesías?» (cf. Mt 11,2-6; Lc 7,18-23). No hace gran ruido, no ocupa grandes titulares en la prensa mundial, sino que interior, humildemente, sana y cura. Y esta es precisamente la manera de gobernar de Dios, la del servicio del Señor Jesús.

Un segundo punto. Dios no es solo rey de Israel, sino luz de las naciones, luz para todos, porque todos necesitan ser iluminados. Israel es solo el punto de partida para llegar a todo el mundo. Luz de los gentiles; el Evangelio de Juan lo recoge cuando dice: «El Verbo era la luz verdadera, que alumbra a todo hombre, que viene al mundo» (cf. Jn 1,9-10). La liturgia piensa también en la estrella que ha guiado a los Magos. Esto significa lo siguiente: Cristo mismo es la verdadera estrella, que en la noche del mundo nos guía, nos indica el camino. La noche del mundo es la ignorancia de Dios. Si el hombre no conoce a Dios, se encuentra verdaderamente en la noche profunda y no sabe adónde ir, ni cómo caminar: solo lo descubre cuando aparece la verdad sobre

Dios, porque esa verdad es la luz que nos guía. Todos necesitamos esta verdad central para ver con claridad lo que somos. Quien no conoce a Dios ni siquiera conoce al hombre; quien conoce a Dios comprende también al hombre y su propia existencia. La luz que nos guía, la Luz del mundo, Cristo, es realmente luz, es la aparición del rostro de Dios, de la verdad, y por eso nos muestra el camino.

Y finalmente un tercer punto: la lectura dice con gran intensidad, por tres veces, que el Siervo de Yahvé establece el derecho, trae el derecho a las naciones. ¿Qué significa esto? Aquí Jesús, el Siervo de Yahvé, se muestra como el verdadero Moisés, no es solo el verdadero David, el verdadero Salomón, sino también el verdadero Moisés; porque Israel también esperaba al nuevo Moisés, que renovarían la liberación del pueblo, el guía hacia la Tierra Prometida. Nosotros solemos pensar que lo esencial de la obra de Moisés habría sido la liberación de Egipto; pero no es así, lo esencial es que condujo al pueblo al monte de Dios, creó el contacto, la alianza con Dios, y de Dios trajo a Israel el derecho.

Solo con el derecho se libera a un pueblo. La verdadera esclavitud es la ausencia del derecho, la anarquía es lo contrario de la libertad, y hoy vemos por todas partes cómo la anarquía, la ausencia de derecho, la corrupción, destruyen pueblos, crean esclavitud. Solo el derecho nos libera, el derecho no es un obstáculo, sino la condición y la causa de la libertad. Solo cuando hay derecho, es decir, cuando se comparte la libertad a la luz de la verdad, hay también libertad. Así, Moisés es un liberador precisamente porque trajo el derecho. Y Jesús completa esta obra, extendiéndola a todos los pueblos: nos da el derecho, y de este modo la libertad, mostrándonos a Dios, guiándonos al monte de Dios. En la Santísima Eucaristía nos conduce al contacto con Dios a través de él mismo; reconocemos en su palabra el rostro de Dios.

De este modo conocemos también las líneas fundamentales del derecho, con su centro en el doble mandamiento del amor y con la

relectura del Decálogo a la luz de Cristo. Moisés trajo un código completo de la ley para el pueblo de Israel, que no era extensible al mundo; Jesús nos ha dado a sí mismo, la luz de Dios, la luz de su rostro, de sus palabras, nos ha dado el doble mandamiento del amor y así nos ha dado la libertad y la capacidad de crear el derecho, que según la legislación romana es verdaderamente la causa de la libertad, pero depende también de nuestro conocimiento de la luz de Dios.

En este punto, se nos abre también a nosotros el acceso al misterio del Bautismo de Jesús, celebrado en la liturgia de hoy. En su Bautismo, Jesús, como hemos visto, se coloca como uno más entre los pecadores, y entra al servicio del Siervo de Yahvé. Según las indicaciones del Evangelio de san Juan, el verdadero lugar del bautismo de Jesús es el punto más bajo de la tierra ¹⁰. Este hecho tiene una importante fuerza simbólica: Jesús, que descendió hasta el punto más bajo de la tierra, ha bajado simbólicamente hasta lo más profundo del ser humano, hasta lo más profundo de nuestra miseria, se ha identificado con nosotros.

El Bautismo es la entrada en el misterio del Siervo de Yahvé, que se identifica con nosotros, carga con nuestros pecados y nos da así la posibilidad de vivir de nuevo. Jesús, en su Bautismo, se ha identificado con nosotros en nuestro Bautismo, nos une con su Bautismo y, precisamente así, entramos en la identidad con Jesús. Este es el punto esencial del Bautismo: salimos de nuestra propia identidad, entramos en la identidad con Jesús, nos identifica con él, y en la medida en que entramos en esta identidad con Jesús, también Jesús entra en la nuestra.

En esta misma medida, también nosotros somos hijos de Dios, hijos de su «complacencia». En este punto resuena también el misterio de la Navidad, porque los ángeles habían dicho a los pastores: «Paz a los hombres de mi complacencia» (Lc 2,14) ¹¹. Entonces, ¿quién es el hombre de la complacencia? Es Jesús, y también lo somos nosotros en la medida de nuestra identificación con Jesús, en la medida en que entramos verdaderamente en el

misterio del Bautismo de Jesús y del nuestro.

Pidamos al Señor que nos ayude asimismo a nosotros a ser siervos de Yahvé, a servir con nuestra vida al misterio de la Verdad, de la Luz, de la Bondad. Pidamos al Señor que nos conceda identificarnos con él y vivir cada vez más el Bautismo y ser así verdaderamente redimidos en la luz de Dios. Amén.

TIEMPO DE CUARESMA

¿QUÉ DEBE HACER EL REDENTOR DEL MUNDO?

9 de marzo de 2014, Capilla privada, Monasterio Mater Ecclesiae

I Domingo de Cuaresma (Año A)

Lecturas: Gén 2,7-9.3,1-7; Sal 50; Rom 5,12-19; Mt 4,1-11

Queridos amigos:

Con su Bautismo y la solemne proclamación de ser el Hijo de Dios, Jesús ha entrado formal, oficialmente, en su misión de Mesías. Su primera tarea, impuesta por el Espíritu Santo, es ir al desierto para ser tentado o, como dice la oración de hoy, entrar en el sacramento cuadregesimal, en el sacramento de los cuarenta días.

En el lenguaje de la Iglesia primitiva, la palabra «sacramento» se refiere no solo a nuestros siete sacramentos, sino que es una traducción de la palabra «misterio», es decir, indica las estructuras esenciales de la historia de la salvación, y uno de los elementos de estas estructuras es el misterio de los cuarenta días/años. Israel camina durante cuarenta años por el desierto, en un tiempo de especial cercanía con Dios, que habla con su pueblo, actúa con él, pero es también un tiempo de grandes tentaciones, en el que Israel se rebela contra Dios, y ya no quiere andar al paso con Dios: es el tiempo del primer amor y el tiempo de las grandes tentaciones.

Más adelante, Moisés se queda cuarenta días en el Sinaí, en lo alto y solo, lejos de las cosas cotidianas, en la altura interior del monte de Dios, en el silencio del mundo: en el gran ayuno puede percibir así la Palabra de Dios que se dirige a todos los tiempos. Finalmente, Elías camina durante cuarenta días con la fuerza del

pan que le da el ángel y, tras la apostasía de Israel, debe volver de nuevo al monte de Dios y renovar su encuentro con Dios.

Jesús mismo entra en esta tradición de la Cuaresma y, con él, la Iglesia nos introduce de nuevo cada año en este camino. Es menester decir que, para Jesús, el contenido de este tiempo es precisamente la tentación, es decir, entrar en el drama de la existencia humana. Solo en el desierto, en la soledad, con todos sus fantasmas, en la necesidad, en la pobreza del hambre absoluta, en la exposición a las potencias de la tierra y a la soledad con Dios, vive Jesús el drama humano, el ser tentado, es decir, encontrarse en la tentación de elegir no a Dios, sino soluciones aparentemente mejores, que, en realidad, son destructivas. Como dice la Carta a los Hebreos, forma parte de la misión de Jesús entrar en nuestras tentaciones, ser tentado como nosotros, solo que Jesús no cae en pecado y, precisamente así, nos ayuda a superar las tentaciones (cf. Heb 4,15-16).

Pero, ¿cuáles son esas tentaciones de Jesús? Yo diría que son las tentaciones del Mesías, del que es el Redentor. La pregunta que se plantea es ¿qué debe hacer el que quiere ser el Redentor del mundo? Las respuestas que parecen obvias al hombre son en cierto modo las propuestas que el diablo hace a Jesús, son las grandes tentaciones.

En primer lugar, quien quiera redimir al hombre debe responder sobre todo a la tristeza del hambre, a la miseria de la pobreza; quien no supera esta miseria, quien no da de comer a todos, quien no permite vivir a todos de un modo digno, no redime al mundo. Se podría decir: mientras haya hambre, junto con todas estas cosas tristes que vemos cada día en la televisión, mientras esta miseria tangible domine el mundo, el hombre no habrá sido redimido.

La segunda propuesta de Satanás es esta: el Mesías debe dar certezas. Es como decir: «Querido Dios, si quieres que te creamos, debes ser claro, no basta esta nube en la que te muestras, necesitamos claridad, certeza».

Y, con la tercera propuesta a Jesús, el demonio afirma: debes dar poder al bien, es preciso que el bien no sea siempre vencido y destruido por la arrogancia humana.

Así pues, volvamos al primer punto: para poder ver redimida a la humanidad, debes superar la miseria del hambre, toda esta tristeza de la pobreza. El diablo ofrece esto al Señor. Pero el Señor dice: ¡Este no es el camino de la redención! Y nos hace comprender que, aunque todos los hombres tuvieran qué comer de manera suficiente y el bienestar se extendiera a todos, el hombre no estaría redimido.

De hecho, vemos cómo precisamente en los países del bienestar, en los medios del bienestar, de la riqueza, de la abundancia, el hombre se destruye a sí mismo, se autodestruye. El hombre, aunque tenga lo suficiente para comer y vestirse, no es todavía un hombre bueno; al contrario, tiende a la autodestrucción, porque se olvida de Dios y solo piensa en su riqueza. Por consiguiente, no se puede empezar así, el orden de las prioridades debe ser diferente.

Jesús se encontró con este problema tres veces: aquí, en las tentaciones del desierto; después, en la multiplicación de los panes; y, por último, en la verdadera multiplicación de los panes, en la Última Cena, en la institución de la Eucaristía. En estos tres marcos, especialmente en la multiplicación de los panes, Jesús nos dice, o dice a los suyos: «¡Dadles vosotros de comer!».

Esto implica que Dios es el primero que ofrece alimento suficiente para todos los hombres: la tierra da alimento para todos, Dios lo ofrece ya todo, pero vosotros, los hombres, debéis entrar en el cuidado de Dios, debéis formar parte de la red de la bondad, debéis dar, y solo en esta corresponsabilidad con el Creador crecerá la verdadera victoria sobre el mal, sobre la miseria, y crecerá la redención.

En la multiplicación de los panes, se debe notar la petición de sentarse en grupos: esto implica el amor y el valor y la disponibilidad a compartir, y solo en esta corresponsabilidad del hombre se realiza el milagro y se supera el hambre. Este es, pues,

un primer aspecto: nosotros debemos entrar en esta corresponsabilidad. Y, a continuación, la condición para que esto sea posible es el don del nuevo pan del cielo, el verdadero maná: Jesucristo mismo. Dios se nos da a sí mismo, por medio de Jesús, como alimento, y este es el alimento del que vivimos fundamentalmente, y es precisamente este alimento el que transforma, renueva, redime el mundo. Así pues, el Señor nos invita a la responsabilidad, a compartir la responsabilidad de Dios, y nos da a sí mismo, para que después podamos nosotros dar un poco de nosotros mismos a los demás de una manera eficaz.

Veamos qué significa esto para nuestra Cuaresma, para nuestra vivencia del misterio de los cuarenta días. El pan de Dios es Cristo mismo, y una primera exigencia es que debemos abrirnos realmente a esta grandeza; la otra condición es, naturalmente, el ayuno, es decir, el dominio de sí, la capacidad de renuncia. El ayuno es una expresión de todas las religiones, porque todas nos dicen que, para ser verdaderamente hombre, debo tener una voluntad viva, capaz de gobernar mi vida; debo ser capaz de renunciaciones, de autodomínio.

Sin embargo, estas renunciaciones y esta disciplina nunca son un fin en sí mismas. En la tradición de la Iglesia, el ayuno y la limosna, el ayuno y la caridad, el ayuno y el amor responsable van siempre de la mano; el ayuno y la renuncia están orientados a la corresponsabilidad, al compartir, al amor. Este es un aspecto fundamental de nuestra Cuaresma, junto con la capacidad de renuncia, es preciso aprender a amar con Cristo, a distribuirnos junto con Cristo, que se distribuye él mismo a los hombres.

Segundo punto: la certeza. Dejándose caer en el vacío, Jesús debería demostrar que Dios le protege absolutamente, y probar con un experimento que Dios existe. Pero Dios no lo acepta: Dios no es objeto de nuestros experimentos. En el Salmo 94, en una retrospectiva sobre el tiempo del desierto, Dios dice: «Vuestros padres me pusieron a prueba

y me tentaron, aunque habían visto mis obras» (v. 9). Podemos ver la acción de Dios, pero no nos basta, así que queremos hacer el experimento; Dios debería someterse a nuestro experimento, debería ir a nuestro laboratorio para dejarnos probar si existe o no existe.

Pero Dios, aunque realmente se muestra y se hace ver en muchas cosas, no acepta ser objeto de nuestros experimentos, someterse a nuestras mediciones y a nuestro modo de darnos certeza. Este tipo de certeza, que pretende controlar a Dios, no es posible, y ciertamente todos sufrimos por el hecho de que siempre subsiste como una última «niebla». En la hora de la Última Cena, el apóstol Judas Tadeo expresó de modo realmente convincente lo que todos nosotros queríamos decir; le dijo al Señor: «Pero Señor, ¿qué ha sucedido, para que hayas querido revelarte solo a nosotros y no al mundo?» (cf. Jn 14,22).

Significa esto: el Resucitado no debería mostrarse solo a un pequeño grupo de elegidos, sino que debería ir también a Pilato, debería ir a los sumos sacerdotes, al Sanedrín y así, con su fuerte presencia, debería dejar claro a todos que él es el Resucitado y no dejar ninguna duda, debería vencer precisamente con la fuerza de su presencia. Cuando Tadeo dice: «¿Qué ha sucedido? No deberías mostrarte solo a nosotros, ¡también deberías ir a los otros!», también nosotros sentimos la tentación de decir lo mismo. Pero Dios es diferente, Dios nos deja la libertad y nos espera en un camino de búsqueda; en este camino, nos ofrece un lugar donde se deja ver, de suerte que podamos estar seguros. Pidamos al Señor que nos ayude a caminar con él y así poder verle y estar seguros.

Aquí nos encontramos en el segundo punto de nuestra Cuaresma. Hemos hablado de ayuno y caridad. El camino de la oración forma parte del misterio de la Cuaresma. La oración de la Misa de hoy nos dice que el sentido de la Cuaresma consiste en comprender el arcano de Cristo, en entrar en este arcano, en este ser elevado, que es entrar en su misterio y conocerlo de verdad, en encontrar la certeza justa. Esto solo nos atrevemos a hacerlo con

el camino de la oración, con esta relación permanente con el Señor, que le busca y le encuentra. San Juan Crisóstomo decía: «La oración no es en el fondo más que el ejercicio del deseo de Dios, el deseo de conocer su rostro» ¹² . Dejémonos tomar en esta Cuaresma por el deseo de buscar su rostro, de rezar: «¡Señor, muéstrate!».

Tercera tentación, el poder: solo si se tiene poder se puede crear también un mundo bueno. Esto parece muy obvio a todos, pero también a eso dice Jesús: «¡No!». Y así como las otras dos tentaciones acompañan toda su vida, también esta tentación aparece varias veces en el curso de la misma. Pensemos, por ejemplo, en el momento en que, en Cesarea de Filipo, Pedro comprendió y confesó: «Tú eres el Mesías». Jesús le elogia y le dice: «Sí, esto no lo has captado tú, el Padre te ha dado este conocimiento»; pero luego continúa: «Todavía no has entendido lo que es de verdad el Mesías; el Mesías debe sufrir, ser traicionado, entregado a los gentiles, crucificado». Entonces san Pedro se lleva a Jesús aparte y le dice: «¡Pues no! Tú eres el Mesías y un Mesías no sufre». Aquí Jesús se siente justamente como en la situación del desierto, ante el diablo, y dice: «¡Diablo, vete!» (cf. Mt 16,13-28).

Precisamente esta tentación subsiste siempre, incluso en la historia de la Iglesia. Muchas veces hemos intentado dar con los imperios cristianos el poder a Jesús, excluir la debilidad de Dios; también hoy llevamos a cabo muchos intentos en esta línea, y Jesús nos dice: «¡No! No es así como puedo ser vuestro rey. Solo puedo ser vuestro rey siguiendo un camino muy diferente, el camino de la pasión y del amor». En otras palabras, Jesús no vino a liberarnos del sufrimiento, sino a liberarnos a través del sufrimiento, para entrar en este misterio de transformación, que forma parte de la esencia del amor.

A nosotros nos resulta muy difícil comprenderlo: todos queremos que haya un mundo sin la tristeza del sufrimiento, que Dios nos libere del sufrimiento, y no a través del sufrimiento. Pero el Señor

nos dice: «Venid conmigo para comprender y entrar en el verdadero misterio de la redención, de la lucha contra el mal». Así que, al final, si la cristiandad primitiva habló de la «*Militia Christi* », de la guerra en la que debemos militar, nosotros podemos decir: «Sí, es la guerra santa del amor contra la frialdad del corazón, y solo así vence Dios».

Pidamos al Señor que nos ayude a entrar en el misterio cuaresmal, a ser verdaderamente cristianos y a aprender la verdadera redención. Amén.

PARA CAMBIAR EL MUNDO HAY QUE ADORAR A DIOS

25 de febrero de 2007, Capilla privada, Palacio Apostólico

I Domingo de Cuaresma (Año C)

Lecturas: Dt 26,4-10; Rom 10,8-13; Lc 4,1-13

Queridos amigos:

Hoy el Señor se presenta como el segundo Adán, cuya misión es volver a poner en marcha la historia humana que había comenzado mal. Aunque hoy se habla poco del pecado original, todos vemos que, en realidad, la historia humana empezó mal. Todos los políticos, de todos los bandos, dicen que quieren mejorar el mundo, crear un mundo mejor, suponiendo que el actual no vaya bien. Todos sienten que se debería cambiar algo en el mundo porque, tal como está, no va por buen camino.

Si vemos hambre, violencia, drogas, terrorismo en el mundo, no cabe duda de que algo en el mundo no va bien y de que hay algo que debe cambiar, de que la historia debería volver a empezar desde el fondo. El lenguaje de la Iglesia llama «redención» a esta necesidad de reparar.

Las tentaciones del segundo Adán son, por tanto, diferentes de las del primero, son cuestiones y tentaciones que conciernen a la redención del hombre y a su redentor. La cuestión común relacionada con estas tentaciones es: ¿qué debe hacer alguien que quiere ser el redentor del hombre, en qué consiste la redención? Y en esta historia nos encontramos con la visión del diablo, que, a primera vista, es muy evidente, muy comprensible, y la visión de Dios, que no es tan obvia, porque para comprenderla debemos entrar en lo más profundo del ser humano, en el misterio de Dios.

Primera tentación: el diablo dice: «Crea pan». Quiere decir: quien quiera ser redentor del hombre debe, ante todo, acabar con el hambre en el mundo. Este es el fundamento esencial de una

redención: que no haya más hambre en el mundo. Quien no haya hecho esto, quien no haya dado de comer a todos, quien no haya acabado con esta plaga del hambre, no ha redimido al hombre. Y esto parece absolutamente verdad.

Jesús no dice que el pan no sea necesario para el hombre, pero sí que el pan no basta. Para entender la respuesta de Jesús deberemos tener en cuenta los otros dos grandes relatos sobre el pan en su vida: la multiplicación de los panes en el desierto y la gran y definitiva multiplicación del pan en la Última Cena.

Quisiera sacar a la luz solo un pequeño punto del discurso del Señor después de la multiplicación de los panes (cf. Jn 6,26-51). Se interpreta inmediatamente como: por fin comienza la redención y Jesús nos da pan, a fin de que no haya más hambre. Los judíos se refieren a Moisés, que fue el verdadero libertador, no el perfecto, completo, definitivo redentor, pero en cualquier caso el liberador del pueblo, el verdadero enviado de Dios. La gran prueba de que realmente era el liberador, enviado por Dios, era que había dado el pan del cielo. Por consiguiente, el nuevo y definitivo Moisés —el Mesías sería el Moisés definitivo— debería dar al menos lo que dio Moisés: pan del cielo para todos. Esto habría sido la prueba de que el nuevo Moisés está presente.

Sin embargo, Jesús en su discurso intenta dejar claro que el maná no era el don esencial de Moisés, porque, aunque este pan venía del cielo, seguía siendo pan terrestre, era algo pasajero, transitorio. El verdadero pan del cielo que dio Moisés fue la Torá: la Palabra de Dios, el conocimiento de Dios. Conocer a Dios, conocer su voluntad y estar así en la luz; de este modo, acercándose a su voluntad, se puede cambiar real y radicalmente el mundo.

Así demuestra Jesús que él es el verdadero Moisés, porque da la verdadera Palabra de Dios, es más, él mismo es la Palabra de Dios en persona, el Dios finalmente accesible, la luz divina que está con nosotros y se pone en nuestras manos y en nuestros corazones. Por tanto, la respuesta del Señor es la siguiente: las

cosas materiales son importantes, pero el bienestar como tal no redime al hombre, es demasiado poco; más aún, si se absolutiza y se considera suficiente en sí mismo, se convierte en una tentación diabólica que destruye al hombre y no lo redime. Este es el contenido de su respuesta: el pan está bien, pero el bienestar como tal, las cosas materiales en sí mismas, absolutizadas, no son redención si falta lo esencial, el conocimiento de Dios. Solo del encuentro de nuestro corazón con el corazón de Dios puede venir realmente un cambio en profundidad.

Segunda tentación: adorar al diablo, es decir, recibir el poder del diablo. He aquí el contenido de esta oferta del diablo: el bien fundamental del mundo es la paz. Pero la paz solo pueden darla quienes tienen el poder de crearla, de vencer y reducir a sus límites a quienes no la dan. El poder sería así la condición fundamental para crear la paz y, por tanto, para redimir.

De este modo, quien no consigue crear la paz universal en el mundo no es el redentor, y quien no tiene poder político y militar no puede, por tanto, darla. Pero el Señor —aunque no quiero entrar ahora en detalles— demuestra que el poder humano por sí solo, el poder político y militar, permanece siempre ambiguo, y aunque se presenta como instrumento de paz, en realidad, si es absolutizado, no redime, y de hecho, aunque se inicie con las mejores intenciones, se convierte en opresión. No es esto lo que redime al hombre, y las estructuras, de por sí, no redimen al hombre.

Si falta Dios, las estructuras humanas se convierten en opresión de la libertad y no redimen. De nuevo aparece la prioridad del verdadero bien: si falta el bien primario, el conocimiento de Dios y su amor, el resto, incluso con buenas intenciones, destruye y se convierte en instrumento del demonio.

La tentación más difícil es la tercera. Jesús, colocado en el pináculo del templo, debería arrojarse para ver que Dios le protege. Aquí me parece natural recordar una historia narrada en el Libro de los Números (cf. Núm 20,1-11). En el desierto no había

agua y la gente dijo: «Ahora Dios debe demostrar que es Dios», y el Señor Dios respondió: «Vuestros padres me pusieron a prueba y me tentaron, aunque habían visto mis obras» (cf. Sal 95,9). Es decir, Dios debería someterse a nuestra prueba, a nuestro examen, a nuestro «experimento». Y si en el experimento algo no es demostrable, no ayuda y no es real.

Esta es la visión de la ciencia moderna, que pretende redimir al hombre con la ciencia y su poder; por consiguiente, Dios, que no es accesible en el experimento, no sería una realidad válida para la vida humana. También aquí nos dice el Señor que la relación con él es otra cosa, que no se puede hacer con Dios lo que se hace con las cosas materiales. Si queremos someter a Dios al experimento, ya le hemos negado como Dios. A Dios tenemos acceso no forzándole, no sometiéndole a nuestros criterios de certeza, sino abriendo nuestro corazón. Así es como se abre el corazón de Dios.

En realidad, Jesús no permanece en el pináculo del templo, sino que al final es exaltado en el alto «pináculo» de la Cruz; aquí se entrega confiadamente en las manos de Dios, que incluso en la muerte no le deja caer, sino que le resucita.

Todo el sentido de esta historia aparece en la primera lectura, que hemos escuchado tomada del Libro del Deuteronomio. Al final, debemos adorar a Dios. Solo reconociendo a Dios, conociéndole y reconociéndole como Dios, adorándole y poniéndonos en sus manos, y aprendiendo de Dios el modo de vivir, estaremos en la verdad. Porque Dios es Dios, nosotros somos las criaturas, y solo estando en la verdad, es decir, viviendo la adoración, vivimos bien y cambiamos el mundo.

Pidamos al Señor que nos ayude a vivir la Verdad, a conocer en él al verdadero Redentor del mundo. Amén.

LA LUZ DE LA TRANSFIGURACIÓN

16 de marzo de 2014, Capilla privada, Monasterio Mater Ecclesiae

II Domingo de Cuaresma (Año A)

Lecturas: Gén 12,1-4; Sal 32; 2 Tim 1,8-10; Mt 17,1-9

Queridos amigos:

La liturgia del domingo pasado estaba marcada por el símbolo, por el lugar del desierto. El desierto, lugar de austeridad, de extrema pobreza creatural, lugar por tanto de la tentación, pero también lugar de apertura a Dios. Un lugar en que solo la nada y Dios se confrontan.

Hoy tenemos otro lugar: la montaña. La montaña es también un símbolo muy importante para la geografía del alma. Comenzamos con la montaña del sacrificio de Abrahán e Isaac, el monte Horeb, el Sinaí y, finalmente, la montaña del templo, donde el cielo y la tierra se tocan. El monte aparece también de nuevo como lugar de oración en la vida de Jesús; Jesús se retira al monte a orar, se retira a las alturas, fuera de las cosas de la vida cotidiana, a la cercanía con Dios. Así, este domingo nos invita a subir con el Señor y sus Apóstoles al monte del encuentro con Dios, a las alturas del Tabor. ¿Cómo hacerlo?

La Iglesia primitiva celebraba la Misa de este domingo comenzando poco después de medianoche y proseguía inicialmente con doce, después con siete lecturas, hasta el domingo por la mañana y terminaba con la ordenación de los sacerdotes. Eran siete lecturas correspondientes a las siete órdenes, cuatro menores y tres mayores, que terminaban con la transfiguración en el monte de la Eucaristía, en el monte de la cercanía con Cristo. Así se expresaba también lo que significa el sacerdocio: ser transparente para la luz de Dios. Podríamos decir que este camino de las siete órdenes refleja no solo el camino hacia el sacerdocio, sino también el camino de la vida cristiana

como tal, con esta ascensión que es también el sentido de la Cuaresma.

Comienza con la orden del ostiario: abrir la puerta a Cristo, tener la sensibilidad de escuchar cuando llama a nuestra puerta, comprender que debemos abrirle, para que entre en nosotros, y por otro lado tener discernimiento, es decir, saber cuándo cerrar y no abrir. Abrir con sabiduría, aprender a discernir, abrir a Cristo y cerrar al mundo. A continuación, la segunda orden, la del exorcista: es decir, aceptar la batalla contra el maligno, contra todos los espíritus de la hipocresía, de la arrogancia, de la mentira, del mal. Después, el lectorado: familiarizarse con la Palabra de Dios, aprender a amar esta Palabra, aprender a comprenderla, a dejarse penetrar por ella. A renglón seguido, el acolitado: llevar la luz de Cristo. El subdiaconado y el diaconado: ser sobre todo siervos; la ascensión cristiana no es como las carreras mundanas que terminan con un puesto en la cima, sino que se termina siendo siervo, esta es la verdadera altura, la altura de Jesucristo, la altura del amor: aquí es donde debemos llegar. Por último, el sacerdocio: es decir, dejarse penetrar por Cristo, dejarse penetrar por la luz de Dios.

En el monte mismo, tal como nos dice el Evangelio, hay dos cosas: por una parte, la luz, de la que yo quisiera hablar hoy y, por otra, la palabra de los profetas; Moisés y Elías hablan con Cristo y muestran así que él es el centro, el verdadero contenido de la Sagrada Escritura, no es solo palabra, sino que es la Palabra de Dios. Y después viene la palabra del Padre —«Este es mi Hijo»— y la nube, que sume a los discípulos en un miedo tremendo, pues esta nube que los envuelve es la misma que aparecía cuando se levantaba la tienda sagrada en el desierto, y la nube de Dios venía y lo cubría todo y mostraba: «¡Aquí está Dios!». Así, después de la palabra: «Este es mi Hijo», viene la nube, que muestra a Cristo mismo como la verdadera tienda de Dios, como el verdadero templo donde habita Dios.

Pero, ahora, veamos qué es la Transfiguración. San Lucas es

aquí el evangelista más preciso, dice: «Mientras Jesús oraba, cambiaba su aspecto». La Transfiguración es un acontecimiento que se produce en la oración. En ella, Cristo se vuelve transparente, se muestra en su verdadera realidad, que es el diálogo con Dios; no solo habla con Dios, sino que es en todo su ser diálogo con el Padre, es todo luz de luz. Así que este transparentarse de luz, hasta el punto de que él mismo es todo luz, muestra quién es realmente Cristo y cómo la oración de Cristo, este intercambio del ser con el Padre, es su verdadera esencia.

¿Qué nos dice esto a nosotros? Los Padres estaban convencidos de que, en el principio, el hombre, antes del pecado, estuvo vestido de luz, de la luz de Dios, y que solo con el pecado, cuando el hombre ya no quiso ser hijo de Dios, sino tomar la vida de sí mismo, perdió esa luz y se convirtió en pura materia animal. El hombre perdió la luz, es decir, la primera vestidura, como dicen los Padres. Y Jesús vino precisamente para restituírnos el verdadero vestido, para revestirnos de nuevo de su luz. Cristo entra en nosotros y así la luz entra en nosotros, y podemos ser revestidos de nuevo de su gloria.

Sobre este punto, nos dice el Apocalipsis que los ángeles y los santos del cielo estarán vestidos de blanco, es decir, de pura luz, como Dios, porque han sido penetrados por la luz divina. Y en el capítulo 7 añade un detalle muy interesante, dice: «Su vestidura es blanca, es luz, porque han lavado sus vestidos en la sangre del Cordero» (cf. Ap 7,9.13-14). Nos gustaría decir: «¡Cómo! La sangre no hace blanco el vestido, ¡no puede ser!». Sin embargo, debemos comprender que no es la sangre material la que purifica; la fuerza redentora, la muerte de Dios, no es el acto de matar, sino el acto interior en el que el odio de los hombres es transformado por Jesús en un acto de amor, en un acto de entrega total al Padre. Este don de sí, que es la verdadera sangre de Cristo, la entrega de Jesús a Dios, es sacar al hombre de su tristeza hacia la luz de Dios; este acto de amor, esta transformación del odio humano en

amor, con la que Jesús se entrega por nosotros al Padre, es el verdadero «lavado», es esa fuerza purificadora que hace luminosos incluso nuestros vestidos, es decir, nuestro ser.

En este sentido, me parece que este texto habla precisamente del misterio de nuestra redención: el mundo está lleno de suciedad, lleno de cosas tristes, pero Cristo vino con esta fuerza «lavadora», por así decirlo, purificadora, que con su inmenso amor es tan grande que es suficiente para lavar a toda la humanidad de esta masa de mentiras, de odio, de todo el mal, que encontramos por todas partes. En la Eucaristía entramos en esta realidad, Jesús nos lleva al interior de este amor suyo y nos lava, y así nos hace de nuevo luz, aunque siempre tengamos necesidad de estar de nuevo en camino para llegar finalmente a la verdadera transfiguración de nuestro ser, a ser luz con la misma Luz.

En el Libro del Éxodo hay un detalle que me parece muy hermoso en este contexto. El Libro del Éxodo dice: «Cuando Moisés bajó de la montaña del Sinaí con las dos tablas del Testimonio en la mano, no sabía que tenía radiante la piel de la cara, por haber hablado con el Señor» (cf. Éx 34,29). Moisés había hablado con Dios y este hablar con Dios había hecho que su piel estuviera radiante. En la Eucaristía, hablamos con Dios y él con nosotros; nos dejamos tocar por su amor, recibimos a Cristo en nosotros, que es pura luz. Pidamos al Señor que nos ayude a fin de que también nosotros estemos un poco radiantes, a que algún rayo de su luz sea visible también en nosotros, cuando bajemos de este encuentro con la Palabra de Dios.

Al principio, he hablado de nuestra «subida»; debemos añadir que la bajada también forma parte de la vocación cristiana. Debemos «subir», pero también y siempre debemos tener de nuevo la humildad, la disponibilidad para «descender», para descender al valle de lo cotidiano, de nuestras ocupaciones diarias. Precisamente en este descenso, en esta humildad para realizar el trabajo de cada día, nos ponemos en el camino de Cristo, porque

Cristo, antes de abrir el camino hacia lo alto, descendió de la gloria de Dios, descendió hasta la Cruz, «se hizo esclavo por nosotros», dice san Pablo (cf. Flp 2,7).

Por tanto, sigamos a Cristo, descendiendo con humildad a realizar cada trabajo en la cotidianidad de nuestra vida, ejercitándola a la luz de Cristo, y así, precisamente mientras descendemos, subiremos también con él.

Pidamos al Señor que su luz penetre en nosotros, pidámosle que nos ayude a descender y a subir, y a llegar al final a estar en su luz. Amén.

ESCUCHAR PARA SALIR Y SER BENDICIÓN

12 de marzo de 2017, Capilla privada, Monasterio Mater
Ecclesiae

II Domingo de Cuaresma (Año A)

Lecturas: Gén 12,1-4; Sal 33 (32); 2 Tim 1,8b-10; Mt 17,1-9

Queridos amigos:

Las tres lecturas de la liturgia de hoy, y también la oración, están dominadas por dos palabras fundamentales: escuchar y ver. Quisiera meditar un poco con vosotros especialmente sobre la palabra escuchar.

En la primera lectura vemos a Abrahán, con quien comienza la historia de la salvación. Nos encontramos después del episodio de la torre de Babel, y Dios se compromete a realizar un nuevo comienzo; Dios comienza de nuevo, porque quiere llegar a la salvación de la humanidad. Pues bien, vemos que Abrahán debe, en primer lugar, escuchar. Escuchar a Dios, que le dice: «¡Sal!», y debe salir, dejar su tierra, para ir hacia la promesa de Dios. El primer punto es, pues, escuchar, y después ir, seguir la voz de Dios. Este imperativo vale también para nosotros: «¡Escucha!». Escuchar lo que Dios dice. No solo escuchar las múltiples voces del mundo, que se nos imponen de un modo cada vez más fuerte y radical, sino escuchar a Dios. ¿Y cómo podemos hacerlo?

El Evangelio de hoy nos da la respuesta: «Este es mi Hijo, el amado, mi predilecto. Escuchadlo». Y la fe de los Apóstoles se transmite, a través de esta escucha pasa a nuestra fe. Dios mismo nos ayuda a todos, habla como hombre con nosotros, para que cada uno de nosotros pueda escuchar y comprender. Por eso, el primer imperativo de nuestra vida humana es escuchar a Cristo. Debemos aprender cada vez de nuevo a escuchar su Palabra, a escucharla con humilde obediencia, a escucharla con disponibilidad de la mente y del corazón. Escuchar. Es fundamental que Dios se haya hecho hombre y hable como

hombre: por eso no permanece como un enigma indescifrable, sino que nos habla realmente a través de Jesús. Este Jesús, a su vez, no está solo, sino que lleva y realiza en sí todo el diálogo de la humanidad con Dios. Al escuchar a Jesús no escuchamos a una persona particular, sino a toda la historia de la verdad, y escuchamos a Dios mismo.

La lectura nos habla a continuación de la respuesta de Abrahán, que parte, sale de su tierra y se va, como el Señor le había ordenado. ¿En qué sentido podemos hacer también nosotros algo semejante? Me parece que debemos recordar el capítulo 11 de la Carta a los Hebreos, donde se describe el camino de los creyentes. Es un texto que relata lo que significa caminar, escuchar, cumplir la voluntad de Dios, y en la riqueza de este camino se comprende lo que es la fe, lo que significa creer. Precisamente en este mismo capítulo se recuerda que Moisés era como un hijo para la hija del Faraón, y pudiendo ser rico y poderoso, prefirió la pobreza y la tristeza de su pueblo a la riqueza de Egipto. Salió del esplendor del palacio para vivir en la pobreza, porque así mantenía la mirada fija en el cumplimiento de la promesa de Dios (cf. Heb 11,24-26).

Me parece que se trata de algo que tiene un valor permanente. Creer es siempre salir de una situación de comodidad hacia la verdad, renunciando a las cosas que ofrecen un placer pasajero. Esto se puede comprobar de muchas maneras. Por ejemplo, vemos políticos que quieren agradar a la mayoría, en vez de construir el bien común, siendo que deberían abandonar siempre esta actitud, no buscar tanto su propio éxito como el verdadero bien. Esta es la decisión fundamental que hay que adoptar. Cuando esto no sucede, vemos cómo el pecado original induce a anteponer el propio éxito a la verdad, a hacer prevalecer la tentación de querer ser bien aceptados por todos sobre la verdad. Pero este no es el camino de la Cruz, es el camino del mal. Creer, en el sentido de la fe de Abrahán, es salir de mi propia voluntad, de la búsqueda del éxito, hacia la verdad. Solo así se salva el mundo, solo así

seguimos el camino correcto.

La segunda lectura lo confirma con el ejemplo de san Pablo. Él, ya en la cárcel, escribe a Timoteo: «Toma parte conmigo en los duros trabajos del Evangelio». Es la disponibilidad a sufrir por la verdad, el sufrimiento por la verdad contrapuesto a la propia comodidad. En la historia, vemos que el honor de la humanidad descansa siempre en la disponibilidad para el martirio. La Iglesia se funda sobre los mártires, que no se someten al yugo del poder, sino que sufren por el Evangelio: así salvan el honor de la verdad, salvan la vida verdadera. Lo vemos bien en la vida del cardenal Ernest Simoni, que fue perseguido por negarse a crear una Iglesia sin el papa ¹³. También para los católicos albaneses fue necesario «salir».

Por último, veamos a dónde conduce el camino de Abrahán, lo que el Señor le promete y lo que también nos promete a nosotros. Le promete descendencia, pero eso no es lo esencial. Lo esencial es: «Serás una bendición y en ti serán bendecidas todas las familias de la tierra». Conocemos personas en nuestra vida que han sido o son como el esplendor del sol, como el agua fresca, son una bendición. Pero el Señor añade: «En ti serán bendecidas todas las familias de la tierra», es decir, la bendición no es solo para Abrahán, sino para los otros. Lo esencial de la bendición es ser para el otro, para los otros. Así, también Jesús vino para ser para nosotros y para todas las familias de la tierra. Ser cristianos no es ser unos afortunados privilegiados. La universalidad, la «catolicidad» es esencial para la correcta perspectiva de la promesa de la salvación. Agradezcamos, pues, al Señor que la Iglesia «católica» exista para bendición de todas las familias de la tierra.

Y concluyo con la oración de este domingo que, como decíamos al principio, contiene las dos palabras fundamentales de esta liturgia: escuchar y ver, contemplar.

«Señor, Padre santo, tú que nos has mandado escuchar a tu Hijo, el predilecto, alimenta nuestro espíritu con tu palabra; así, con

mirada limpia, contemplaremos gozosos la gloria de tu rostro». Amén.

LA TRANSFIGURACIÓN: ESCUCHAR A JESÚS PARA APRENDER EL CAMINO

4 de marzo de 2007, Capilla privada, Palacio Apostólico

II Domingo de Cuaresma (Año C)

Lecturas: Gén 15,5-12.17-18; Flp 3,17.4.1; Lc 9,28-36

Queridos amigos:

Este domingo no tenía misa propia en la antigua liturgia romana. En la noche entre el sábado y el domingo, se celebraba una larga y solemne liturgia, que terminaba el domingo por la mañana. En el curso de esta larga liturgia, se conferían las siete órdenes sagradas, comenzando por el ostiariado, las cuatro órdenes menores, hasta el sacerdocio.

Este ascenso desde el ostiariado hasta el sacerdocio iba acompañado de una escala de lecturas, empezando por el Libro del Deuteronomio hasta la Primera Carta a los Tesalonicenses: «Esta es la voluntad del Señor para con vosotros, vuestra santificación» (cf. 1 Tes 4,1-8), para terminar con el Evangelio de la Transfiguración. Esta escala de siete lecturas, cada una con su responsorio y su oración, era la interpretación espiritual de lo que se realizaba al conferir las órdenes sagradas, y hacía comprender lo que se estaba realizando, la realidad y el compromiso que estaban conectados con estas órdenes. Así, la última lectura, el Evangelio de la Transfiguración, habla esencialmente del misterio de Cristo, pero en esta noche se entendía también como interpretación del sacerdocio, inseparable del misterio de Cristo.

Tal vez podamos ver este Evangelio bajo esta luz, comenzando por el hecho de que Jesús toma aparte a los tres Apóstoles y sube con ellos a la montaña. Esta es la primera condición del sacerdocio: dejarse llevar aparte con Jesús, subir al monte con Jesús, entrar en una comunión muy personal con él, no conocerle solo como le conoce la gente, viéndole aquí y allá de manera

superficial, sino conociéndole a través de un encuentro verdadero, íntimo y personal.

Ocho días antes de la Transfiguración, había tenido lugar la confesión de Pedro: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios», y san Lucas nos dice que esta confesión había surgido en el momento en que habían observado cómo oraba Jesús (cf. Lc 9,18-22). Casi habían entrado en su intimidad, por haber vivido cómo habla el Hijo con el Padre, y así esta oración de Jesús se había vuelto transparente, dejaba transparentar el misterio de comunión entre el Hijo y el Padre. Habían comprendido: es el Hijo quien habla con el Padre. Y trataban de aprender a orar con Jesús para entrar realmente en la comunión con Dios.

Así también la Transfiguración tiene lugar mientras Jesús oraba: en la Transfiguración se hace visible lo que es la oración del Hijo. El Hijo es conversación con el Padre, es Palabra, como dice san Juan, es precisamente este ser en respuesta y Palabra al Padre, es ser luz de luz. En esta interpenetración entre el Hijo y el Padre en el coloquio divino, que es penetración de luz, se hace visible que la luz divina penetra toda la figura de Jesús, porque es la Luz con la Luz, porque, por ser coloquio con el Padre, es precisamente presencia de la luz divina.

Así aparece que el sacerdocio debería ser un participar en el coloquio de Jesús con el Padre y, de este modo, entrar en su luz, dejarnos penetrar también nosotros por su luz, porque solo si nos hacemos luz podremos ser también testigos de la Luz. Y lo que vale específica, sacramentalmente, para el sacerdocio, vale también en un sentido profundo para todos nosotros. Entrar en el coloquio del Hijo con el Padre, aprender de Jesús a hablar con el Padre, dejarnos penetrar por su palabra y así por su luz; transfigurar nuestra vida, que así toma realmente la forma de la imagen de Dios, de la aparición de la luz divina.

A continuación, aparecen Moisés y Elías, es decir, lo esencial de la historia de la salvación, porque a nuestro Dios pertenece su acción en la historia, y aparece una historia centrada en Jesús,

una historia en conversación con Cristo. Los dos grandes testigos, Moisés y los profetas, en el texto griego hablan del «éxodo» de Jesús —no de la «muerte», como se traduce en la versión española que hemos escuchado—. «Éxodo» era la gran palabra clave en la historia de la salvación de Israel.

El éxodo era el camino en el que Israel se convirtió en pueblo, se encontró a sí mismo porque había encontrado a Dios. Era el camino para conocer a Dios: conocer su rostro, conocer su voluntad, y así caminar con Dios y encontrar la tierra, el estar juntos, la libertad y la comunión. Pero este éxodo, este caminar con Dios, este conocimiento de Dios —aprender a caminar con Dios y encontrar así la libertad y la comunión— había quedado incompleto.

Israel había salido de Egipto, había llegado a su propia tierra, pero a menudo se olvidaba de Dios y su vida estaba a menudo lejos de Dios; por eso llega el nuevo exilio, la nueva servidumbre y un nuevo éxodo de retorno, pero siempre bajo la opresión de los grandes poderes. Israel no encuentra la verdadera libertad porque no encuentra la verdadera comunión, y no la encuentra porque no encuentra a Dios. Solo de Dios se pueden aprender todas estas cosas.

Por eso este éxodo, del que Moisés había sido el gran guía, se hace cada vez más profundo, pero sigue siendo solo una imagen, una sombra, no era todavía el verdadero éxodo. Moisés y Elías hablan a Jesús de su éxodo, del verdadero éxodo que es el de Jesús. Ambos han sufrido con Dios y por Dios, son testigos de la Cruz y por eso interpretan lo que es el éxodo con su vida, más que con sus palabras.

Éxodo es comunión con la Cruz y, solo así, liberación de nuestros egoísmos y llegada a la verdadera libertad y a la capacidad de verdadera comunión. El éxodo de Jesús es el éxodo hasta la Cruz y la Resurrección, y siguiendo este éxodo encontramos la libertad y también la comunión. Y vemos que toda la historia de la salvación —podríamos añadir: toda la historia humana— es

conversación con Jesús, una conversación sobre cómo encontrar el camino: solo lo encontraremos conociendo a Dios, viviendo en comunión con Dios y caminando también con Jesús por el camino de la Cruz.

Ahora, permitidme solo una breve alusión a las palabras de san Pedro sobre las «tres tiendas». Una lectura atenta por parte de los exégetas ha descubierto que la confesión de Pedro, ocho días antes de la Transfiguración, tuvo lugar en el *Yom Kippur*, el gran día de la expiación. En efecto, esta declaración de Pedro está muy conectada con el rito del *Yom Kippur*, cuya esencia es pronunciar el nombre misterioso de Dios. En la confesión de Pedro, este acto del sumo sacerdote se convierte en acto de Pedro de un modo nuevo: es pronunciar la divinidad de Jesús y, así, hacer realmente presente en la tierra el nombre de Jesús, Dios mismo.

Al día del *Yom Kippur*, día de la expiación, le sigue la «Fiesta de las Chozas». Se consideraba que las tiendas —las «chozas»— prefiguraban la libertad, una vida en libertad, belleza y alegría. Así pues, la fiesta de las chozas se consideraba también como el momento del regreso, de la llegada del Mesías, de la libertad definitiva, cuando el éxodo hubiera alcanzado realmente su meta.

Pedro, al ver a Jesús con Moisés y Elías, con toda la historia de la salvación, el día de las chozas dice: «Construyamos aquí tres tiendas, porque la fiesta final de las chozas, la libertad definitiva, parece haber llegado aquí». Pero Jesús hace comprender a los Apóstoles que todavía están en camino y las tiendas son un signo de provisionalidad; todavía viven en esta provisionalidad del caminar con Jesús y también con su pasión.

Un último punto, la nube de la que sale la voz del Padre: «¡Este es mi Hijo, escuchadle!». Por hacer otra referencia al Antiguo Testamento, los exégetas han mostrado que toda esta narración, de la subida de Jesús con los tres Apóstoles, es un eco de aquella otra narración del Antiguo Testamento, cuando Moisés con Aarón y Jur suben al monte Sinaí, y Moisés desaparece en la nube y allí recibe la Torá, la Palabra de Dios.

Ahora bien, esta conclusión de la Transfiguración, con la palabra que sale de la nube, nos hace comprender que Jesús es la Torá. La Torá de Moisés era solo una palabra provisional, para un tiempo de provisionalidad. Jesús es la verdadera Torá, es la Palabra de Dios encarnada, su Palabra viva. Todo lo cual se concentra en este imperativo divino —«Este es el Hijo, él es mi palabra, ¡escuchadle!»— es el imperativo de este domingo, y era también el imperativo para los nuevos sacerdotes ordenados, como lema para toda su vida: estar a la escucha de Jesús y aprender así el Camino, aprender el camino de la libertad. Y es también el imperativo para nosotros, es precisamente el programa de la Cuaresma: escuchar a Jesús, estar a su escucha y aprender así a caminar por la senda de la verdadera libertad. Amén.

ENTRAR EN LA LUZ, CONVERTIRSE EN LUZ

21 de febrero de 2016, Capilla privada, Monasterio Mater Ecclesiae

II Domingo de Cuaresma (Año C)

Lecturas: Gén 15,5-12.17-18; Sal 27 (26); Flp 3,17.4.1; Lc 9,28b-36

Queridos amigos:

El Evangelio de hoy es muy rico en símbolos, en palabras esenciales: la luz, la nube, la voz del cielo, y otros así. Quisiera reflexionar un poco con vosotros sobre tres de ellos.

En primer lugar: la luz. Jesús sube a lo alto de la montaña con estos tres Apóstoles: Juan, Pedro y Santiago. Es la misma compañía con la que subirá a otro monte, el de los Olivos. Mientras que aquí Jesús se muestra en toda su belleza, su gloria, en el Monte de los Olivos los mismos Apóstoles verán en la oración de Jesús su pasión, el misterio del mal y nuestra redención. Aquí es importante observar lo que san Lucas nos dice y no se dice en los otros Evangelios, a saber, cómo sucedió la Transfiguración. San Lucas dice: «Y, mientras oraba, el aspecto de su rostro cambió», es decir, se trata de un acontecimiento de oración. La Transfiguración tiene lugar en el momento de la oración, la oración es transfiguración, es decir, entrar en la luz del Padre, ser penetrados por la luz del Padre. Jesús está en un intercambio con el Padre. El *Logos*, la Palabra, habla al final con el Padre, es transparente, es luz viva, en su oración hace visible al Padre. Este es el punto importante: la Transfiguración hace simplemente visible la realidad de la oración de Jesús, de su estar con el Padre. Así se puede comprender lo que es esencial en Jesús.

En los debates actuales sobre la figura de Jesús de Nazaret hay muchas hipótesis sobre lo que es esencial, sobre lo que es característico en Jesús. Ahora está claro que lo esencial es precisamente ese estar suyo en relación permanente con el Padre,

su relación única y específica con Dios: solo así es verdaderamente el Revelador de Dios. La Torá había dicho que Moisés hablaba con Dios como un amigo (cf. Éx 33,11) y que, por consiguiente, era el modelo del verdadero profeta. En efecto, se decía que el verdadero profeta sería como Moisés, que hablaba con Dios como un amigo. Pero Jesús habla con Dios no solo como un amigo, sino como hijo, y así, viéndole cara a cara, corazón a corazón, está sumergido en la luz de Dios. Como dice san Juan en el primer capítulo de su Evangelio, solo él ha visto a Dios y puede decir quién es Dios, puede revelar el rostro de Dios (cf. Jn 1,18). San Juan dice también de él que es «luz de luz» (cf. Jn 1,4.5.9; 8.12ss; 1 Jn 1,5), e interpreta así este misterio, que Jesús, por estar en diálogo inmediato con el Padre —como luz de luz, corazón de corazón—, es el Revelador, el Hijo de Dios.

Precisamente en este mismo momento de la Transfiguración, que tiene lugar ocho días después de la confesión de Pedro, se hace visible lo que Pedro había confesado: «¡Tú eres el Hijo de Dios!». Jesús, por ser luz de luz, se sumerge en la luz divina durante la oración. Así, mientras aprendemos quién es Jesús, también podemos aprender a orar. ¿Qué es la oración? Es entrar en la luz de Dios; es dejarse transformar por la luz de Dios. Ciertamente, la oración de Jesús es única, porque el Hijo es uno con el Padre, es *Logos*, Verbo, Alfa y Omega. Sin embargo, Jesús es también hombre y, por tanto, atrae al hombre, a nuestra naturaleza humana, a esta unidad con Dios. Así, podemos orar también nosotros, entrando en comunión con Jesús. Aprender a orar significa entrar en comunión con Jesús, que nos hace avanzar y nos ilumina con la luz divina, hace que nosotros mismos nos convirtamos en luz.

Pidamos, pues, al Señor que nos ayude a conocer a Jesús, a amarle más y, así, entrar en Jesús y comenzar a ver a Dios, a vivir con Dios, a transformarnos nosotros mismos en luz. Hay un himno del Breviario que dice: «Nadie en presencia de la luz puede rezar permaneciendo en contraste con la luz. Si entramos en la

luz, nosotros mismos nos convertimos en luz, la luz nos purifica, nos ilumina» ¹⁴ . ¡Pidamos al Señor que podamos entrar en su luz; ser iluminados, purificados, en comunión con Jesús!

El segundo aspecto sobre el que quería reflexionar con vosotros es que Jesús habla también con los hombres: Moisés, Elías, la Ley, los profetas, todo el Antiguo Testamento. A primera vista esto parece un poco contradictorio: Jesús habla con el Padre y no con el hombre. Pero no, no es contradictorio. Jesús, al hablar con el Padre, habla con nosotros, y al hablar con nosotros habla con el Padre, porque nos atrae al Padre. Me parece algo muy hermoso que en la intimidad de Dios, donde hablan el Hijo y el Padre, hablen de nosotros. Es fascinante: precisamente allí donde Dios es él mismo, en su intimidad, habla de nosotros. Así estamos seguros de que estamos en sus manos, en su luz. Y también en esta ocasión es san Lucas el único que insinúa de qué hablaban. Hablaban del «éxodo» de Jesús. El éxodo de Moisés que sacó a Israel de Egipto es la cena pascual, el éxodo del paso de la esclavitud a la libertad, pero también el éxodo de la pasión en el desierto, en la pobreza, en medio de peligros. El éxodo es pasión y alegría a la vez. Así, el éxodo de Jesús es éxodo en la Cruz, porque la Cruz es el éxodo de Jesús; sin embargo, también es Resurrección, también es gloria, porque en la Cruz se realiza el éxodo a la Resurrección, a la novedad, a la gloria.

Así, en pocas palabras, san Lucas nos ha explicado el misterio de Jesús y también ha respondido a la pregunta que nos habíamos planteado el domingo pasado sobre el Antiguo Testamento ¹⁵ . ¿Se cumplieron o no las promesas en Jesús? ¿Vino el Mesías o no? Parece que no, porque no ha llegado la paz eterna, no ha llegado el mundo paradisíaco: hay hambre, sigue todo el sufrimiento como antes, es más, está creciendo. Sin embargo, Jesús es la plenitud de las promesas, porque las promesas de Dios eran diferentes. Dios no nos promete la comodidad, un mundo cómodo, sino que nos promete el éxodo, la transformación de nuestra vida. Moisés y Elías son testigos de la Pasión, también ellos son dos personajes

de pasión. Sabemos cómo sufrió Moisés, hasta tal punto que llegó a decir: «¡Destruyeme a mí para no destruir a todo el pueblo!» (cf. Dt 9,28); sabemos cómo entró en el desierto, en el misterio de la Cruz, y al final quedó excluido de la Tierra Santa. Elías es también un hombre apasionado. Ambos no solo hablan, sino que son testigos del éxodo, nos enseñan a estudiar, a aprender, a leer el Antiguo Testamento del modo adecuado. Leyéndolo de un modo nuevo con Cristo, vemos que Dios promete precisamente esto: la Cruz, y con ella la novedad. Dios no viene como un emperador con un gran ejército. Dios viene como cordero entre lobos, por el camino del amor. Él es el cordero pascual, y esta es precisamente la novedad de Dios: que un cordero entre lobos renueva el mundo. También nosotros somos a imagen de él si somos corderos en su camino, el camino de la Cruz, y entramos así en el misterio de la luz. Este es el misterio de Dios que nos ocupa toda la vida y que nunca podremos comprender del todo. Pero dejémonos tocar de nuevo el corazón por este hecho: Dios viene como cordero, esta es la promesa, y así nos renueva, transforma el mundo y, poco a poco, en silencio, en medio de todos los sufrimientos, crece el mundo del amor, el verdadero mundo de Dios.

Por último, una tercera palabra. Desde la nube, símbolo del misterio de Dios, de su grandeza, llega la voz: «¡Escuchadle!». Se ha observado con razón que esta ascensión de Jesús al monte de la Transfiguración está narrada sobre el modelo de la ascensión de Moisés al Sinaí y la renueva. En el Sinaí, Moisés recibió las tablas de la Ley, y nosotros recibimos la palabra: «¡Escuchadle!». Esto significa que la verdadera Torá, la verdadera Ley del Señor, el verdadero don de Dios es Jesús en persona. Nosotros no tenemos ya tablas escritas, sino que tenemos a Jesús, que es la Palabra. Así, vemos que en él ha llegado realmente esta ascensión a su fin: Jesús es la Palabra viva de Dios. Este es también el mayor consuelo: no estamos atados a tablas de piedra, ¡porque Jesús tiene un corazón! Debemos aprender a amar este corazón de Jesús: así escucharemos a Dios y estaremos en la luz.

Pidamos al Señor que nos ayude a conocer verdaderamente su corazón y a estar así en la plenitud de la luz divina. Amén.

LA SAMARITANA Y EL POZO DEL AGUA VIVA

23 de marzo de 2014, Capilla privada, Monasterio Mater
Ecclesiae

III domingo de Cuaresma (Año A)

Lecturas: Éx 17,3-7; Sal 94; Rom 5,1-2.5-8; Jn 4,5-42

Queridos amigos:

En los grandes discursos de Jesús que nos ofrece san Juan, aparecen las imágenes de los elementos fundamentales de la vida humana: el agua, la luz, el pan, el vino. Estos elementos fundamentales de nuestra vida biológica se convierten también, desde la perspectiva de Jesús, en elementos del sacramento, en modo de encontrarnos con Dios.

En todo pueblo que, como Israel, estaba siempre expuesto al desierto y, por tanto, al problema de la falta de agua, se percibía en toda su grandeza precisamente el don mismo del agua: solo el agua da vida, y un pozo que no se seca en tiempos de calor, un pozo que siempre da agua, agua fresca, agua no envenenada, es un don, un don de vida: así, quien haya creado y construido el pozo es realmente un padre. Jacob, al dar el pozo a Israel, sigue siendo un padre, porque su don de vida, el don del agua que nos ofrece, permanece para siempre.

El hombre necesita agua, el agua es vida. Sin embargo, sentimos que nuestra sed es más profunda, porque nuestra vida no es solo biológica, el hombre no es solo biología, es también alma y espíritu. Por eso nuestra sed es más profunda, deseamos profundamente la vida; el agua es vida, pero deseamos una vida todavía más radical, nuestra sed del corazón busca la Vida misma.

Hasta las perversiones de la sed, que estamos viendo en nuestros días, demuestran precisamente que esta sed de la Vida misma, del Infinito, del Bien absoluto, está arraigada en el corazón humano. ¿Cómo encontrar esta agua que es la Vida

misma? ¿En qué consiste? ¿Dónde la encontramos? Es evidente que el agua, la vida que nosotros queremos, que necesitamos, es el amor verdadero, la felicidad, la verdad, la luz. Solo pueden ser verdaderos padres de la humanidad las personas que nos dan esta vida, que hacen brotar fuentes de agua verdadera, del agua de la Vida: también aquí aparece que esta sed tiene que ver con Dios.

En la conversación entre Jesús y la samaritana van apareciendo poco a poco estos problemas, aparecen sobre todo dos preguntas. La primera es la cuestión de la culpa, de las destrucciones en nuestra vida, que nos hacen incapaces de sacar esta agua. Así como en nuestra vida física puede haber fracturas de cadera, de espalda, etc., puede haber ceguera, falta de oído, también en nuestra vida más profunda, en la vida del corazón, puede haber enfermedades por las que ya no podemos movernos, ya no podemos oír, ver; así surge la pregunta sobre quién nos ayudará, quién nos salvará, para que podamos acceder al agua que da la vida.

Pero junto a la cuestión de la salvación, de la restitución de la verdadera vida a nosotros mismos, se manifiesta con una grandeza absoluta el problema de Dios: ¿existe Dios? Y si existe, ¿dónde lo encontramos? Solo si existe Dios, existe esta agua. Empleando otras palabras, Jesús le hace comprender a la Samaritana que el agua verdadera, la que el hombre necesita, solo puede venir del Dios verdadero. Así que al final aparece que él, Jesús, es la fuente, la fuente del agua viva. Así también queda claro que su Espíritu aparece en el misterio trinitario, que el Padre nos da en el Hijo el Espíritu y de este modo nos da la Vida, la fuente de la verdadera vida, del agua verdadera.

Pero la cuestión sigue siendo cómo llegar a esta vida. ¿Dónde está el pozo? ¿Dónde encontramos los medios para sacar esta agua de las profundidades? Solo por nosotros mismos no somos capaces de llegar a esa profundidad y extraer la Vida. La respuesta esencial es que Jesús, en su Espíritu, es la Vida; en

Jesús ha llegado el agua de la vida, se ha hecho accesible a nosotros.

Sin embargo, incluso a lo largo de toda la historia de la humanidad, necesitamos constructores de pozos, de aquellos que nos ayudan a encontrar esta Vida y nos dan los medios para extraerla. Naturalmente, el pozo más real, verdadero, esencial, es la misma Escritura, es la Palabra de Dios, a la que accedemos para beber el agua de la vida. Pero la misma Sagrada Escritura es un pozo profundo y por eso necesitamos también otras ayudas.

Por eso, en la historia de la Iglesia, los grandes santos, los grandes doctores, los grandes maestros de la fe son estos constructores de pozos, que nos ayudan y se convierten para nosotros en padres de la vida. Pensemos en los Padres y Doctores de la Iglesia como san Agustín, Buenaventura, Tomás de Aquino; y también en san Francisco, santo Domingo, santa Teresa de Ávila y san Juan de la Cruz, hasta nuestros días. San Juan Bosco fue un verdadero constructor de pozos de agua viva, que nos ayuda, y también otros más cercanos a nosotros fueron también verdaderos constructores de pozos, que nos dieron también los medios para sacar agua de lo profundo. El Evangelio de hoy nos invita a conversar a menudo con ellos, a ir con ellos a la fuente del agua, con ellos a encontrar el agua viva que nos da la vida. En este tiempo de Cuaresma, queremos aprender de nuevo a ir al pozo, a beber del agua de la vida, del agua que es vida de la Vida misma, y también a guiar a otros a este pozo y, a pesar de toda nuestra debilidad, ayudar a otros a tomar, a sacar agua de las profundidades de la Palabra de Dios y encontrar así la Vida.

Jesús da todavía un paso más allá en la conversación con la samaritana. No solo nos hace comprender que con él el agua viva, Dios mismo, ha entrado en la historia, y con sus amigos, con sus discípulos, podemos sacar esta agua, sino que dice algo más: no se adorará en este o aquel monte, sino que se adorará «en espíritu y en verdad». Con Jesús comienza un nuevo período de la relación del hombre con Dios. Estos montes —Garizín, Jerusalén— son

representantes de las culturas religiosas, que, en una primera fase de la historia humana, sirvieron para encontrar el acceso al agua viva. Ahora, con Jesús, ha comenzado un nuevo período: ya no tenemos que restringir nuestra fe a un único tipo cultural y humano, sino que podemos salir de estas formas culturales e históricas de la religión, y llegar al mismo Dios vivo en Cristo Jesús, en quien vamos más allá de las culturas religiosas, a la Verdad del Dios que él mismo personifica y muestra.

Esta es la verdadera novedad del «ahora» de Jesús: ya no estamos encerrados solo en formas culturales, en las que Dios permanece encerrado y limitado. Jesús ha abierto esta frontera, él mismo es Dios con su rostro. El verdadero Dios se muestra en este hombre Jesús, habla con nosotros, se hace agua viva con nosotros. Por eso se renueva siempre la invitación a salir de todas las culturas nacionales, de todas las estructuras culturales hacia Jesús mismo y así hacia Dios mismo, orando en espíritu y en verdad. «En espíritu y en verdad» no es un programa ilustrado, como algunos han dicho —a saber, dejaríamos las religiones para pensar solo racionalmente—, sino que espíritu y verdad son el nombre de Cristo y de su Espíritu. Pidamos, pues, al Señor que todos nos encontremos siempre unidos de nuevo, saliendo de las tradiciones culturales, para llegar a la verdad del Espíritu de Dios, y crear así la unidad de la Iglesia y, en definitiva, la unidad de toda la humanidad. Ciertamente, siempre tendremos determinadas formas históricas y culturales, y eso también está bien, pero es importante que no sean la última palabra, que a través de esas estructuras se vaya a la realidad misma, al Espíritu, a la Verdad, a Cristo, el verdadero Hijo de Dios.

Todavía me gustaría tocar el último punto de este Evangelio. La mujer samaritana ha contado a sus conciudadanos lo que había sucedido, y que ha comprendido que tal vez Jesús sea realmente el Mesías, el Dios que se muestra y nos salva de todas nuestras dificultades y pecados. Sus conciudadanos acuden e invitan a Jesús a estar con ellos, y al cabo de unos días dicen: «Ya no

creemos por lo que tú [la samaritana] dices; nosotros mismos lo hemos oído y sabemos que él es de verdad el Salvador del mundo».

Dicho con otras palabras, de una fe «de segunda mano» han llegado a una fe «de primera mano», no creen solo porque lo diga otro, ya no son con-creyentes con alguien que tiene una fe propia, porque ahora saben que él es el Mesías, han llegado a una fe, a un encuentro personal, directo, inmediato con Cristo Jesús: creen «de primera mano». Este movimiento es importante para todos nosotros: empezamos confiando en nuestros maestros y en otras personas, creemos con ellos y porque ellos han creído; pero es importante que lleguemos a un encuentro personal con Jesús y en este encuentro le veamos realmente, le toquemos, y podamos comprender que él es nuestro Salvador y el Salvador del mundo. Así vivimos con una fe «de primera mano», una fe que no se apoya solo en los otros, sino con la que nosotros mismos somos tocados en el corazón por la persona misma de Jesús. Ciertamente, siempre estamos en camino, siempre necesitamos a la gran comunidad de la Iglesia para poder ver a Jesús, pero también debemos estar siempre en camino hacia una conversión profunda y personal, hacia un conocimiento personal de Jesús y, de este modo, hacia una fe convencida, que también pueda iluminar a los otros.

Demos gracias en este día a Dios, que nos ha dado la fuente de agua viva, que nos da pozos, que nos da los medios para llegar a su Verdad, a la profundidad de su Palabra. Demos gracias porque él mismo se ha manifestado y nos regala el don del agua de la vida, la Vida misma.

Y oremos para que lleguemos a conocerle cada vez más, y así imitarle a él, que es el único que nos salva, que nos salva a todos. Amén.

EL DECÁLOGO Y EL CUMPLIMIENTO DE LA LEY

8 de marzo de 2015, Capilla privada, Monasterio Mater Ecclesiae

III Domingo de Cuaresma (Año B)

Lecturas: Éx 20,1-17; Sal 18; 1 Cor 1,22-25; Jn 2,13-25

Queridos amigos:

La liturgia de hoy nos ofrece en la primera lectura un texto central, yo diría que el texto central del Antiguo Testamento, el Decálogo, es decir, el contenido de la relación de alianza entre Dios y el hombre. ¿Cuál es esta alianza, este contenido? La primera consideración es que aquí no se trata de un pacto, de un entendimiento bilateral entre partes iguales, porque Dios es el creador, el inmenso, no está en el mismo plano que nosotros. Se trata en realidad de un don, de una disposición en la que Dios nos revela cómo vivir como hombres, nos enseña el arte de vivir, nos revela cuál es el camino hacia la felicidad. Por tanto, el Decálogo no es de por sí una alianza entre dos iguales. Los Padres de la Iglesia y toda la tradición no hablaron, con razón, de alianza, sino de testamento. Es una disposición de Dios para con nosotros: él prepara los hechos y después participa y hace posible la alianza.

Naturalmente, la impresión del hombre moderno es que, así las cosas, no estamos ante un entendimiento, no se trata de una verdadera alianza; porque es una disposición, una imposición —se piensa hoy— de una ley. Esto provoca una oposición. El hombre se opone, porque no quiere estar bajo una ley, sino al mismo nivel que Dios. Pero aquí ya hay un error fundamental, porque no se trata de una ley en el sentido de una imposición de una voluntad ajena a la mía, de una voluntad dominante, que constituiría, por tanto, una esclavitud para mi voluntad. Al contrario, Dios nos muestra qué es verdaderamente lo íntimo de nuestra propia

voluntad, nos revela precisamente cómo vivir. Por consiguiente, no es una ley en sentido negativo, sino una revelación, una autorrevelación de Dios en la que al mismo tiempo se clarifica nuestro ser, porque nuestra voluntad es una voluntad creada y solo encuentra su camino en el consenso con la voluntad del Dios creador. Es un don, es una revelación, pero es también una promesa, porque significa que vivir así es vivir en el camino adecuado, en el camino de la vida. Así pues, yo diría que debemos sustituir, por un lado, la palabra «alianza» por la palabra «testamento», pero, por otro lado, también la palabra «ley» por las palabras «don» y «revelación», y también «promesa», porque la «ley» también es al mismo tiempo «promesa».

Ahora se plantea la pregunta concreta: ¿cuál es el contenido de este testamento de Dios, qué camino nos muestra? Un primer punto es que estas diez palabras se dividen en dos partes: la relación con Dios y la relación con el hombre. Nos describen fundamentalmente el doble amor de Dios y del hombre, en este sentido constituyen también una geografía del amor: nos ofrecen la indicación del camino en la geografía del amor. En realidad, son una concretización del doble mandamiento del amor, por tanto de lo esencial de todo, y recíprocamente en esas palabras encontramos verdaderamente todo.

Fijémonos ahora en algunos detalles de estas dos tablas sobre el amor a Dios y al prójimo. Leyendo el texto vemos una desproporción entre la primera tabla, sobre Dios, y la segunda tabla, sobre el hombre. Mientras que en la segunda tabla tenemos hechos muy concretos —no robar, no cometer adulterio, etc.—, la primera se presenta como un tratado sobre Dios. Esta desproporción es importante, porque de este modo aparece que ante todo es esencial la correcta relación con Dios. Si Dios no existe, lo demás ya no funciona, ya no tiene consistencia, como vemos hoy: donde se quita a Dios, todo lo demás deja de tener consistencia. Es esencial, en todos los sentidos, que primero Dios esté presente y se conozca el rostro del Dios verdadero.

Concretando más, vemos que hay una indicación fundamental sobre Dios: ¡solo hay un Dios! Esta es la afirmación que está en la base del Decálogo y de todo el Antiguo Testamento. De ahí se deduce que el hombre es libre, porque el mundo ya no está lleno de demonios, de espíritus, sino que es Dios quien lo gobierna. Solo hay un Dios, y conducir a este monoteísmo, a esta adoración a un Dios único, es fundamental para liberar a los hombres. A continuación, a propósito de Dios, siguen tres puntos concretos.

El primero es no hacer imágenes. Esto sorprende, pero es totalmente lógico. Si el hombre, sin conocer a Dios, empieza a hacer imágenes, en realidad hace a Dios a su imagen y se adora a sí mismo; no sale de sí mismo, sino que reduce a Dios a sí mismo; ya no hay hombre a imagen de Dios, sino Dios a imagen del hombre. Por consiguiente, las imágenes deben desaparecer y ser sustituidas por la palabra, escrita —como dice el Libro— por la mano de Dios en estas piedras. La imagen debe ser sustituida por la palabra. La palabra, en cierto modo, nos aleja de Dios: aparece así la grandeza del misterio, Dios es siempre un misterio muy elevado. Pero así, mientras por un lado crece el misterio de Dios, hasta tal punto que no podemos imaginarlo, porque es inmenso, sobre todo con respecto a nuestras ideas, a nuestras imaginaciones, y crece la distancia; por otro lado hay una cercanía mucho mayor, porque ahora vemos, escuchamos lo que Dios dice, y así al hombre le aparece el pensamiento, lo íntimo de Dios. La palabra es, por una parte, un misterio mayor, pero, por otra, también implica una cercanía mayor. Dios habla, y así habla también a nuestra razón, a nuestra voluntad. La sustitución de las imágenes por la palabra significa que también nuestra racionalidad se ve desafiada, porque hace a Dios racional, en conversación con nuestra razón. Esto constituye un paso muy importante en la historia, porque así desaparecen los demonios, los espíritus, y queda el *Logos*, la palabra, la razón eterna en relación con la nuestra; en consecuencia, todo el mundo está abierto para nosotros. Sabemos que fue precisamente el

cristianismo el que difundió el monoteísmo en el mundo antiguo, y esto era una liberación, porque el mundo estaba lleno de demonios, de espíritus contra los que el hombre tenía que asegurarse. Lo mismo ocurre hoy: el problema del desarrollo en diversas partes de la tierra es este, el de un mundo lleno de demonios, de espíritus que bloquean la racionalidad del hombre e impiden su liberación. Decir: «Solo hay un Dios *Logos* y los otros no existen» es liberación del hombre y apertura del mundo a la racionalidad. Este es el primer paso, muy importante, que se realiza con la sustitución de las imágenes por la palabra.

El segundo punto es que Dios tiene un nombre, o mejor, que se da un nombre, es decir, que se pone en relación con nosotros. Si conozco a un hombre y su nombre, puedo llamarle, porque nombre significa relación. Así, Dios se coloca en una posición de accesibilidad, entra en la red de nuestras amistades; al tener un nombre es casi uno de nosotros. En cierto modo, esto anticipa el acontecimiento de la Encarnación y, naturalmente, también implica vulnerabilidad. Cuando Dios se da a sí mismo un nombre es como uno de nosotros, hasta tal punto que este nombre casi puede ser ensuciado, ofendido, como de hecho lo fue. Así que no ensuciar, sino defender su nombre es un mandato eterno para todos nosotros.

El tercer punto es el sábado. El sábado significa que Dios es Creador, y la creación está hecha precisamente para una alianza, para un pacto entre Dios y los hombres. El sábado es el día de la libertad para los hombres, incluso para los esclavos. Esto es esencial, porque así es como el hombre entra verdaderamente en su ser imagen de Dios. Es un día de libertad y de alegría, porque somos criaturas de Dios, somos amigos.

Estas son las palabras de la primera tabla. No podemos profundizar ahora en la segunda. Con todo, nos preguntamos: «Entonces, si esto es el Antiguo Testamento, ¿está abolido o no? ¿Está superado o vale también para el presente?». En el Evangelio de Mateo, Jesús nos dice: «No he venido a abolir [la

Ley], sino a darle cumplimiento» (cf. Mt 5,17). ¿En qué consiste este cumplimiento? Aquí podemos recordar la verdadera relación entre el Antiguo y el Nuevo Testamento: retomémosla también en tres puntos.

Primero: nada de imágenes, sustitución de las imágenes por la palabra. Sí, Dios sigue siendo Palabra, pero la Palabra toma carne y así Dios se hace visible. En el rostro de Cristo vemos a Dios mismo; ya no es totalmente inimaginable. Puesto que en el rostro de Cristo vemos a Dios mismo, ahora son posibles las imágenes: imágenes no inventadas por nosotros, sino imágenes en las que Dios aparece realmente con nosotros. La encarnación de Cristo supera las prohibiciones de las imágenes. En el cristianismo, la imagen es esencial, porque Cristo es la visibilidad de Dios. Y, sin embargo, el modo en que Dios mismo se muestra ha sido renovado. El nuevo nivel y su continuidad residen en el hecho de que si Cristo es la imagen, nosotros somos a imagen de Cristo y estamos llamados a ver y buscar el rostro de Cristo, a configurarnos con Cristo, y así nosotros mismos nos convertimos en verdaderas imágenes de Dios.

Segundo punto: el nombre. En el Nuevo Testamento, el mismo nombre debe concretizarse de un modo nuevo. Dios es «¡Yo soy!», pero ahora añade una palabra, otro verbo al «Yo soy», a saber, «Yo soy y salvo». Dios es salvador ¹⁶. Ahora el nombre es mucho más concreto: Jesús mismo es el nombre, se entrega en nuestras manos y se vuelve todavía más vulnerable. Veámosle, amémosle e intentemos ser verdaderamente amigos del Señor alabando al Señor Jesús: ¡este es el nombre que salva!

Tercer punto: el sábado. El sábado que viene de la Creación se funda precisamente en el ser mismo, y, sin embargo, debe ser superado por el domingo, por el momento del encuentro con el Resucitado. Sí, el sentido del sábado permanece, el «día de Dios» en lo esencial permanece. Pero ha sido renovado, porque ahora se abre la puerta a la nueva Creación, la de la Resurrección. El nuevo sábado, el domingo, como día del encuentro con Cristo

resucitado, abre el tiempo a la eternidad. Irrumpe un tiempo nuevo; con la celebración de la Eucaristía dominical, el Resucitado se entrega en nuestras manos.

Así, todo es nuevo, pero todo permanece. Continuidad: no abolición, sino cumplimiento. Al final podemos decir que el Decálogo es carne en Cristo mismo. Podemos decir que el Decálogo significa amar a Cristo, vivir con Cristo.

Pidamos al Señor que nos ayude a estar cada vez más en el camino de su Palabra y a entregar a ella nuestra carne.

Pidámosle que nos ayude a conocerle y a vivir en amistad con él y, así, en la verdad más profunda de toda redención. Amén.

«YO SOY». EL DIOS QUE NOS MIRA Y AL QUE PODEMOS LLAMAR

28 de febrero de 2016, Capilla privada, Monasterio Mater
Ecclesiae

III Domingo de Cuaresma (Año C)

Lecturas: Éx 3,1-8.13-15; Sal 103 (102); 1 Cor 10,1-6.10-12; Lc 13,1-9

Queridos amigos:

La liturgia nos propone hoy como primera lectura un texto fundamental de la Sagrada Escritura. Este texto nos muestra la unidad profunda de toda la Escritura, de la historia de Dios con nosotros, y también la centralidad de Cristo desde el principio. Es la historia de la vocación de Moisés. Veamos, con un poco de atención, la situación en la que se inserta.

Israel vive en Egipto una dura esclavitud; parece que ha sido olvidado por Dios, que ya no parece existir, que ya no parece conocer a Israel. Moisés, tras huir de Egipto, se encuentra ahora pastoreando las ovejas de su suegro; también él parece olvidado por Dios. Pero mientras pastorea los rebaños, se dirige al monte de Dios, ve la zarza ardiente y desde ella oye una voz que le llama: precisamente él debería ser la persona que va a liberar a Israel. Parece absurdo: un hombre fugitivo, un hombre sin poder, un hombre perseguido por el rey de Egipto, no amado por los israelitas... ¿cómo podría cumplir esta misión? Por eso responde a Dios: «¡Si quieres enviarme, haz algo! Necesito legitimación, debo decir por qué Dios soy enviado. Vivimos en un mundo donde hay muchas divinidades, no puedo decir que ‘Dios’ me envía, debo decir qué Dios y qué poder tiene». Así se plantea la cuestión del nombre. Se trata de una divinidad del «Panteón»; pero ¿cuál y con qué poder, con qué facultades?

La respuesta es sorprendente, porque lo que Dios da no es un nombre. Dice: «Yo soy», «Yo soy el que soy». Pero esto no es un

nombre, se podría decir que es un no-nombre. Al decir esto, Dios está diciendo: «Yo no soy un dios, una de las divinidades, soy ‘el’ Dios». «El» Dios no es «un» dios: él está más allá, no tiene un nombre como los otros, está por encima de los otros, por eso no tiene nombre. Precisamente esto, el hecho de que no tenga nombre, demuestra que es «el» Dios, no «un» dios. Y, sin embargo, este no-nombre, con el que sale de la multiplicidad de las divinidades, manifestándose no como uno de los dioses, sino como el Dios que es único, en cierto sentido es un nombre: «Yo soy». Este es el hecho grandioso: el Dios que no tiene un nombre como los otros, sin embargo se hace nombrar precisamente así. Así pues, subsiste este misterio del nombre, que no es un nombre.

Israel ha respetado este misterio a lo largo de su historia, incluso respetando el segundo mandamiento: nunca se ha atrevido a pronunciar este «Yahvé». En los manuscritos se ha utilizado una palabra que se lee «Adonai» —el Señor— y en la traducción griega se sustituye por *Kyrios* —que significa «el Señor»—. Así vemos que aquel que tiene un nombre que no es un nombre es el Señor, y el Señor en el Nuevo Testamento se revela como Cristo. Con la no pronunciación del nombre y la transformación del nombre en la palabra *Kyrios*, «Señor», a partir del Sinaí se abre el camino que llega a Cristo como el verdadero nombre de Dios.

Pero intentemos ver con más atención lo que dice este «Yo soy». A lo largo de la historia ha habido muchas interpretaciones. Los Padres vieron en él una identidad con la filosofía platónica: Dios es el Ser mismo. Para ellos aquí se encuentra el puente entre el pensamiento griego y la revelación bíblica, entre la filosofía y la Revelación, entre la Revelación, la fe y la razón. En sustancia, atinaron. Más tarde, en el siglo pasado, vinieron otras interpretaciones: una existencialista y otra marxista. Pero el verdadero intérprete del nombre es la Escritura misma, en particular con Isaías, que siempre centra su discurso profético en este nombre. Llama a Dios como Aquel que es: «Yo soy». Todas las

cosas van y vienen, pasan, llegan, han pasado y comienzan de nuevo, pasan de nuevo; «Yo soy», Dios, está siempre presente. Las cosas pueden ser pasadas y futuras, Dios está presente: «Yo soy». Por eso, en Isaías, «Yo soy» se convierte verdaderamente en la definición de Dios. Así pues, por este camino nos encontramos de nuevo ante la unidad de los dos Testamentos. Cuando Cristo dice: «Antes que Abrahán existiera, yo soy» (Jn 8,58), se inserta en esta misma historia. El Señor dice varias veces en el Evangelio de Juan: «Yo soy», identificándose así con el Dios del Horeb, con el Dios de todos los tiempos, con el Dios que siempre es. Mientras que las cosas pasan, solo el Señor es presencia permanente.

Hay, sin embargo, otro aspecto que observar. Todavía tenemos que preguntarnos: ¿qué es un nombre? Un nombre no es una definición, no es un concepto; el nombre no sirve para conocer el significado de las cosas. El nombre sirve para llamar al otro: crea relación. Si sé el nombre de las personas, puedo decirlo y, así, llamarlas. Este es el sentido del nombre: crear relación. Precisamente por eso habla Dios en el Horeb. Al darse un nombre como nombre, entra en relación con nosotros, entra en la red de nuestras relaciones, se convierte en alguien a quien podemos llamar. Este es el gran acontecimiento: Dios se hace llamar, podemos llamarle, es casi uno de nosotros. Por mi parte, encuentro verdaderamente conmovedor cómo en el texto bíblico Dios mismo expresa esta relación, diciendo que se ha hecho uno a quien podemos llamar. Dice: «He visto la opresión de mi pueblo en Egipto, he oído sus quejas contra los opresores, me he fijado en sus sufrimientos. He bajado a librarlos». Estos cuatro verbos indican la esencia del nombre, del entrar en relación con nosotros. Debemos reflexionar realmente sobre lo que el gran Dios dice: «Conozco tus sufrimientos, he oído tu grito y he bajado». Dios se siente afectado por los sufrimientos de este pueblo y desciende, desciende verdaderamente en Jesucristo. En Jesucristo, Dios se ha hecho verdaderamente uno entre nosotros, con nosotros, en relación con nosotros. Se ha convertido en un nombre. Jesucristo

no es una palabra, es una persona, es el nombre que indica que Dios existe. Es el Dios que se hace llamar, que oye nuestros gritos, que ve nuestros sufrimientos, que se ocupa de nosotros. En el capítulo 16 de su Evangelio nos hace comprender san Juan que en Jesucristo se ha completado la revelación del nombre: no la palabra, sino la persona de Jesucristo es el nombre de Dios, es decir, el estar de Dios en relación con nosotros (cf. Jn 16,23-28).

La Iglesia reza hoy así en la oración colecta: «Señor, Padre de misericordia y origen de todo bien, que aceptas el ayuno, la oración y la limosna como remedio de nuestros pecados, mira con amor a tu pueblo penitente y restaura con tu misericordia a los que estamos hundidos bajo el peso de nuestras culpas». Precisamente este me parece el consuelo y la oración de este día: que tú nos miras con amor. El Señor mira los sufrimientos de las personas en Siria y en todas las partes del mundo.

Oremos al Señor: «¡Mira de verdad cómo sufren estas personas, mira esta violencia, estos horrores, mira a las personas que huyen, mira a los niños que sufren! Mira, Señor, a los que te buscan y no pueden encontrarte, mira los muchos sufrimientos de las personas por la sed y el hambre y también por la pobreza espiritual, ¡mira el corazón de las personas, que quieren creer y ya no pueden! Mira a la mucha gente de hoy que ya no encuentra la presencia de Dios, porque Dios no parece estar presente: mira y levanta. Míranos también a nosotros que te buscamos, ¡ayúdanos, ilumínanos, levántanos! Ayúdanos a dejarnos tocar de verdad por ti, de suerte que tu luz se haga realidad en nosotros y podamos distribuir un poco de tu luz en este tiempo nuestro». Amén.

LLEGAR A SER HIJOS DE LA LUZ EN EL BAUTISMO

2 de marzo de 2008, Capilla privada, Palacio Apostólico

IV Domingo de Cuaresma (Año A)

Lecturas: 1 Sam 16,1b.4.6-7.10-13a; Ef 5,8-14; Jn 9,1-41

Queridos amigos:

El evangelista san Juan hace traslucir en el relato de la curación del ciego de nacimiento todo el misterio de Dios y del hombre, nos muestra que los milagros del Señor no son simples hechos momentáneos, sino signos, transparencia del misterio de Dios, aparición de la verdad.

En primer lugar, observamos que este hombre, que no puede ver, representa a la humanidad marcada por el pecado original. Esta humanidad es incapaz de ver a Dios, de ver, de conocer la verdad, de ver lo esencial. Ciertamente, nunca puede ignorar totalmente a Dios, porque Dios está profundamente inscrito en nuestro ser, en nuestro corazón. Siempre habrá alguna visión, alguna idea de Dios; a veces se acerca mucho a la verdadera visión de Dios, pero nunca llega realmente a él, ni siquiera en los mayores intentos de los espíritus elevados o de las grandes religiones; a veces se convierte en una verdadera caricatura.

Sin embargo, el hombre marcado por el pecado original nunca consigue ver bien, en realidad, quién es Dios, el rostro de Dios. Para curar al hombre caído, Dios mismo debe intervenir, debe convertirse en su médico, debe entrar en la historia humana. Los Padres de la Iglesia dicen que el canto de los ángeles en Navidad habría nacido de su gozosa sorpresa ante el hecho de que ese Dios, al que hasta entonces habían conocido en la gran sabiduría de las estructuras del cosmos, ese Dios creador ha entrado en la historia, se ha hecho una figura de la historia. Esta gozosa sorpresa se realiza aquí de manera muy concreta.

San Juan cuenta esta historia en tres etapas. La primera está representada por el barro que el Señor pone en los ojos del ciego de nacimiento. Es difícil interpretar lo que esto quiere decir, lo que significa. San Agustín ha dado una interpretación, alegórica y algo forzada, que, sin embargo, me parece que nos guía por el buen camino. San Agustín llama a este barro «colirio» y el colirio se compone, como vemos en el Evangelio, de dos elementos: tierra y saliva ¹⁷.

La saliva era considerada en el mundo antiguo como el aliento materializado, como la comunicación del alma; así que san Agustín ve en esta composición entre la tierra y el aliento de Jesús un símbolo de la humanidad de Jesús. Por consiguiente, conocer la humanidad de Jesús, encontrarse con el hombre Jesús sería el primer paso hacia la curación. Quizás esté forzado, pero en cualquier caso me parece que es un símbolo del catecumenado, del acercarse a Jesús, del empezar a ver su figura, de empezar a conocer primero al hombre Jesús para llegar después al Hijo del hombre, al Hijo de Dios. Un movimiento semejante al que también nos cuenta san Juan, cuando los primeros discípulos siguen a Jesús con una cierta ansiedad y al final se atreven a decirle: «¿Dónde vives?» (Jn 1,38). Este primer momento de curación es siempre nuevamente necesario también en nuestro caso: conocer al hombre Jesús, acercarnos a él, saber dónde habita, seguirle.

La segunda etapa es el baño en la piscina de Siloé. San Juan subraya que Siloé significa «el enviado». Esto indica el misterio de Jesús, que es el enviado por Dios, aquel en quien Dios mismo entra en la historia, sale de la grandeza de su gloria y se hace hombre en esta historia humana. Bañarse en la piscina de Siloé significa sumergirse, ser sumergido en el misterio de Jesús, ser penetrado por el misterio de Jesús, que nos lava desde dentro, que entra en lo íntimo de nuestro ser.

Es fácil reconocer que este baño en la piscina de Siloé, es decir, en el enviado, es símbolo del mismo bautismo, de nuestra

inmersión en el misterio de Jesús que tiene lugar en este sacramento. Esto significa que no basta con conocer a Jesús, con tener las ideas de Jesús, con leer las Escrituras, sino que necesitamos su acción, necesitamos su Iglesia, necesitamos ser sumergidos en su misterio, en los sacramentos.

Así, por un lado, aparece la unicidad del sacramento del Bautismo, este acto en el que actúa el mismo Jesús, con el que nos sumerge en su misma humanidad y divinidad, y por otro, vemos que es también símbolo de una realidad que debe continuar en nuestra vida, que necesitamos ser lavados siempre de nuevo en el enviado, en el misterio de Jesús, que es necesario dejarnos «lavar» nuestros pensamientos, nuestros afectos, nuestra voluntad, y entrar en comunión con la santa Iglesia, en la vida de los sacramentos, en la vida de oración, en la meditación, en el encuentro con Jesús en la Iglesia. Que tenemos necesidad de dejarnos sumergir, penetrar cada vez más por el misterio de Dios, de ser cada vez más bautizados, de unirnos cada vez más a su ser y ser renovados, no solo ser «bañados», sino de renacer.

Por último, la tercera etapa. El ciego de nacimiento, que solo sabía que el hombre que le había curado se llama Jesús, le reconoce como Hijo de Dios, Hijo del Hombre; cree y adora. Esta palabra: «Se postró», en el texto griego del Evangelio es *prosekínesen* (Jn 9,38), que significa no solo el gesto externo de postrarse, sino el gesto total del ser de un hombre, la adoración del cuerpo y del corazón.

Al final, el ciego de nacimiento cree, y creer es adorar, y solo así ve por fin, ve no solo con sus ojos corporales, sino que ve también con su corazón, ve con su mente, queda realmente iluminado, se convierte en alguien que ha sido curado, y ve cuanto debemos ver para vivir de verdad, para llegar a la verdadera vida.

Solo el acto de fe en Jesús que se convierte en adoración es la iluminación completa y perfecta. Solo quien adora a Dios en Cristo Jesús, solo quien cree en Cristo y le adora, ve bien, ha llegado realmente a la luz, es hijo de la luz. Este doble acto —

creer y adorar— no es solo una realidad intelectual o externa, sino que penetra en la vida; significa reconocer la autoridad de Jesús y someter toda nuestra vida a su autoridad, y así ver bien, ser hijos de la luz.

Como dice la segunda lectura, el misterio de esta curación consiste en que no solo recibimos pasivamente la luz, sino que nosotros mismos nos convertimos en luz, en hijos de la luz, o, como dice san Pablo a los filipenses, nos convertimos en estrellas en la noche del mundo (cf. Flp 2,15). También nosotros, con Cristo, nos convertimos en luz. Por eso, pidamos a Jesús que nos cure completamente, de modo que no solo podamos verle a él, como objeto de nuestro ver, sino que nosotros mismos nos convirtamos activamente, con él, en luz en este mundo.

Todo esto nos anuncia la Iglesia en este domingo *Laetare* , el domingo de la alegría; así quiere decirnos que todo lo que acabamos de escuchar es el motivo de la verdadera alegría que nos trae el Evangelio. La alegría: Dios me conoce, Dios me ama, Dios se ocupa de mí. La gran sorpresa de los ángeles en la noche de Navidad, porque este Dios que ellos conocían en la belleza del mundo se había hecho hombre en la historia, esa sorpresa gozosa debería ser también nuestra sorpresa siempre nueva: que el gran Dios me conoce, se ocupa de mí, me ama, y yo puedo conocerle, es más, puedo estar en contacto con él, caminar con él, experimentar que él es mi amigo.

En las corrientes teológicas posconciliares se ha dicho que en esta alegría —la de ser conocido por Dios y de conocerle— habría un triunfalismo incompatible con la humildad cristiana. Esto es un gran error. No es una jactancia que conozcamos, es un don, ¡es un don sorprendente! Como reconocía Israel en los Salmos y se alegraba diciendo: «Anuncia su palabra a Jacob, | sus decretos y mandatos a Israel; con ninguna nación obró así, | ni les dio a conocer sus mandatos» (cf. Sal 147,19s).

¡Qué alegría conocer tu voluntad, Señor, qué alegría en la oscuridad de la vida conocerte y conocer la vida, estar en contacto

contigo! Con mayor razón esta alegría se aplica a nosotros, porque Dios ya no se ha mostrado solo como ley, como palabra, sino que se ha mostrado como hombre, como hijo del hombre, como uno de nosotros, como alguien que me ama y, en los sacramentos, se entrega en mis manos, se ofrece a mi corazón. Esta sorpresa gozosa debería ser el motivo del *Laetare* de este domingo, del reconocer realmente que la fe es Evangelio y es luz.

Pidamos al Señor que nos cure siempre de nuevo, que nos ayude a ver y nos dé esta gran alegría: «Él está conmigo, es luz, y con él también yo puedo estar en la luz. Su gracia es siempre más grande que mi debilidad, el Señor es la luz de mi vida». Amén.

VIVIR EN LA LUZ

30 de marzo de 2014, Capilla privada, Monasterio Mater Ecclesiae

IV domingo de Cuaresma (Año A)

Lecturas: 1 Sam 16,1.4.6-7.10-13; Sal 22; Ef 5,8-14; Jn 9,1-41

Queridos amigos:

El domingo pasado escuchamos el Evangelio que nos presenta el diálogo de Jesús con la samaritana junto al pozo, el Evangelio sobre el agua de la vida y sobre la estructura de la sed del hombre. El agua es un elemento de la vida, y hemos aprendido que la sed va mucho más allá de esta agua, va a un agua mucho más radical, a la Vida misma. Hoy oímos en las lecturas, tanto en la Carta a los Efesios como en el Evangelio, la otra imagen fundamental de la vida: la luz.

El agua y la luz juntas dan la vida; el agua de la tierra y la luz del cielo, juntas, generan la vida. El Señor quiere hacernos reflexionar sobre este misterio de la luz. Si escuchamos con atención, advertiremos enseguida que este Evangelio es una catequesis sobre el Bautismo, sobre el camino hacia la luz, sobre el camino del ver, y precisamente así se convierte para nosotros en una verificación, en una reflexión sobre cómo somos cristianos.

El Evangelio insiste en la luz —el Bautismo se llamaba *Baptismos* en la Iglesia primitiva—, en liberarse de la ceguera y ver. Es obvio que este ciego de nacimiento representa al hombre en la situación posterior al pecado, al hombre marcado por el pecado original: el hombre ve muchas cosas, pero no ve lo esencial, no ve a Dios, de dónde venimos, a dónde vamos, qué somos, si hay Dios o no, porque todo esto está cubierto por una gran oscuridad.

La cuestión es cómo puede curarse el ciego de nacimiento, cómo puede llegar la curación; porque sin luz, sin ver, no podemos encontrar el camino de la vida. Una cosa se desprende

inmediatamente de estos texto con gran claridad: el hombre no puede curarse a sí mismo, necesita a otro, necesita la curación, y esta le llega como un don. La segunda lectura nos ayuda también en este punto al hablar del «despertar del sueño».

Pero ahora reflexionemos inmediatamente sobre cómo el mismo ciego de nacimiento describe o resume el proceso de su curación: lo hace con tres palabras, que indican el camino mismo de la curación; dice: fui, me lavé, y empecé a ver. Sigamos este camino con sus tres etapas.

Fui: el primer punto es estar inquieto, a la escucha. El hombre es ciego de nacimiento, pero, no obstante, Dios ha dejado en él alguna llama de deseo, por lo que el hombre no se contenta con este no ver. Desde el principio de la humanidad vemos, por una parte, esta gran noche, esta ceguera, que hoy se vuelve cada vez más dura, porque el hombre parece cada vez más incapaz de ver, de clarificar, de comprender, de ver a Dios; pero queda en él un deseo, y la búsqueda de conocer, que progresa en las ciencias, ha nacido de esta inquietud. Sin embargo, todos estos conocimientos que hemos conquistado, y que aumentan de manera permanente, no nos dan la luz fundamental para nuestra vida. Ahora bien, el deseo, la inquietud de ver, está ahí y es importante no dejar que esta inquietud se apague.

La Carta a los Efesios nos refiere un antiguo canto bautismal, tal vez una aclamación del sacerdote bautizante dirigida al que se bautiza: «Despierta, tú que duermes, [...] y Cristo será tu luz». «¡Despierta!» Este es el primer punto, despertar, no contentarnos con la situación en la que estamos. Este es el gran peligro de nuestro tiempo, que nos baste la trivialidad. La trivialización de la vida es así: se vive en la superficialidad y se duerme cada vez más profundamente.

Por eso el Señor nos dice: «¡Despierta! Para que Cristo sea tu luz». Dejémonos despertar por la Palabra de Dios, por los muchos signos que Dios nos envía; no nos dejemos adormecer en la trivialidad de una vida que se contenta con las cosas

superficiales; respondamos al deseo, a las inquietudes de nuestro corazón; despertémonos para obedecer, para ponernos en camino, para escuchar y estar atentos a los signos de Dios.

La Carta a los Efesios añade dos elementos más a este mandato —«¡Despertad!»— que, día a día, deberían tocar nuestro corazón. Se trata de dos palabras que, a mi modo de ver, están mal traducidas en la versión española: en esta se lee «buscando» y «denunciad», pero este no es su verdadero sentido, el verdadero sentido es «discernir» y «amonestar».

La primera palabra significa aprender, discernir, distinguir, formar poco a poco la capacidad de juicio, de distinción, de captar lo que es verdad, lo que nos guía hacia la verdad y lo que nos ayuda. La otra palabra no es denunciar, sino amonestar, y se refiere a la corrección fraterna.

Es muy importante que nosotros mismos ejerzamos en la Iglesia esta responsabilidad de la corrección fraterna, del despertarnos unos a otros, de no dejar que la vida del hombre discurra en la trivialidad, sino de entrar con nuestra palabra, con nuestra vida, en estas situaciones críticas; de ser realmente hermanos que viven la responsabilidad de unos por otros, y esto tanto en el sentido intereclesial como en el extraeclesial, es decir, tanto en la propia Iglesia como fuera de ella.

Los cristianos vivimos siempre en la tentación de adormecernos, de dejar correr las cosas; sin embargo, debemos despertarnos cada vez más unos a otros, llamar la atención sobre Dios, sobre Jesucristo, e incluso más allá, en el sentido misionero del que tanto habla el papa Francisco; es decir, hacer presente el Evangelio, el hecho de que Dios existe y que Dios se ocupa de nosotros. Por consiguiente, el primer paso es ir, escuchar, despertarnos, probar, distinguir, cultivar la corrección fraterna, la amonestación, la responsabilidad de unos con otros.

Segundo paso: me lavé. Según los Padres, la pasta de barro y saliva, que Jesús puso en los ojos del ciego de nacimiento, es un símbolo de la encarnación de Jesús, en la que el elemento vital de

la divinidad entra en el barro de la tierra y crea nueva vida. Así pues, la unción de los ojos con esta pasta significa encontrarse con Jesús.

Nosotros, como hemos dicho, no podemos salvarnos por nosotros mismos, necesitamos que alguien nos cure. Es el Evangelio de este domingo: el anuncio de la fe cristiana dice que hay alguien que nos cura, ¡es Jesús! Dios mismo se ha puesto en camino para curarnos con su humanidad, por eso debemos orientar nuestra atención a este encuentro, alimentar nuestra disponibilidad para oír a Cristo y vivir con él, alimentar nuestro deseo de conocerle.

Hoy, son muchos nuestros contemporáneos, incluso cristianos, que ya no conocen ni siquiera lo mínimo de la fe cristiana; he aquí por qué se oye hablar de analfabetismo religioso; por eso es importante el deseo de conocer, de ir al encuentro de aquel que viene a nuestro encuentro, de aprender la realidad de nuestra fe. La Iglesia, con su palabra del anuncio, y la Palabra misma de Dios nos dan muchas posibilidades de conocer, de ver que existe el Dios que viene y me cura.

Y a continuación: «Lávate». Es insertarse en la vida de la Iglesia: «Lávate» simboliza, naturalmente, el Bautismo mismo, en el que somos sumergidos en el agua viva de la fe, de la gracia de Dios, en el que somos iluminados por Dios. Pero no indica solo el momento del Bautismo, sino la presencia permanente de Dios, el vivir siempre en comunión con la Iglesia, a través de los sacramentos, la Palabra de Dios, el amor mutuo, la oración.

Del Evangelio se desprende que el ciego de nacimiento es finalmente curado y solo ve en el momento en que adora a Cristo. Antes había dicho de primeras: «No sé quién es», luego dijo que era un profeta, porque había comprendido que solo puede curar alguien que viene de Dios. Y finalmente, comprende: es el Hijo del Hombre, es el Hijo de Dios, y lo adora, y ahora ve realmente. Nosotros estamos siempre en camino hacia esta curación perfecta, completa, que es comprender y ver: «¡Es el Hijo de Dios!», y adorar. Solo en la adoración somos verdaderamente hombres que

ven. Dejémonos, pues, invitar por este camino, para que, adorando a Jesús, seamos verdaderamente videntes.

La Carta a los Efesios añade un elemento más: vivir en la luz debe hacer que nuestra misma vida se convierta en luz, que la luz no solo venga a nuestro encuentro, sino que nosotros mismos debemos transformarnos en luz. El texto indica sobre todo tres elementos de la luminosidad de nuestra persona: bondad, justicia, verdad.

El primer fruto de la luz es la bondad: debemos ser buenos, esta es precisamente la característica misma del ser cristiano a imitación de Dios mismo; Dios es bueno, y puesto que Dios es bueno nosotros también debemos serlo: justamente así somos hijos de Dios, así somos luz. Se dice en un Salmo: «Gustad y ved qué bueno es el Señor» (Sal 34,9). Es un salmo de comunión: yendo a la comunión debemos ver la bondad del Señor, que se entrega en nuestras manos, se nos ofrece para transformar nuestra vida. La bondad del Señor debe reflejarse en la bondad del hombre cristiano. En realidad, si lo pensamos bien, empezando por la Virgen con su bondad maternal, hasta llegar a san Francisco, hasta llegar a Don Bosco, hasta llegar a la Madre Teresa, vemos esta bondad como la característica del hombre que ha llegado a la luz. Pero esta bondad, tan fundamental para el cristiano, esta bondad que es reflejo de la luz divina, no es simple afabilidad, es bondad unida a la verdad y a la justicia.

Solo una bondad que es verdad, que no se limita a hacer, quizá con cierta pereza, cosas un poco simpáticas, sino que va hasta el fondo, para hacer realmente bueno al otro, está penetrada por la luz de la verdad. Verdad significa que nosotros mismos somos hombres transparentes, sin oscuridad, sin intereses ocultos, sin malicia en nuestro corazón. La bondad y la verdad van juntas y crean así la verdadera justicia, con la que respetamos el derecho del otro y, en nuestro deseo de amarlo, buscamos incluso más que su derecho. Una vez llegados aquí, estamos realmente curados, y descubrimos que el camino hacia la curación perfecta, en la que

nos convertimos realmente en luz, bondad, justicia y verdad, continúa hasta el final de nuestra vida. Emprendamos este camino de curación, el camino de la luz.

En la tradición de la Iglesia, este domingo de luz se llama domingo *Laetare* , como se ve por los ornamentos [18](#) : es el domingo de la alegría en medio del tiempo de la penitencia, porque la penitencia también es un camino hacia la luz y, por tanto, lleva en sí misma la luz de la alegría. Es la alegría de que Dios existe, de que Dios sale a nuestro encuentro, de que no nos deja en la oscuridad de la noche, sino que viene a nosotros en Cristo, habla con nosotros, unge nuestros ojos, los abre, nos lava en su pasión, nos guía y procede con nosotros por el camino de la luz, de la bondad.

Demos gracias a Dios por esta gran luz del Evangelio, oremos para que seamos cada vez más luz y estemos en la alegría. Que el Señor os bendiga siempre. Amén.

EL HOMBRE VIVE CUANDO VE A DIOS

26 de marzo de 2017, Capilla privada, Monasterio Mater Ecclesiae

IV domingo de Cuaresma (Año A)

Lecturas: 1 Sam 16,1b.4 .6-7.10-13; Sal 23 (22); Ef 5,8-14; Jn 9,1-41

Queridos amigos:

Después de haber leído los textos de la liturgia de hoy, me vino a la mente que el contenido de las tres lecturas de este domingo se puede encontrar resumido en las famosas palabras de san Ireneo, un Padre del siglo II: «La gloria de Dios es el hombre viviente: y la vida del hombre es la visión de Dios» ¹⁹ . La gloria de Dios es el hombre viviente: esta criatura, si vive, no es por lo que hace, sino por la gloria de Dios. Esta palabra nos orienta para responder a la pregunta: cuando el hombre vive, ¿qué le hace vivir?

¿Acaso el hombre no tiene que hacer otra cosa, sino solo vivir, y este vivir ya es gloria? ¿O bien vivir es tener muchas cosas a disposición o tener poder económico? ¡No! Se puede tener este poder y no vivir verdaderamente. La vida no consiste en el tener, sino en el ser. Por eso san Ireneo nos dice: «La vida del hombre es la visión de Dios». Debemos comprender que la grandeza del hombre reside precisamente en su capacidad de ver más allá de las cosas meramente útiles. Los animales solo perciben las cosas que les sirven; lo otro existe para ellos. El hombre, en cambio, trasciende todo esto, no ve únicamente las cosas útiles, sino que las trasciende, hasta la luz de Dios, hasta la realidad última, que es luz. El hombre es grande porque ve no solo las cosas que le sirven, sino también las que son. Así es exactamente: Dios no sirve al hombre, pero nosotros podemos servirle a él, y así él se convierte verdaderamente en la fuerza de nuestra vida. Podemos decir que el hombre se define por su capacidad de ver a Dios. En el proceso de la evolución, podemos decir que el hombre existe

cuando nace la capacidad de ver a Dios, cuando está en condiciones de trascender la mera utilidad de las cosas y ver la verdadera luz. Esta es la definición del hombre: el hombre es realmente hombre en toda su plenitud cuando percibe a Dios.

La antropología nos dice que, en realidad, el conocimiento del ser es positivo, pero no es coextensivo con el conocimiento de Dios. Se ha demostrado que incluso las religiones politeístas primitivas sabían que sus deidades no eran Dios, porque Dios era solo uno y diferente de estas deidades y estaba detrás de los poderes de estas. Estaban convencidos de que este Dios era bueno, pero que no se interesaba por nosotros; no era peligroso, por lo que no era necesario ni útil rendirle culto, mientras que si era necesario ocuparse de las potencias cercanas a nosotros, que eran peligrosas o que podían ayudarnos. Así, Dios desaparecía prácticamente detrás de los otros poderes de estas. De este modo podemos comprender la situación del hombre, que yo diría que es un tanto contradictoria: por un lado, el hombre es el ser que puede ver a Dios, por otro, la humanidad, tal como la experimentamos, es ciega, nació ciega. Si observamos a la humanidad de hoy, veremos que nunca desaparece cierta idea de que existe un Dios, pero el hombre nace ciego y debe ser purificado, curado.

Cuando hablamos de redención del pecado original entendemos esto. El pecado original es precisamente un estado de ceguera, que nos impide ver realmente a Dios así como la belleza de la realidad. La redención consiste en que Dios nos dice: «¡Despierta, tú que duermes! Levántate de entre los muertos; Cristo te iluminará». Estas últimas palabras de la lectura de hoy, tomadas de la Carta a los Efesios, proceden probablemente de un antiguo rito del Bautismo, en el que se proclamaba: «Despierta, tú que duermes, levántate de entre los muertos, y Cristo será tu luz». Esta es la tarea, la misión de la Iglesia: proclamar esto, y con el sacramento del Bautismo, con su fe, dar la vista y curar la ceguera.

¿Qué significa esto, hoy, para nosotros? Yo diría que, por una

parte, debe suscitar gratitud, porque Dios se ha hecho ver. Este sentimiento de gratitud no está muy extendido hoy, quizá como consecuencia de un cierto triunfalismo del pasado. Sin embargo, la vista no nos la damos nosotros solos, porque se trata de un don del Señor, que sin ningún mérito alguno por nuestra parte se ha hecho ver para que nosotros podamos vivir de verdad. Nuestra primera respuesta debe ser, por tanto, la gratitud. El domingo *Laetare* indica el sentimiento fundamental del cristianismo: la gratitud, la alegría, porque el cielo está abierto, porque Dios existe, porque Dios es bueno y, por tanto, el ser es bueno, y sin este bien Dios no podría ser bueno. Hoy vemos cómo, a pesar de todo el aumento del saber y del poder humanos, la vida no se hace más bella, más verdadera; es más, se vuelve cada vez más peligrosa. Cuanto más perdemos la visión de Dios, tanto más perdemos también al hombre, que se encuentra en gran peligro. Esto es evidente en nuestros días. Y el hombre solo puede curarse si empieza a ver a Dios.

Por eso, la gratitud es también responsabilidad. También nosotros, agradecidos por la luz que el Señor nos da, debemos colaborar para que la luz de Dios entre en el mundo: ¡Que Cristo te ilumine! La gratitud es también testimonio; son los dos aspectos del ser cristiano: *Laetare*, alegrarse porque el mundo está abierto y Dios es bueno; y ser responsables para que esto se sepa y no se destruya la humanidad, la humanidad que precisamente en este momento se encuentra en gran peligro.

Para terminar, me ha venido a la mente recordaros un breve pasaje del Evangelio de San Marcos, donde se encuentra una oración muy sencilla y muy fundamental, que debemos hacer siempre nuestra (cf. Mc 10,46-52). Marcos cuenta que Jesús va camino de Jerusalén, hacia la última Pascua. Ha llegado a Jericó y en el camino hay un mendigo ciego, que grita: «¡Jesús, Hijo de David, ayúdame!». Hace mucho ruido y los discípulos quieren hacerle callar. Pero Cristo le llama para tener un diálogo personal y le pregunta: «¿Qué quieres realmente que haga por ti?». Él

responde: «¡Señor, que vea!». El fundador del Opus Dei, Escrivá de Balaguer, convirtió esta invocación en su oración fundamental. También nosotros, aunque tengamos el don de ver, siempre corremos el peligro de recaer.

Por eso, hagamos nuestra también esta oración: «¡Señor, que vea! ¡Muéstrame la luz de tu rostro para que yo viva!». Amén.

EL HERMANO MAYOR: DE LA AMARGURA A LA ALEGRÍA

10 de marzo de 2013, Capilla privada, Castel Gandolfo

IV domingo de Cuaresma (Año C)

Lecturas: Sant 5,9.10-12; 2 Cor 5,17-21; Lc 15,1-3.11-32

Queridos amigos:

Quisiera decir solo unas breves palabras sobre el hermano mayor, porque esta figura es la que más nos concierne, como vamos a ver, y es también el punto de partida y de llegada de la parábola de Jesús que hemos escuchado.

El hermano mayor, como siempre, ha estado ese día trabajando en el campo, y al atardecer vuelve, como podemos imaginar, cansado; cansado quizá no solo de cuerpo, sino también en el alma. Entonces oye esa música, esos bailes, ese canto, y se informa sobre lo que está pasando. El Evangelio dice que «se indignó»: le parece injusta esta aceptación, esta acogida al hijo disoluto por parte de su padre. Este hijo debería haber hecho algo de penitencia antes de ir directamente a la fiesta.

El padre va al encuentro no solo del hijo menor, sino también del mayor, e intenta ganárselo; pero el hijo mayor está amargado, siente que su padre es injusto, y en sus palabras vemos esta amargura por una larga fidelidad que parece haber sido inútil. Naturalmente, no conoce el largo viaje exterior e interior de su hermano.

Este había partido con una idea más bien simple de la vida, es decir, la idea de tomar la vida solo para él, como una vida fácil en medio de la abundancia; tenerlo todo para él, tener todas las bellezas y posibilidades, y todo ello en nombre de la libertad absoluta. Ya no quería, como el hijo mayor, obedecer todos los mandatos de su padre; quería ser libre, sin normas, para hacer lo que quisiera. Pero por ese camino de una vida volcada totalmente

hacia sí mismo, y de una libertad absoluta y sin normas, acaba apacentando cerdos, incluso llega a tener hambre de la comida de los cerdos.

Debemos tener presente que el cerdo es para los judíos el animal absolutamente impuro, y, por lo tanto, apacentar cerdos es estar en el punto último del rebajamiento del hombre, significa estar en la impureza absoluta, estar en la esclavitud total, en el punto más bajo de la esclavitud. El que había vivido en nombre de la libertad, derrochando el patrimonio de su padre, con esta libertad absoluta ha llegado a la esclavitud más profunda, a la esclavitud absoluta; con el deseo de tener toda la vida para él, llegó a un hambre en la que el alimento de los animales habría sido un regalo ideal para él. En este punto más bajo de su vida, de este viaje a las profundidades en nombre de la libertad y de la vida, comprende que esto no es la libertad, que esto no es la vida. Cae en la cuenta de que cuando estaba en casa con los suyos, que eran dueños de todo, era verdaderamente libre; obedeciendo era libre, viviendo en casa en el amor era libre y tenía la vida. Este es el camino interior, este es el largo viaje interior en el que acaba comprendiendo que la obediencia es la verdad, que la obediencia es libertad y que la austeridad es también vida en abundancia.

El hermano mayor no sabe nada de este camino interior; más bien piensa que el otro ha tenido verdaderamente libertad y vida, y por eso ahora debería hacer penitencia. El hermano mayor también debe aprender que precisamente el hecho de estar en casa es libertad y vida. Pero de este modo se ve que interiormente él tampoco está del todo en casa, que él también piensa que sería mejor, que sería más bello ser libre en otra parte, estar fuera de casa; se ve que por dentro él también anhela esta otra solución para su vida, para la vida humana. Por eso el hermano mayor está amargado, no está en casa con alegría, está casi desesperado de la vida que lleva en casa, el vino de su fidelidad se ha convertido en vinagre; interiormente está agriado, triste, no vive en la alegría de la fidelidad y de la fe. Entonces, el padre le habla

para hacerle comprender: «Todo lo mío es tuyo, estás en la plenitud de la vida, lo tienes todo, estás verdaderamente en libertad; no hay motivo de envidia contra el otro por todo lo que haya hecho. Entra en la fiesta de la fe».

En este punto, Jesús se sale de la parábola y entra en la realidad, pues todo había empezado por el hecho de que los publicanos y los pecadores que venían a escucharle, y los escribas y fariseos murmuraban contra esta bondad de Jesús. Es precisamente a estos a quienes habla ahora el Señor, a todos los observantes que son fieles, pero tienen un corazón duro, un corazón agriado. A ellos les dice: «¿Pero no lo entendéis? Es bueno estar en casa, no es verdad que los otros estén en la felicidad: vosotros estáis en la felicidad. Entrad en la fiesta de la alegría, de la fidelidad y de la fe».

El Señor no dice esto solo a los escribas y fariseos, sino a todas las personas observantes y obedientes de todos los tiempos, que, sin embargo, tienen un corazón amargo y agriado. A todos les dice: «¡Debéis comprender que estáis en la vida, en la libertad, que estáis en casa y que todo lo mío es vuestro!». El Señor exhorta a los fieles de todos los tiempos a dejar la envidia interior, a ser felices porque están realmente en casa. También nos habla a nosotros y nosotros rezamos hoy, en el domingo de *Laetare*, en el domingo de la alegría, en medio del tiempo de la austeridad de la Cuaresma. Jesús también nos habla a nosotros: «Aprended una fe alegre, aprended que vivir realmente con el Padre, vivir en casa, vivir según la Palabra de Dios es la verdadera felicidad, es la abundancia de la vida».

Pidamos al Señor que abra nuestro corazón y el de todos los creyentes, para que, por fin, podamos vivir no con un corazón amargado, sino con un corazón alegre, que ha comprendido: «¡Sí, el Padre es la fuente de la vida, en su casa estamos realmente en la vida!». ¡Amén!

LA ALEGRÍA DE ESTAR EN CASA CON EL PADRE

6 de marzo de 2016, Capilla privada, Monasterio Mater Ecclesiae

IV domingo de Cuaresma (Año C)

Lecturas: Sant 5,9.10-12; Sal 34 (33); 2 Cor 5,17-21; Lc 15,1-3.11-32

Queridos amigos:

La lectura del Evangelio de hoy debería llamarse: «La parábola de los dos hermanos y el padre misericordioso», porque las figuras de los dos hermanos son igualmente importantes. Fijémonos en el contexto. Están los pecadores y los publicanos que han venido a escuchar a Jesús: he aquí el primer hermano, el hijo pródigo. Pero también están los fariseos, los escribas, que critican la familiaridad de Jesús con los pecadores y los publicanos, critican que se comporte con ellos como si no fueran pecadores: he aquí el segundo hermano. Pero fijémonos un poco más en las dos figuras, para comprender mejor el mensaje que tiene la parábola también para nosotros.

El hijo pródigo quiere en última instancia tener toda la propiedad para él, tener vida, libertad, vivir solo para sí mismo. En este gesto del hijo joven podemos reconocer fácilmente la actitud del hombre moderno, del alma moderna, de la época moderna. Ya no quiere estar bajo el yugo de la ley de Dios, de la ley de la Iglesia; quiere ser libre, solo quiere libertad, autodeterminación, porque la libertad es el primer y verdadero valor. Quiere vivir solo para sí mismo, tomar para sí la vida en toda su plenitud: solo se vive una vez y queremos tenerlo todo de la vida. Y así, el hijo pródigo se va a un país lejano; lejano no solo exterior, sino también interiormente, a un mundo distinto. En un primer momento, todo parece espléndido: esta vida que se le ofrece y que parece poder poseer con medios ilimitados.

Pero después todo se pierde, llega la carestía. El joven se ve humillado hasta el punto de convertirse en pastor de cerdos. El cerdo es el ser impuro; por consiguiente, ha alcanzado el nivel de vida más bajo posible y ni siquiera puede comer las algarrobas de los cerdos. Ahora comprende que esa libertad suya se ha convertido en esclavitud, comprende que en vez de la plenitud de vida que pensaba tener, ha perdido en verdad todo, que ha caído en la destrucción. No es difícil reconocer la semejanza entre esta historia y el camino del hombre moderno, que cae y al final se hace esclavo del dinero y de las pasiones; es esclavo, vive como en una carestía, se alimenta de algarrobas en vez de vivir de las hermosas riquezas de la vida espiritual, de la Palabra de Dios.

Al final, el joven comprende: «Estoy lejos no solo de mi padre, sino de mí mismo, de la vida misma; me he perdido, soy un esclavo, en cambio cuando estaba en casa era libre, cuando estaba con mi padre era libre, en casa tenía toda mi vida». Y así conoce el camino del retorno interior desde el país lejano al padre. Podemos imaginar cómo este camino adopta formas diferentes en las distintas personas, pero siempre es un camino de pasión, de sufrimiento, de transformación. Al final, se comprende lo que es la libertad, lo que es la vida: estar en casa, porque en ella se es realmente dueño en la vida real y no esclavo, aquí se pueden ejercer todas las propias virtudes. Este es el camino del retorno al padre, podemos decir el camino de la conversión, de la renovación, de la purificación, por el que el padre puede todavía poner su mano sobre el pródigo que ha regresado y llamarle de nuevo hijo.

El otro hermano, el que se había quedado en casa, siempre había sido fiel, trabajaba mucho y todo iba bien. Sin embargo, en el momento del regreso del otro, con ocasión de la fiesta que le da su padre, se ve que hay cierta amargura en él, ya no se observa en él la alegría de estar en casa. Se ve que, interiormente, él también había soñado un poco con la otra vida. No había salido de casa, pero en su interior sentía envidia de la libertad del otro, de su vida sin límites ni reservas. Por dentro él también había

emigrado y así, presa de la amargura, no había comprendido que estar en casa es libertad. Por tanto, también él, como cada uno de nosotros, debe volver interiormente a casa, regresar, y solo así estará realmente con el padre.

Ahora comprendemos que el Señor, si bien en la primera parte de la parábola habla de los paganos, que después de todos sus vicios han vuelto a la fiesta del Señor, en la segunda parte habla a los que se quedaron en casa, nos habla también a nosotros. Siempre nos acecha la tentación de esta emigración interior, de esta cierta amargura. Pensamos que quizá los demás tienen más vida, más libertad que nosotros y ya no somos capaces de comprender la belleza de estar en casa y no vivir comiendo algarrobas. Por eso, también nosotros debemos ponernos en camino hacia casa, renovarnos, purificarnos, comprender qué es la libertad, qué es la vida, y llegar así a la verdadera alegría de la fiesta del Señor.

Así pues, podemos resumir el significado de la invitación de este domingo. El Señor nos habla y nos dice: «Mirad cómo todo lo mío es vuestro, cómo toda la vida es fiesta para los que están en la casa del Padre: ¡comprended y venid a la fiesta!». Pidamos siempre al Señor que nos ayude a salir de nuestra emigración interior y a descubrir siempre de nuevo la alegría de estar con el Padre, la alegría de vivir verdaderamente con el buen alimento de la casa y no con las algarrobas de las diversiones engañosas. El Señor habla precisamente con nosotros para que los que están fuera vean que somos libres y que tenemos alegría. El deseo del Señor es que en nosotros se refleje la alegría de estar en casa, la alegría de ser libres. Esta es la invitación del domingo *Laetare*.

Pidamos al Señor que este domingo encuentre resonancia en nosotros, pidámosle que nos ayude a estar interiormente en casa con alegría, viviendo la vida plena, la verdadera libertad de los hijos. Amén.

LA VIDA ETERNA: SOSTENIDOS EN LA MANO DEL SEÑOR

2 de abril de 2017, Capilla privada, Monasterio Mater Ecclesiae

V domingo de Cuaresma (Año A)

Lecturas: Ez 37,12-14; Sal 130 (129); Rom 8,8-11; Jn 11,1-45

Queridos amigos:

El domingo pasado vimos, en el Evangelio del ciego de nacimiento, que el hombre es el ser que conoce a Dios. El hecho de que el hombre tenga la capacidad de conocer a Dios, y por eso de abrirse a lo Inmenso, es la definición esencial del hombre. Pero también vimos lo que podríamos llamar la contradicción interna del hombre, a saber, que precisamente este ser, que se define como capaz de conocer a Dios, es un ciego de nacimiento y no le conoce. Por último, vimos que sigue existiendo el deseo de conocerle y que Dios puede devolver la vista, curar nuestra ceguera.

Hoy damos un paso adelante. El Evangelio nos dice: el hombre es el ser que desea vivir eternamente, que no quiere morir, que se encuentra en contradicción con la muerte. Esto también se ve desde el principio de la cultura humana. Desde que el hombre existe, existe la idea de su acompañamiento en el otro mundo, la idea de una vida que debería continuar y en la que se debería ayudar al otro incluso después de la muerte física. Pero también en este caso nos encontramos ante una contradicción fundamental. El hombre que —como hemos dicho— es el ser que quiere vivir eternamente, que no quiere morir, que está convencido de estar destinado a vivir para siempre, no solo es mortal, sino que debe morir, porque toda la estructura de nuestro mundo no permite la vida eterna. Si nadie muriera, sería catastrófico, para él y para los otros. La estructura del mundo está en contradicción con esta definición del hombre. Hay una

contradicción que podríamos considerar cruel: el hombre parece estar hecho para vivir eternamente, quiere vivir para siempre, pero al mismo tiempo vive en una estructura del mundo en la que morir es esencial. En cierto sentido, esto también supone un beneficio. De hecho, con ocasión de la muerte de uno de sus hermanos, san Ambrosio dice en una oración: «La muerte es un beneficio, pues de otro modo esta vida eterna sería insoportable» [20](#).

¿Qué podemos decir? El Señor responde hoy, en su diálogo con Marta, a estas preguntas dando un nuevo paso en las profundidades de la realidad humana. Solo así se puede superar la contradicción. Dice a Marta: «Tu hermano resucitará»; Marta responde: «Sí, yo creo en la resurrección del último día»; pero Jesús responde a su vez: «No, no. Yo soy la vida y quien cree en mí vive, y, aunque muera exteriormente vivirá eternamente». Es decir, Jesús dice que no se trata solo de una vida que comienza para un tiempo inmenso y que no sabemos cuándo será el último día. ¡No! Es una vida que comienza ya ahora y es indestructible. Y «esta vida soy yo», dice Jesús. Es decir, «el que cree en mí se encuentra como sostenido por mí en mi mano, por consiguiente no puede caer en la muerte».

A la imposibilidad estructural de la vida eterna en este mundo, debemos añadir asimismo la reflexión sobre el hecho de que tal vez el hombre no quiera tanto la vida para sí mismo como para afirmar al otro. Cuando dos personas se aman, el amor es una promesa de eternidad, y si la otra persona muere, nos resulta insoportable, ¡porque no podemos dejarla! Esta estructura de la relación con el otro es decisiva: lo más importante no soy yo, porque yo querría que el otro no me fuera arrebatado, porque para mí el otro es esencial para estar en vida. En este sentido, Jesús dice: «El que cree en mí tiene ya ahora la vida eterna».

Así pues, hay dos puntos esenciales. En primer lugar, no podemos tener la vida eterna por nosotros mismos, sino solo si nos cogemos de la mano del Otro, si somos sostenidos por la mano

del Otro que no cae. Es decir, solo el amor puede dar la inmortalidad, solo el amor de Aquel que es la inmortalidad de Dios. Y cuando podemos cogernos de la mano de Dios, él también nos sostiene; y su memoria no sostiene solo una idea, sino que sostiene la realidad de nuestra vida. Además, esta nueva vida comienza en el momento en que Dios me da su mano y yo puedo coger la mano de Dios, es decir, ya ahora. Esto no depende de la estructura biológica, sino de la estructura del amor divino. La relación que implica estar cogido de la mano de Dios es esencial para la vida: estamos como fijados en su memoria y, precisamente así, nos mantenemos unidos a la vida; y esta vida nueva comienza en el momento en que creo, y durará para siempre, aunque yo muera exteriormente.

Por eso, pidamos al Señor que nos ayude a vivir en su amor, porque su amor es inmortal. Vivir en su amor no solo para mí, sino sobre todo con él y, con él, para todos aquellos a quienes llama. Demos gracias al Señor por esta promesa.

Pidamos ser cada vez más capaces de mantenernos cogidos de la mano del Señor y así no hundirnos en el mar, como san Pedro, que se habría hundido sin la mano del Señor. Amén.

LA CONVERSIÓN

17 de marzo de 2013, Capilla privada, Castel Gandolfo

V domingo de Cuaresma (Año C)

Lecturas: Is 43,16-21; Flp 3,8-14; Jn 8,1-11

Queridos amigos:

Las tres lecturas de la liturgia de hoy, a pesar de toda su diversidad, tienen un tema común, el tema fundamental de la Cuaresma: la conversión.

Comenzamos con la Carta a los Filipenses, donde este tema es más obvio, más evidente. Aquí san Pablo nos enseña sobre todo una cosa fundamental: la conversión no es simplemente un acto del sujeto autónomo, un acto en el que yo puedo decir: «A partir de hoy seré otro». No es una obra mía, que realizo simplemente por mí mismo; la conversión es fruto de un encuentro y, en este sentido, es un don.

Solo un encuentro que viene de fuera, que abre y da nuevas realidades, puede transformarse también en conversión. Así dice san Pablo: «He sido conquistado por Cristo», por este encuentro, en el que la Palabra del Señor tocó su corazón. Ha sido transformado, conquistado, y en este sentido la conversión es un hecho pasivo: el otro me toca y me transforma. Un hecho pasivo también en el sentido de que un proceso de transformación es también un proceso de pasión y de sufrimiento: es el encuentro con Cristo, con la pasión con Cristo, es entrar en la comunión de su pasión y así transformarse, ser transformado hacia la Resurrección, hacia la verdadera novedad de la vida.

Así pues, conversión como don, que, a continuación, implica también naturalmente mi actividad: soy conquistado para conquistar. Puesto que él me llama a salir de mí mismo, a entrar con él, con Cristo, queda un camino por recorrer hacia la verdadera Resurrección. Esto es importante para nosotros: el Señor nos llama, nos invita con su apertura a salir de nosotros

mismos, a ir hacia el otro en comunión con Cristo. Esta esencia de la conversión resulta de un encuentro, de un acto de Jesús, que después me abre y me conquista establemente.

Vienen después los efectos de la conversión. El efecto esencial es el cambio en la prioridad de los valores: Jesús te cambia por dentro. Para Pablo —como él mismo nos dice— el valor fundamental era ser judío, hijo de judíos, de la estirpe de Benjamín y, por tanto, también un hombre circuncidado. Esta era verdaderamente la gloria de los judíos, poder decir: «Yo conozco a Dios, mientras que los gentiles no conocen al Dios verdadero». Esta era la verdadera nobleza: ser del pueblo elegido de Dios, elegido para ser el santuario de Dios; estar circuncidado, llevar corporalmente el signo de la promesa de Dios. Para Pablo, todo su orgullo, toda su gloria estaba en esto.

Ahora, en cambio, dice: «Lo que era fundamental para mí es ahora basura, una pérdida». Se ve el vuelco, se ve que todo cambia de un modo fundamental, y cómo la alegría de la antigua nobleza, la de pertenecer a esta tribu noble, que cuenta con una gran historia, deja paso a la nobleza del Señor, que es aún mayor, porque no es la nobleza de la carne, sino la de la elección de Dios. Se aprende que al final solo cuenta ser conquistado por Cristo, ser tocado por Dios mismo en la persona de Cristo, estar en camino hacia él, salir de uno mismo, renunciar a los privilegios, a la gloria de la carne, para orientarse a Cristo. Es la caída de los falsos privilegios, de los límites y de las fronteras entre pueblos, naciones y razas, ante el ser conquistado por Cristo. Este es el primer valor que cambia, de un modo fundamental, para san Pablo.

Pero hay también otro. Pablo había asistido a la gran escuela de los rabinos, de los que se formaban en la interpretación de la Escritura: Pablo era un especialista de la Sagrada Escritura, un gran exégeta, que sabía cómo interpretar. Pero, después, en una de sus cartas dirá: «Dios me perdonó, pudo perdonarme porque yo era ignorante» (Rom 2,21ss; 10,3). ¡Qué gran contradicción! Él, el

gran especialista de la Sagrada Escritura, comprende a la luz de Cristo que con toda su ciencia era un ignorante, porque no había captado lo esencial, no había entendido de qué habla realmente la Sagrada Escritura. Comprende que ahora, renovado, ha recibido la verdadera ciencia: haber llegado a conocer a Cristo, y así ha salido de la verdadera y peligrosa ignorancia. Por último, no solo se había formado su intelecto, sino también su voluntad.

Había vivido la Palabra de Dios según la regla de la ley, de la manera más severa, siendo un fariseo singularmente perfecto, hasta el punto de que algunos exégetas habían inventado la teoría de que no podía hablarse de una conversión de san Pablo, porque era moralmente perfecto, ya creía en Dios, y por tanto no era posible una conversión. Ahora bien, en realidad, a pesar de su fe en Dios, no le había conocido. Era moralmente perfecto, pero de esa moralidad que es obra mía, para la que Dios casi no me hace falta, porque actúo yo mismo... Ahora, por el contrario, estaba realmente renovado, por haber salido de sí mismo, por no actuar él mismo, sino poniéndose en camino hacia Cristo: este es el verdadero camino de la santificación, de la semejanza con Dios. Pidamos juntos al Señor que nos ayude y nos ilumine, que también nos conquiste a nosotros, nos toque en el corazón, nos ayude a ser transformados en novedad de vida.

Solo unas palabras sobre las otras dos lecturas. En cuanto al Evangelio, un manuscrito del Nuevo Testamento dice que Jesús escribió en el polvo los pecados de todos los individuos presentes. Es una idea hermosa, que no sabemos si es verdad o no, pero el significado es que esos escribas y fariseos —que se sentían perfectos como Pablo se sentía perfecto—, bajo la mirada de Cristo, se dan cuenta de que él conoce sus corazones, de que él sabe lo que hay dentro de ellos, y de este modo cae la máscara de su falso moralismo. Ante la presencia silenciosa, ante la mirada de Jesús, esa máscara bajo la que viven ya no es verdadera, cae; comprenden que su moralismo es en realidad hipocresía.

Este moralismo consiste en querer ser jueces de los demás;

quieren mostrar que Jesús no es el verdadero profeta; en cualquier caso, quieren que Jesús dé un paso equivocado: o hace apedrear a la mujer y es cruel, o es misericordioso y va contra la Ley. Este moralismo no busca la moral, porque, en realidad, no se preocupa por el bien, no se enfurece contra el mal, sino que es una forma de juzgar a los otros, una forma de alegrarse por el mal del mundo, para poder hablar de él y denigrar a los otros. También en nuestro tiempo conocemos estos moralismos, cuando se esconden bajo la máscara moral de la lucha por la verdad, por la transparencia, pero en el fondo lo único que quieren es destruir y están orgullosos del mal, porque ellos mismos viven en el mal. Jesús destruyó esta máscara. Solo cuando cae esta máscara de la hipocresía, puede vencer la vida nueva, hay conversión. En este sentido, el Señor dice también a la mujer: «Vete y no peques más». También ella debe emprender un nuevo camino.

Por último, la primera lectura nos habla de los dos éxodos de Israel. El primero desde Egipto a Tierra Santa, los cuarenta años en los que el pueblo llega al monte Sinaí para el pacto con Dios. El segundo éxodo se anuncia desde el exilio babilónico con el retorno a la Tierra Prometida: después de setenta años, la historia de la salvación comienza de nuevo. El éxodo es un camino de unos cientos de kilómetros, pero no es solo un viaje exterior, es sobre todo un camino interior, un camino en el que el pueblo se transforma y se dirige hacia Dios.

El profeta habla de este camino sobre todo a propósito del nuevo éxodo de Babilonia, en el que la gente, que es como tierra árida, se convierte en tierra fecunda para Dios y recibe el agua de la salvación, para que pueda alabar a Dios y utilizar, para esta alabanza, el don de la lengua, de la palabra. Me parece que esto nos afecta muy profundamente: el mundo occidental de hoy es una tierra reseca con respecto a Dios: le falta el agua viva de la Palabra de Dios, le falta fertilidad, fecundidad. El mundo occidental de nuestros días es sordomudo y ciego en relación con Dios. «Éxodo» significaría, por tanto, ser transformados de tierra

árida del desierto en tierra fecunda, y de ser sordomudos a volver a ser capaces de alabar a Dios, de hablar bien.

Pidamos, en este domingo, que el Señor nos ayude a vivir con el don de su agua viva, de su gracia, para ser fecundos, y poder hablar con Dios y de Dios. Y pidamos por nuestro mundo, para que inicie un éxodo desde esta aridez y vuelva a ser el pueblo de Dios, un pueblo bendecido por su gracia. Amén.

TRIDUO PASCUAL

COMER LA PASCUA, DESEO DE ENCUENTRO DE AMOR

28 de marzo de 2013, Monasterio «Inmaculada Concepción»,
Albano Laziale

Jueves Santo, Misa in Coena Domini

Lecturas: Éx 12,1-8.11-14; 1 Cor 11,23-26; Jn 13,1-15

«Ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros» (cf. Lc 22,15). Jesús tiene un ardiente deseo, y en este deseo de Jesús está el deseo de Dios, que a su vez tiene el deseo de nuestro amor, de nuestro «sí». Por eso el Hijo de Dios bajó del cielo, se hizo hombre para encontrarse con nosotros y amarnos, y viene a nuestro encuentro porque quiere comer esta Pascua con nosotros. La Pascua: evidentemente pensamos en la Última Cena con los discípulos, pero la Pascua de Jesús no es solo una, y cada Pascua de Jesús es una única Pascua.

Jesús también espera nuestra Pascua. Nos desea a nosotros, nuestro encuentro con él, nuestro amor. Y puesto que Dios nos desea, ha escrito en cada corazón humano un deseo de él. El hombre tiene ese deseo de infinito, de amor infinito, de alegría. Yo diría que ser creado a imagen de Dios es precisamente esto: tener el deseo de Dios. Por eso somos a imagen de Dios y no podemos ser a imagen de nosotros mismos; para ir más allá, hemos recibido este deseo de amor infinito. Aunque el hombre se olvide de Dios, no puede apagar este deseo. Todas las cosas absurdas de los hombres de nuestro tiempo son fruto de este deseo, equivocado en la forma, porque no conocen a Dios. Pero en el corazón del hombre subsiste siempre el deseo infinito, el deseo del gran Amor de Dios. Y, por consiguiente, los dos deseos, el de Dios y el nuestro, se encuentran.

Cuando, en aquel famoso día del Domingo de Ramos, santa Clara renunció a su belleza de mujer, renunció a su noble posición en Asís, estaba movida precisamente por este deseo, el deseo de encontrar el gran amor de Cristo. También vosotras, queridas hermanas, estáis aquí porque os ha tocado este gran amor de Cristo: habéis querido encontrar a Jesús de cerca y celebrar siempre con él su Pascua, la fiesta de su Amor.

Hoy el deseo de Cristo nos toca y despierta de nuevo en nosotros este mismo deseo. Existe el peligro de que en la costumbre, en la rutina de cada día, este deseo se achate, se desvanezca. Hoy, en nuestro encuentro con este primer amor de Jesús, pidamos que se despierte de nuevo en nosotros el deseo, la llama del amor por él.

«Ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros — con nosotros—». ¿Qué es esta Pascua? Detrás de esta palabra, Pascua, aparecen dos palabras clave de las parábolas de Jesús: cena y bodas.

Cena: Cristo quiere hacerse nuestro alimento, nuestro pan. El hombre vive ciertamente del pan material, pero el hombre vive también del Espíritu, de la Palabra de Dios. Y Cristo Jesús es el verdadero pan, nuestro verdadero alimento, no solo el Verbo eterno de Dios, sino el Verbo que se encarnó, murió y resucitó. Cena: así comemos a Cristo, la Pascua, pero no es una comida normal. Es algo totalmente distinto: entramos en comunión con Cristo, con Jesús resucitado. Pero, ¿cómo lo hacemos, qué es este comer? Es un encuentro de amor.

San Agustín oyó un día una voz que le decía: «Manjar soy de grandes: crece y me comerás. Ni tú me mudarás en ti como al manjar de tu carne, sino tú te mudarás en mí» ²¹. En el comer físico, tomamos un trozo de este cosmos, un trozo de la materia de este cosmos, que se transforma, en el proceso de la digestión, en una parte de mí: una parte de la realidad entra en mí y se transforma en una parte de mí. Aquí sucede lo contrario, Jesús no es atraído hacia mí y transformado en mí, sino que yo soy extraído de mí y transformado en él: en esta cena, el Señor me

saca de mí y me asimila a sí mismo. Soy transformado en Jesucristo. Así vemos que, en este proceso de la cena, está ya la realidad de la Cruz: la renuncia del salir de uno mismo y del ser transformado en el cuerpo y la carne de Cristo.

En este proceso de transformación de nosotros mismos vemos también el elemento de las bodas, la unidad esponsal. Por eso, las bodas indican la misma realidad, el último punto de este pasaje, que está bien indicado por las palabras de san Pablo que encontramos en la segunda plegaria eucarística: Queremos llegar a ser «un solo cuerpo y un solo Espíritu» contigo (cf. Ef 4,4). Esta transformación en un único cuerpo, en un único espíritu con el Señor, es el verdadero proceso de su Pascua, es la verdadera cena, el verdadero esponsalicio, las verdaderas bodas.

Dirijámonos al Señor con esta oración: «Sácame de mí mismo, ayúdame a no permanecer en mí y a ser transformado en ti. De modo que me una a ti, sea transformado en mi interioridad e insertado en el proceso de la Cruz y de la Resurrección. Así, comer la Eucaristía será el comienzo de la participación en la Cruz y la Resurrección. Señor, gracias por habernos hecho este regalo, ayúdanos a ser dignos de tu presencia, transfórmanos en ti». Amén.

TIEMPO PASCUAL

PASCUA: NUEVA CREACIÓN, PERDÓN Y MISIÓN

30 de marzo de 2008, Capilla privada del Palacio Apostólico

II Domingo de Pascua - Domingo de la Misericordia (Año A)

Lecturas: Hch 2,42-47; 1Pe 1,3-9; Jn 20,19-31

Queridos hermanos y hermanas:

Quisiera ofreceros solo unas glosas sobre algunas frases de este Evangelio.

Toda la tradición neotestamentaria nos dice que Jesús resucitó al tercer día después de su crucifixión y que este tercer día era el primer día de la semana; el día de la creación, según la tradición judía; el día del sol, según la tradición grecolatina, que ahora se convierte, en un sentido totalmente nuevo, realmente en el primer día, el primer día del verdadero sol resucitado en el mundo.

Es el primer día: con este día comienza la nueva Creación, comienza el nuevo tiempo, a partir de este día comienza la nueva vida; es siempre el día del comienzo, el primer día de nuestra vida. Así se convierte automáticamente en el día del Señor. Ya no se llama «día del sol» como antes, en la lengua mediterránea, sino «día del Señor», «*dies Domini* », día del *Dominus* , «domingo», «*kyriak é ē méra* » en griego. Es el día del Resucitado y sigue siendo siempre ese día.

Y por eso se ha convertido también —con una expresión alternativa— en el día de la Eucaristía. Los discípulos saben que es su día, el día en que el Señor nos espera, está entre nosotros y viene para estar con nosotros, para darse a nosotros como alimento. De este modo, la «cena» en la que el Señor instituyó la santa Eucaristía se ha convertido en el «sacrificio matutino», en el

encuentro con Jesús, que se renueva siempre en la mañana del primer día. Con Jesús comenzamos nuestras semanas, nuestro tiempo.

En la repaganización del calendario, el domingo se ha convertido ahora de nuevo en el último día de la semana, en el día de descanso: trabajamos seis días para después descansar. Ahora bien, para nosotros, los cristianos, sigue siendo siempre el primer día, porque el comienzo es Cristo y con este comienzo —Cristo— comenzamos el tiempo y entramos en nuestro trabajo, en nuestra vida. Es el día en que el Resucitado nos espera, el día en que nos llama y se nos da a sí mismo como alimento, se ofrece en nuestras manos, entra en nuestros corazones.

A continuación, el Evangelio nos ha dicho que el Señor nos saluda dos veces con las palabras: «La paz con vosotros». Estas palabras del Señor: «La paz con vosotros», son ante todo la reconciliación, el perdón por la infidelidad, por la huida de los discípulos. El Señor les da su paz, los acepta de nuevo en su paz, los reconcilia consigo mismo y los reconcilia con Dios. Porque solo la paz con Dios es la verdadera paz.

El ser humano es un ser en relación. Esencialmente, nuestro existir es ser en relación. La relación fundamental de nuestro ser es la relación con Dios. Y si esta relación fundamental no es correcta, todas las demás relaciones se ven perturbadas, como vemos en las situaciones caóticas del mundo. Por otra parte, nosotros carecemos de la posibilidad, de la fuerza para darnos por nosotros mismos la relación adecuada con Dios, que, a continuación, influye profundamente en toda la construcción de nuestra vida y de la sociedad: solo Dios puede darnos esta paz fundamental, de la que luego surge la capacidad de paz en todos los demás ámbitos.

Por consiguiente, «la paz con vosotros» no solo expresa que en este momento el Señor restablece la comunión con los discípulos infieles, sino también que trae al mundo la reconciliación con él, que nos da esta relación fundamental que es condición de todas

las demás relaciones. Nos trae su paz, la paz que solo él puede darnos.

La Sagrada Liturgia comienza precisamente con estas palabras: «La paz esté con vosotros». Se renueva siempre este momento en el que el Señor entra en nuestras comunidades y el Resucitado nos da su paz, que constituye el fundamento de nuestra vida. En la liturgia es posible alternar los dos saludos: «El Señor esté con vosotros» y «La paz esté con vosotros», y esto es justo porque significa que el Señor mismo es la paz que se nos ofrece, él mismo es nuestro estar con Dios, porque él es el estar de Dios con nosotros. Él mismo es la paz.

Y así, la fórmula del saludo del Señor se ha convertido también en una indicación del misterio eucarístico, en el que él se entrega verdaderamente y, de este modo, no solo nos da la paz con Dios a cada uno de nosotros, sino que nos da la paz común en la gran comunidad eucarística, que es esta gran comunión de paz, que va más allá de todos los confines del mundo.

Después dice el Señor: «Como el Padre me envió, también yo os envío». El encuentro con el Señor es misión. Ver al Señor, recibir la paz del Señor no es nunca algo puramente individual, que solo me concierne a mí, es siempre dinamismo de misión.

En la filosofía escolástica había esta expresión clave: *bonum diffusivum sui*, a saber, es esencial al bien que se difunda, es propio de la definición del *bonum*, del bien, que se difunda. Ahora bien, el Señor es el Bien en sí mismo, y este bien obra, se difunde, se expande con una necesidad interior. En este sentido, la misión, el mandato, no es algo *secundo*, que se añade al ver al Resucitado, sino que el ver implica estar comprometido en esta dinámica del bien que se difunde y va más allá de sí mismo para transformar el mundo. Nos sentimos implicados en este dinamismo; el Señor viene entre nosotros, nos saluda: «La paz esté con vosotros», se entrega, se nos da, y así estamos verdaderamente implicados, implicados en este dinamismo de su ser para con todos nosotros. Pidamos, pues, que se nos ayude a

ver realmente al Señor, y que este ver se convierta en evangelización, en comunicación.

Después Jesús «sopló», y este hecho nos hace pensar en la creación del primer hombre. Dios, dice el Génesis, había formado del limo la figura del hombre, pero era una cosa muerta. Entonces «sopló» sobre este hombre, dio su aliento a esta forma, y así el hombre se convirtió en un ser vivo (cf. Gén 2,7). Aquí el Señor repite el gesto del Creador, es decir, tiene lugar una nueva Creación. El soplo del Señor, su aliento, nos crea como hombres nuevos, penetrados por su Espíritu.

El Espíritu Santo es el soplo del Señor, y nosotros somos criaturas nuevas que viven en la cercanía, en el contacto con Jesús, en este contacto con su Espíritu, que nos introduce en una nueva Creación. Por otra parte, Jesús dice también que este Espíritu suyo, que nos renueva, es fuente de renovación en el sentido del perdón, de una nueva recreación nacida del perdón. Esta es la hermosa comunicación, la hermosa realidad del Domingo de Pascua: que la Iglesia tiene el poder del perdón, de recrear siempre de nuevo nuestras almas.

No quisiera volver a meditar ahora sobre toda la historia de santo Tomás, que todos conocemos muy bien; por consiguiente, voy directo a la conclusión. Al final, Tomás respondió: «¡Señor mío y Dios mío!». Es la fórmula de confesión más breve del Nuevo Testamento, y al mismo tiempo es la confesión, la adoración, la oración fundamental del cristianismo: «¡Señor mío y Dios mío!». Todo el Nuevo Testamento desemboca en estas palabras, todos los caminos del Nuevo Testamento terminan aquí, y también nuestro camino de fe debe llegar a este punto: «¡Señor mío y Dios mío!». Conocer a Jesús, nuestro Dios, y así estar en comunión con nuestro Dios y vivir en el dinamismo de su amor.

Jesús dice también: «Dichosos los que no han visto y han creído», y esta es una bienaventuranza dirigida a todos los creyentes de todos los tiempos, que nos consuela, nos da alegría. Pero san Gregorio Magno hace una observación que me parece importante.

Dice que santo Tomás ha visto al hombre resucitado, ha tocado las heridas del hombre resucitado, ha visto al hombre, pero no ha visto a Dios. Ahora bien, al ver y tocar al hombre se han abierto sus ojos interiores y ha visto interiormente con la fe lo que no podía ver con los ojos del cuerpo. Ha visto creyendo [22](#) . Al ver al hombre, también él ha dado el «salto» o —digámoslo mejor— ha recibido el don de creer lo que no podía ver. Al ver al hombre, Jesús abrió los ojos de su corazón y Tomás vio con los ojos de su corazón lo que no podía ver corporalmente, y viendo con los ojos del corazón confesó: «¡Señor mío y Dios mío!».

También nosotros podemos tocar, en muchos sentidos, al hombre Jesús, que se hace muy presente en sus santos, en todas las realidades de la santa Iglesia.

Pidamos al Señor que, tocando y viendo estas realidades humanas, se abran los ojos de nuestro corazón, de suerte que podamos ver con todo nuestro corazón lo que no podemos ver con los ojos del cuerpo. A fin de que también nosotros podamos ver y confesar, con todo el corazón: «¡Señor mío y Dios mío!». Amén.

EL RESUCITADO Y LA NUEVA CREACIÓN

11 de abril de 2010, Capilla privada, Castel Gandolfo

II Domingo de Pascua (Año C)

Lecturas: Hch 5,12-16; Ap 1,9-11.12-13.17-19; Jn 20,19-31

Queridos amigos:

En las dos apariciones del Resucitado, narradas en el Evangelio de hoy, aparecen dos aspectos del misterio de la Resurrección. En la primera aparición, vemos sobre todo el poder de Dios, vemos la gloria de Dios, en la que él viene ahora: tiene el poder de atravesar puertas cerradas, da el Espíritu Santo y otorga el poder de perdonar los pecados. En la segunda aparición, vemos sobre todo su humanidad, que ha permanecido como tal: un hombre, con un verdadero cuerpo que se puede tocar, que lleva sus heridas hasta la eternidad, que aun siendo Hijo de Dios y viviendo en la gloria de Dios, sigue siendo hombre, con un cuerpo de hombre de carne y hueso, como dice el Evangelio de san Lucas (cf. Lc 24,39). Pero sigamos bien los detalles del Evangelio.

La fecha es importante, el primer día, el primer día de la semana, el día después del sábado. Para los judíos, el sábado era el centro de su estructura del tiempo, y aquí vemos ya una revolución en la visión de esta estructura. En la Primera carta de san Pablo a los Corintios, vemos que en la primera comunidad cristiana, los cristianos se reúnen ya el primer día de la semana, el día después del sábado. Y también en el Apocalipsis —y todavía estamos en el siglo I— este primer día tiene un nuevo nombre: «*kyriak é ē méra* », el Día del Señor, el «domingo».

Este «primer» día se ha convertido en el «nuevo» día del encuentro con Dios, el día de la asamblea de los creyentes en torno a Cristo resucitado. Debemos tener presente la profundidad de este cambio, que afecta a la visión del tiempo en la estructura de la semana. El precepto del sábado no solo formaba parte del Decálogo, pues era el tercer mandamiento de esta ley

fundamental de Israel y de la humanidad, sino que también estaba incluido en el relato de la Creación. La Creación está estructurada de manera que termina en sábado, y todo ha sido creado para que haya un lugar donde Dios pueda ser adorado y venerado. Y todo ha sido creado en vistas a este día en que el Creador y la criatura están juntos.

Para Israel, el sábado determina la estructura del tiempo, más aún, del mismo ser humano. Ahora, sin embargo, después de Jesús, pensamos que esta revolución en la visión del tiempo concierne ya a la primera creación: ya no es el sábado, sino que el primer día determina la estructura de la semana. Vemos que ha sucedido algo radical. Sin un acontecimiento de una fuerza increíble, que lo cambia todo, no se puede explicar este cambio en la estructura del tiempo, con el paso del sábado, como gozne íntimo de la existencia judía, al domingo. Para mí, esta revolución en la visión del tiempo es una de las pruebas más seguras de que en aquel «primer día» sucedió algo absolutamente extraordinario, a saber, realmente el encuentro con el Resucitado.

Desde entonces, la estructura del tiempo ha cambiado y el primer día es el día en que la comunidad de los creyentes se reúne con Jesús; el tiempo está estructurado por el domingo. Así, el simbolismo de la visión de este día también cambia: mientras que el sábado era el día del descanso, compartido entre Dios y el hombre, entre el hombre y toda la Creación, el primer día es el día de la Creación, para los cristianos es el día de la nueva Creación. Vemos que, con este día, la Creación comienza de nuevo y entramos en el dinamismo de la nueva Creación. Pero veamos más de cerca cómo sucede esto.

Jesús entra a través de puertas cerradas. En esta situación, vemos la contrariedad de los sentimientos del alma de los discípulos. Una parte de ellos se ha quedado en Jerusalén. Dadas las circunstancias, lo normal hubiera sido volver a Galilea, en cambio están reunidos, están en asamblea, es decir, están esperando algo. Están a la espera, porque saben que el sepulcro

está vacío, ellos mismos lo han visto, han oído a las mujeres decir que han visto al Señor, han oído a María Magdalena decir que ha visto y tocado al Señor.

Por consiguiente, están a la espera de poder tener también una señal, de poder encontrarse ellos asimismo con él. Pero, también con esta espera que sigue a los acontecimientos de la mañana, al mismo tiempo están llenos de miedo y cierran sus puertas. Es esta una visión y una situación contradictoria, que me parece indicativa también para muchas situaciones de la humanidad en la Iglesia y fuera de ella. Se cierran las puertas por miedo. Las puertas se cierran también por miedo a que Dios sea tal vez demasiado exigente, a que pueda cambiar mi vida, quitarme mis seguridades y mis costumbres; entonces la puerta se cierra contra Dios, contra Cristo.

Por otra parte, en el corazón hay siempre una expectativa, la expectativa de que ese Dios que se ha manifestado en la historia, que ha hablado a tantos hombres, que ha hablado a los Apóstoles, precisamente ese Dios venga también a mí, me toque también a mí. En esta contradicción, que es la situación normal que atraviesa toda la historia, pidamos que el Señor venga, que entre por las puertas cerradas de nuestros corazones, de tantos corazones: «Ven, entra, muéstrate y muestra tu presencia, danos la certeza de que eres el amor eterno. Ayúdanos a verte, a tocarte, a vivir contigo».

El Señor entra y saluda: «¡La paz con vosotros!». La paz tiene en este momento una novedad extraordinaria, porque el Señor viene de la noche de la muerte, de la noche de los infiernos adonde había descendido para liberar a Adán, a la humanidad prisionera. Pero al mismo tiempo viene del poder de Dios, de la luz; Dios mismo trae la luz y la paz de Dios. Así, Jesús cambia el mundo, entrando con su paz divina, entrando como vencedor de la muerte, sobre todas esas «prisiones» que tienen cautiva a la humanidad.

Dice: «¡La paz con vosotros!». La reacción de los Apóstoles es

hermosa: «Los discípulos se alegraron de ver al Señor», dice el Evangelio. Quien ve al Señor, se alegra. Pidamos al Señor, una vez más, que nos deje ver un poco de su presencia y nos toque el corazón con su alegría: «¡Sí, tú estás presente, tú estás con nosotros!».

A continuación, veamos la conexión con el tema de la nueva Creación, que es realmente el día del nacimiento de la nueva Creación, el primer día. La paz que él nos da tiene dos dimensiones. En primer lugar, la dimensión de la paz-misión: «Como el Padre me envió, también yo os envío». Somos constituidos así en mensajeros, en portadores de su paz. La paz no es, pues, una posesión que los discípulos llevan como un tesoro encerrado en sus almas; la paz —esta nueva paz de Dios— es un don que deben llevar al mundo, un mundo que vive en medio de tantas contradicciones, oposiciones y violencias, que vive en oposición a la paz.

Jesús «sopló» después y dijo: «Recibid el Espíritu Santo». Aquí vemos realmente el primer día, el día de la Creación, en el que la Sagrada Escritura nos cuenta, con sus bellas imágenes, que Dios forma al hombre a partir del barro. El cuerpo humano está hecho por Dios, pero es solo cuerpo, está formado por las manos de Dios, pero al principio sigue siendo solo un cuerpo. Dios sopló después y el hombre se convirtió en un «alma viviente», dice la Sagrada Escritura. Ahora, Dios sopla una segunda vez, pero los hombres ya son seres vivos, son ‘almas vivientes’, para hablar con la Escritura.

El Señor sopló de nuevo, dando el Espíritu Santo. San Pablo dice: de alma viviente, el hombre se convierte en «espíritu vivificante». Al ser humano normal se le añade una nueva dimensión: el Espíritu Santo, el nuevo aliento de Dios. Podemos comprender que el soplo de Cristo es el Espíritu Santo y, por así decirlo, respirar con Cristo significa respirar el Espíritu Santo, para que entre en nosotros y nos transforme. Así, ya no somos solo hombres, sino que estamos penetrados por la realidad divina,

somos «espíritu vivificante», nos convertimos en hijos de Dios en la comunión real con Dios.

Este es el proceso provocado por el potente hecho de la nueva Creación del hombre: como en el primer día de la Creación, el soplo, el aliento de Dios entra en nosotros y nos da una nueva dimensión de pertenencia a Dios. Los Padres habían dicho, en este contexto, que la frase «creados a imagen de Dios» significa: en previsión de Cristo. Todos los hombres están hechos según el modelo de Cristo y, por tanto, son imágenes de Dios. Significa que, en la medida en que nos hacemos semejantes a Cristo, somos imagen de Dios, y nos hacemos semejantes a Cristo, imagen de Dios, no a través de algo exterior, sino mediante el Espíritu Santo que respira en nosotros, nosotros respiramos el aliento de Cristo. Interiormente, vivimos como Cristo y así llegamos a ser verdaderamente imágenes de Dios, hijos de Dios, pertenecientes a la familia de Dios.

Con esto, el Resucitado otorga el perdón. El Espíritu Santo es perdón, transformación, renovación, purificación del ser humano, y solo gracias a esta purificación, a esta superación del fango del pecado, somos realmente imagen de Dios. En décadas pasadas, las palabras «pecado», «castidad», «pureza» han sido ridiculizadas, hasta el punto de que apenas podían pronunciarse.

Ahora el mundo mismo nos habla del pecado como raíz de todo el mal, nos habla de la pureza que no tenemos. Vemos cuán cierto es que el pecado es fango interior, es la destrucción del hombre, y necesitamos renovación, pureza, purificación, que solo puede venir de esta novedad del soplo de Dios; purificación que nos transforma, nos renueva y nos hace realmente imagen de Dios. Pidamos al Señor que renueve el mundo, que renueve a los cristianos, que renueve a los sacerdotes, que nos renueve a todos en la gracia de su Espíritu, en la belleza de su perdón, y de este modo nos haga imagen de Dios, de suerte que Dios aparezca en nosotros en el mundo, porque Cristo vive en nosotros.

Veamos ahora solo brevemente la segunda aparición de Jesús.

Tomás había dudado, y Jesús se le muestra en su corporeidad, para que Tomás pueda tocar sus llagas. El Hijo de Dios es hombre para siempre, la carne humana tiene su lugar en el corazón del mismo Dios, y se la puede tocar. También hay algo que parece contradictorio: Tomás puede tocar el corazón traspasado de Jesús. En sí mismo, un corazón traspasado es un corazón muerto, pero Jesús vive, y su corazón traspasado es su corazón abierto para todos nosotros. Un corazón en el que todos podemos encontrar el amor divino, que nos renueva y nos da la alegría de la que tenemos sed y de la que tenemos tanta necesidad. El corazón traspasado de Jesús es un corazón vivo y abierto: esta es la novedad del Señor resucitado, la fuente de nuestra alegría, de la vida verdadera.

El Señor dice: «Dichosos los que no han visto y han creído». Demos gracias al Señor por este «Dichosos», y recemos para que «sin haber visto» en el sentido de Tomás, también nosotros —en nuestra vida, en el encuentro con Cristo, en los sacramentos, en la oración, en tantas experiencias de bien en el mundo— podamos tocar su corazón y ver que él vive. Y oremos con santo Tomás: «¡Señor mío y Dios mío!». Amén.

LA VISIÓN DE JUAN EN EL DÍA DEL SEÑOR

7 de abril de 2013, Capilla privada, Castel Gandolfo

II Domingo de Pascua (Año C)

Lecturas: Hch 5,12-16; Ap 1,9-11.12-13.17-19; Jn 20,19-31

Queridos amigos:

El apóstol san Juan fue arrebatado en éxtasis para ver a Jesús en el día del Señor. Así nos lo cuenta el Apocalipsis. Juan está en el exilio y no puede participar en la vida de la comunidad, en la celebración eucarística de su Iglesia, y la Iglesia está privada de la Eucaristía porque Juan está en el exilio. El Señor le regala su presencia y, a través de su mensaje, permite también su presencia a la Iglesia.

San Juan es arrebatado en éxtasis el día del Señor. «El día del Señor» —es decir, el tercer día después de la muerte, el primer día de la semana— era el día del encuentro con el Resucitado, el día de la liturgia de la Iglesia, el día en que el Señor se entregaba a los suyos.

Podemos ver cómo el cristianismo ha renovado el cómputo, la estructura del tiempo. En el Antiguo Testamento todo se orientaba hacia el séptimo día, el sábado, el día de Dios, el día del pacto entre Dios y el hombre. Pero, en el momento en que el Señor se muestra, ese día se convierte en el primer día. La estructura de la semana cambia: el primer día se convierte en su día, el día del Señor y el día de reunión de la Iglesia. El día en que se encuentra siempre de nuevo con el Resucitado. Podemos adivinar en este hecho algo semejante a la fuerza del rayo, a la poderosa realidad que irrumpe en ese día, hasta el punto de operar verdaderamente una revolución del tiempo. Este primer día, el día del Señor, el día del encuentro con el Resucitado, es la huella permanente de un acontecimiento increíble que lo cambia todo, que cambia la estructura del tiempo y renueva el mundo.

San Juan no podía presidir la Eucaristía porque estaba en el

exilio y la comunidad no tenía sacerdote que la presidiera. Por eso, en este día, recemos por todos los que no pueden ir a la Eucaristía, por los que están en la cárcel, por los perseguidos, por los enfermos que no tienen la oportunidad de encontrarse con el Señor resucitado, a fin de que el Señor les abra las puertas, les ayude, se les muestre, se les dé.

Y oremos no solo por los que, a causa de la enfermedad, del malestar, de tantas situaciones, no pueden participar en la Eucaristía; oremos también por los que pueden, pero han olvidado la grandeza del Señor. Oremos por todos los cristianos que ya no se acuerdan del gran don de la presencia del Señor, de esta posibilidad de encontrarse con la Vida, con la fuerza de la vida renovada, la vida victoriosa sobre la muerte, con esta explosión que abre las puertas del mundo y abre las puertas de la vida verdadera.

Oremos para que los cristianos vuelvan a conocer el don, para que crezca un nuevo y verdadero deseo de la Eucaristía, del encuentro con el Resucitado. Oremos para que también nosotros podamos comprender, siempre de nuevo y de un modo cada vez más profundo, lo que significa «el Resucitado está con nosotros». El Resucitado: Aquel que ha abierto las puertas del mundo, que es la Vida en la que encontramos ya el mundo nuevo.

A continuación, el Apóstol, en éxtasis, oye una voz, como de trompeta. Y se vuelve. El éxtasis no comienza con una visión, sino con una audición. «*Fides ex auditu* », dice la tradición: la fe viene del oír, del escuchar, no del leer, no del pensar. No es producto de nuestra invención, de nuestras ideas, no es producto de un proceso de reflexión, sino de una trompeta, de una voz, de un «tú», que está fuera, que me toca y me habla, en el «tú» de Cristo, en la comunidad de la Iglesia.

Y esta trompeta de la palabra exige siempre que uno se vuelva, que cambie de dirección para ver a Cristo resucitado. Pidamos que esta voz de la trompeta llegue también hoy a los corazones. Quizás el Señor quiera también que nuestra voz sea trompeta

para el otro. Que nuestra voz diga: «El Señor está aquí». Y esperemos que siempre volvamos a ser capaces de convertirnos, de cambiar de dirección, para ir hacia Jesús, para encontrar a Jesús, la verdadera vida.

A renglón seguido, Juan ve siete candelabros. Y los candelabros son de oro, y el Señor también tiene el pecho ceñido con una banda de oro. Los siete candelabros recuerdan a los que estaban en el templo de Jerusalén ante el trono del Señor, como símbolo del pueblo de Israel, del pueblo creyente que rodea la presencia del Señor, que nunca está solo. Así tampoco el Resucitado está solo: está rodeado de estos candelabros de oro, que son símbolo de la Iglesia.

Si se dice que son de oro, debemos recordar que el oro era un símbolo para la Iglesia primitiva, era el tejido (*stoffa*) del que está hecho el cielo. Si los siete candelabros son de oro, significa que la Iglesia no está hecha solo de la materia de este mundo, de nuestra mentalidad, no es solo una asociación de hombres que quieren hacer algo, sino que está hecha del tejido del cielo. Por lo que respecta a la Iglesia, el cielo está presente entre nosotros en la comunión de la gracia, en la comunión de los sacramentos, en la comunión de la Palabra, en la comunión de la santa Eucaristía. El tejido de oro de la Iglesia da a entender que en la tierra está presente un poco de cielo. Debemos amar a esta Iglesia, buscar este oro de la presencia de Dios y rezar para que no se ensucie con nuestros pecados.

Pero los candelabros dan luz. Así aparece también la misión de la Iglesia. La luz no es para sí misma, sino para dar luz a los hombres. La Iglesia debe ser una ciudad sobre el monte, debe ser visible y lugar desde el que se ve. Debe ser luz en el candelabro y así, desde la Iglesia, debe llegar la luz al mundo. La Iglesia del Evangelio no es solo para sí misma, para un pequeño grupo, porque el Evangelio es luz para el mundo. Y la Iglesia ha sido creada para que esta luz toque las tinieblas de la ausencia de Dios.

Oremos, pues, para que realmente la luz de Dios toque, también hoy, la noche de la ausencia de Dios.

La visión que relata Juan es similar a la del profeta Daniel (cf. Dn 7,9-14). En la profecía de Daniel, sin embargo, aparecen no una sino dos figuras. Junto al joven hay un anciano. Anciano porque tiene el pelo blanco, símbolo de ese Dios que trasciende el tiempo, que existe desde siempre. Este cabello blanco expresa, pues, el «siempre» de Dios. En la visión de Juan, el anciano y el joven son uno: es el mismo Hijo del hombre quien tiene el pelo blanco. El Dios de la historia es el Hijo del hombre, porque Dios se ha encarnado, se ha hecho hombre y el hombre se ha hecho Dios.

Es obvio que, al ver esto, uno no pueda mantenerse en pie. Juan cae al suelo, como muerto. Toda la tradición del Antiguo Testamento dice que, en presencia de Dios, nadie puede seguir vivo. La figura humana, sin embargo, se acerca, pone la mano sobre la cabeza de Juan y le dice: «No temas». Es el momento en que Juan le reconoce. Son las mismas palabras que oyó cuando estaba con Jesús. El gran Dios es también el amigo, es Jesús. Nuestro juez al final de los tiempos es el mismo amigo que hemos conocido aquí en la tierra. Él nos juzga, pero no debemos tener miedo, porque pone su mano sobre nuestra cabeza y nos dice: «No temas». Por eso es importante crecer en la amistad con Jesús, para que un día lo reconozcamos como nuestro amigo.

La mano sobre la cabeza también puede indicar la Eucaristía. Así, el simbolismo se inserta de nuevo en el contexto litúrgico en el que se encuentra Juan. Jesús viene a nosotros, se nos da como amigo. En la comunión pone su mano sobre nuestra cabeza y dice: «¡No temáis, soy yo!».

Oremos al Señor para que su Palabra y su presencia nos alienten y nos levanten siempre en medio de las pruebas de la vida: él es más fuerte que todo temor y todo mal, en nosotros y a nuestro alrededor. Amén.

EMAÚS: SIEMPRE ES VIERNES SANTO Y SIEMPRE ES PASCUA

4 de mayo de 2014, Capilla privada, Monasterio Mater Ecclesiae
III Domingo de Pascua (Año A)

Lecturas: Hch 2,14.22-23; Sal 15; 1 Pe 1,17-21; Lc 24,13-35

Queridos hermanos y hermanas:

Hace dos años, cuando estaba de visita pastoral en Cuba, uno de los obispos cubanos me dijo: «Los cristianos de este país, y también muchos otros latinoamericanos, no hemos llegado todavía a la Pascua, nos hemos quedado en el Viernes Santo».

Son palabras que me vinieron a la mente ayer, al meditar este Evangelio, en el que encontramos a dos hombres que, aunque es Domingo de Pascua, están todavía en el Viernes Santo. Han oído algo del sepulcro vacío, de los ángeles, pero se han quedado en el Viernes Santo: Cristo sigue todavía muerto, el mundo está vacío, la redención aún no ha llegado. No son unos casos tan especiales, son casi representantes permanentes de toda la humanidad. Podemos decir que las palabras del obispo cubano valen para gran parte del mundo: nos hemos quedado en el Viernes Santo.

Es un ejemplo real, porque también hoy Cristo es golpeado, escarnecido, torturado. ¡Todavía hoy «*Ecce homo* »! También hoy Cristo está en el mundo como un hombre sin poder y la fe parece vana. La Pascua no existe, seguimos en Viernes Santo. Y si pensamos en todas las dictaduras de tiempos pasados, en el poder que han supuesto contra Dios, mientras Dios parecía ausente, debemos decir que todas ellas han sido Viernes Santo para todos los mártires, para todos los creyentes.

También hoy, aunque en una situación muy diferente, tenemos estas nuevas modalidades de ciencia, que nos dan la posibilidad de hacer al hombre y de destruir al hombre, de tratar al hombre como un producto nuestro. Ya no hay «criaturas», Dios ya no es

visible, parece ridículo creer en la resurrección, en el Hijo de Dios hecho hombre, crucificado y resucitado.

En realidad, la imagen central de la fe es el Crucificado. Siempre es Viernes Santo, porque siempre vivimos de la Cruz del Señor, y el Crucificado está siempre ante el Padre con los brazos abiertos, rogando por nosotros. Por eso san Pablo habla de la celebración eucarística diciendo: cuando celebráis estos misterios, anunciáis la muerte del Señor. Sin embargo, no adoramos ni predicamos a un muerto, sino a un crucificado que está vivo.

Esto significa: sí, efectivamente, en la Iglesia siempre es Viernes Santo, pero también siempre es Pascua, ¡porque estas dos realidades están siempre juntas! No hay Pascua en la historia humana sin la presencia permanente del Viernes Santo; pero no es solo Viernes Santo, también es siempre realmente Pascua: las dos realidades están juntas y esta es la esencia del cristianismo. Estamos siempre en camino con el Señor sin haber visto al Resucitado, porque no somos capaces de conocerle, y sin embargo él camina con nosotros, abre nuestro corazón a fin de que se abran también nuestros ojos. De ahí que esta caminata hacia Emaús interprete toda la historia de la Iglesia: siempre es Viernes Santo y siempre y al mismo tiempo es ya Pascua.

Basta con pensar, por ejemplo, en cómo los grandes totalitarismos que parecían invencibles —tanto el nazismo como el comunismo— han desaparecido hoy, mientras Cristo continúa viviendo. Pienso en el hecho de que desde Vietnam, donde Cristo estaba totalmente excluido, el Jefe del Estado y el Jefe del Partido me visitaron y me dijeron que habían comprendido que la Iglesia de Cristo es un hecho importante para la construcción de su sociedad ²³. ¡Cristo vive! Pensemos que el palacio del emperador Diocleciano, gran perseguidor de los cristianos, se convirtió más tarde en la catedral de la Iglesia católica ²⁴.

Cristo vence, pero vence siempre en la Cruz; aunque todos los grandes poderes negativos pasan, siempre permanece el Viernes Santo y, solo así, permanece la Pascua. Pienso también, por

ejemplo, en una pequeña historia, que me contó el cardenal Van Thuan ²⁵, gran confesor, que estaba en una terrible prisión, y que vivía aislado en una celda no mayor que un armario, en una noche total, sin contactos, completamente aislado. En esta gran ausencia de Dios, en este gran Viernes Santo, consiguió —¡algo increíble!— tener unas gotas de vino, unas migajas de pan, y así, de la manera más sencilla, más grande, celebraba la Eucaristía y tocaba al Resucitado en medio de la noche, experimentando que realmente el Crucificado ya ha resucitado.

Esto es lo que debemos aprender del Evangelio de hoy. Nuestro concepto del Dios redentor sería un Dios un poco como el emperador Augusto, que ejerce su poder sobre el mundo, que crea justicia y une a todos... ¡Pero este no es el modo de actuar de Dios! Dios actúa a su modo y su modo no es el del poder mundano, militar, el de los ejércitos, el de la economía, el del poder económico. Su poder es el amor que se entrega, y eso es la Cruz. Cristo, el testigo de Dios, actúa de modo divino, y el poder divino no es el de este mundo, sino que es amor que se entrega. Y precisamente en esta entrega radical, en esta renuncia a todo poder mundano, se muestra Dios, la verdadera divinidad: precisamente así, entregándose, vive y nos visita.

No podemos comprender este modo distinto de actuar, de vivir, de vencer de Dios. Siempre estamos al principio, y decimos siempre: «Pero, ¿qué ha pasado? Esperábamos que fuera el Salvador del mundo, ¡y ahora vemos lo débil que es!». Pensemos en todos los escándalos, en lo que sucede para desmentir la victoria de Cristo... Sin embargo, precisamente en la humildad del entregarse, del perderse, en el misterio del grano de trigo que se entrega, muere y así da fruto (cf. Jn 12,24), vemos cómo actúa Dios, vemos el verdadero camino de la acción divina, que precisamente así nos transforma y nos renueva. Jesús camina con nosotros como caminó con los discípulos de Emaús. La liturgia de la Iglesia es este caminar con el Señor, que nos abre el corazón y nos ayuda a conocerle; mientras que nosotros no somos capaces de

conocerle, él nos abre su corazón.

Sabemos que, hasta Jesús, la lectura de la Sagrada Escritura, del Antiguo Testamento solo veía al Mesías triunfante y Jesús no lo era en absoluto. Dice: «¡Qué necios y lentos sois al no ver cómo es precisamente el Cristo sufriente, el Dios que no tiene poder mundano, sino que se entrega en su amor y por eso es más fuerte que todos los poderes de este mundo!». Era una revolución en la lectura de la Escritura, porque se empezaba a ver su verdadero significado: «¡Sí! Habla precisamente de esto, del Cristo crucificado y resucitado».

Debemos redescubrir siempre este misterio en la Escritura, en la vida, en la historia. El Señor espera de nosotros esta atención en el caminar, en la escucha, en no dejarnos llevar por las apariencias de las cosas; nos pide el coraje de seguir adelante, de no abandonar su búsqueda.

El Evangelio dice que los dos discípulos de Emaús estaban en búsqueda; esto es esencial. No debemos dejar que la vida caiga simplemente en la trivialidad; debemos ir con Jesús, escucharle en la liturgia, en el diálogo de la fe y, en definitiva, en el gesto del amor. Jesús parece irse. Solo el amor le retiene y abre por fin la puerta al ver. «¡Quédate con nosotros!», le dicen; le acogen como huésped y, tras el diálogo de la fe, el gesto de amor hace posible el momento en que se les abren los ojos y le reconocen.

Digamos también nosotros: «¡Quédate con nosotros, Señor!», no le dejemos irse. Vayamos con el Señor, busquemos el diálogo de la fe, de la esperanza, el gesto de la caridad. Dando a los demás nuestro amor, nuestra fe que busca, se nos abrirá el corazón, se nos abrirán los ojos y podremos ver: ¡sí, es él! Ha vencido y, precisamente como crucificado, ha resucitado y nos da la vida, y así también nos enseña a nosotros cómo vivir de verdad. No es un triunfo, sino que precisamente en la paciencia con que soportamos los sufrimientos de este mundo somos dichosos, porque estamos cerca del Señor. «¡Quédate con nosotros Señor, no nos dejes!». ¡Amén!

EL BUEN PASTOR

11 de mayo de 2014, Capilla privada, Monasterio Mater Ecclesiae

IV domingo de Pascua (Año A)

Lecturas: Hch 2,14.36-41; Sal 22; 1 Pe 2,20b-25; Jn 10,1-10

Queridos amigos:

Una de las obras de arte más bellas de la Iglesia primitiva es, sin duda, la estatuilla del Buen Pastor del Museo de Letrán, del siglo III. Todos la conocemos: un joven pastor lleva sobre sus hombros, con gran ternura y amor, un cordero, una pequeña oveja, y la lleva a casa. La pobre oveja no ha encontrado su camino, ya no puede caminar, y él la lleva con amor sobre sus hombros. Los cristianos de la Iglesia primitiva se veían a sí mismos en esta escultura, y así comprendieron todo el misterio de Cristo, de nuestra redención y de la Encarnación.

Sabían que el Señor me lleva también a mí, me conoce por mi nombre, me lleva con gran ternura, porque no soy capaz de encontrar el camino a casa, no tengo fuerzas para ir, pero él me lleva con su amor. Lo habían comprendido: el Verbo de Dios, la razón creadora, el *Logos*, viendo a la humanidad como una oveja errante, salió de su gloria y tomó sobre sus hombros a esta oveja errante, la humanidad.

Esto es la Encarnación: el *Logos* toma sobre sus hombros la naturaleza humana; así, esta imagen es también una presentación de la Encarnación, del misterio de Cristo que, por ser hombre, ha tomado sobre sus hombros la humanidad, y nos lleva con gran amor, con esta naturaleza humana suya a cada uno de nosotros. Cristo, la Razón eterna, el Verbo eterno que lleva la naturaleza humana, es el verdadero Pastor.

En el Antiguo Oriente, los reyes, los grandes reyes de los pueblos se hacían llamar pastores, y expresaban así su poder, pero también su responsabilidad. Isaías estaba convencido de que

solo Dios puede ser el verdadero Pastor (cf. Is 40,11). En realidad, Dios, en Jesucristo, en el Verbo encarnado, es el Pastor que nos lleva.

En los tiempos modernos se han presentado objeciones contra esta imagen, contra esta teología: «¡Pues nosotros no somos ovejas! ¡No necesitamos un pastor! Tenemos nuestra razón y nuestra propia voluntad. El hombre no es una oveja, es autónomo y libre y no tiene necesidad de estos pastores, ¡del pastor!». Esta afirmación de la autonomía, esta emancipación presentada como querida por Dios, por Cristo, es una mentira, pero también oculta además una verdad. Es mentira, porque sabemos que la humanidad es realmente como una oveja descarriada, como vemos también en nuestros días.

El Señor nos habla de estos falsos pastores, que manipulan a la humanidad y sus esperanzas, buscando solo su propio interés. La humanidad necesita ayuda, pues estamos viendo cómo sigue habiendo también hoy tantos falsos pastores que crean división, en lo pequeño y en lo grande; el hombre necesita luz, un guía, pero el verdadero pastor del hombre no puede ser uno cualquiera, solo puede ser la misma razón creadora, la luz divina, y este es el misterio que ha aparecido en Cristo Jesús, el único Pastor verdadero. Me parece que esto es motivo de una profunda meditación: el hecho de que realmente la Razón creadora, la Verdad misma, se haya comprometido con nosotros, nos lleve, nos guíe, conozca a cada uno de nosotros por su nombre, y por eso estemos seguros de que realmente somos llevados a nuestra patria, al bien, a la vida.

El Señor nos ha indicado adónde debemos ir, en qué consiste y cuál es —podemos decir— la tarea del verdadero pastor: llevar a las ovejas a los pastos, allí donde realmente hay agua fresca y buena hierba. El Señor dice en el Evangelio: «Yo os encontraré el pasto», y lo traduce diciendo: «He venido para que tengan vida y vida en abundancia». Este es el sentido del ser pastor: llevar a la vida, darnos la vida, la vida en abundancia.

Pero sigue planteándose aún la pregunta: ¿qué es la vida? Todo el mundo quiere la vida, todos prometen la vida. Hay unas palabras muy hermosas en san Ireneo, que escribió: «La gloria de Dios es el hombre viviente: y la vida del hombre es la visión de Dios» ²⁶ . Esta es la vida del hombre, este es el verdadero alimento, el agua fresca, el agua buena: ver a Dios. Solo el hombre que ve a Dios vive realmente; si el hombre vive en la noche de la ausencia de Dios, no vive realmente. Por eso, el pastor es el que nos ayuda, el que nos lleva a ver a Dios, a conocer a Dios, a estar unidos a Dios y a vivir de verdad. Esta es, pues, su primera tarea: Jesús nos ha mostrado el rostro de Dios, nos da la gracia de conocer a Dios.

Pero no solo esto, porque el conocimiento de Cristo es amor. No es solo el ver: se nos ha dado a sí mismo en la Santa Cruz, donde su carne se hace sacramento, presencia para nosotros. No es solo ver: en la Eucaristía, Jesús nos ofrece esta mesa, de la que habla hoy el Salmo 23, donde Dios mismo se convierte en nuestro alimento, donde el amor de Dios se hace alimento y se entrega.

Demos gracias a Dios por ello y oremos para comprender cada vez mejor el misterio, oremos para que el conocimiento se convierta en amor: el Señor me conoce por mi nombre y me llama, se entrega a mis manos, a mi corazón y se convierte así, desde dentro, en mi pastor.

Sabemos que a esta hora, cerca de aquí, en San Pedro, trece jóvenes están siendo ordenados sacerdotes, pastores ²⁷ . Cristo es en el sacramento la puerta que les deja entrar, les abre la puerta para que sean verdaderos pastores. Con esta imagen de la puerta, Jesús nos muestra que, al final, solo él es siempre el Pastor, pero al mismo tiempo necesita también a los que entran por la puerta, para que actúen como él, en comunión con él.

Oremos para que estos jóvenes, que entran por la puerta del sacramento, estén cada vez más unidos a Cristo, para que conozcan a «los suyos» (cf. Jn 13,1), con Cristo y por Cristo, para que amen a «los suyos», con Cristo y por Cristo, y así puedan

guiar verdaderamente a la fuente de la vida, al conocimiento de Dios, al amor de Cristo en la comunión de la Sagrada Eucaristía.

Que el Señor ayude a estos jóvenes, para que sean siempre, a lo largo de toda su vida, verdaderos pastores, entren siempre por la puerta que es él. Y oremos todos nosotros: «Señor, por nosotros mismos volvemos a ser siempre como ovejas descarriadas, sé tú siempre de nuevo nuestro Pastor y guardián de nuestras almas». Amén.

EL PASTOR QUE GUÍA Y DEFIENDE DE LOS LOBOS

26 de abril de 2015, Capilla privada, Monasterio Mater Ecclesiae
IV domingo de Pascua (Año B)

Lecturas: Hch 4,8-12; Sal 117; 1 Jn 3,1-2; Jn 10,11-18

Queridos amigos:

La imagen del pastor es en sí misma algo majestuoso. Los grandes imperios orientales —los sumerios, los asirios, los babilonios— llamaban a sus reyes «pastores» y a la gente su «rebaño», las «ovejas» que debían pastorear; expresaban así su poder, su grandeza, pero también su responsabilidad. El Señor, al llamarse a sí mismo pastor, entra en esta tradición, expresa que él es el verdadero rey, el verdadero rey del universo, el verdadero pastor; su reino es el reino eterno. En realidad, solo él, que nos ha creado, nos conoce, conoce la verdad de nuestro ser, solo él conoce los caminos de la vida, y solo él puede mostrarnos dónde ir para vivir.

Ahora bien, al mismo tiempo, la del pastor es también una imagen afectuosa. Pensemos en la bella estatuilla del Museo de Letrán, que data del siglo III: el joven pastor Jesús lleva sobre sus hombros con gran amor a la oveja perdida. Se ve que no hay solo poder, grandeza, sino también amor y cercanía, un rostro personal, que nos conoce a cada uno de nosotros y nos lleva con gran amor.

En realidad, lo que hace un verdadero pastor nos lo dice sobre todo el Salmo 23: «El Señor es mi pastor, nada me falta: me conduce a pastos herbosos, me hace pacer» (cf. v. 2). El pastor, en primer lugar, conduce a los pastos herbosos, es decir, da vida, da alimento, da agua fresca, da certeza, da belleza. La primera preocupación del pastor es dar vida y guiar en la geografía del ser, en los montes de Israel, dice el Salmo, donde las ovejas

encuentran esta buena hierba y agua fresca.

Los montes de Israel —por los que debemos caminar para encontrar el verdadero alimento— son la Sagrada Escritura, la Palabra de Dios, en la que el Señor nos guía para encontrar la vida, para encontrar la verdad, el amor y la unidad. Esta guía del Señor es lo esencial, porque nos ofrece la verdad, nos ofrece el amor, nos ofrece la unidad.

Al comienzo de la época moderna, se produjo una protesta contra esta imagen del pastor que nos guía. Se decía: «¡No somos ovejas! Somos personas libres!», y se contraponía la autonomía del hombre a la idea del «oveja-hombre». Se decía: «No necesitamos pastores, somos autónomos, encontramos por nosotros mismos el camino». ¡Sí! Es verdad que no somos ovejas, que somos personas libres, dotadas de razón, voluntad y amor, y tenemos nuestra libertad; pero también es verdad que esta libertad nuestra necesita iluminación, es una libertad participada, es una libertad compartida; no conocemos el camino, necesitamos la brújula para encontrarlo.

Por eso esta autonomía es una mentira, porque el hombre de por sí no sabe adónde ir. Si se toma únicamente a sí mismo como guía, se destruye a sí mismo y destruye a los demás. Por eso, nuestra libertad y la guía del pastor, con su amor y su libertad, no se contradicen: es precisamente la guía de aquel que es el amor y la verdad la que garantiza también nuestra libertad, la que nos guía a través de las difíciles montañas del mundo, en las que podemos caer fácilmente, si no conocemos el camino, si no tenemos a aquel que nos guía y nos ayuda.

El Señor, sabiendo que estas aspiraciones de autonomía ponen a prueba el corazón del hombre, habla también en su parábola de «asalariados» y de «lobos», y de los lobos dice que roban y dispersan, es decir, que también destruyen la unidad esencial a la comunidad humana. En nuestro tiempo, hemos conocido a estos lobos que destruyen. Pensemos en los grandes dictadores: Hitler, Stalin, Pol Pot, Mao Tse-tung; todos ellos decían: llevamos a la

humanidad a su verdadera felicidad, al paraíso. Eran lobos, que han destruido el mundo de una manera increíble, y detrás de ellos estaban los grandes filósofos, que creaban esos tejidos de error, sobre los que luego podían moverse los grandes dictadores.

Pensemos en Nietzsche, que se burlaba de los cristianos como hombres débiles, y a esta debilidad de los cristianos contraponía el hombre fuerte que destruye. Pensemos en Marx con su promesa: su paraíso sin Dios se convirtió en un gran campo de concentración. Pensemos en Freud, en su destrucción del alma. Pensemos, ahora, en los positivistas que dicen que solo es verdad lo que es material, y por eso dicen también que la libertad es solo una apariencia, mientras que en realidad todo se reduce a los procesos físicos que podamos reconstruir: al final, la gran palabra de la libertad, de la autonomía, desaparece en las mentiras del positivismo.

Pensemos también en los violentos, que matan en nombre de Dios, que se fabrican un falso Dios, que destruyen vidas humanas, que se comportan como señores de la vida y de la muerte. Pensemos en los traficantes de personas, que tratan al hombre como ganado, como mercancía, y lo destruyen. ¡Son auténticos lobos! El mundo siempre acaba cayendo en manos de los lobos, y en esta situación solo podemos clamar al Señor: ¡No dejes tu mundo, tu criatura a los lobos! ¡No dejes que destruyan, con sus mentiras, la verdad; con su odio, el amor; con su dispersión, la unidad! Señor, ayúdanos a defender al hombre, tu criatura. Tú, que eres nuestro pastor, ¡defiéndenos!

En la historia de la Iglesia, el símbolo del pastor es el cayado. El cayado que ayuda a encontrar el camino, a mostrarlo, a defender de los lobos, a dar garantías de seguridad. Pero el cayado del Señor es la Cruz. El Señor no solo defiende, sino que se da a sí mismo y así da la verdadera vida. Ya no somos solo la religión de la Palabra, sino que nos alimentamos de la carne, del amor del Señor, que es el verdadero Pastor, que se da a sí mismo y así nos da la vida, nos abre el camino a ella.

Si, en este momento, pedimos al Señor que defienda a su criatura contra los lobos, esta oración es siempre también una palabra que implica agradecimiento al Señor, que se ha entregado a nosotros, que ha creado, en medio de todas las tristezas y tragedias del mundo, su Reino, y lo defiende, lo construye. Gratitud, porque estamos llamados a estar con él en la Iglesia. Y la gratitud se convierte también en un deber, el de hacer todo lo posible por defender la vida, por defender la verdad; por defender la verdadera libertad contra la autonomía, que es la mentira de los lobos y destruye la Creación.

En este momento, están siendo ordenados unos sacerdotes en la basílica de San Pedro: diecinueve jóvenes, ordenados pastores al servicio del Pastor [28](#) . Demos gracias al Señor que ha llamado a estos jóvenes, ha llamado a jóvenes de todas las partes del mundo.

Pidamos al Señor que ayude a estos pastores suyos, que los defienda, que les ayude a ser verdaderos pastores contra los mercenarios, contra los lobos; que los acompañe siempre y les ayude así a construir su Reino: el Reino de la verdad, del amor, de la paz y de la unidad. Amén.

LA MULTITUD DE LOS SALVADOS

21 de abril de 2013, Capilla privada, Castel Gandolfo

IV Domingo de Pascua (Año C)

Lecturas: Hch 13,14.43-52; Ap 7,9.14-17; Jn 10,27-30

Queridos hermanos y hermanas:

El Apocalipsis, del que está tomada la segunda lectura, a menudo nos sorprende con imágenes inquietantes: del poder del mal, escenas de horror, del desmoronamiento del mundo de los hombres. Hoy, en cambio, nos muestra el aspecto de la mirada hacia lo definitivo, un icono de la esperanza. Al final, la humanidad redimida es una inmensa multitud que nadie puede contar. Al final, Dios vence.

Aquí, en este mundo, siempre parece que los hombres de Dios están en minoría. No solo en el Apocalipsis vemos una situación en la que pocos creen, sino que también en nuestra experiencia los católicos observantes, convencidos, que viven según la ley de Dios, están en minoría. Parece que Dios está siempre en minoría. Pero al final es distinto: hay una multitud inmensa que nadie puede contar. Se salvan, vienen en multitud. Y esta es la alegría que debería conmover nuestro corazón. Dios vence, aunque el aspecto de esta historia sea diferente.

Y son de todas las naciones, de todas las lenguas y pueblos. También esto es importante: que Dios tiene a los suyos por todas partes. Dios encuentra a los hombres en todas las partes del mundo y de la historia. Así se transparenta lo que también es un poco la realidad de la Iglesia: en el globo aparece siempre pobre, sencilla; pero si vemos el mundo en su totalidad, veremos una familia que trasciende todas las fronteras. Dios no conoce fronteras entre todas las naciones. Ya hoy, en la Eucaristía, existe este pueblo inmenso. Nosotros somos sus miembros y debemos dar gracias a Dios porque esta familia de Dios exista más allá de todas las fronteras.

En la segunda parte del texto, san Juan define un poco más de cerca cómo serán estos salvados. Primero dice: vienen de la gran tribulación. La tribulación, a fin de cuentas, es el camino para hacer que el hombre madure. Vienen de la tribulación, y así maduran para la comunión con Dios y entre ellos. En este mismo momento hay muchos cristianos que están en la tribulación. Muchos —nos lo ha recordado el papa Francisco— son perseguidos, sufren por la fe. En estos momentos, queremos rezar por los cristianos que viven en la gran tribulación; y rezamos por todos los que viven en la tribulación de la soledad, de la pobreza, de la miseria, de la ausencia de Dios. Pedimos al Señor que les ayude, les conforte, les dé su luz para que en la tribulación puedan madurar para la alegría y la belleza del Reino de Dios. Pidamos al Señor que nos oriente también a nosotros en las tribulaciones de este mundo.

A continuación, el libro del Apocalipsis dice que los salvados están vestidos de luz. Son hombres de luz. Esto nos hace pensar en dos realidades. En primer lugar, según la tradición, Adán antes de la caída estaba vestido de luz, y solo la caída en el pecado apagó la luz, hizo que la luz y su dejar traslucir a Dios a través de ella se oscurecieran. Los hombres de luz son hombres del cielo, porque la materia del cielo es luz. De ahí, un segundo recordatorio: Jesús, en el monte Tabor, es luz, está revestido de luz pura. Los hombres de luz son hombres de verdad, sin mentira, sin hipocresía; y por eso son hombres cercanos a Dios, son a imagen de Dios.

Pero, ¿cómo se llega hasta ahí? San Juan retoma la realidad de la tribulación con otra imagen sorprendente. Dice que los salvados han lavado sus vestiduras en la sangre del Cordero y así se volvieron blancas, cándidas. Esto parece contradictorio, porque lavar en sangre, como sabemos, no hace que algo se vuelva blanco. Así pues, no se trata de sangre en sentido material: la sangre del Cordero es el amor del Cordero, el amor del Dios que se convierte en cordero sacrificial por nosotros. Es el amor del

Dios que en la cruz se entrega totalmente por nosotros. Este amor es el lavado que hace puros a los hombres, purifica nuestros corazones. Y este lavado es muy eficiente.

En el sacramento de la penitencia, verdadera comunión con la pasión de Cristo, se nos lava, nos volvemos transparentes, nos purificamos de la mancha del mal, de la mentira con su sangre. En la Eucaristía nos unimos con Jesucristo, con esta sangre suya, con este amor suyo que nos penetra, nos renueva, nos hace blancos, como la luz. Los sacramentos implican nuestra vida, nos hacen entrar en profunda comunión con este amor de Cristo. Debemos dejarnos sumergir verdaderamente en este amor y, de este modo, llegar a ser hombres de luz, verdaderamente blancos, resplandecientes de la luz de Dios.

San Juan nos dice también otra cosa. Que estos hombres viven bajo un sol inmisericorde. Se piensa en el mundo oriental, donde san Juan escribió sus obras. Pero el Señor les da un refugio, extiende su tienda sobre ellos, y así les proporciona la sombra que necesitan para vivir. ¿Qué es esta tienda que el Señor nos da en este mundo contra un sol implacable? Según el primer capítulo del Evangelio de san Juan, la tienda de Dios en el mundo es la humanidad de Cristo (cf. Jn 1,14).

Cristo, hombre, es la tienda que nos cubre. Él nos cubre contra el sol inmisericorde del racionalismo, del puro pensamiento humano que no penetra en el misterio de Dios y pierde la sombra bajo la que vivir. Así vemos lo importante que es conocer y amar al hombre Jesús, conocer la humanidad de Jesús, que es como la tienda de Dios en este mundo, la tienda que nos protege contra los racionalismos, contra un sol implacable, y nos da la medida humana, el lugar donde habitar, donde conocer a Dios, donde vivir realmente.

Esta tienda tiene también otro significado: nos recuerda la tienda santa de Israel en los cuarenta años del éxodo (cf. Éx 33,7-12). La tienda era el templo sacro, el lugar de Dios, desde donde Dios guiaba a su pueblo. Por eso, la tienda de la humanidad de

Cristo es también la tienda de la Iglesia, donde Cristo está con nosotros, donde podemos vivir en comunión con los otros creyentes y estar así protegidos contra los peligros de este mundo. Así pues, tenemos un segundo elemento, la tienda, la humanidad de Cristo y la comunión de la Iglesia, que es el cuerpo de Cristo.

Al final aparece un tercer elemento, a saber, que el Cordero nos conduce a la fuente de agua viva. De nuevo vemos la aridez de Oriente, donde hasta una gota de agua viva es vida. Jacob era el patriarca del agua, porque había cavado y legado el pozo en el que siempre había agua pura, siempre agua viva. El hombre vive de esta agua. Pensemos en el don de esta agua en el sentido material, que está amenazado: muchas personas carecen de esta agua sana. Recemos para que el agua sana esté siempre protegida contra las contaminaciones, para que todos tengan acceso al agua sana, que está viva.

Pero en el pozo de Jacob está sentado Jesús, con la Samaritana (Jn 4,1-39). De aquí se desprende que el hombre tiene una sed aún más profunda, tiene sed de un agua más profunda, el agua de la verdad, el agua del amor. Pero también en este caso existe la amenaza de las contaminaciones, que envenenan las aguas de la verdad en este mundo.

Pidamos al Señor que custodie el mundo, a la Iglesia, a nosotros mismos, contra estas contaminaciones; que nos ayude a encontrar el agua verdadera, el agua que da la vida, como él mismo dijo: «Mis palabras son vida y verdad» (cf. Jn 6,63; 14,6), y como dijo san Pedro: «¿A quién iremos? Solo Tú tienes palabras de vida eterna» (Jn 6,68), palabras de agua fresca y eterna.

En este punto, la lectura conecta con el Evangelio del Buen Pastor, que guía a las ovejas al agua viva. Pensemos que, dentro de pocos minutos, serán ordenados en San Pedro los nuevos sacerdotes de la diócesis de Roma, que deben ser pastores que conduzcan al pueblo al agua viva, al agua de la vida verdadera, y lo protejan de las contaminaciones de esta agua. En esta hora, recemos por estos jóvenes, para que el Señor los haga

verdaderamente pastores según su corazón, y les ayude a conducir a los fieles al agua viva.

En este contexto, siempre me impresionan las palabras de Jesús: «Nadie me los arrebatará de las manos». Sabemos cómo el mundo intenta arrebatar a los sacerdotes de las manos del Señor. Oremos, pues: «Señor, no olvides tu promesa, cúmplela, no permitas que nadie te los arrebate de las manos, danos buenos pastores, buenos sacerdotes que nos conduzcan al agua viva de la vida eterna». Amén.

NUESTRO SACERDOCIO REAL

18 de mayo de 2014, Capilla privada, Monasterio Mater Ecclesiae

V domingo de Pascua (Año A)

Lecturas: Hch 6,1-7; Sal 32; 1 Pe 2,4-9; Jn 14,1-12

Queridos amigos:

El fragmento de la Primera Carta de san Pedro, que hemos escuchado como segunda lectura, forma parte probablemente de una catequesis bautismal en la que el Apóstol explica a los que van a ser bautizados, a los ya bautizados, a ellos y también a nosotros, qué es ser cristiano, cuál es la esencia del cristianismo.

Lo hace citando el Antiguo Testamento, con estas hermosas palabras: «[...] también vosotros, como piedras vivas, entráis en la construcción del templo del Espíritu, formando un sacerdocio sagrado, para ofrecer sacrificios espirituales» (cf. Éx 19,6). Con estas palabras se indicaba la dignidad de Israel, son las palabras que Dios dirigió a Moisés en el Sinaí, para que volviera a su pueblo y dejara clara cuál era su intención para con Israel. Si ahora san Pedro toma estas palabras sobre Israel y las aplica a los bautizados, es decir, a todos los cristianos, significa que los cristianos han entrado en la promesa de Israel, y son el verdadero y definitivo Israel, el reino de los sacerdotes del que Dios había hablado.

Aparecen así dos cosas muy importantes. La primera es que el Bautismo no es una realidad únicamente individual, en mí, que implica la remisión del pecado original y el don de la gracia santificante. Esto es, naturalmente, fundamental, pero no es solo esto. El bautismo casi me saca de mí mismo y me sitúa en un contexto nuevo, en una nueva totalidad, crea una nueva relación, un nuevo ser en el que en parte estoy yo, pero también estoy yo con los otros. Ya no estoy solo, porque ser bautizado significa entrar en la gran comunidad del pueblo de Dios, en el «reino de

sacerdotes», en esta comunidad que trasciende los tiempos y los lugares, y es realmente la familia de Dios: es entrar en la comunión de los hijos de Dios.

Es importante ser conscientes de que, como bautizados, estamos en esta gran comunión que trasciende las fronteras de los pueblos: cada uno de los bautizados es mi hermano, ya no estoy solo, estoy en una gran compañía en camino y, por eso, estoy en la verdadera familia de Dios. Esto implica una apertura por mi parte a la totalidad de la Iglesia, una catolicidad interior, y que no vivo solo para mí, sino en esta gran comunidad. Yo diría que la remisión del pecado original y la gracia santificante significan precisamente esto: que se me libera de la clausura en mí mismo y que Dios me inserta en esta gran comunión. Debemos intentar ser cada vez más conscientes de ello, estar cada vez más abiertos a esta gran comunidad, que es nuestra verdadera patria.

Hay un segundo elemento. Si Dios llama a Israel, como también a nosotros, «reino de sacerdotes», comunidad de reyes y sacerdotes, significa que el sacerdote no es para sí mismo, sino que es siempre para los demás, está al servicio de los demás, y el rey no es solo para sí mismo, solo es rey si hay otros sobre los que gobierna. «¡Es un rey!» significa que el cristiano no es para sí mismo, sino para los otros, como Israel no era para sí mismo, sino que era como un faro de luz para los pueblos, como el lugar de una presencia de Dios en el mundo, desde el que se podía ver y empezar a saber que Dios está ahí.

Así pues, tampoco la Iglesia ha sido creada solo para sí misma, sino como presencia de Dios que da luz a los otros; como ciudad en el monte —dice el Señor—, como luz en el candelabro. Y, lo que vale para la Iglesia como tal, vale también para cada uno de nosotros. No soy cristiano solo para mí, porque ser cristiano significa: «Estoy al servicio de los otros, alguna luz debe salir de mí, para que Dios sea conocido y esté presente en el mundo».

De este modo, hemos entrado en la interpretación de lo que significa que somos sacerdotes y reyes, que somos «sacerdocio

real» (1 Pe 2,9). Según la definición clásica, el sacerdocio está al servicio de la predicación, del anuncio y del culto, de los sacrificios. En realidad, ser sacerdote —y todos nosotros, como bautizados, somos sacerdotes— significa, en primer lugar, que debemos llevar el conocimiento de Dios al mundo, esto es esencial; y, para llevar el conocimiento de Dios, nosotros mismos debemos conocer a Dios, a ese Dios que nos ha mostrado su rostro en Cristo. Este es, pues, un mandato fundamental del ser cristiano: conocer cada vez más a Jesucristo, conocer cada vez más a Dios, conocer hoy la voz del Señor para poder seguirle, para poder darle a conocer a los otros.

Pidamos al Señor que nos ayude a conocerle de verdad y así hacer presente en el mundo la luz de su conocimiento en la noche de la ausencia de Dios. San Agustín escribió una parábola muy hermosa sobre esta tarea de los cristianos. Habla de un padre, que sufría la enfermedad del sueño: el gran peligro era que, cayendo en este sueño, ya nunca más despertara, por lo que era necesario importunarle constantemente, despertarle, llamarle contra su voluntad, para que no cayera en la muerte, sino que volviera a la vida. Así, dice san Agustín, un buen hijo debe importunar a su padre. Este dirá: «¡Déjame en paz, tengo mucho sueño, estoy muy cansado!»; «¡No! —debe decir el hijo— ¡no debes abandonarte al sueño!», debe importunarle, para que vuelva, para que retorne a la vida ²⁹.

Y esto es lo que debe hacer el sacerdote y, por tanto, todo cristiano: no dejar en la enfermedad del sueño respecto a Dios. Este es el gran peligro que nos acecha hoy, que la enfermedad del sueño respecto a Dios haga que la gente se olvide de Dios y así la humanidad se pierda a sí misma. Los cristianos debemos ser importunos, no dejar esta paz del sueño respecto a Dios, sino importunar, retomar el discurso sobre Dios, hacer presente a Dios con las palabras y sobre todo con nuestra existencia.

La otra tarea de los cristianos es el culto, el sacrificio. La humanidad siempre ha sabido que estamos en deuda con Dios,

que debemos intentar responder a Dios, dar una respuesta agradecida por su bondad, y así nació el culto. Los pastores ofrecían a Dios los corderitos como lo más preciado, los agricultores el trigo y el vino, y así sucesivamente.

Pero el pueblo de Israel fue comprendiendo cada vez mejor que esa no es la respuesta que Dios espera: Dios no necesita corderitos, no necesita trigo. Dios dice en un salmo: «¿Comeré yo carne de toros, beberé sangre de cabritos?» (cf. Sal 50,13). No, no es este el modo de adorar, responde Dios. En la Antigüedad existía también el gran horror de los sacrificios humanos, pero con la destrucción del hombre nunca se glorifica a Dios.

Ya en tiempos muy antiguos encontramos esta discusión en Israel, con las respuestas proféticas iniciales que muestran el camino hacia Cristo. En el Primer libro de Samuel oímos: «No quiero sacrificios, quiero obediencia» (cf. 1 Sam 15,22); en el Libro de Oseas: «No quiero sacrificios, sino conocimiento» (cf. Os 6,6) y de nuevo: «No quiero sacrificios, quiero fidelidad» (cf. Os 2,22). Y el Señor Jesús cita el Libro de Samuel, pero lo transforma: «No quiero sacrificios, quiero misericordia» (cf. Mt 9,13; 12,7). Como verdadera purificación del culto a Dios, aparecen así cuatro palabras: conocimiento, obediencia, fidelidad, misericordia; son las actitudes que transforman al hombre, de suerte que el hombre mismo se convierta en sacrificio, en glorificación de Dios.

El conocimiento es, de nuevo, como el fundamento: si no conocemos a Dios, si estamos adormecidos respecto a Dios, no se realiza nada, por eso el primer punto es: estar despiertos para estar ante Dios, ver, estar atentos a su presencia. Y después de esto, de la razón, por así decirlo, el culto se transforma y va al corazón, a la voluntad, para transformarse en obediencia. La obediencia no es algo externo, sino que indica que nos dejamos transformar según la voluntad de Dios, que es nuestra verdadera vocación. Y, a continuación, la fidelidad, la continuidad: no solo un momento de entusiasmo, sino la humilde continuidad, día a día, de la fidelidad en la transformación en Dios. Y finalmente la

misericordia, como amor, que es imitación de la esencia de Dios.

Así aparece que el verdadero sacrificio es el hombre vivo, el hombre que realmente vive y se deja transformar por Dios; vemos que el elemento fundamental del sacrificio es la transformación. Una teoría sostenía que el sacrificio es destrucción, pero lo que agrada a Dios no es la destrucción, es la transformación de nuestra voluntad, de nuestro ser según la voluntad de Dios, y viviendo así seremos imagen de Dios. Aquí habríamos llegado al verdadero punto central, que, sin embargo, ahora no podemos desarrollar: la verdadera transformación del mundo se realiza en el sacrificio de Cristo, porque él ha transformado la muerte en un acto de amor y así ha abierto el camino a Dios.

Al entrar en el acto del amor de Cristo, en la Eucaristía, nosotros mismos participamos en su transformación, en la transustanciación del mundo y de nosotros mismos. Pidamos, pues, al Señor ser cada vez más realmente el pueblo de Dios, es decir, sacerdotes; que en nosotros se transforme el mundo y que podamos aceptar día a día esta transformación nuestra, aunque pueda hacer mal a nuestro egoísmo. San Pedro utiliza la imagen de las piedras que deben ser labradas para insertarlas en la gran casa de Dios. Así es como trabaja Dios con nosotros, para que al final seamos verdaderamente adoración de Dios, seamos transformados, renovados y formemos parte de su gran casa, en la que todos somos un solo cuerpo con Cristo y nos convertimos así en el verdadero sacrificio, en la gloria de Dios.

Pidamos al Señor que realice de nuevo entre nosotros el misterio de la transustanciación y nos transforme también a nosotros, para que seamos verdaderamente sacerdotes del Nuevo Testamento y verdadera glorificación de Dios, como hombres vivos formados según su voluntad. Amén.

PERMANECER EN EL AMOR DEL SEÑOR, QUE LO SABE TODO

3 de mayo de 2015, Capilla privada, Monasterio Mater Ecclesiae
V domingo de Pascua (Año B)

Lecturas: Hch 9,26-31; Sal 21; 1 Jn 3,18-24; Jn 15,1-8

Queridos amigos:

Es mi deseo tomar un pequeño punto de arranque de cada una de las tres lecturas de este domingo, que pueda ayudarnos, espero, en nuestro camino de fe. Comencemos por la primera lectura.

San Pablo, camino de Damasco, fue alcanzado por la luz del Señor: el Resucitado le llamó y le encomendó una misión universal: llevar su salvación al mundo hasta los confines de la Tierra. Inmediatamente después de su Bautismo, Pablo había comenzado a predicar en Damasco, pero muy pronto se vio obligado a huir porque estaba amenazado de muerte. Por eso vuelve a Jerusalén, pero no a aquella Jerusalén de la que había venido, la ciudad del templo, de la teología rabínica, sino a la nueva Jerusalén, la Jerusalén de los doce Apóstoles, la Jerusalén de la Iglesia de Cristo. También aquí comienza Pablo a predicar con celo, entrando en el legado de Esteban, con su dinamismo universal del mensaje. Pero inmediatamente es amenazado de muerte y la Iglesia de Jerusalén lo lleva finalmente a Tarso.

Podemos entenderlo: lo hacen no solo para protegerle de las amenazas, sino también para proteger a la Iglesia. En aquel momento, la Iglesia necesitaba paz y no el dinamismo del gran designio de Pablo, necesitaba una maduración silenciosa; por consiguiente, no había espacio para Pablo y se lo llevaron a Tarso. Podemos meditar un poco sobre esta situación de Pablo: Jesús le ha llamado, pero en la Iglesia no hay espacio para él, no solo no le necesitan, sino que es motivo de irritación. En Tarso, en esta

ciudad que ahora pertenece a Turquía, como cristiano está solo: no hay iglesia, no hay sacerdote, no hay nada; está solo, sin misión, sin actividad, no sabe cuándo llegará su hora.

En los Hechos de los Apóstoles, pasan dos capítulos hasta que llega el momento en que Bernabé dice: «Ahora puedo ir a Tarso», busca a Saulo, lo encuentra y lo trae de vuelta a la Iglesia. Pero Pablo no sabe cuándo llegará este momento, se encuentra solo en Tarso, y la Iglesia no tiene espacio para él. Se siente obligado a preguntarse: «¿Por qué me ha llamado el Señor? ¿Qué me está pasando? ¡Me ha olvidado!»; forzosamente debió haberse encontrado en una noche oscura, difícil. El Señor lo había llamado y al mismo tiempo le había olvidado; podemos imaginar cómo le hizo sufrir esta soledad, el haber sido dejado solo, el no ser útil, el haber sido olvidado por el Señor, y cómo debió llamar al Señor en aquel tiempo.

Pero también podemos comprender que ese fue el tiempo, según las palabras del Evangelio, en que el Señor le podó para que diera fruto (cf. Jn 15,2). Comprendemos cómo en estos años de soledad sufrió, pero también encontró siempre interiormente al Señor, cómo maduró su fe, cómo entró en la comunión de la Pasión y, precisamente así, elaboró su visión del misterio de Cristo. El Señor le dejó solo, pero fue en esta triste soledad, en este espacio oscuro de su vida, donde creció su íntima unidad con el Señor, de otro modo no habría podido sobrevivir.

Me parece que en este momento debemos pensar en los muchos cristianos que están dispersos por el mundo, que están solos, que sufren por el cristianismo, que están en peligro. Podemos pensar en muchos cristianos que sufren porque no encuentran su misión. Oremos por todos ellos, para que el Señor esté siempre cerca de ellos, incluso en las noches oscuras de la vida. Pidamos al Señor que también nosotros, en los momentos de la oscuridad y en las noches de la fe, no nos quedemos solos, de suerte que, precisamente cuando el Señor nos pode, podamos crecer y sentir su cercanía, su presencia, y no perdamos la esperanza del día en

que vuelva a llamarnos, para que, cuando nos necesite, el Señor venga a nosotros y nos llame.

Del Evangelio, de esta parábola de la vid, sobre la que podremos volver a meditar más ampliamente el próximo domingo, deseo tomar una sola palabra: «¡Permaneced!», dice el Señor. Este «permanecer» es un punto fundamental, como hemos visto con Pablo, que no dice: «Entonces soy inútil» o «Buscadme», sino que permanece, permanece incluso en la noche oscura, permanece fielmente, con perseverancia. San Pablo aprendió lo que más tarde volvió a aprender san Agustín, a saber, que a la vida cristiana pertenecen dos momentos: la conversión, la alegría del encuentro, de la novedad de la vida, del conocimiento de Dios en Cristo, y la perseverancia, la confianza y la paciencia para seguir adelante incluso en los desiertos, incluso en la noche ³⁰.

En el momento de la conversión, san Agustín estaba lleno de alegría, lleno de entusiasmo, estaba seguro de que «ahora todo es nuevo, comienza la nueva vida»; después, a lo largo de años y años de camino, descubrió que hay un segundo momento: la perseverancia, el caminar, el permanecer también en el desierto, y precisamente los dos momentos juntos hacen la vida cristiana. Por un lado, en el tiempo de la perseverancia debe haber siempre también la alegría de la conversión, la alegría de haberse encontrado con Cristo, de verle, de conocerle; por otro lado, en el momento del entusiasmo, también debe estar presente la perseverancia, la paciencia del permanecer.

Precisamente hoy, cuando se dice que la vida es tan larga que ya no se pueden tomar decisiones para toda la vida, respondemos: «¡No! ¡Sí se puede!». Solo así madura el hombre, solo en la continuidad del árbol de la vid crece también el fruto; al cambiar constantemente, la vida parece más interesante, pero en realidad se pierde. La verdadera novedad solo crece en la continuidad; el hombre ha sido creado para tomar decisiones definitivas, ha sido creado para «permanecer» y, precisamente así, da fruto.

Por último, en la segunda lectura hay una palabra, que es una

de las grandes palabras de la Sagrada Escritura, una palabra también misteriosa, que dice: «En esto conoceremos que somos de la verdad y tranquilizaremos nuestra conciencia ante él, en caso de que nos condene nuestra conciencia, pues Dios es mayor que nuestra conciencia y conoce todo». ¿Quién no pensaría —al leer este texto tan grande: «Dios es mayor que nuestra conciencia y conoce todo»— en el último encuentro de san Pedro con el Señor en el lago de Genesaret después de la Resurrección (cf. Jn 21,15-19), donde el Señor le pregunta tres veces: «Simón, ¿me amas?». A la tercera vez, Pedro siente gravemente el peso de sus pecados, la infidelidad, toda su debilidad, y responde: «Tú lo sabes, te amo; tú lo sabes todo». He aquí esta exclamación: «Tú lo sabes todo, sin duda conoces mi pecado, mis debilidades, mis faltas, pero también conoces el deseo que tengo de ti, el deseo de amor, de fe, de verdad que hay en mí».

Sabemos que Dios no es nuestro acusador, sino nuestro defensor. «Tú lo sabes todo» no es una palabra de angustia, sino una palabra de confianza. ¡Sí! Dios conoce todos nuestros pecados, más que nosotros, pero también conoce y sabe el profundo deseo de amor que hay en nosotros, y él es más grande que nuestro corazón, por tanto nos defiende. «Tú lo sabes» no es una palabra de angustia, sino una palabra de alegría, de confianza. Para mí es interesante recordar que, antes de este encuentro, Pedro había dicho: «No es un hombre, es el Señor», y luego añadió: «Apártate de mí, que soy un pecador» (cf. Lc 5,8).

El hombre tiene miedo ante Dios, quiere alejarse de él, quiere que Dios esté lejos; me parece que en muchas personas que no creen hay este aspecto, quieren alejar a Dios de sí mismas, porque sienten el peso de sus pecados. Pero en el segundo encuentro, en el último, es diferente: «Precisamente porque lo sabes todo de mí, quiero que estés conmigo»; porque esta omnisciencia del Señor no es condena, sino gracia, ve en profundidad nuestro amor, es más grande que nuestro corazón. El hecho de que Dios lo sepa todo, que la mirada de Dios llegue hasta lo más profundo de nosotros,

no es una amenaza, sino un gran consuelo, porque «lo sabes todo» significa: me amas, me ves con la mirada del amor.

Pidamos al Señor que nos ayude a llegar cada vez más a este segundo encuentro, a no quedarnos en el primero, donde solo se ve la angustia por la grandeza de Dios. En este segundo encuentro, vemos que Dios lo sabe todo y, precisamente por eso, es bueno conmigo y me salva. «Sí, Señor, te amo, tú lo sabes todo, tú eres mi salvación», y así, del amor viene la verdad, del amor viene la unidad, la confianza, la verdadera redención. Amén.

DAR GRACIAS, PEDIR, CAMINAR EN LA ALEGRÍA

28 de abril de 2013, Capilla privada, Castel Gandolfo

V Domingo de Pascua (Año C)

Lecturas: Hch 14,21-27; Ap 21,1-5; Jn 13,31-33.34-35

Queridos amigos:

La Iglesia nos enseña a rezar con sus oraciones litúrgicas. De este modo nos enseña a vivir. Transforma la Palabra de Dios en palabra nuestra y crea un vínculo con Dios, esa relación profunda que nos hace verdaderamente felices. Por eso he pensado: tal vez sería útil, por una vez, meditar sobre la oración litúrgica, sobre la colecta de este domingo. Antes de interpretarla, leo una vez más el texto que presenta el Misal de la Conferencia episcopal Italiana: «Oh Padre, que nos has dado al Salvador y al Espíritu Santo, mira con benevolencia a tus hijos adoptivos, para que a todos los creyentes en Cristo se les conceda la verdadera libertad y la herencia eterna».

La oración se compone de tres elementos: un agradecimiento — inmediato, como primer elemento—, después una petición y, por último, una promesa. Comienza con un agradecimiento y nos hace comprender que, antes de hacer algo, hay unos dones que nos preceden. El principio no es nuestra acción, sino el don de Dios, que precede a todo. Y es muy importante que nos demos cuenta profundamente de que, antes de hacer algo, ya hemos recibido dones. Porque así aprendemos la gratitud. El hombre que es agradecido también se vuelve puro, se convierte en un hombre de alegría.

La oración menciona dos dones: el Salvador y el Espíritu Santo. Pero debemos añadir que estos dos dones principales están precedidos por un don fundamental: la Creación. El primer don de Dios es la vida, es la Creación. Debemos tomar nota de esta

realidad, de que la belleza de la Creación es un don. La montaña, el mar, toda la belleza del mundo, y también lo que podemos comer, todo ha sido creado, y solo recibiendo de lo creado podemos vivir. El don de la Creación nos precede. Debemos aprender a amar la creación de Dios. Debemos aprender a estar agradecidos por este don de Dios.

Y, a continuación, el Salvador, Jesús. Dios no solo nos ha dado algo —ciertamente también nos ha dado algo: cosas para comer y beber, todo—, sino que sobre todo se ha dado a sí mismo, al Salvador, Jesús. Debemos pensar en lo que sería la vida si no conociéramos a Jesús. Si Jesús no hubiera existido, ¡qué vacío estaría el mundo! Debemos amar a Jesús como don de Dios. Y, para amarle, debemos conocerle cada vez más. Pensemos en lo que nos ha dado: los Evangelios, las bienaventuranzas, las grandes parábolas: el samaritano, el hijo pródigo, la parábola de un juicio en el que al final lo que cuenta es el amor y que puede justificar a todos. Las grandes y hermosas palabras del Señor.

Después, todo lo que ha hecho por el hombre: toda la historia de la Cruz, el sufrimiento, la Resurrección. Me parece que cada día debemos pensar de nuevo en estas cosas para conocer a Jesús, para comprenderle, para comprender el don que nos ha dado, el don que es Jesús mismo, el Salvador.

Y después el Espíritu Santo. El Señor no es Salvador solo en el pasado, está presente y obra a través del Espíritu Santo. Pensemos en lo pobres que son los resultados de la burocracia eclesiástica, los intentos de reformar la Iglesia con nuestras actividades. ¡Es Dios quien reforma, es Dios quien renueva con el Espíritu Santo! Pensemos en cómo Dios crea grandes personalidades: Chiara Lubich, don Giussani, el padre Pío; en todos los tiempos: san Francisco, santo Domingo, san Agustín, san Benito. Toda la escuadra de los santos es una escuadra de figuras suscitadas por el Espíritu Santo. Son don del Espíritu Santo y renuevan el mundo y la Iglesia. Nos inspiran, son verdaderamente un gran don de Dios. De ellos provienen los

movimientos: los Focolares, Comunión y Liberación, el neocatecumenado, que son verdaderas fuerzas que renuevan la Iglesia. El Espíritu Santo está presente, actuando, y es el gran don que nos hace Dios a nosotros.

La Carta a los Colosenses dice en un momento dado: «*Eucháristoi gínesthe* », es decir, «sed agradecidos» (cf. Col 3,15; cf. Ef 5,20). Este es un imperativo fundamental. En verdad, cuando podemos comprender cuántos dones nos preceden de manera permanente, cuántos dones hermosos y grandes nos preceden, nos volvemos agradecidos y así toda la tonalidad de nuestro ser se transforma. Cesan la amargura y el espíritu de insatisfacción, nos penetra la alegría de existir, la alegría de recibir tantos dones del Señor. Dios nos ha concedido grandes dones: la Creación, el Salvador, el Espíritu Santo. Mantengamos nuestros ojos abiertos a los dones de Dios, volvámonos sensibles a los dones de Dios. Así somos redimidos.

Tras esta actitud de gratitud, que es el primer acto de la oración —abrir los ojos ante los grandes dones de Dios y así llenarnos de alegría, porque somos agradecidos—, la oración continúa: «[...] mira con benevolencia a tus hijos adoptivos». La mirada de Dios no se dirige a una geometría lejana del cosmos, sino que nos mira a nosotros, nos mira a ti y a mí.

También existe el miedo a esta mirada, existe la huida que comenzó con Adán al esconderse, porque no quería ser visto por Dios, porque después de su pecado veía en la presencia de Dios una amenaza (cf. Gén 3,8-10). En la época moderna se dice cada vez más que este Dios que nos ve es una amenaza, un límite a nuestra libertad, que no nos permite ser nosotros mismos. Por eso nos escondemos de esta mirada, eliminamos esta mirada.

Sin embargo, solo la mirada del amor de Dios hace que nuestra vida sea preciosa y bella. Esta mirada es necesaria para nuestra vida, porque el amor de Dios —que nos ve y nos renueva— es activo, nos hace vivir. Pensemos en Pedro en el momento de su caída, cuando la mirada de Jesús le toca (cf. Lc 22,61-62). Sí, le

crea un gran dolor, pero un dolor bueno, un dolor que le renueva, le transforma, le purifica, le hace bueno.

En este sentido, como Pedro, pidamos al Señor que nos mire con benevolencia y que su mirada renueve siempre de nuevo nuestra vida. Que nuestra mirada se cruce con la suya, y que así nos convirtamos verdaderamente en una sola realidad con Dios. Esta mirada de Dios no es solo un gesto, es creativa, crea novedad, crea adopción. La mirada es también la mano de Dios que él pone sobre nosotros y nos hace hijos suyos. Ya no somos solo criaturas, somos familia de Dios, somos hijos de Dios en Dios mismo. Esta es, pues, la oración: que Dios realice en nosotros esta realidad, que nos ayude a ser verdaderamente tocados por su mano y a ser verdaderamente familiares suyos, a vivir en su verdad y realidad.

Así, la petición, la oración de que Dios nos mire con amor, con benevolencia, y nos transforme, se convierte en promesa: promesa de libertad y de herencia. El texto dice: «[...] para que a todos los creyentes en Cristo se les conceda la verdadera libertad y la herencia eterna». Ser hijos implica ser libres y ser herederos. Esta es la cualidad esencial del hijo que pertenece a la familia: no es esclavo, no es un siervo, no es un extranjero, sino que es un familiar y, por consiguiente, libre. En el mundo antiguo, solo los familiares eran libres, los demás eran siervos. Y el hijo es propietario, por lo tanto tiene derecho a la herencia.

Oremos para que el Señor nos conceda estas dos realidades. En primer lugar, la verdadera libertad. La libertad verdadera no consiste en hacer lo que me pase por la cabeza, sino en que yo llegue a configurarme con la verdad de mí mismo. La verdad de mí mismo es mi vida, y así la verdad y la libertad se unen en mí y se realiza la verdadera libertad. En esta vida nunca somos completamente libres, estamos en camino hacia la libertad. Oremos al Señor para que nos ayude a estar en camino hacia esta verdadera libertad, en la que la verdad de nuestro ser y nuestra voluntad coincidan y así podamos, real y libremente, vivir lo que debemos ser.

Y finalmente la herencia. ¿Qué es esta herencia? En el Antiguo Testamento, la herencia era esencialmente la Tierra Prometida. El sueño de los israelitas es su tierra, ser libres en su propia tierra y, es decir, ser libres y propietarios. Ahora bien, esto es solo una condición preliminar. La verdadera libertad —la que aparece en el Nuevo Testamento— y la verdadera tierra de nuestro ser son Dios. Dios mismo es nuestra herencia: estar unidos a Dios significa así encontrarse en la plenitud del ser, de la felicidad.

Pidamos al Señor que nos ayude a dirigirnos hacia esta verdadera herencia, que será nuestra alegría permanente, ¡la verdadera vida! Amén.

LA FE EN EL CORAZÓN Y EL TESTIMONIO EN LOS LABIOS

25 de mayo de 2014, Capilla privada, Monasterio Mater Ecclesiae

VI Domingo de Pascua (Año A)

Lecturas: Hch 8,5-8.14-17; Sal 65; 1 Pe 3,15-18; Jn 14,15-21

Queridos amigos:

Al igual que el domingo pasado, también hoy habla san Pedro con nosotros, como lo había hecho en la Iglesia naciente, para construir la Iglesia, para llamarnos a Cristo y unirnos en su cuerpo. San Pedro habla de la fe con un planteamiento similar al de san Pablo en la Carta a los Romanos, donde se habla de la ubicación psicológica de la fe en el hombre. San Pablo dice: «Cree en tu corazón que Jesucristo ha resucitado y confiesa con tus labios que él es el Señor» (cf. Rom 10,9-10): corazón y labios. Pablo distingue, por así decirlo, dos aspectos en la fe. En primer lugar, la intimidad del hombre, donde el hombre realmente entra en contacto con Dios, porque la fe es algo absolutamente personal, donde vivimos con un nombre que nadie conoce más que él. Sin embargo, la fe, aunque es la intimidad de mi ser con Dios, también crea relación: Dios me introduce en una nueva comunión universal. Los labios y el corazón expresan estos dos aspectos de la fe.

En la lectura de hoy, san Pedro habla primero del «corazón» como sede de la fe. «Debemos —dice citando a Isaías (8,12-13)— mantener santa en nuestro corazón la presencia de Cristo». ¿Qué significa esto? Recordemos que en la antigua filosofía de la medicina había dos escuelas: una decía que la sede de la vida del hombre era el cerebro, la otra decía que era el corazón. Los Padres de la Iglesia —y, naturalmente, también los autores sagrados— no entraron en estas controversias, pero, con todo,

para indicar cuál es, en definitiva, el centro del hombre, utilizaron la palabra «corazón».

Está claro: la fe no es solo cosa de la razón, va más allá de la razón, no es solo una cuestión de sentimiento, de emotividad, no es solo cosa de la voluntad, y «corazón» significa la unidad del hombre, donde se encuentran la razón, el sentimiento, la voluntad, donde se unen la carne y el espíritu, y forman una unidad; esta es la especificidad del hombre en el mundo y, de hecho, es lo que lo diferencia de los espíritus puros. Los animales no tienen espíritu, en el hombre se encuentran los dos mundos y precisamente la especificidad del hombre es este «corazón», es decir, la penetración de la materia y el espíritu, la penetración de las diferentes fuerzas del ser.

Solo en la unidad del hombre entre materia y espíritu, entre corazón y sentimiento y razón, se actualiza la fe, solo así encontramos a Dios. Y podemos decir que la fe crea esta unidad del hombre, esta especificidad de la criatura humana, según la cual el espíritu lleva en sí mismo la materia, la carne, y así se renueva, se amplía y, por otra parte, la materia se convierte en instrumento del espíritu, que se une al cuerpo. Añadamos: Cristo es hombre y Dios, y, por consiguiente, amplía esta unidad de la Creación hasta el corazón de Dios y, precisamente así, como aquel que une todas las partes de la Creación con Dios mismo, entra en nosotros para unirnos a nosotros mismos, para crear la unidad del ser humano, donde materia y espíritu, sentimiento y razón, todo se une, se integra en la comunión con el que es el Señor del mundo.

Oremos al Señor para que nos conceda creer con el corazón en este sentido, es decir, que la fe sea lugar de unidad del ser humano y lugar de unidad del ser, de la Creación, con Dios. Y finalmente dice: «Debemos mantener santa en nuestro corazón la presencia de Cristo», es decir, hay que defender este deseo en nosotros, no dejar que se destruya, «mantener santa» como se mantiene santo un gran tesoro: Cristo en nosotros.

Pero luego está el segundo aspecto: la fe es comunicativa. Los antiguos decían que «el bien quiere difundirse». En realidad, si uno ha encontrado una gran belleza, un gran amor, una gran verdad, no puede retenerlos para sí mismo, debe comunicarlos, siente la necesidad interior de distribuirlos, de hacer presente a los otros la alegría de la verdad, la alegría del amor. Por consiguiente, el testimonio no es algo externo con respecto a la fe, un añadido para ganar un mayor poder de la Iglesia, sino que se deriva de la esencia misma de la fe, que lleva en sí misma esta necesidad de difundirse, de comunicarse.

Así vemos dos modalidades de testimonio. En primer lugar, el testimonio con nuestro mismo ser. Nuestro ser, nuestra vida debe hablar, debe verificar, por así decirlo, nuestra fe. San Pedro habla mucho de esto en su Carta, del sufrimiento, de la rectitud de los cristianos que sufren, pero por el bien y sin hacer el mal. En realidad, entre los motivos por los que el cristianismo, en vez de ser derrotado, salió vencedor en el gran encuentro con las religiones de la Antigüedad, me parece que uno muy importante fue precisamente este: el testimonio de la vida.

En un mundo donde la corrupción era normal, donde la violencia era normal, donde la inmoralidad era normal, en un mundo que ya no tenía un compromiso común por el bien, los cristianos vivían sin hablar mucho, con rectitud, con integridad, con buen corazón y con bondad, sufrían, pero no hacían el mal. Una vida así era una señal tan radical y evidente que convencía: una fe que crea esta forma de vida debe ser verdadera.

En realidad, diría yo, una vida así no se explica con meras fuerzas humanas, sino que demuestra realmente que es Dios quien da esta vida. Así, en mi opinión, el testimonio de la vida cristiana fue decisivo para la victoria del cristianismo, también lo será en el futuro. Todos los otros temas pastorales son necesarios, pero si no hay testimonio de vida, esta integridad, esta rectitud, esta bondad, no convencemos, mientras que si hay esto, también hoy la fe cristiana convence y vence. Por eso es tan importante

que nos dejemos guiar por el Espíritu de Dios, que intentemos vivir lo que creemos, que vivamos «manteniendo santa» la presencia de Jesús en nuestro corazón.

Ahora bien, a este testimonio de la vida, que no solo es posible sino necesario para todos, hay que añadir también el testimonio de los labios. San Pedro dice: «Estad siempre prontos para dar razón de vuestra esperanza a todo el que os la pidiere». En la Edad Media, los grandes teólogos consideraban estas palabras como el fundamento de la teología, como la justificación, pero no solo eso, sino como la expresión de la necesidad de la teología para la fe: «Debéis ser capaces de dar razón de vuestra fe».

En realidad, la teología forma parte del cristianismo, es decir, de la reflexión para conocer la razón de la fe y así comunicarla. Si la fe está destinada a pertenecer a todos, debe ser comprensible en su fundamento, por eso la esencia de la fe debe ser comunicable; así se ve que debemos elaborar la razón de la fe para poder comunicarla a los demás. Pero esto no concierne solo a los teólogos. Cada uno de nosotros debe tener una fe que vive de manera sencilla, con sentimiento y costumbre, y que también tenga su razonabilidad, que incluya en sí misma la integridad del hombre —razón, sentimiento y voluntad— en comunión con Dios. Por eso la catequesis es tan importante, incluso para las personas sencillas, a fin de que puedan comprender mejor por qué creemos y para expresarlo no con grandes construcciones, sino con la simple razón, que justifica nuestro creer y nuestro vivir cristiano. Oremos, pues, al Señor, para que podamos integrar cada vez más todas las dimensiones de nuestra fe, para poder responder al porqué de nuestra fe y dar razón de la misma.

Desearía tocar aún dos puntos más de esta carta tan rica.

San Pedro dice que debemos hacer esto con mansedumbre y respeto. Mansedumbre, es decir, nunca siendo violentos. La visión cristiana no impone, sino que propone —así lo decía Pablo VI—, es decir, invita, y no emplea los trucos de la publicidad, porque no queremos ganar a las personas por algún interés, sino abrir los

corazones a Cristo. La mansedumbre y la bondad son esenciales para la fe cristiana. Y con «respeto», dice el texto español; pero el texto griego dice *fobos*, con «temor». Pero no es el temor a los hombres, que sería contrario al testimonio cristiano, es el temor a Dios, en el sentido de que debemos transmitir realmente lo que hemos recibido de Dios; solo esto, pero esto en su totalidad.

O sea, que debemos tener miedo de simplificar, de redimensionar el Evangelio para ser aceptados. Hoy en día esto representa un gran peligro: el de que hagamos un cristianismo a nuestro gusto, un cristianismo que no haga daño a nadie, que no cree sufrimiento. ¡Esto es un error! Debemos presentar la fe en su totalidad, solo así es verdadera, solo así da la vida. Me parece importante evitar que, por miedo a los hombres, no transmitamos toda la verdad, la totalidad, la integridad de la fe.

El otro punto es que san Pedro, cuando habla de dar razón de la fe, dice: «dar razón de vuestra esperanza»; para él, la fe es al mismo tiempo esperanza, sustancialmente esperanza, y precisamente así se justifica. Reflexionando sobre esto, me volvió a la mente el recuerdo del centro de rehabilitación de drogadictos que visité en Brasil y los testimonios que dieron los jóvenes después de rehabilitarse, tras salir del infierno de las drogas ³¹. Lo esencial que dijeron fue siempre esto: ahora podemos volver a creer que es bueno ser hombres, habíamos perdido esta confianza en la noche de la droga, habíamos perdido el sentido de la vida, por eso estábamos en las tinieblas.

La fe es esperanza en el sentido de que nos da la certeza de que es bueno vivir porque Dios existe, porque somos amados, porque el poder último es bondad y podemos confiarnos a este poder último. Estamos seguros de que es bueno vivir incluso en las situaciones difíciles, porque sabemos que Dios es bueno y más fuerte que todos los males. Esta es la esperanza que justifica la fe y que constituye el fundamento de nuestra certeza.

Por último, san Pedro dice que debemos dejarnos guiar por el Señor. Pero —dice él— el Señor ha sufrido, ha tomado el camino

del sufrimiento para llevarnos de vuelta a Dios —en griego *prosagō gein* , guiar a Dios—. Todos sabemos que nuestras fuerzas no son suficientes para este camino hacia Dios. La fuerza humana no es suficiente para esta altura, solos no llegamos, es demasiado empinado, demasiado alto: necesitamos ser guiados, cuando no tirados por él.

Vemos que hay diferentes maneras de ser guiados —un carrito eléctrico, el bastón, la mano— y así, de diferentes maneras, todos necesitamos que alguien nos eche una mano para poder ir adonde debemos, para llegar a Dios.

Pidamos al Señor que él nos guíe, a cada uno a su manera: que nos dé su mano para guiarnos por su camino, para ayudarnos a seguir adelante hasta la altura de Dios, hasta la altura del amor, de la felicidad.

Sabemos que el papa se encuentra estos días en Tierra Santa en situaciones difíciles; el sucesor de Pedro habla al mundo para dar la luz de Cristo. Oremos acompañándole con la oración, para que el Señor dé fuerza y luz al papa, a fin de que realmente pueda dar de nuevo a Cristo en esas tierras. ¡Amén!

DAR FRUTO: EL DON DEL VINO

10 de mayo de 2015, Capilla privada, Monasterio Mater Ecclesiae

VI Domingo de Pascua (Año B)

Lecturas: Hch 10,25-27.34-35.44-48; Sal 97; 1 Jn 4,7-10; Jn 15,9-17

Queridos amigos:

El Evangelio de hoy es la continuación y la aplicación de la parábola de la vid, leída el domingo pasado. El domingo pasado ya contemplamos una palabra clave de esta parábola: «permanecer». Hay también otra palabra dominante en el Evangelio de hoy: «fruto». Después se añaden otras: amor, amistad, alegría; pero queremos detenernos en la meditación de la palabra «fruto».

La viña, la vid, ha sido creada para dar fruto, el vino como don de la fiesta, de la alegría, del amor. El pan es la realidad de cada día, de la que vive el hombre, mientras que el vino expresa, en cambio, la fiesta, la alegría. Así pues, Dios creó también la vid para ofrecer el signo de la alegría, de la fiesta. Ahora nosotros debemos ser sarmientos de la vid de Cristo y dar fruto. El Evangelio habla de un fruto que permanezca. La pregunta es, pues: ¿qué es este fruto? ¿En qué consiste?

Para encontrar la respuesta debemos, como siempre, ir al Antiguo Testamento, porque ya en él comienza la imagen, la parábola de la vid (cf. Is 5,1-2). Dios dice allí que él mismo ha plantado en la tierra una vid, para obtener vino, el vino que es el don de las bodas entre Dios y el hombre, y que esta vid plantada por el Señor en la tierra era Israel, el pueblo de Dios. Dice además que no solo plantó, sino que también protegió, cuidó y amó su vid, para que realmente diera este vino.

¿Qué debía ser el vino? El profeta Isaías dice: «La justicia» (cf. Is 5,7), es decir, la vida que se nutre de la Palabra de Dios, la vida que se saca de las aguas vivas de la Torá y, conociendo la

voluntad de Dios, se vuelve ella misma semejante a Dios, se vuelve justa. Pensemos en el Salmo 1, pensemos en José, el justo (cf. Mt 1,19), el hombre que realmente tiene sus raíces en las palabras de Dios, vive la Torá y así se convierte en el hombre tal y como Dios lo pensó. La justicia habría sido el vino.

Pero, he aquí que Dios ha sido traicionado, y la vid no da el vino de la justicia, sino bayas amargas, que al final se convierten solo en vinagre. Digamos que el punto culminante en el que esto se manifiesta es Jesús en la cruz, donde el regalo que se le da es el vinagre. Aquí se ve que todo el fruto que dio esta vid era vinagre, inaceptable para Dios, expresión no de fiesta, de alegría, sino de tristeza y de odio. Y sabemos que esta historia continúa siempre, conocemos también una religiosidad amarga, un corazón de vinagre; conocemos también a cristianos que van a la iglesia, pero el suyo es un cristianismo ácido, es vinagre, no es vino de alegría.

Pero Dios no se rinde, encuentra un nuevo modo de llegar al don del vino. Dios mismo, y esto es lo increíble, se implanta en la tierra, se hace hombre. Dios mismo en Cristo se hace hombre, se implanta y se convierte en vid, y nosotros podemos ser sarmientos de esta vid y así, con él, en él, dar fruto. Aquí vemos la continuidad y la renovación: también ahora el fruto debería ser el vino, pero ya no se llama «justicia», ahora se llama «amor», amor como núcleo real, esencia de la Ley. Toda la Ley, dice el Señor, se resume en este mandamiento: «Ama a Dios, ama al prójimo».

El fruto que Dios espera es este amor, y proviene de la comunión con Cristo. Ya no es la lectura permanente de la Ley lo que hace que el hombre comprenda poco a poco el camino. No: la Ley es una persona, es Jesús, él es la Palabra de Dios. Ahora, estudiar y vivir la Ley es vivir con Cristo, conocer a Cristo, unirse con él en una verdadera amistad. Esta es la gran simplificación y, al mismo tiempo, el camino más grande. La Ley no está hecha de palabras, es Cristo; ser cristiano consiste, por tanto, en permanecer en Cristo, en el encuentro con Cristo, y por tanto en configurarse, uniformarse con Cristo: en este sentido, podemos dar fruto, ser

uva que se convierte en verdadero vino.

En este punto, me viene a la mente una anécdota, quizá no del todo pertinente, pero que ayuda a comprender lo que quiero decir. Un profesor amigo mío, al final de su autobiografía, hablando con sus hijas, dijo que quería señalarles una característica de su madre y otra de su padre. Escribió que la madre tenía la intención de llegar al cielo, a la casa de Dios, mientras que su padre quería pasar a la historia. También hizo una valoración de esta distinción entre su madre y su padre: la madre, el cielo; el padre, la historia. Para pasar a la historia, él tenía que hacer un monumento de sí mismo, escribir libros que se siguieran leyendo incluso después de 500 años; la madre, en cambio, quería vivir para el cielo, para Dios, para los otros. Así, él hacía algo que perduraba durante siglos, sí, pero era algo muerto; la otra hacía la voluntad de Dios, vivía para Cristo y, de este modo, daba el fruto del amor.

Pero debemos dar un paso más: el vino. Jesús, en el capítulo sexto del Evangelio de Juan, había hablado extensamente del pan: el verdadero pan, el verdadero maná que da vida al hombre, que le alimenta, es él mismo, Cristo, Dios hecho hombre. Pero en el capítulo segundo había hablado ya también del vino: en las bodas de Caná había hablado de «su hora», había anticipado su hora, había hablado de un vino excelente, de un vino abundante. Ahora aquí, en el Evangelio de hoy, que está muy ligado al de Caná, Jesús vuelve sobre esto: el vino es su sangre. El verdadero vino, el fruto de la vid, es la sangre de Cristo, el don eucarístico. Aquí tenemos realmente las bodas entre el hombre y Dios, Dios se entrega a sí mismo, el vino es el don de sí mismo, el amor total, que así crea unidad, crea bodas, crea la alegría de la vida.

En este sentido, la parábola de la viña es también una parábola eucarística y nos dice que el gran fruto madura en la comunión con Cristo, en la cruz, en el acto de la entrega de sí mismo: un don que, al final, crea alegría, porque el amor es alegría y quien vive en el amor vive en la alegría. Pero la gran alegría nace de la cruz

y Jesús la entrega en el vino eucarístico, entregándose a sí mismo, para que nosotros entremos en su movimiento hasta la cruz, hasta la Resurrección.

Demos gracias al Señor porque se ha hecho vid, se ha hecho vino en la entrega de sí mismo, y por eso no somos solo sus criaturas, sino sus amigos, unidos a él en el amor, en la amistad, en la cruz.

Oremos al Señor: «Ayúdanos a entrar en esta comunión». Demos gracias por el gran don de la Eucaristía, por el don de su vino, y oremos para que nuestra vida dé fruto, para que produzca el verdadero vino, el bueno, el vino del amor, de la alegría de Dios. ¡Amén!

LA CIUDAD DE DIOS CON LOS HOMBRES

5 de mayo de 2013, Capilla Privada, Monasterio Mater Ecclesiae
VI Domingo de Pascua (Año C)
Lecturas: Hch 15,1-2.22-29; Ap 21,10-14.22-23; Jn 14,23-29

Queridos amigos:

El fragmento del Apocalipsis de la segunda lectura de este domingo, nos muestra el punto de llegada de la historia, el fin para el que fue creada y que le espera: Dios se hace conciudadano nuestro y nosotros nos hacemos conciudadanos de Dios. Es la ciudad de Dios y, precisamente por eso, es también la ciudad verdaderamente humana: solo allí donde llega el hombre a la comunión con Dios llega a ser completamente él mismo.

La Carta a los Hebreos nos dice que los creyentes han caminado desde siempre, hasta el momento presente, y que todos los tiempos están en camino hacia esta ciudad: vivir es caminar, y la fe es caminar hacia esta ciudad (cf. Heb 11,14-16). Dice que los santos y los creyentes han comprendido que ninguna ciudad de este mundo es el punto de llegada ni la verdadera patria. La verdadera patria está más allá. Si no fuera así, si las ciudades de este mundo fueran el punto de llegada, todo el camino sería solo un caminar hacia la muerte.

Pero la vida humana, según el proyecto de Dios, no es un camino hacia la muerte, sino un caminar hacia la vida; por consiguiente, trasciende todas estas ciudades terrenas, va más allá de ellas y se convierte en camino hacia la verdadera ciudad. La luz de Dios, aunque trascienda nuestras ciudades provisionales, también quiere iluminarlas. Todas nuestras ciudades son provisionales; por consiguiente, debemos ir a la verdadera ciudad, pero también debemos dejar que la luz de esta ciudad forme también nuestras ciudades. Ni siquiera la Iglesia, la ciudad de Dios, es todavía la ciudad definitiva. A buen seguro, Dios habita con nosotros, pero todavía bajo el velo de los sacramentos; de ahí que veamos que la

Iglesia todavía tiene una tienda provisional, aunque ya lleva en ella las medidas de la nueva ciudad y estas también indican los criterios para la vida de la Iglesia.

¿Qué nos dice hoy el Apocalipsis sobre estas medidas de la ciudad? Yo diría tres elementos.

El primero es este: es una ciudad que tiene muros y puertas. Tiene muros, es decir, es como una casa conectada toda ella, nos protege, nos reúne en comunión. Esta ciudad no es una realidad indefinida; el Señor dice que tiene una identidad definida, y en última instancia, yo diría que esta identidad es la verdad. La verdad es al mismo tiempo muro y puerta; delimita y separa entre la verdad y la mentira, entre el amor y el odio; por lo tanto, es un muro que defiende contra la mentira, contra el odio, pero también delimita, en el sentido de toda la riqueza de la verdad. También pensaba yo que esta verdad —que en última instancia es nuestra ciudad— es la Verdad encarnada, con la carne que es el Cuerpo de Cristo vivo, y este Cuerpo es muro y puerta a la vez. Así pues, la ciudad tiene muros, pero también doce puertas: es una ciudad que reúne, pero es una ciudad abierta. En realidad, precisamente la verdad es abierta y abre. En la historia vemos estas puertas: son muchas las culturas del mundo que han entrado en la Iglesia, son muchas las realidades del mundo que forman el Cuerpo de Cristo. Son muchas las realidades que entran, pero también muchas las que salen: ¡cuánta riqueza ha salido de la Iglesia al mundo y lo ha transformado! Es una ciudad abierta y, al mismo tiempo, una ciudad que protege y que reúne.

El segundo elemento: esta ciudad tiene cimientos, y los cimientos son los Apóstoles. Los Apóstoles no son un pasado de hace dos mil años, sino que están presentes, son el fundamento perenne que sostiene la ciudad. Pero ¿cómo están presentes? Tras el final de la era apostólica, la Iglesia se vio obligada a plantearse esta pregunta: ¿cómo permanecen presentes los Apóstoles? ¿Cómo conservar esta definición, esta realidad de la Iglesia, viva, abierta y, sin embargo, asimismo firme en la continuidad en la unidad de

la verdad?

En aquel tiempo existía una gran tentación, la así llamada «gnosis», para la que todo se resolvía en pensamientos, en ideas de una cierta filosofía relacionada con las culturas. La Iglesia ha querido buscar cómo encontrar muros y puertas, cómo conservar la presencia de los Apóstoles como presencia viva. Y encontró tres criterios que definen la estructura de la Iglesia, que son casi la presencia del fundamento, que permanece en la estructura de la Iglesia.

El primer criterio es el «canon» de la Escritura, la Palabra de Dios: este ha definido qué escritos pertenecen a la Palabra de Dios y cuáles son solo humanos. Así se ha creado este canon, en el que nos encontramos con la Palabra viva de Dios. Aparece aquí una doble relación. Por una parte, es la Iglesia la que forma la Escritura: sin la Iglesia no hay Escritura, sino solo literatura antigua, como otras literaturas. Solo la Iglesia encuentra la cultura de Dios, la encuentra como Palabra de Dios; por consiguiente, la Escritura, en cuanto Escritura, solo vive y es Escritura en la Iglesia viva. Por otra parte, esta Escritura, reconocida como Palabra de Dios, es la medida a la que obedece la Iglesia. Ambos elementos son importantes: la Palabra de Dios es nuestra medida, el criterio de la Iglesia, el criterio del ser cristiano; pero al mismo tiempo la Escritura solo vive en la comunión de la Iglesia, del Cuerpo de Cristo, de lo contrario se pierde entre las literaturas del mundo.

El segundo criterio para definir esta relación mutua es que la Iglesia vive de los testigos, de los sucesores de los Apóstoles. Los Apóstoles permanecen presentes en sus sucesores en el episcopado. El obispo es testigo: por una parte, es garante de la Sagrada Escritura objetiva, para que siga siendo verdaderamente una voz viva; y, por otra, está sometido a esta Palabra. Aquí reside la importancia del oficio episcopal, en preservar esta relación con la Escritura, para que siga siendo Escritura, medida de nosotros, y solo puede serlo en la comunión viva de la Iglesia.

Me parece que esta es una buena ocasión para rezar por los obispos, para que puedan ser verdaderamente custodios, presencia de los Apóstoles, sus sucesores, y constituir así su verdadera presencia. Una ocasión para rezar a fin de que el Señor nos ayude a encontrar en todo tiempo quiénes son los verdaderos pastores, los verdaderos testigos, los sucesores de los Apóstoles.

Y, finalmente, un tercer criterio: el Credo. La Iglesia ha encontrado en el Credo la suma de la Escritura, nos transmite el contenido esencial de esta. Por tanto, es también la puerta por la que entro en la Escritura, si busco —como dice la misma Escritura— el modo de encontrar esta puerta. Así pues, los ojos de la fe son los ojos que nos permiten ver la Palabra de Dios. Solo los ojos de Dios, los ojos de la fe, pueden ver verdaderamente la presencia de la Palabra de Dios. Pidamos al Señor que el Credo nos forme, nos transforme y nos ayude a entrar cada vez más profundamente en la Palabra de Dios.

Por último, esta ciudad es la ciudad de Dios, aquí tenemos la certeza de que Dios habita con los hombres. Habitar con la divinidad ha sido desde siempre el deseo de la humanidad. Todas las ciudades se construían de forma que el hombre pudiera cohabitar con Dios, estar en comunión con él, ser conciudadano de Dios. Pero nosotros no podemos atraer a Dios, es Dios quien debe venir a nuestro encuentro, y lo realiza en la nueva ciudad que viene de lo alto. Así nos convertimos en cohabitantes de Dios en su misma ciudad.

He dicho que la Iglesia es una primera anticipación de esta ciudad en la que Dios habita verdaderamente con nosotros, aunque sea bajo el velo del sacramento. Sin embargo, de este modo Dios está con nosotros, y avanzamos hacia la ciudad en la que Dios es abiertamente sol y luz y centro de nuestra vida. Aprendemos a amar esta presencia suya y a encontrar la cohabitación con Dios; a ver en la Iglesia, en la presencia corporal de Cristo, la presencia de Dios mismo: así nos ponemos en camino hacia la verdadera ciudad y preparamos esta verdadera ciudad

que viene de lo alto.

Una ciudad construida solo por nosotros se convierte en una ciudad sin verdadera humanidad: solo «si el Señor nos construye una casa, no se cansan en vano los albañiles» (cf. Sal 127 [126],1). Demos gracias a Dios porque nos ha dado su presencia velada; amemos esta presencia suya y pongámonos así en camino hacia la ciudad definitiva, con la alegría de ser conciudadanos de Dios. Amén.

LA IGLESIA EN ESPERA DEL ESPÍRITU

17 de mayo de 2015, Capilla privada, Monasterio Mater Ecclesiae

VII Domingo de Pascua (Año B)

Lecturas: Hch 1,15-17.20-26; Sal 102; 1 Jn 4,11-16; Jn 17,11b-19

Queridos amigos:

Los nueve días que median entre la Ascensión del Señor al cielo y Pentecostés eran, y en cierto sentido siguen siendo todavía, días de espera del don del Espíritu Santo, del nacimiento de su Iglesia. Los apóstoles, al regresar del Monte de los Olivos, sabían bien que había llegado la hora de su misión, pero también sabían que no podían hacer la Iglesia por sí mismos. La Iglesia, la comunidad del Evangelio, no es algo que se pueda hacer, es algo vivo, y las cosas vivas nacen, no se hacen. Además, la Iglesia no solo es algo vivo, sino que es vital gracias al Espíritu Santo: es decir, en la Iglesia, al final, el sujeto es Dios mismo, por lo que solo él puede crearla.

Así las cosas, ¿qué deben hacer los apóstoles? Saben que ahora no pueden sentarse y celebrar una asamblea constituyente para elaborar un sistema sobre cómo se podría crear la Iglesia; saben que no pueden elaborar una estrategia para anunciar el Reino al mundo, porque esto va más allá de las posibilidades del hombre. Pero también saben que no pueden simplemente esperar, que su expectativa debe ser una espera activa. Entonces, ¿qué hacen? Varias cosas.

La primera, dice san Lucas, es ir a la sala del piso superior, a la sala donde el Señor celebró con ellos la Última Cena. Van a la sala superior: aquí hay también un simbolismo, ya que nos recuerda que Jesús rezó en la montaña, y que rezar es siempre un subir a la montaña, un salir de la cotidianidad, un salir de las cosas comunes, un elevar el cuerpo y el corazón. Los apóstoles lo saben, y así suben a la sala superior, salen de las cosas

cotidianas, salen ante el rostro de Dios, para acoger, recibir de él espíritu y vida.

Este subir a la sala superior es importante para elevar el corazón, pero también es importante porque es precisamente el espacio donde el Señor celebró con ellos la Última Cena: es ir a la comunión con el Señor, ir donde él está y se entrega a nosotros. Si queremos que nazca la Iglesia, debemos volver a hacerlo siempre así, dar el primer paso e ir hacia el Señor en lo alto, ir al contexto de su amor, que se entrega en la asamblea eucarística.

Como segundo paso, los apóstoles buscan a los que quieren estar con el Señor y finalmente encuentran a 120: no solo están los Doce, sino también María, los hermanos del Señor y otros creyentes. Ya se perfila un poco la multiplicidad de la Iglesia, con su riqueza de dones, de procedencias espirituales y humanas, en la que se refleja la riqueza de la unidad de la nueva humanidad.

Después, al final, el tercer paso. Pedro sabe que él es responsable, porque el Señor le ha encargado ser pastor de su rebaño, y toma la iniciativa de completar el colegio de los apóstoles, que ya no está completo tras la salida de Judas: deben ser doce. Aquí no se trata simplemente de tener un número suficiente, sino que doce es un número simbólico: si el Señor ha creado el grupo de los Doce, significa que Israel renace.

Israel nació de los doce hijos de Jacob y ahora Jesús, el nuevo Jacob, crea el nuevo Israel, no basado ya en la procedencia carnal, sino en la procedencia de su palabra. Doce que representan al nuevo pueblo: un gesto simbólico en el que el Señor expresa que de él viene el verdadero Israel, el pueblo de Dios universal nacido del Espíritu Santo, nacido de su palabra, nacido de la obediencia a su palabra, de la alegría de conocer al Resucitado. Este es, pues, el acto que deben realizar: conseguir que esta realidad simbólica, que ya expresa todo el futuro, sea restaurada, para dar un nuevo comienzo al camino hacia la comunión universal.

Pero, ¿cómo hacerlo, cómo completar la obra? Es interesante señalar la cooperación entre Pedro, que toma la iniciativa, toda la

asamblea, que está implicada, y finalmente Dios mismo, que debe decidir. ¡Y decide mediante un sorteo! Vemos que en esta elección es a buen seguro importante nuestro discernimiento, es decir, que hagamos todo lo posible por buscar, por despertar vocaciones, por ayudar, por acompañar, por discernir. Nuestra iniciativa, nuestra cooperación, nuestro discernimiento es fundamental. Sin embargo, al final, la decisión es del Señor. En esta cooperación, entre nuestra atención y el gesto realizado por el Señor, nace la vocación. Debemos rezar siempre al Señor para que muestre, a las personas y a nosotros, lo que él quiere, y así nazca siempre de nuevo la misión del apóstol, del testigo de Jesús.

También es importante lo que se requiere para ser un apóstol, uno de los Doce. Se espera que haya conocido a Jesús desde el bautismo de Juan hasta la resurrección, por tanto que conozca la persona, la doctrina, las palabras, la vida de Jesús y, sobre todo, que sea testigo de la Resurrección. Esto sigue siendo decisivo para los testigos de Jesús: conocer a Jesús y cómo vivió en esta tierra, pero sobre todo al Jesús resucitado, que sigue hablando hoy.

Es el mismo criterio que el mismo Jesús había expresado cuando, según refiere san Marcos, «constituyó a doce para que estuvieran con él y también para enviarlos» (cf. Mc 3,14-15). Los que están con él, y así crecen en la vida divina, al mismo tiempo son enviados; estar con él y ser enviados van juntos. Oremos también hoy, en nuestro tiempo, al Señor: «Señor, ayúdanos, despierta a los hombres, acompaña a las personas; muéstrate, ayúdanos a estar contigo y así a estar en camino con los hombres para mostrar tu presencia». En síntesis, podemos decir que san Pedro hace dos cosas: por una parte, toma la iniciativa, se muestra activo, decide, y por otra parte es obediente, para que Dios actúe. Este es siempre el tipo de acción de la Iglesia: iniciativa, actividad nuestra, pero sobre todo apertura a la voluntad de Dios, a la Palabra de Dios, de modo que al final sea Dios quien cree, y no nosotros.

Es interesante caer en la cuenta de que en este momento san

Pedro, con la Iglesia universal ya existente, ha completado el colegio de los Doce. Pero, no mucho después, el Señor mismo completará de nuevo, de manera inesperada, totalmente nueva, a los Apóstoles con la misión de san Pablo (cf. Hch 9). Entonces ya no será importante el número simbólico de doce, sino el carisma de la vocación, de la misión orientada hacia todo el mundo.

Y, casi al mismo tiempo, habrá también otro acontecimiento: el encarcelamiento de san Pedro, su condena a muerte, su huida, que le obligan a abandonar Tierra Santa (cf. Hch 12) y a ir a los países paganos. Así debe asumir la responsabilidad de las Iglesias que provienen del paganismo, de los cristianos que provienen de los judíos, y ser verdaderamente el pastor universal de toda la Iglesia. Después podemos ir aún más adelante, cuando sale a la luz como tercer elemento el carisma de Juan, y así vemos cómo se desarrolla, gracias a la actividad del Señor, el panorama rico y profundo de la Iglesia.

Pero ahora quisiera volver a centrar la atención en la Carta de san Juan. El domingo pasado leímos unas palabras muy hermosas: «en caso de que nos condene nuestro corazón, [...] Dios es mayor que nuestro corazón y lo conoce todo» (1 Jn 3,20). También hoy encontramos en esta Carta unas palabras grandiosas, unas de las más bellas de la Escritura, y yo diría que de la literatura del mundo. Dice: «Y nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él. Dios es amor». Aquí aparece verdaderamente la esencia del cristianismo. Sabemos que la esencia del cristianismo no es un sistema filosófico, un sistema de pensamiento, no es un programa sobre cómo hacer algo, no es un sistema moral, sino que es una persona, Jesús, y el encuentro con esta persona. Aquí, se expresa lo mismo de manera aún más profunda: esta persona es el amor y nosotros hemos conocido el amor y creído en el amor.

Hemos conocido: porque en la Encarnación, en la Cruz, vemos lo que es el amor. El amor es esta radicalidad, en la que solo Dios puede entregarse hasta el punto de perderse en la noche de la

muerte, en la noche del infierno. Dios se entrega realmente y así ejerce su poder, y así puede transformar el mundo. ¡Hemos conocido el amor!

Segundo acto: hemos creído en el amor. Es decir, no solo hemos conocido, sino que también hemos creído; estamos convencidos de que este amor es el poder celestial, que es más fuerte que todos los otros poderes, capaz de redimir el mundo con todas sus tristezas y sus noches.

Y, tercer punto, Dios es amor. Así, se ve todo el cristianismo desde la perspectiva de esta belleza de haber conocido el amor. Al ver cómo actúa Dios, creyendo, confiémonos a este amor y así podremos vivir, así seremos redimidos.

«Gracias, Señor, por habernos mostrado a ti mismo en tu amor. Te rogamos que nos ayudes a creer, a vivir de tu amor, a ser testigos de tu amor, que nos da la verdadera alegría, la alegría del amor verdadero». ¡Amén!

«¡VEN, SEÑOR!»

12 de mayo de 2013, Capilla privada, Monasterio Mater Ecclesiae

VII Domingo de Pascua (Año C)

Lecturas: Hch 7,55-60; Ap 22,12-14; 16-17.20; Jn 17,20-26

Queridos amigos:

En la segunda lectura hemos escuchado el final del Apocalipsis, en el que Juan resume una vez más lo esencial de su mensaje y, al final, lo concentra en una sola palabra: «¡Ven!». Pero, antes aún, nos muestra, una vez más, la figura de Cristo y la figura del hombre redimido. Intentemos comprender un poco todo esto. Cristo aparece caracterizado con tres predicados: Alfa y Omega, primero y último; raíz de David; estrella radiante de la mañana.

Alfa y Omega: Cristo es el principio de toda la Palabra creadora de Dios (cf. Jn 1,1-3; Col 1,15-17). Él es la concepción del mundo que se refleja en Dios y que ha creado el mundo. Es el principio de todo, está oculto en todas las realidades, que provienen de él: él es la palabra creadora. Pero Cristo no es solo el principio y el origen, es también el último. Hoy en día muchos dicen: «El cristianismo es cosa del pasado y Cristo es una figura del pasado». En realidad, la figura del Cristo histórico, que algunos reconstruyen, le incluye realmente en el pasado: no es un ser vivo, un presente, sino alguien del pasado. Dicen: «El tiempo del cristianismo pasa; otros son determinantes».

Pero él es el Viviente, el Resucitado; no es solo el primero, está siempre presente y será también el último. Todas las otras cosas pasan. Si miramos la historia de dos mil años, vemos cómo pasan muchas cosas, y muchas cosas han pasado, pero Cristo aparece siempre de nuevo y, al mismo tiempo, como el último, como aquel que siempre es determinante. Estando con Cristo, estamos en el lado correcto, porque sabemos que, en él, no solo está el principio y el comienzo, sino que al final es él quien decide y concluye.

Estar con Cristo: solo así estamos en la raíz y en el punto de llegada.

Segunda característica de Cristo: raíz de David. Aquí nos quedamos sorprendidos, porque se podría decir no raíz, sino fruto; no raíz, sino hijo de David. Pero me parece que san Juan escribió deliberadamente «raíz», porque quería decir que en Cristo aparece el concepto original de David, realizado solo imperfectamente en la figura de David. El verdadero origen, la idea que Dios tenía de David, se realiza en Jesús. Él es el verdadero David: él es la «raíz de David».

Sin embargo, me parece que debemos ver en qué anuncia David a Cristo. No es fácil entenderlo, porque David, como vemos en los Libros de los Reyes, no es del todo simpático. Con todo, debemos buscar lo que es determinante en este hombre, dónde aparece lo que es la raíz y el fin.

Me parece que encontramos un primer aspecto en el momento en que Samuel unge a David como rey: es todavía un muchacho, el más joven de la familia, que está pastoreando los rebaños de su padre (cf. 1 Sam 16,1-13). Nadie podía pensar que pudiera convertirse en rey de Israel, y mucho menos en portador de las promesas de Dios. David proviene de una vida sencilla; ahora bien, la sencillez, la vida sencilla, el corazón sencillo son fundamentales para la fe en Cristo, para la figura del mismo Cristo, que nació en un establo en Belén, nació de una Virgen sencilla, tuvo como protector a un carpintero, y él mismo nació como carpintero.

Sencillez: Jesucristo mismo declaró bienaventurados a los sencillos, solo los sencillos de corazón pueden captar la Revelación. Debemos conservar un corazón sencillo, incluso una vida sencilla, en todas las circunstancias de la vida. Me parece un punto en el que el papa Francisco pone muy acertadamente el acento: no perder la sencillez y así estar abiertos a los sencillos y a la gran verdad de Dios.

Un segundo aspecto de David: pasó mucho tiempo de su vida

exiliado, excluido de la tierra de las promesas, excluido de las promesas de Israel, fue un perseguido, y así anunció el misterio de la Cruz (cf. 1 Sam, caps. 20-30). El cristianismo se enfrenta siempre con este problema de la persecución, de la exclusión, porque debe estar siempre en comunión con Cristo crucificado.

Me parece que debemos rezar mucho por la Iglesia perseguida, por las personas que sufren bajo la presión de la intolerancia, rezar para que el Señor las proteja, en la fe y en la vida. Debemos estar interiormente cerca de la Iglesia perseguida de hoy. Y existe también una persecución más sutil, a saber, la marginación cultural e intelectual del cristianismo, la creación de una cultura anticristiana, que oprime interiormente al cristianismo. Hoy en día parece absurdo seguir siendo cristiano. En nombre de la libertad se suprime la libertad de creer, se anuncia el matrimonio homosexual en nombre de la libertad, el aborto como derecho de libertad, de una falsa libertad que se opone a la libertad de nuestra fe; hasta tal punto que parece casi absurdo seguir siendo todavía cristianos en este mundo. Es una persecución interior: debemos estar abiertos al Señor, para que nos guíe, nos conserve, y también debemos ayudar a los pequeños, para que en este contexto puedan permanecer fieles.

Y aún queda un tercer aspecto. David creó la ciudad de Dios: conquistó Jerusalén y la transformó en sede del culto de Israel, en ciudad de Dios (cf. 2 Sam, caps. 5-7). Al leer los Libros de los Reyes ³², nos preguntamos: «¿Por qué David es el elegido de Dios? ¿Cómo puede ser él el rey ejemplar? Era un hombre adúltero, cruel, también mató a personas y llevó a cabo muchas otras cosas...». Sin embargo, ¿qué queda en él como elemento positivo, qué le convierte en portador de las promesas? Por mi parte, pienso precisamente esto: que Dios era siempre para él la realidad central. Aunque no lograba vivir según Dios, siempre conservó una gran reverencia por Dios o se sometió a Dios. Aunque no siempre la vivió, comprendió la centralidad de Dios y la expresó en la construcción de la tienda sagrada en la ciudad de

Jerusalén. No era él el constructor del templo, sino el de la tienda del Arca, y así el de Jerusalén como sede de Dios, donde habita especialmente Dios y nosotros con él.

Me parece que estas dos cosas siguen siendo siempre importantes para nosotros: la centralidad de Dios —reconocer a Dios como el punto de referencia de nuestra vida, no perder de vista a Dios como Creador, como Redentor, como Juez— y crear espacio para Dios. David creó este espacio para Dios en la ciudad de Jerusalén, de modo que Jerusalén se convirtió en imagen del futuro. Crear espacio para Dios en nuestro tiempo, tener espacio para Dios en nuestra tierra, tener espacio para Dios. Oremos al Señor para que esta centralidad de Dios sea cada vez más fuerte en nosotros y cada vez más realista; para que la adoración de Dios se convierta cada vez más en el centro de nuestra vida; para que Dios tenga espacio en nuestro tiempo, donde está siendo eclipsado y parece desaparecer. Jesucristo es precisamente ese Dios con nosotros, totalmente en unidad con el Padre y, precisamente así, sede de la presencia del Padre.

Por último, la tercera característica de Cristo: estrella de la mañana, estrella radiante de la mañana. Significa que Cristo anuncia el día; la noche no es permanente, llega el día y nos orienta, nos muestra hacia dónde ir. Por eso es estrella de la esperanza, nos anuncia el día, nos anuncia que hay esperanza, que hay Dios, que Dios es la esperanza.

Aún, brevemente, una palabra sobre la figura del hombre redimido. Él se lava; los redimidos lavan sus vestiduras con Cristo, tienen acceso al árbol de la vida, tienen acceso a la Ciudad Santa. Lavar las vestiduras con Cristo: significa aceptar las purificaciones del Señor, las purificaciones a través de la verdad, a través de la caridad, de las purificaciones en los sacramentos. Tener acceso, tener parte en el árbol de la vida, el árbol de la Cruz: tener parte en el árbol de la vida significa que la vida es para darla, no para tenerla solo para uno mismo. Es preciso observar la gran libertad de Cristo: quien quiera tener la vida la

pierde, solo quien da la vida la encuentra. Y, por último, el acceso a la Ciudad Santa: demos gracias a Dios por tener acceso a la comunión de los santos en la Santa Iglesia, y vivamos verdaderamente esta comunión de la Santa Iglesia con gratitud y alegría.

Al final está la palabra «¡Ven!», en la que se resume toda la esencia del cristianismo, todo el mensaje del Libro. En realidad, toda la liturgia de la Iglesia es ir hacia Cristo, es un único grito: «¡Ven!». Y toda la vida cristiana es un ir hacia Cristo, es gritar: «¡Ven!».

No rezamos para que llegue el fin del mundo, sino que rezamos para que Cristo venga al mundo; a fin de que venga en mí, en las situaciones en las que lo necesitamos: «¡Ven, Señor!». Muchas veces necesitamos verdadera, personalmente, que nos haga sentir tu presencia. Y ven en este momento de la historia y del mundo, como tú quieras: ¡que tu presencia sea fuerte, más fuerte que las cosas negativas! ¡Ven, Señor! Amén.

EL MISTERIO DEL ESPÍRITU SANTO

8 de junio de 2014, Capilla privada, Monasterio Mater Ecclesiae

Domingo de Pentecostés (Año A)

Lecturas: Hch 2,1-11; Sal 103; 1 Cor 12,3-7.12-13; Jn 20,19-23

Queridos amigos:

Cada una de las tres lecturas de esta liturgia de Pentecostés saca a la luz un aspecto esencial del misterio del Espíritu Santo. Desearía aludir brevemente a estos tres elementos, que aparecen en la liturgia de hoy.

En los Hechos de los Apóstoles aparece esta maravillosa narración de cómo nace la Iglesia. Nace en el sentido de que todos hablan en todas las lenguas y cada uno escucha a los Apóstoles hablar en su propia lengua. La Iglesia nace católica, desde el primer momento es una Iglesia universal. No es que primero nazca una Iglesia local y después las otras, y más tarde se forme una confederación. No, primero está la Iglesia universal, que habla en todas las lenguas, es católica desde el primer momento y luego se comunica a los demás, y crea Iglesias particulares, y todas son expresión de la única Iglesia.

El Espíritu Santo crea comprensión, abre las fronteras, da paz, unidad y caridad, y así une. Detrás de este acontecimiento sentimos el eco de otra historia, la de la Torre de Babel (cf. Gén 11,1-9), que cuenta que la humanidad se había unido en el centro de la tierra, había alcanzado un poder increíble y se sentía capaz de construir una torre hacia el cielo. Ya no necesitaban a la divinidad, porque ellos mismos, la humanidad, podían crearse el acceso al cielo, eran capaces de convertirse en su propio dios, de hacerlo todo, de poderlo todo. Pero, precisamente en ese momento del poder extremo, se desunieron, el uno ya no entendía al otro, el uno estaba contra el otro y así la torre no se construyó, no se completó.

Me parece una imagen de nuestra situación. El hombre ha

conseguido realmente un poder impresionante: podemos hacer al hombre, podemos destruir al hombre, podemos construir el mundo, podemos hacerlo todo, no necesitamos a Dios, nosotros mismos podemos crear nuestro cielo. Y, precisamente en este momento de poder humano extremo, cuanto más superfluo parece Dios, tanto más surgen los contrastes entre todos los hombres, la violencia, la guerra, la destrucción. Donde hay espíritu de soberbia, tal como nos dice el Evangelio, no crece la verdadera humanidad. Aparentemente, el hombre lo puede todo, pero no puede lo esencial: amar, conocer la verdad, vivir en unidad con los otros y así vivir un mundo de amor y verdad.

No es la soberbia, el poder humano, la ciencia lo que construye la puerta hacia el cielo, sino Dios mismo, que en su humildad se entrega a nosotros. También hoy la unidad de la humanidad crece precisamente por la humildad de la fe, que crea islas de paz, islas de caridad en un océano de violencia, de pobreza humana y espiritual. Así, el Evangelio nos invita a deponer verdaderamente la soberbia, a abrirnos al don del Espíritu Santo, a vivir la fe en Cristo, a vivir la catolicidad y así vivir de la unidad de Dios, que crea la unidad de la humanidad. Como católico, cada uno de nosotros habla en todas las lenguas, porque pertenecemos a la Iglesia que habla en todas las lenguas, es fuerza de amor y de reconciliación por encima de todas las fronteras.

Vayamos a la segunda lectura. En el relato de los Hechos de los Apóstoles hemos oído también que el Espíritu Santo viene bajo estos dos aspectos: viento y fuego. El fuego, fuerza de la transformación, de la renovación del mundo, aparece de un modo muy particular, en forma de lenguas, y cada uno recibe una; es decir, este fuego del Espíritu Santo no es una fuerza informe, que se convierte en destrucción, sino una fuerza personal, en la que cada uno recibe una lengua de fuego.

En su Carta a los Corintios, nos dice san Pablo en qué consiste esta lengua de fuego. La respuesta es muy sorprendente, quizá muy decepcionante, porque no aparece como una gran realidad.

No, esta lengua de fuego dada a cada uno de los creyentes es una palabra, una palabra con la fuerza de la verdadera Palabra, una palabra sencilla y profunda: «Jesús es el Señor». Esta es la lengua de fuego, la lengua del Espíritu Santo, que Dios nos da en el momento de Pentecostés. «Jesús es el Señor»: esta es la confesión fundamental de la Iglesia, que construye la Iglesia, de la que vive la Iglesia. Esta palabra sencilla es verdaderamente una palabra de fuego, porque crea la comunión de la Iglesia, nos introduce en la comunión de la Iglesia y así crea esa unidad que solo puede nacer del señorío de Jesús: esa unidad católica, de la que hemos hablado, nace precisamente del señorío de Jesús.

Creyendo y confesando a Jesús, entramos en la comunión universal de la Iglesia y se crea esta profunda unidad. Debemos tener presente aún que la palabra «Señor», en el Antiguo Testamento, era una expresión para referirse a Dios: no se atrevían a pronunciar el misterioso nombre de Dios, Yahvé, sino que en lugar de Dios siempre se decía «Señor», *Kyrios*. De este modo, vemos la comunión entre el Antiguo y el Nuevo Testamento: Jesús es el Señor Dios, él es este Dios escondido, ¡Jesús, el Señor, es Dios! Y precisamente esta realidad, el hecho de que Dios no sea una «cosa espiritual», sino nuestro Señor, lo cambia todo, nos da la medida de nuestra vida, nos da la fuerza para vivir según esta medida, nos renueva realmente.

Y ahora la tercera lectura. El Evangelio nos cuenta cómo Jesús, en la noche del día de la Resurrección, con las puertas cerradas, se presenta entre sus apóstoles. El Espíritu Santo no conoce puertas, entra incluso a través de las puertas cerradas. Hemos visto, en este siglo pasado, cómo entraba y estaba presente incluso en las cárceles, y entraba y estaba presente incluso en los edificios de la ideología. El Espíritu Santo entra también por las puertas cerradas, esta es la buena y hermosa noticia del Evangelio de hoy.

A continuación, Jesús, tras haberse despedido de los suyos, «sopló», dice el texto, sobre sus apóstoles. Aquí vemos repetirse la

mañana de la creación del hombre: el Génesis cuenta que Dios había formado la figura del hombre a partir del polvo, pero que esta figura se convierte en un ser vivo gracias al soplo, el aliento de Dios; así, el polvo se convierte en ser vivo. Jesús repite este gesto de la Creación a un nivel más alto. ¡Sí! Los pulmones del hombre no funcionan más si hay aire para respirar, pero el hombre necesita algo más que aire físico para respirar: el aire que el hombre, como hombre, debe respirar es el amor y la verdad. Y Jesús, que sopla sobre el hombre, recrea al hombre; es de nuevo el día de la Creación, y solo cuando el hombre puede respirar el aire del amor que viene de Dios, también la vida física se vuelve buena; solo esta nueva Creación cumple y justifica la primera Creación.

Jesús crea espirando el Espíritu y aquí vemos también que este aliento de Jesús es el Espíritu Santo, y estamos cerca del Espíritu Santo si estamos cerca del aliento de Jesús. Es el mensaje importante de este día: estamos siempre cerca del aliento de Jesús, de Jesús mismo, y solo así estamos precisamente en el aire del Espíritu Santo.

El Evangelio añade, a continuación, que este aliento de Jesús, esta nueva vida, es espíritu de perdón. Solo el perdón nos hace vivir, solo si hay perdón podemos aceptar la verdad de la norma de Dios, podemos aceptar la verdad del pecado; si no hay perdón, debemos negar la culpa, debemos negar la norma. El perdón nos da la vida, estamos en la fuerza del perdón de Jesús; este es el aliento de Jesús, es el Espíritu Santo. Y finalmente Jesús da a los apóstoles y a sus sucesores la facultad de perdonar: el sacramento. A través del sacramento, él mismo tiene en su mano a la Iglesia: no somos nosotros los que decidimos «esto y aquello», porque en el sacramento él mismo sigue siendo el Señor de la Iglesia, sigue presente, actúa en medio de la humanidad. Demos gracias al Señor por este don de su presencia permanente, que nos da también un Pentecostés permanente.

Hay una frase en este Evangelio que me gusta de un modo

particular: «Los discípulos se alegraron al ver al Señor». Podemos entender que después del escándalo de la Cruz, de la noche, de las dudas, lo ven y se alegran: verle y alegrarse. El verdadero don del Señor, el don del Espíritu Santo, es la alegría de que Jesús está ahí, de que Dios está ahí, nos conoce, está presente con nosotros. El verdadero don del Espíritu es la alegría del Espíritu Santo, es la alegría de ser amados, conocidos, de que Jesús no está lejos, sino cerca de nosotros. Oremos al Señor: «Ven, Espíritu Santo, danos esta alegría de ver a Jesús, la alegría de ser amados y de amar contigo». Amén.

PENTECOSTÉS: COMUNIÓN UNIVERSAL, AMOR QUE TRANSFORMA, VIENTO QUE PURIFICA

27 de mayo de 2007, Capilla privada, Palacio Apostólico

Domingo de Pentecostés (Año C)

Lecturas: Hch 2,1-11; Rom 8,8-17; Jn 14,15-16.23b-26

Queridos amigos:

El Espíritu Santo aparece bajo tres imágenes en el relato de los Hechos de los Apóstoles: una imagen tomada de la historia de la salvación y dos imágenes cósmicas.

La imagen tomada de la historia de la salvación está representada por las lenguas, que son símbolo de la capacidad del hombre de hablar, son símbolo de la palabra. El hombre con la palabra puede abrir su mente, puede crear comprensión con el otro y comprensión significa también comunión. Así, el Espíritu Santo aparece como esta fuerza que nos abre y crea comunión.

Detrás de esta imagen se encuentra una referencia a la historia de la Torre de Babel, donde la soberbia dispersa a la humanidad, crea incomprendión, separación y oposición (Gén 11,1-9); esa historia indica que el hombre había llegado al punto en que pensaba que disponía de la posibilidad de construir con sus propias fuerzas, con la tecnología de aquel tiempo, la torre para llegar al cielo, de crearse él mismo el «cielo», el acceso al cielo.

Pero precisamente esta soberbia del hombre, que piensa que ya no necesita a Dios y se convierte a sí mismo en «Dios», que se eleva a ser Dios, precisamente esta soberbia que crea «grandeza», al mismo tiempo destruye al hombre, crea incomprendión, confusión, oposición, destruye a la humanidad y la dispersa, como nosotros mismos vemos.

Esta imagen —en la que hablar todas las lenguas crea incomprendión por la diversidad, pero después crea también

unidad y comunión en la diversidad de lenguas— revela que la soberbia de nuestro poder o el progreso de la ciencia no pueden hacerlo todo, no pueden crear al hombre Dios, no pueden ofrecer la redención al hombre. En cambio, la humildad de la fe, que se abre a Dios, y el don del amor, que siempre se da, son la verdadera fuerza capaz de crear esa comprensión que se convierte en comunión.

Al mismo tiempo, en este acontecimiento de Pentecostés hay también una anticipación de la Iglesia católica. Esta primera comunidad apostólica habla en ese momento idealmente todas las lenguas de la tierra. Expresa así la universalidad creada por el Espíritu de Dios, por la comunión con el Espíritu divino, que es el único capaz de crear la comunión universal. Y dice: es el Espíritu el que crea la comunión, el que crea la universalidad, el que es capaz de crear esta familia universal de Dios, que habla todas las lenguas y, sin embargo, habla una sola lengua.

Así se nos dice también que el amor y la fe no solo son esenciales, sino que este amor y esta fe son fuerzas de unidad que crean la Iglesia universal, la Iglesia católica; el estar en la comunión de la Iglesia, en la humildad de esta comunión, en la lengua de la fe común, es signo del Espíritu Santo. El Espíritu Santo crea esta comunidad, la comunidad católica.

Así, san Agustín podía decir con razón: «Cada cual tiene el Espíritu Santo en la medida en que ama a la Iglesia de Cristo» ³³. El amor a la Iglesia es fruto y signo del Espíritu Santo. El Espíritu Santo no se mueve en el plano de lo genérico, sino que tiene su lugar propio, crea la comunión católica, y por eso Pentecostés es siempre una nueva invitación a la catolicidad, a la gran comunión, a la comunión con la Iglesia de todos los pueblos y de todos los tiempos.

Pasemos a las dos imágenes cósmicas: el fuego y el viento o aire. En la tradición antigua, que hablaba de los cuatro elementos que componen el mundo —a saber: el fuego, el aire, la tierra y el agua—, el fuego y el aire se consideraban los elementos celestes, que

constituyen el cielo. Por consiguiente, si llegan el fuego y el viento, significa que el cielo se ha abierto, que el cielo entra en la tierra, que la llegada del Espíritu Santo, del Espíritu del Hijo que viene del Padre, es la entrada del cielo en la tierra, es el abrazo de la tierra por parte del cielo.

Pero veamos estos dos elementos de cerca. En primer lugar, el fuego. En la historia de la civilización, siempre se ha considerado que el descubrimiento del fuego fue el comienzo de la civilización, de la cultura, porque el fuego es el elemento capaz de transformar la realidad. El fuego da la posibilidad de transformar las cosas y, precisamente así, de crear nuevas realidades. Con la fuerza del fuego, con su fuerza transformadora, el hombre podía por fin cambiar el mundo, podía crear su nuevo mundo.

El fuego es fuerza de transformación, de renovación y de creatividad. Pero el fuego también es calor y luz, y así nos hace pensar en la verdad, que es luz, y en el amor, que es calor, y nos hace comprender que la verdadera fuerza transformadora —que transforma el mundo y crea cultura en el sentido más profundo de la palabra— está constituida por la verdad y el amor. Pero enseguida se hace asimismo evidente que el fuego, al transformar, quema, que el tránsito de un estado a otro es un paso doloroso, como toda renovación, un paso que quema y, solo así, renueva.

Recordemos que Jesús promete a sus discípulos, después del bautismo de Juan, el bautismo de fuego como el verdadero bautismo renovador. Y a esta promesa del bautismo de fuego para los discípulos de todos los tiempos se debe conectar el hecho de que el Señor considera su propia Pasión como un «bautismo». Su Pasión es bautismo, es el bautismo en el fuego. ¡Ese fuego que transforma al hombre y al mundo, que crea la Resurrección y la novedad de la vida nueva, es su Pasión! Jesús es bautizado en su Pasión, cuyo centro no son los dolores corporales: el núcleo de la Pasión es el amor que transforma, es el amor que le mueve a entregarse hasta la muerte.

El amor del Hijo, realizado en su Pasión hasta la muerte, es fuerza de Dios mismo y del Espíritu Santo, que transforma a Cristo en la Resurrección, y abre así para todos nosotros la transformación definitiva en la novedad de la vida, en el nuevo Cuerpo resucitado de Cristo. Por eso, el fuego del Espíritu Santo nos habla de la comunión con la Pasión de Cristo. Aquí está presente, nos transforma y nos renueva el amor de Dios, y precisamente en el dolor de esta transformación, en el dolor del paso con Cristo a la nueva vida, realmente el cielo llega a nosotros, llega a la tierra.

Por último, unas palabras sobre el aire: es el elemento para respirar, por lo que es fundamental para nuestra vida. Hoy hablamos, con razón, de la contaminación del aire, que hace cada vez más insegura nuestra respiración; nos vemos obligados a respirar muchos venenos que amenazan nuestra vida física. Pero no solo existe esta contaminación material, de la que todos hablan con preocupación, y con razón.

Existe también, sobre todo, la contaminación del aire espiritual. Respiramos espiritualmente muchos venenos que destruyen nuestra verdadera vida, destruyen la capacidad de la verdad y del amor en nosotros. Es el Espíritu Santo quien purifica, quien limpia el aire y nos hace respirar el aire fresco de la vida divina. Por eso tenemos tanta necesidad de esta purificación del aire espiritual, del milagro de Pentecostés; que el Espíritu venga como un viento fuerte que purifique y nos haga respirar de nuevo el verdadero aire divino y así vivir.

Pidamos al Señor que nos purifique, que nos transforme con el fuego de su amor, que purifique el aire de este mundo, de nuestro tiempo, y nos una a todos en su Santa Iglesia. ¡Amén!

PENTECOSTÉS: LA FIESTA DE LA CATOLICIDAD

19 de mayo de 2013, Capilla privada, Monasterio Mater Ecclesiae

Domingo de Pentecostés (Año C)

Lecturas: Hch 2,1-11; Sal 103; Rom 8,8-17; Jn 14,15-16.23b-26

Queridos amigos:

Al anunciar el Concilio Vaticano II, el papa Juan, y con él toda la cristiandad, esperaba un nuevo Pentecostés, una nueva fuerza del Espíritu Santo, una presencia fuerte que rompiera las barreras de los corazones, de las estructuras, y abriera una vez más y de nuevo la presencia de Dios, creando una nueva primavera de la fe de la Iglesia.

A más tardar en el año 1968, vimos que la realidad no era así, y que ni siquiera un Concilio puede «organizar» un Pentecostés; nosotros podemos crear las condiciones para la venida del Espíritu Santo, pero es él quien se da. Con todo, la Iglesia, cada año, en los diez días que median entre la Ascensión y Pentecostés, reza para que haya un nuevo Pentecostés, para que el Espíritu venga de nuevo a animar a su Iglesia, a transformar la comunidad cristiana. Si rezamos así, si esperamos siempre este acontecimiento, también debemos preguntarnos qué es Pentecostés, qué esperamos realmente y en qué consiste.

La lectura de los Hechos de los Apóstoles nos da tres signos de Dios, tres elementos que definen un poco la realidad de Pentecostés. El primero es este viento fuerte, recio; el segundo, la llama, el fuego, en forma de lenguas; el tercero, las lenguas, la comprensión que abre el uno al otro en una nueva unidad, una unidad en la diversidad, en la plenitud. Veamos un poco más de cerca estos tres elementos.

El primero es el viento fuerte que transforma, renueva, cambia.

Es verdad que Dios se había manifestado antiguamente en el terremoto, en el fuego, en el viento tremendo, hasta tal punto que la gente decía: «No tenemos la fuerza necesaria para soportarlo» (cf. Éx 20,18-19). Es verdad que algunas veces Dios muestra visiblemente su poder, pero el lenguaje de Dios normalmente es diferente. Después de cientos de años, la alianza con Israel creada en el Sinaí parecía casi muerta, perdida.

En tiempos de Elías, solo quedaba él como siervo de Dios, contra cientos de sacerdotes de Baal. La alianza estaba destruida, por lo que Elías fue llamado de nuevo al Horeb, al Sinaí, para un nuevo comienzo de la alianza. Dios le había prometido como nuevo comienzo, como vuelta al principio, una teofanía: un encuentro visible y sensible con Dios, y él espera este encuentro (cf. 1 Re 19,4-15). Viene un viento recio, pero Dios no está en él, este no es el lenguaje de Dios. Viene un fuego devorador, pero Dios no está en él, este no es el lenguaje de Dios. Al final viene una brisa muy suave, casi silenciosa, y esta es la expresión del lenguaje de Dios, aquí se muestra Dios.

Así vemos que el lenguaje de Dios no es el de los poderes del mundo, no es el que destruye o construye en masa, el lenguaje de Dios es una brisa suave. El poder de Dios es diferente de los poderes del mundo, y así el verdadero y continuo Pentecostés no se revela en vientos recios, sino en una brisa muy suave y silenciosa.

Si abrimos los ojos, vemos que este Pentecostés también está presente hoy. Pensemos en las muchas hermanas que en África, en medio de la violencia, siguen haciendo el bien, practicando la caridad, enseñando, ayudando a que la vida continúe; pensemos en los sacerdotes, en los misioneros, en las personas sencillas que siguen haciendo el bien: en ellos vemos esta brisa suave. Ayer, estos dos testimonios ³⁴ nos mostraron lo mismo de otra manera: un hombre que, como el hijo pródigo, había caído en verdad totalmente, fue encontrado por el Señor y lo levantó del polvo, lo renovó para una nueva alegría de la fe, para una nueva fuerza de

testimonio; y después este ministro, que sabe que está expuesto al martirio y que sigue deliberadamente haciendo el bien, ayudando a los cristianos en su fe, en su caridad, y precisamente así muestra la presencia del Espíritu Santo.

La suave brisa, el verdadero lenguaje de Dios está presente, Pentecostés está presente, cada día hay un nuevo Pentecostés, y la festividad nos invita a estar atentos a este lenguaje de Dios, a su presencia. Nos invita a que nosotros mismos nos hagamos servidores de esta presencia, a que participemos humildemente, cada uno según su misión, en esta silenciosa, pero al mismo tiempo fuerte, presencia de Dios, que es la presencia que salva.

Las victorias de Dios son diferentes de las victorias del mundo. Si hemos esperado conversiones masivas, con transformaciones violentas del mundo, estas no son las victorias de Dios. Las victorias de Dios son este hombre que está dispuesto al martirio, son las almas humildes que día a día ofrecen su servicio a la verdad, a la caridad: esta es la presencia de Dios, este es el verdadero viento renovado de Dios.

El segundo signo de Pentecostés es el fuego. Pero no el fuego devorador, destructivo; es un fuego en forma de lenguas, un fuego razonable, por así decirlo, un fuego cálido, un fuego que es calor y luz. Los Hechos de los Apóstoles nos dicen también una segunda cosa, más allá de la forma de lenguas, y es que el fuego cae sobre cada uno de ellos, o sea, que este fuego es personal; el fuego del Espíritu no es algo colectivo, que crea destrucción o algo parecido, sino que es personal; Dios es personal y habla a las personas. Fuego en forma de lenguas significa conjuntamente caridad, es decir, amor, y verdad.

Este conjunto es lo que caracteriza al *Logos*. San Juan nos dice que la palabra, la razón, es creadora, pero esta razón creadora, este *Logos*, es al mismo tiempo caridad, amor. Podríamos decir también que al principio es el amor, porque en teoría las dos realidades —la razón creadora y el amor creador— son una sola cosa. Estas llamas en forma de lenguas son precisamente la

expresión de esta realidad, que marca el comienzo del mundo: esta unidad, e identidad, de razón creadora y de caridad es la vida del mundo. Queramos pensar también nosotros en esta realidad; pidamos a Dios que este fuego reviva también en nosotros, día tras día.

Y, por último, las lenguas. Es el signo contrario a Babel (cf. Gén 11,1-9). En Babel, la arrogancia del poder, la arrogancia de construir la torre hasta el cielo, de suerte que el hombre pudiera convertirse en Dios, rompe la unidad; cada uno está solo para sí mismo, nadie comprende ya al otro. La confusión de las lenguas de Babel es expresión de la arrogancia en la que domina el egoísmo, en la que cada uno se separa de los demás, en la que los hombres están separados, no se comprenden, no están juntos, sino que están unos contra otros.

Pentecostés es la comprensión de todo, es la superación de esta separación. Nos dice: la nueva Jerusalén está contra Babel, nace del amor de Dios, nace de la fe que se ofrece, abre al amor de Dios; así, uno comprende al otro, así en la diversidad se crea la unidad, la verdadera catolicidad, en la que entran todas las culturas, todos los temperamentos, todos los carismas, pero todos en su diversidad forman la unidad del amor de Cristo, la unidad del Cuerpo de Cristo.

En otras palabras, desde el primer momento, la Iglesia, aunque solo estuviera formada por estos doce apóstoles y algunos otros, ya era católica, y este hecho se expresa en el milagro de las lenguas de fuego, de amor, de razón. La Iglesia podía ser, convertirse exteriormente en católica solo porque interiormente ya era católica, porque interiormente ya llevaba en sí toda la anchura, la apertura del Espíritu Santo para todos, la fuerza reconciliadora de la diversidad. Solo esta catolicidad interior, que es lo primero que hay que tener presente, crea después la posibilidad de la catolicidad exterior concreta. Así, Pentecostés es también una fiesta de la catolicidad, de la alegría de ser católicos, de la alegría de pertenecer a esta comunidad universal, en la que

todos nos comprendemos en la diversidad de las lenguas y las culturas.

Pidamos al Señor que nos ayude a ser cada vez más católicos, a poder decir siempre con mayor convicción: «*Credo Unam Sanctam, Catholicam et Apostolicam Ecclesiam* ». Demos gracias a Dios por el Espíritu Santo, por el Pentecostés que nos da hoy, y pidamos que nosotros mismos seamos órganos de esta catolicidad, de este Pentecostés, y así nos llenemos de su alegría y la regalemos a los otros. Amén.

SOLEMNIDAD DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD

TRINIDAD: ALEGRÍA POR EL DIOS CERCANO

15 de junio de 2014, Capilla privada, Monasterio Mater Ecclesiae

Santísima Trinidad (Año A)

Lecturas: Éx 34,4b-6.8-9; Dan 3,52-56; 2 Cor 13,11-13; Juan 3,16-18

Queridos amigos:

La fiesta de la Santísima Trinidad es diferente a todas las otras fiestas del año litúrgico. En las otras fiestas hacemos memoria de los acontecimientos de la historia de Dios con nosotros, repetimos casi el curso de la historia. Comenzamos con los milenios de espera del Señor, del Salvador, después llegamos a la Navidad, al nacimiento del Señor, hasta el Misterio Pascual y Pentecostés, al don del Espíritu Santo, al comienzo de la Iglesia. Hoy, en la fiesta de la Santísima Trinidad, no celebramos un acontecimiento, un hecho de Dios para con nosotros, sino simplemente la fuente de todo, Dios mismo: es la fiesta de la alegría de Dios.

El contenido de la fiesta se expresa bien en estas palabras del «Gloria»: «*Gratias agimus tibi propter magnam gloriam tuam* ». Te damos gracias por tu belleza, por ti. Alegría porque Dios existe, porque nos conoce, porque nosotros conocemos a Dios. Así como la belleza de las montañas, la majestuosidad del mar, la belleza de un árbol en flor nos dan alegría, sin que queramos tener nada a cambio, porque en la experiencia de la belleza hay siempre una alegría en sí misma; así también Dios es alegría, y es alegría ver que existe, y no queremos nada más que dar gracias por su Belleza, por su Bondad, por su Amor.

La investigación de la historia de las religiones ha llevado a un resultado —me parece— inesperado: la novedad de la religión bíblica no es el monoteísmo como tal. La investigación ha

demostrado que todas las religiones —al menos las arcaicas, que tienen que ver con muchos demonios, divinidades, etc.— saben que todas estas divinidades no son Dios, sino que solo hay un Dios, saben que hay un Dios que es el Dios único, y que todos los otros no son Dios, son divinidades, son poderes con los que el hombre debe ajustar cuentas.

Este Dios es conocido y, sin embargo, también desconocido: este Ser divino superior al conocido no es adorado, no hay culto para él. El motivo es simple: este Dios —se piensa— no se interesa por nosotros, es demasiado grande, es Dios pero no nos gobierna, es demasiado grande para interesarse por nosotros, y no podemos hablar con él; y, sobre todo, este Dios es bueno, por lo que no se le tiene miedo, no es necesario reconciliarle con nosotros y obtener su favor. Por consiguiente, este Dios permanece sin culto y, aunque conocido, sigue siendo un Dios ignorado, demasiado lejano, demasiado grande para nosotros. La vida real, en cambio, tiene que ver con los poderes presentes, con las fuerzas de este y aquel demonio, y así surgen los sistemas de culto, y también de brujería, etc., para intentar defenderse contra esos poderes. La vida está llena de esos seres, que amenazan también la vida del hombre.

La novedad de la revelación bíblica es que Dios, ese Dios tan distante, tan silencioso, nos conoce, y que el Dios lejano se hace Dios cercano: el Dios verdadero no es un Dios ausente, un ser demasiado grande y superior, sino que tiene un rostro, una voz y habla, se convierte en el Dios cercano (cf. Dt 4,7). Así, todo es diferente, ya no hay necesidad de ajustar cuentas, ni siquiera de adorar a estos poderes del mundo, porque él es el poder y tiene el poder, él, que es el Dios verdadero.

Pensemos en Abrahán: cuando la Escritura habla de él no encontramos una gran filosofía sobre el monoteísmo o el politeísmo, pero hay algo muy importante: este Dios tan cercano, que habla con Abrahán, le guía, es su amigo (cf. Is 41,8), y es al mismo tiempo el Dios que puede hablar en Mesopotamia, llamarle

para ir a Tierra Santa, puede protegerle en Egipto. Es decir, es un Dios que no depende de este o aquel lugar, sino un Dios que es persona, que trabaja con personas, que se hace amigo de personas y así entra en la historia y sigue siendo, no obstante, Dios, que es Dios en todas partes y no solo en un lugar determinado. Dios está cerca: el Dios verdadero se crea amigos, se crea un pueblo para entrar realmente en la vida del mundo, en nuestra vida.

En el Nuevo Testamento vemos que se da un nuevo paso: este Dios grande, lejano, este Dios que se ha hecho cercano, ¡se hace tan cercano que se convierte en hombre! Se convierte en uno de nosotros: es imposible estar más cerca; es uno de nosotros, está con nosotros y así el rostro de Dios es casi visible, y se entrega en nuestras manos en la Santa Eucaristía. Sigue siendo el Dios grande, el Creador, que tiene poder sobre todo, pero al mismo tiempo este Dios grande es el Dios cercano, es uno de nosotros, vive con nosotros, para nosotros y en nosotros.

Ahora estamos en condiciones de poder comprender algo del misterio de la Trinidad. Dios no nos ha hablado de la Trinidad para decirnos: «Soy un misterio»; verdaderamente deseaba mostrarse a sí mismo. Los grandes filósofos griegos, por ejemplo Aristóteles, supieron, al igual que las religiones, que hay un solo Dios, pero precisamente por su filosofía, por su racionalidad, Aristóteles estaba convencido de que este Dios único no puede tener relación con nosotros, porque nosotros cambiamos, mientras que él es eterno, y por lo tanto no puede entrar en relación con las cosas que cambian, porque de lo contrario él mismo dejaría de ser eterno, ya que también estaría sometido a los cambios. Por consiguiente, este Dios único es en sí mismo, es «pensamiento del pensamiento», es casi la geometría del cosmos.

Jesucristo nos muestra otra realidad: este Dios no solo tiene relación, sino que es relación, no es solo geometría del mundo, sino que es amor, y el amor siempre indica relación, y la realidad más grande no es la geometría, sino el amor. Dios es amor y por eso es relación, y puesto que es relación, también puede tener

relaciones, involucrarnos en su relacionalidad, en el misterio de su amor. Esta es la Trinidad, y eso significa que Dios no solo ama, sino que es relación, ¡es amor! Dios es Padre, Hijo y Espíritu Santo, y precisamente así es uno, la Trinidad no destruye el monoteísmo, nos dice que la unidad creada por el amor es más profunda, más una que la unidad de un átomo.

Así volvemos al principio: es hermoso saber que Dios, el Dios, el único Dios, es tan grande que tiene tiempo para nosotros. Precisamente porque es grande, porque es inmenso, tiene conocimiento, tiene tiempo para cada uno de nosotros, nos conoce a cada uno de nosotros y nosotros podemos conocerle a nuestra manera. La novedad para el cristiano es que Dios no está lejos, sino cerca, y que Dios es tan grande que nos ama y se hace uno de nosotros. Me parece realmente que esto es motivo de alegría: Dios, el verdadero poder, me conoce, me ama, el poder último es bueno, y por eso sabemos que es bueno vivir, porque estamos en manos de este Dios. Demos gracias a Dios por su bondad, demos gracias a Dios por haberse revelado y pidamos que nos ayude a estar cada vez más cerca de su bondad. Amén.

¡UN DIOS TAN CERCANO!

7 de junio de 2009, Capilla privada, Palacio Apostólico

Santísima Trinidad (Año B)

Lecturas: Dt 4,32-34.39-40; Sal 32; Rom 8,14-17; Mt 28,16-20

Queridos amigos:

Si escuchamos atentamente la primera lectura, tomada del Libro del Deuteronomio, podremos descubrir algo sorprendente. Dios dice a su pueblo: «Considerad el cielo y la tierra, considerad sobre todo toda la historia y todas las religiones que nos rodean, y veréis la incomparabilidad de vuestra fe, que es única y diferente de todas estas religiones».

Hoy en día, normalmente pensamos lo contrario: que la historia de las religiones demuestra que todas son similares, que la «religión» es un género y que todas las religiones particulares son especies de esta misma «realidad religiosa». En cambio, el Señor dice: «Mirad con atención y veréis que vuestra revelación, vuestra fe y vuestra religión es única, incomparable, diferente de todas las demás. Veréis que en estas religiones —dice el Señor— siempre hay un Dios al que pertenece una determinada parte de la tierra, un pueblo o una gran parte de este pueblo, pero no el Dios de todo». Siempre se trata de «este» Dios, de «este» pueblo, de «esta» tierra. Este pueblo necesita a su Dios, su poder, pero también Dios necesita esta tierra, su pueblo, de lo contrario ya no estará presente como Dios. Vosotros, en cambio, no tenéis un Dios «vuestro», que sea solo vuestro. El Dios que ha hablado con vosotros no es «un» Dios, sino «el» Dios, el Dios de todo y de todos, el Dios que ha creado el cielo y la tierra: todo es suyo y dispone de todo. Por consiguiente, no es el Dios de una tierra determinada, sino que, entre todos los pueblos que son suyos, os ha elegido a vosotros para entrar con vosotros en la historia de todos. Os encontró en Egipto, os guió a Palestina, os dio esta tierra, pero podría haberos dado todas las demás tierras; fue libre elección

suya daros esta; también puede expulsaros y dispersaros por toda la tierra. Él sigue siendo siempre el Dios de todos que ha hablado con vosotros; con un amor inexpresable se ha convertido en vuestro Dios. Este hecho, el que no «un» Dios, sino «el» Dios haya hablado a Israel, que lo haya elegido entre todos los pueblos y todos sean suyos, constituye hasta hoy la gran alegría de Israel, su orgullo. En otro pasaje del Deuteronomio se dice: «¿Dónde hay una nación tan grande que tenga unos dioses tan cercanos como el Señor, nuestro Dios, siempre que lo invocamos?» (cf. Dt 4,7).

Ahora, como cristianos, debemos tener presente que la historia no termina con Israel, con el Antiguo Testamento. Más aún, la historia alcanza su culmen, su finalidad interior, solo con Jesucristo, con una unicidad nueva, que debería ser nuestra alegría, la alegría que lleva a su plena realización nuestra vida y nos muestra el camino de la vida. Deberíamos preguntarnos: ¿dónde hay un Dios que sea el Dios de todos, que haya creado el cielo y la tierra, y sea tan grande y tan cercano que habla con nosotros? Más aún, podemos decir: ¿dónde hay, en todo el mundo, un Dios que se haya hecho hombre, realmente hombre, uno con nosotros, un hermano nuestro, que vive eternamente como hombre y sigue siendo Dios? ¿Dónde hay un Dios que haya sufrido como nosotros, que comparta nuestra pasión y nuestro sufrimiento? ¿Dónde hay un Dios que descienda con nosotros al abismo del sufrimiento y de la muerte?

¿Dónde está el Dios que ha llevado al ser humano, con cuerpo y alma, a la intimidad de Dios, de modo que ahora Dios es el espacio del hombre y nosotros encontramos nuestra morada eterna en la intimidad de Dios? ¿Dónde hay un Dios que nos perdona con una palabra de absolución válida? ¡Cada vez que le pedimos perdón! ¿Y dónde hay un Dios tan cercano a nosotros, que se entrega bajo un poco de pan en nuestras manos, en nuestros corazones, se entrega realmente a nosotros, realmente con el cuerpo y el alma de su ser humano-divino? ¿Y dónde hay un Dios que haya permitido al mundo, a la gente, echar un vistazo a

su vida interior y nos haya dejado descubrir que Dios es un círculo eterno de amor entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo?

También nosotros debemos considerar verdaderamente el mundo como cristianos y descubrir la belleza de conocer a Dios y ser conocidos por él. ¿Y dónde hay un Dios que, a través de su pueblo, haya creado tal luz de caridad, como Dios ha creado a lo largo de los siglos en Cristo a través de la Iglesia, en el mundo y para el mundo? Las palabras del Salmo que hemos recitado como antífona, «*Dichoso el pueblo que el Señor se escogió como heredad*», valen aún más para la Iglesia, para nosotros, y deberían ser motivo de íntima alegría.

La solemnidad de la Santísima Trinidad es la fiesta de Dios y, al considerar a Dios, al entrar en relación con él, descubrimos que Dios es la alegría, que la alegría no es solo conocer a Dios, sino también ser conocidos por él, amados por él, amados hasta el final.

Pidamos al Señor que esta alegría de Dios penetre en nuestros corazones, para que podamos conocer cada vez mejor a Dios y así la belleza de ser conocidos por él. Oremos para que esta alegría de Dios se convierta en la fuerza dominante de nuestra vida. Amén.

EN EL MONTE: PROMESA Y MANDATO

31 de mayo de 2015, Capilla privada, Monasterio Mater Ecclesiae

Santísima Trinidad (Año B)

Lecturas: Dt 4,32-34.39-40; Sal 32; Rom 8,14-17; Mt 28,16-20

Queridos amigos:

El último encuentro del Señor con los suyos tiene lugar en el monte. Se dice simplemente «monte», sin especificar. El monte debe ser el monte de la oración de Jesús, el monte al que se retira, en lo alto, por encima del mal del mundo, en el que se reúne con el Padre. Así, en esta palabra «monte» se trasluce también el misterio trinitario: el Señor, el Hijo, que habla con el Padre, se reúne con él en el Espíritu Santo.

Al mismo tiempo, se trasluce también otra historia, otro monte, el monte de la tentación, del que habla Mateo en su narración de las tentaciones (cf. Mt 4,8-11). El diablo había llevado al Señor a una montaña muy alta, desde la que se veían todos los reinos de la tierra, la gloria de estos reinos, y le había dicho: «Todo esto es tuyo, si me adoras». Era la oferta del poder del mundo, y parece que este es precisamente el contenido de la «redención» ofrecida por Satanás: tener poder en el mundo.

Pero Jesús no dijo «sí», porque no adora a Satanás, es decir, no adora el poder militar, económico o de la opinión pública, como poder último; no reconoce esto como el verdadero poder, no está dispuesto a adorar el poder del mundo, las cosas materiales. La respuesta del diablo fue condenar a Jesús a muerte, y así habría terminado el asunto. Pero Jesús resucitó y ahora puede decir: «Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra». ¿Cuál es la diferencia entre el poder ofrecido por el diablo y este «omni-poder» del Señor?

De inmediato aparece una primera diferencia: el del Señor es «poder en el cielo y sobre la tierra». Mientras que el diablo le

ofreció toda la gloria del poder económico, etc., pero nada del cielo, Jesús dispone ahora de todo el poder en el cielo y en la tierra. Ahora bien, solo un poder que también se extiende al cielo es verdadero poder: un poder que está totalmente cerrado al cielo es un poder destructivo; solo un poder unido al cielo, abierto al cielo, es verdadero poder para la verdadera felicidad del hombre.

Ciertamente, en nuestros días, un Estado laico no puede ser un Estado religioso; sin embargo, aunque permanezca neutral, no puede cerrarse a los grandes valores fundamentales, a las grandes descripciones del cielo, de la naturaleza del hombre; en este sentido, debe estar siempre abierto a este otro poder.

La segunda diferencia concreta es que el poder del Señor es el poder del Crucificado, un poder que se da a través de la Cruz. Su monte es el monte de la Cruz, su altura es la altura de la Cruz, es decir, la altura del amor que se entrega, el amor que es el verdadero poder, aunque haya que morir por él. Además, es el poder de la verdad, que no se impone al corazón con instrumentos de dominio, sino solo con la libre convicción. Este es el poder de Jesús, el poder del Crucificado; este es el verdadero poder, que vence, que redime realmente, aunque no nos resulte cómodo.

A causa de este poder —puesto que tiene todo el poder en el cielo y en la tierra—, Jesús puede enviar ahora a sus once apóstoles a todas las partes del mundo, a todas las naciones, para hacer discípulos de todas las naciones: solo este poder lo permite. Exterioirmente, parece ridículo que estas once personas vayan por el mundo y quieran hacer discípulos de Cristo a todos los pueblos de la tierra.

Solo hablan una lengua, son personas sin formación superior, son realmente enviadas por el Señor como ovejas en medio de lobos, porque parecen «ovejas» a los ojos de los universitarios, que conocen toda la filosofía, toda la cultura del mundo, mientras que ellos solo conocen a Jesús. Parecen «ovejas» también en el sentido de que además son víctimas de la violencia. Y, sin embargo, lo increíble, lo incomprensible, es que estos once realmente logran

hacer discípulos de Cristo en el mundo, difundir la verdad de Cristo, la verdad del Crucificado, del Dios que se muestra en el Hijo y en el Espíritu Santo.

También hoy se repite la misma situación. Nosotros, los cristianos, frente a la cultura «ilustrada» de hoy, parecemos algo así como ovejas confinadas en nuestro rincón en lo alto del templo, como ovejas que han de ser sacrificadas en nombre del poder; pero, precisamente también hoy, seguimos estando seguros de que el verdadero poder es el poder de la verdad y no el de la mentira, el poder del amor y no el del odio. Exteriormente, el poder del odio y de la mentira parecen mucho más fuertes, y, sin embargo, al final ganan las ovejas y no los lobos.

San Juan Crisóstomo, a la luz de la experiencia del Imperio bizantino cristiano, dijo una vez que nosotros, los cristianos, siempre tenemos la tentación de transformarnos en lobos para asegurarnos la victoria; pero en el momento en que nos mostramos como lobos, ya hemos perdido, porque ya no llevamos en nosotros el amor invencible, ya no llevamos la verdad, que ni necesita la violencia ni la acepta. Así, también hoy, el Señor nos envía y nos dice que estemos seguros de que al final no vencen los lobos, sino las ovejas, de que al final vence el Crucificado y no el que dice: «Todo esto es mío...» ³⁵.

Al final del Evangelio, al final de la vida terrenal de Jesús, hay una promesa y un mandato.

La promesa: «Estaré con vosotros todos los días hasta el fin del mundo». Esta es la gran certeza: el Señor está presente también hoy. Algunas veces no le vemos, pero en la verdadera realidad está presente, su promesa es verdadera, y esto constituye la gran alegría de los cristianos: Él está con nosotros hasta el fin.

El mandato: «Bautizad a todas las gentes en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo». «Bautizar» significa sumergir, sumergir al hombre en el océano de Dios. Esta es la verdadera realidad: que el cristianismo finalmente nos sumerge en el océano del amor y de la verdad, y precisamente

afrontándolo, y en cierto modo muriendo a nosotros mismos, vivimos verdaderamente.

«En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo»: Jesús nos manifiesta al Dios Trinidad, el Hijo nos encuentra, nos guía, nos une al Padre en el Espíritu Santo. La belleza que Dios derrama al final no es una mónada, sino amor, y si el amor es la última realidad, implica esencialmente relación, por lo que implica el misterio trinitario; y, dado que Dios es relación, también puede entrar en relación con nosotros, es más, casi necesita dar su belleza a los otros.

He aquí la belleza de este día. Me viene a la mente aquello que Nehemías decía a los israelitas, que estaban tristes al regresar del exilio a su país, ahora pobre, sin recursos y sin ayudas: «¡La alegría de Dios es nuestra fuerza!» (Neh 8,10). Sí, ¡la alegría de Dios es nuestra fuerza! En este sentido vivimos la fiesta de la Santísima Trinidad: con la alegría de Dios. Él, que, a pesar de todas las apariencias contrarias, tiene el verdadero poder y nos da la verdadera alegría, porque la verdadera alegría es el amor y la verdad. Demos gracias al Señor por esta revolución suya, demos gracias a Dios y oremos realmente al Señor: «Que la alegría que hay en ti esté siempre en nosotros y sea nuestra fuerza». ¡Amén!

«POR TU INMENSA GLORIA [...] TE DAMOS GRACIAS»

26 de mayo de 2013, Capilla privada, Monasterio Mater Ecclesiae

Santísima Trinidad (Año C)

Lecturas: Prov 8,22-31; Sal 8; Rom 5,1-5; Jn 16,12-15

Queridos amigos:

La fiesta de la Santísima Trinidad es diferente a todas las demás fiestas del año litúrgico. Todas las demás fiestas son memoria de un acontecimiento en la historia de Dios con los hombres. Tenemos dos ciclos litúrgicos: el de la Encarnación —la Navidad— y el de la Pascua. En el de la Encarnación repetimos el camino de la humanidad hacia Cristo, porque todos debemos volver a ir hacia Cristo, como en los tiempos del Antiguo Testamento, como en los tiempos de todos los siglos. Y está el recuerdo de los acontecimientos: la Natividad, la Epifanía, hasta la Cruz, la Resurrección, la Ascensión, el Espíritu Santo.

Ahora bien, yo diría que en realidad hay tres ciclos, porque los domingos del Tiempo ordinario no son un espacio vacío, sino que son tiempo del Espíritu Santo, un tiempo en el que el Espíritu Santo, como el Señor anunció en los Evangelios, nos introduce en la memoria, nos hace entrar en las profundidades de la memoria, y así podemos comprender cada vez más, y de manera siempre nueva, la memoria de la Encarnación, de la Resurrección y de la Ascensión, como tiempo del Espíritu Santo.

La fiesta de la Santísima Trinidad no es la memoria de un acontecimiento, es la memoria de Dios: no celebramos simplemente un acontecimiento, celebramos a Dios, la alegría de que Dios existe. El contenido de la fiesta de la Santísima Trinidad está muy bien expresado en una hermosa frase del Gloria: «Por tu inmensa gloria [...] te damos gracias». Te damos gracias por tu

inmensa gloria: este es el contenido de esta fiesta.

¿Qué sentido tiene esto? Yo diría: celebramos la montaña en su belleza, nos sentimos felices, estamos agradecidos por esta belleza; celebramos la belleza del mar, la belleza del árbol en flor, la belleza de un ser humano; escuchamos la belleza de una pieza musical, siempre estamos agradecidos por el don de la belleza en la que aparece la luz de la Creación, la belleza del Ser. Y todas estas bellezas, por las que estamos agradecidos, son solo un rayo de la belleza de Dios. Así, al final, nos sentimos alegres en todo, agradecidos, porque tú, Dios, seas tan bello, tan bueno. Este es el contenido de la fiesta de la Santísima Trinidad: gracias, agradecimiento, alegría por la gran gloria de Dios.

Ahora bien, ¿conocemos a Dios? Los especialistas en investigación en el ámbito de la religión, de la historia de las religiones, nos dicen que todas las religiones conocen al Dios único, incluso las así llamadas religiones politeístas. Saben que estas divinidades, que representan el contenido de su religión, de su culto, no son «el» Dios, que Dios mismo es singular, y que las divinidades no son Dios.

Pero la religión solo se ocupa de las divinidades y no de Dios, que queda fuera. ¿Y por qué? Porque este Dios del que todos tienen cierto conocimiento es ocioso —dicen—, es decir, es demasiado grande para ocuparse de nosotros, demasiado lejano, demasiado distante de estas pequeñas criaturas que somos nosotros, con nuestros pequeños problemas, que no le interesan a este Dios. Este Dios es en sí mismo. Aristóteles, el gran filósofo griego de la Antigüedad, dice filosóficamente lo mismo. Descubrió la unidad de Dios, pero dice: Dios solo se ocupa de sí mismo, no asume relaciones *ad extra*; así, su monoteísmo filosófico convive con un politeísmo religioso. Esta es la situación de la historia de las religiones.

En las visitas *ad limina* siempre he preguntado a los obispos africanos y asiáticos por estas religiones antiguas, paganas, y me lo han confirmado: se sabe que Dios existe, que es uno, pero no se

interesa por la religión, porque este Dios es demasiado grande y no hace daño; en cambio, las divinidades, las fuerzas de la tierra, del mar, de la montaña, estas divinidades son peligrosas, por lo que es necesario reconciliarse con ellas, ejercer el culto, ofrecerles algo para vivir en paz con ellas. Las religiones saben que Dios existe, pero Dios no nos conoce, no nos ama, no tiene nada que ver con nosotros; por eso la religión se mueve con los espíritus inferiores peligrosos, el hombre se defiende con el culto contra el peligro de estas divinidades.

La novedad del Antiguo Testamento no es, por consiguiente, el monoteísmo, la novedad es que este Dios único es también el Dios con nosotros. Este Dios único no es un Dios ocioso, que vive solo en sí mismo, en su eterna bienaventuranza, sino que es un Dios grande, tan grande que también nos conoce a nosotros, que se ocupa de nosotros. La novedad es que este Dios único, verdadero, es también el Dios para nosotros y con nosotros.

Por eso ha cambiado la religión, porque ya no tenemos necesidad del miedo a los demonios. Las religiones paganas son en gran parte miedo y defensa contra los miedos. Y la revelación de que Dios también tiene poder en la tierra, que es Dios con nosotros, es sobre todo liberación del miedo. Así era en la Antigüedad y así es también hoy: en los países donde hay paganismo, la conversión al Dios único es de por sí liberación del miedo. Solo que la fe de las personas no es plena y, por lo tanto, estos miedos continúan, porque no creen profundamente en el Dios único. Tal vez esto valga también para nosotros, porque no creemos lo suficiente que él está con nosotros y que ningún otro poder tiene poder contra él. El Dios, el Dios verdadero, es también el Dios con nosotros; esta es la novedad fundamental del Antiguo Testamento y se radicaliza aún más en el Nuevo Testamento.

Dios es radicalmente Dios con nosotros, hasta en la carne: Jesucristo. Dios está con nosotros de un modo tan profundo que es uno de nosotros; no solo está con nosotros, sino que es uno de nosotros, y podemos entrar en la interioridad de este Dios, somos

realmente capaces de tocar a Dios, de entrar en comunión con Dios, hasta el sacramento de la Eucaristía, donde él entra en nosotros y nosotros entramos en este Dios.

Deseamos comprender esta novedad: Dios ha salido de sí mismo y, precisamente porque ha salido de sí mismo, podemos entrar en Dios, y este hecho nos permite proyectar una mirada hacia el misterio íntimo de su ser. Ahora bien, este misterio, que es Padre, Hijo y Espíritu Santo, ¿es compatible con la unidad de Dios? No solo es compatible, sino que este misterio es la verdadera unidad. Así vemos que Dios es amor, y el amor implica siempre un yo, un tú y un nosotros, y precisamente así es la unidad perfecta, la más profunda, real, única, la unidad más radical.

La unidad de Dios no es la de un átomo de una cantidad mínima invisible, sino que es la unidad más grande, es la unidad creada por el amor. Esta es realmente la unidad perfecta, y de este modo el Dios trinitario es el único Dios. Pero su unidad es la unidad del amor, y así se aplica también a nosotros: porque Dios es amor, también puede amarnos a nosotros, los pequeños, y nosotros podemos amar a Dios.

Por eso damos gracias a Dios por su inmensa y gloriosa belleza, por estar con nosotros, por su ser amor. En este sentido, la fiesta de la Santísima Trinidad es fiesta de la alegría, y la alegría es la redención. San Juan identifica la alegría con el Espíritu Santo. Somos redimidos en la medida en que entramos en esta alegría del Dios amor. La redención ha sido realizada por Jesucristo, pero nosotros estamos en un camino de redención, caminamos hacia la redención, y la fe es este camino hacia ella.

Seremos totalmente redimidos cuando la fe se convierta en visión, cuando realmente nos sumerjamos en el hoy de la bondad, del amor de Dios. Ahora estamos en camino y rezamos al Dios bueno, para que podamos estar cada vez más llenos de su alegría, y así vivir bien, vivir en el amor y transformar el mundo y a nosotros mismos: «Demos gracias a Dios, a ti, Señor, por tu inmensa gloria». Amén.

OTRAS FESTIVIDADES. MARÍA SANTÍSIMA. SANTOS

ENTREGARSE A DIOS PARA ILUMINAR EL MUNDO

2 de febrero de 2014, Capilla privada, Monasterio Mater Ecclesiae

Presentación del Señor en el templo. Lecturas:
Mal 3,1-4; Sal 23; Heb 2,14-18; Lc 2,22-40

Queridos amigos:

Cuarenta días después del nacimiento de Jesús, es el día de la purificación de María, su madre, de su readmisión al culto público y, por consiguiente, también la conclusión jurídica y formal del nacimiento del Niño. Por eso, María, José y el Niño acuden al templo y cumplen así toda justicia.

Del mismo modo que Jesús se bautizó sin tener pecados, también María se purifica sin tener necesidad, porque este nacimiento es la verdadera purificación del mundo, y de este nacimiento viene la purificación del mundo, de todos nosotros; la luz de este nacimiento, precisamente porque María es Madre de Dios, es luz pura desde el principio y, así, nos indica de dónde viene la verdadera pureza del mundo: viene de este nacimiento que nos renueva a todos.

Parte de este rito es el sacrificio de algunas palomas, es el sacrificio de los pobres, de los sencillos; así vemos que María y José, la familia de Jesús, pertenecen a los pobres de Israel, a los sencillos de corazón, a los pobres de espíritu, que pueden ser verdaderamente el lugar donde el Señor entra en el mundo. El corazón puro, que no está cubierto de arrogancia, cerrado por ideologías, prejuicios, impureza, corrupción, arrogancia; un corazón sencillo, abierto, un corazón puro que ve a Dios y así le acoge, le deja entrar.

El corazón puro. Pidamos al Señor que también nosotros podamos tener siempre de nuevo un corazón sencillo, el corazón que pueda ver lo esencial. Solo el corazón sencillo es capaz de ver lo esencial, de ver a Dios. María, la pobre de Israel, nos invita a estar entre esos sencillos, a quienes el Señor ha elogiado porque ven el misterio, ven la gracia del Hijo.

Pero María, José y el Niño vienen al templo también con otra finalidad. En el Libro del Éxodo (cf. Éx 13,2.11-16) y en el Libro del Levítico (cf. Lev 5,7; 12,8) se prescribe que, dado que todo primogénito es propiedad de Dios y pertenece a Dios, para poder vivir legítimamente con sus padres, para volver al mundo normal, debe ser rescatado de la propiedad de Dios, para que se convierta en un hombre libre como nosotros. Así que también vienen al templo con esta finalidad.

Sin embargo, según la tradición de Israel, no era necesario ir al templo para este propósito, bastaba con llevar una pequeña suma de dinero a un sacerdote del propio pueblo sin entrar en el templo. Pero María y José vienen al templo, no para rescatar a Jesús, sino, al contrario, para entregarlo a Dios, para restituir definitivamente a Jesús al Padre. Es más, la palabra griega *parast é sai* dice que no solo lo restituyen, sino que lo ofrecen, casi lo sacrifican a Dios. Jesús no es propiedad de ellos, es verdaderamente solo propiedad de Dios; ellos lo reconocen: el Hijo que les ha sido dado debe ser restituido al Padre y, precisamente así, siendo solo del Padre, está con nosotros y es para todos nosotros.

Aquí aparece ya el misterio de la Cruz: Jesús debe ser entregado, restituido a Dios, sacrificado, y así nos abre las puertas del cielo; al entrar en el misterio, abre las puertas del cielo. En el trasfondo de este episodio se reconoce el Salmo 40, que dice: «Tú no quisiste sacrificios ni ofrendas, | pero me formaste un cuerpo; | no aceptaste | holocaustos ni víctimas expiatorias. Entonces yo dije: He aquí que vengo | —pues así está escrito en el comienzo del libro acerca de mí— | para hacer, joh

Dios!, tu voluntad» (cf. Sal 40,7-9, el salmo se cita como en Heb 10,5-7). El templo es lugar de holocaustos y ofrendas, pero Dios no se interesa por toros u ovejas. Dios necesita otra cosa. Solo una realidad preocupa a Dios: que venga a él el hombre vivo. «Me formaste un cuerpo»: en un cuerpo se ha encarnado el Hijo y así se convierte en un cuerpo preparado para Ti; ahora este cuerpo se entrega a Dios y, en él, la humanidad misma se entrega, se restituye a Dios.

Pensemos también en la ampliación de la palabra «primogénito» en el Nuevo Testamento. Jesús en la Resurrección se convierte en «el primogénito de muchos hermanos» (Rom 8,29) y, más aún, san Pablo nos dice que «es el primogénito de toda criatura» (Col 1,15), con él comienza la Creación y volvemos a ser libres.

Oremos al Señor para que nos ayude a entregarnos a Dios con Jesús, para que nos ayude a decir: «Me formaste un cuerpo, vengo a hacer tu voluntad; no te doy algo, te doy a mí mismo». Y nos ayude a comprender cada día lo que significa que nosotros mismos estamos en comunión con Cristo. Cristo ofreció el verdadero sacrificio, abrió el cielo y nos atrae hacia él como hermanos y hermanas, para que también nosotros, con él, podamos entregar la humanidad, a partir de nosotros mismos, a Dios.

¡Y vienen a continuación las grandes palabras de Simeón! Desearía citar o interpretar solo dos. Simeón dice —y lo hemos cantado— *lumen ad revelationem gentium*, este Niño es «luz de las naciones» y, por tanto, «gloria de Israel». Simeón cita aquí los cantos del Siervo de Yahvé, de quien se dice que no solo será luz para sí mismo, sino luz de las naciones (cf. Is 42,6; 49,6). Al citar este canto del Siervo, nos dice que este Siervo es el rey. El verdadero rey entra para servir y, solo así, reina verdaderamente.

El rey, que es luz de las naciones, ilumina a todos. En la Antigüedad ya existía este deseo de luz, y no solo en la Antigüedad, sino que en el corazón de todos nosotros existe el deseo de conocer, de ver qué hay, qué se encuentra detrás de esta

grandeza del mundo, si hay Dios y quién es Dios. Él es esa luz que, según el prólogo del Evangelio de Juan, ilumina a todos los que entran en este mundo (cf. Jn 1,9); él mismo, este Niño, es la verdadera luz, nos muestra el rostro de Dios, nos muestra quién y qué hay detrás del mundo, quiénes somos nosotros, quién es Dios, y así ilumina el mundo. Viene para iluminar. ¡Oremos para que esta luz brille realmente en el mundo! Hay una enorme ausencia de Dios en nuestros días, una enorme oscuridad sobre Dios, sobre el hombre. La Luz ha venido, pero el mundo no la ha aceptado, como dice también san Juan (cf. Jn 1,5).

Oremos para que la luz sea más fuerte que las tinieblas. Demos gracias porque Jesús se nos ha revelado a sí mismo en su vida como Luz, y tratemos de mostrar también nosotros esta Luz verdadera que ilumina, y así ayudar al mundo a estar en la luz.

Esta palabra de la luz ha dado también la caracterización externa a este día con la procesión de las luces. Es un día de la luz, que con la luz de las candelas confiesa a Cristo, venido al mundo como aquel que es la verdadera luz, luz que es Dios mismo. En la liturgia romana, la expresión «luz de las naciones» tiene aún un acento particular.

En la antigua Roma pagana, en estos primeros días de febrero, se celebraba una procesión de «lustración», cuyo sentido era la expiación, la purificación de la ciudad. Los romanos eran conscientes de la mucha corrupción que había, del mucho fraude, de las muchas injusticias, las muchas mentiras, hasta el punto de que la ciudad corría el peligro de ser solo un pantano fangoso, de hundirse en estas mentiras, y por eso hacían esta procesión para expiar, para renovar, para empezar de nuevo. Tenían este sentimiento: «Así no podemos seguir adelante, debemos liberarnos de este fango, debemos empezar de cero, ¡ser renovados!», y ese era el sentido de esta procesión con animales como víctimas sacrificiales. Se daba la vuelta a la ciudad para liberarla de estos poderes malignos, era un fuerte grito de renovación, de liberación del peso del fango, del mal que se mueve

en la ciudad.

Cuando se afirmó el cristianismo, no se podía proceder simplemente a abolir esta procesión, porque la conciencia de la corrupción masiva y de la necesidad de renovación era tan fuerte que la procesión no podía desaparecer, y así se transformó en una procesión con Cristo, la verdadera Luz. Y la palabra «lustrar», de este día, significaba dos cosas, purificar e iluminar: es la luz la que da pureza, y la pureza es luz.

De este modo, la coincidencia de este cuadragésimo día después del nacimiento de Jesús con ese acontecimiento es obvia: la Luz ha venido, la Luz que realmente transforma el mundo, la Luz que se hizo víctima en la Cruz para renovar el mundo y que libera al mundo de las cargas del mal, de su suciedad. Por eso, la procesión se hacía inicialmente con ornamentos negros y se caminaba descalzo hasta la Basílica de Santa María la Mayor; más tarde se adoptaron los ornamentos violeta, hasta la reforma litúrgica, pero el sentido profundo sigue siendo el mismo, que la luz sale al encuentro de las tinieblas, purifica y libera al mundo.

Hoy vemos cómo nuestro mundo, tanto en Italia como en otros lugares, necesita renovación, una luz que no solo ilumine, sino que transforme, renueve interiormente. Sabemos que el nuestro ya no es solo un grito, como en la procesión pagana, sino que realmente llevamos la fuerza renovadora de Dios, porque Jesús en la cruz tomó sobre sí todo este fango, y así renovó mundo y es el lugar de la renovación del mundo. De ahí obtenemos luz, por eso encendemos nuestras pequeñas luces tomando de su gran luz; así, estamos con el Cristo que vence y somos renovados y podemos ayudar a la renovación del mundo.

Oremos, precisamente en este momento de nuestra historia, para que el Señor sea luz y fuerza, llama de renovación que transforma el mundo, para que nos ayude también a nosotros a ser portadores de su luz, a ser renovados y renovadores.

Una última palabra. San Simeón le dice a María: «Una espada te traspasará». San Lucas escribió estas palabras décadas

después de aquel acontecimiento, seguramente tras la muerte de María, y sabía —los lectores sabían— que María llevaba esta cruz, esta espada: sabía que María, al pie de la Cruz, había sufrido interiormente con Jesús, había llevado con Jesús esta luz purificadora, transformadora, que se convierte en espada y, precisamente así, renueva.

Los Padres de la Iglesia han dicho: «El verdadero pecado del paganismo es su insensibilidad, su falta de compasión». Dios mismo, en cambio, es compasión en Cristo Jesús, y el cristiano debe ser compasión con Cristo y en Cristo. Con María, imagen de la Iglesia, de la verdadera Iglesia, estamos así invitados a entrar hoy en el misterio de la Cruz, de la espada que traspasa, a dejarnos transformar, renovar y, llevando con Jesús el peso del mundo, a ver la luz, a ser luz.

¡Demos gracias al Señor por el don de su luz, por el don de sí mismo! Pidamos a Jesús que renueve el mundo y nos renueve a nosotros mismos. Amén.

«ESCUCHA, HIJO». SAN BENITO, MAESTRO DE SABIDURÍA

21 de marzo de 2006, Monasterio «Inmaculada Concepción»,
Albano Laziale

San Benito

Lecturas: Gén 12,1-3; Sal 44; Jn 17,20-26

Queridas sores, hermanos y hermanas:

En la figura de Abrahán, de la que nos habla la primera lectura, se transparenta nuestro santo: san Benito. Como Abrahán, Benito es un «bendito», es fuente de bendición para muchos otros, como Abrahán, es padre de muchos pueblos. Pero, ¿dónde está el misterio de este padre Benito, este misterio abrahánico del que siempre emana una nueva fecundidad, del que siempre surge una nueva bendición?

La esencia del mensaje, de la figura de san Benito, aparece inmediatamente en la primera palabra de su Regla: «Escucha, hijo», palabra tomada de la literatura sapiencial del Antiguo Testamento (cf. Prov 1,8). Al tomar de la sabiduría del Antiguo Testamento la primera palabra, san Benito indica que con su Regla nos introduce en una escuela de sabiduría, en una escuela del arte de vivir, del arte de ser hombres, del arte de encontrar el camino correcto. Y la clave de la sabiduría de este arte de vivir, del arte espiritual —como él dice— está precisamente en la palabra «escucha».

San Benito deja traslucir en esta palabra toda su humanidad. Adán no quiso escuchar, solo quiso seguir su propia voluntad, su idea, y precisamente así, al no escuchar, al no obedecer, destruyó el camino de la humanidad. Y Benito dice inmediatamente, en la primera frase de su Regla, que debemos volver atrás del camino equivocado de Adán, empezar de nuevo desde el principio, escuchando.

Abrahán era alguien que escuchaba. Este es el misterio de Abrahán: la escucha, la atención a la misteriosa Palabra de Dios que hablaba en él y con él. Y, naturalmente, esta escucha no era solo la percepción de alguna información, de algo que se sabe o no se sabe; la escucha era «formación», no «información», era un dejarse formar por la Palabra, dejarse asimilar por la Palabra, entrar en la Palabra, conformarse a la Palabra; la escucha era

obediencia, y así también camino.

San Benito nos invita a esta escucha, a esta sensibilidad del corazón por la presencia de Dios que habla en nosotros, que habla en la conciencia, del Dios que habla en la Creación y del Dios que habla en voz alta en la Sagrada Escritura, habla en Jesucristo y en la Iglesia. Sensibilidad del corazón, apertura del corazón que se vuelve atento y capaz de escuchar y, precisamente en la escucha, se deja «formar», va a la «escuela del vivir», de la sapiencia, de la sabiduría.

En realidad, san Benito dice en su Regla que la comunidad monástica es un «taller» en el que se prepara la vida justa y en el que se encuentran los instrumentos del «arte espiritual». El arte que hay que aprender es el de ser hombre, el arte que hay que aprender es el de vivir bien, el arte que hay que aprender es el de escuchar y seguir a Dios. Y todas las partes de la Regla forman parte de esta instrucción, de esta «escuela» —como dice san Benito (cf. *Prólogo*)— de la disciplina espiritual, de este «taller» en el que se prepara la verdadera sabiduría y se aprende la vida, se aprende el verdadero camino de la vida.

«Escucha, hijo», en esta palabra fundamental, en la que ya encontramos la suma de la intuición y de la experiencia personal, san Benito hace resonar también otras palabras, las del Salmo nupcial 44, donde leemos: «Escucha, hija, mira: inclina el oído, [...] prendado está el rey de tu belleza» (v. 11). Aquí aparece el misterio de la sabiduría de manera profunda, aparece en su centro más profundo; aparece el misterio del amor de Dios que prepara las bodas de su Hijo y así sus bodas con la humanidad. La sabiduría aparece como misterio del amor revelado en Cristo que, por amor a nosotros, baja del cielo para unirse a nosotros en la carne, hasta la muerte.

Así aparece la segunda dimensión de esta palabra «escucha». Sí, «escucha» es, en primer lugar, estar abiertos al «hablar» de Dios, aprender sus contenidos y el modo de vivir que se deriva de esos contenidos. Pero, finalmente, aparece el núcleo último de este

mensaje: es la persona de Jesús y su amor que busca a la oveja perdida, que somos nosotros. Aprender la sabiduría se convierte en aprender a conocer a Jesús y amar a Jesús, y así unirse con él.

«Escucha, hija, mira: inclina el oído, [...] prendado está el rey de tu belleza»: detrás de estas palabras se encuentra el misterio de la Iglesia, de la Esposa, de la humanidad convertida en «esposa» de cuya belleza está prendado el Rey: es el misterio del amor entre Dios y la nueva humanidad que se presenta en la Iglesia. Pero también parece que esta hija-Iglesia, buscada y amada por Jesús, vive en cada alma y, así, estas palabras, más que a las monjas y a los monjes, nos hablan también a todos los cristianos.

Ser «alma eclesial», como dicen los Padres, ser Iglesia en persona y, de este modo, realizar en la propia vida este misterio sponsal, ir al centro de la sabiduría, del arte de la verdadera vida, conociendo cada vez más a Jesús, amando a Jesús y uniéndonos con Jesús. Esta es, pues, la última y más profunda invitación de la palabra «escucha»: que nosotros mismos nos convirtamos en «*Ecclesia* », que nos convirtamos realmente en un alma que es esposa de Cristo, que vive en su amor y así encuentra realmente la vida.

«Escucha, hijo», con esta frase fundamental me viene a la mente otro texto del Nuevo Testamento, del primer capítulo del Apocalipsis. Aquí está la gran cristofanía: Juan ve al Pantocrátor en toda su inmensa grandeza y novedad, al Resucitado con todo su poder, y describe los detalles de esta figura de Cristo que se le aparece, y dice: «Su voz como rumor de grandes aguas» (v. 15). Los Padres interpretan esta comparación, «su voz como rumor de grandes aguas», diciendo: en realidad, «las grandes aguas» son «su voz», es decir, todos los ríos de la Sagrada Escritura, las grandes aguas que forman la Sagrada Escritura son «su voz» y hablan de él, con esta voz habla Cristo. En realidad, las aguas de la Sagrada Escritura, tan diversas, de mil años de escrituras, son ríos que van todos hacia Jesús y son su voz, si la escuchamos bien. Las grandes aguas de la Escritura son la voz de Cristo.

San Benito, al componer su Regla, no tenía la pretensión de escribir un libro original, solo suyo, con su voz privada, como fue la pretensión de los grandes pensadores de la época moderna, que querían mostrar su propia genialidad, con pensamientos solo suyos, y erigir, con sus libros, un monumento a sí mismos, de modo que, en realidad, la historia de la filosofía moderna es un cementerio, con muchos monumentos de filosofías muertas.

Benito no hizo así, no quería poner de relieve solo su voz personal, al contrario, quería dar voz a Cristo y hacer oír la voz de las «grandes aguas». Y esto constituye la grandeza de la Regla: que aquí confluyen todas las grandes aguas de la Sagrada Escritura y de la experiencia de la Iglesia, del monacato, de la vida espiritual de la Iglesia. Cristo realmente, con todas las voces de la Cabeza y del Cuerpo, con las voces de la Escritura y de la Iglesia viva, con las «grandes aguas» de esta tradición, nos habla y nosotros sentimos en las «grandes aguas», en su rumor, realmente la multiplicidad, la riqueza, la belleza de la voz de Cristo, la voz de la Verdad.

Y así, me parece, podemos, por una parte, aprender la humildad de quien no se pone de relieve a sí mismo, sino que busca insertarse en la grandeza de la Verdad misma y, por otra parte, podemos escuchar este concierto polifónico y de este modo gozar de la riqueza, de la belleza, de la verdad, sentir realmente al Cristo Pantocrátor que habla con nosotros, con todas las voces de la Creación y de la historia, y podemos meditar palabra por palabra la Regla, para sentir cada vez más la riqueza de la Verdad en su gran voz.

En esta riqueza, mi capítulo preferido es el cuarto, «Los instrumentos de las buenas obras», donde hay palabras de una grandeza increíble, de una belleza siempre nueva: «No anteponer nada al amor de Cristo», «Decir la verdad con el corazón y con la boca», «Desear la vida eterna con la mayor avidez espiritual», y así sucesivamente.

Pero detrás de todas estas numerosas voces que resuenan en el

«rumor» de la Regla, por así decirlo, debemos buscar al final de nuevo el punto único y central. Ya lo hemos dicho, es el de estar abiertos, con el corazón abierto a la voz del Señor, el de escuchar en silencio, dejarse formar, el de conocer y amar finalmente a Jesús como núcleo de la verdad.

Y este último punto nos ayuda a escuchar el Evangelio. En su oración sacerdotal al Padre, el Señor dice al final: «Les he dado a conocer tu nombre y lo daré a conocer». ¿En qué consiste el «nombre» de Dios que Jesús nos da a conocer? En el Antiguo Testamento, Moisés aparece como el gran mediador de la Revelación, porque le fue revelado el «nombre» de Dios y así podía dar a conocer el «nombre» de Dios al pueblo. Pero muy pronto y cada vez más, a lo largo de los siglos, Israel comprendió que el «nombre» de Dios no consiste en una palabra, que el «nombre» de Dios es algo mucho más grande y, por lo tanto, esa palabra ya dejó de ser pronunciada. Porque es algo mucho más grande: el «Nombre» de Dios significa que Dios establece una relación con nosotros. Si conozco el nombre de una persona, puedo llamarla: se abre una relación con ella.

Si Dios es el desconocido, infinitamente distante de nosotros, es inaccesible a nuestro pensamiento; si Dios se da un «nombre», significa que se hace accesible, se deja llamar; significa que el Infinito se hace finito para poder hablar con nosotros, que el que habita en una luz inaccesible sale de esta luz inaccesible y se hace accesible. El «nombre» de Dios es la accesibilidad de Dios, el «nombre» de Dios es el Dios que se ha hecho uno de nosotros, de suerte que podamos tener una relación con Dios, que es un Dios que escucha, al que podemos hablar, y un Dios que responde.

Este es el misterio del «nombre» de Dios: hacerse finito con nosotros, alguien que habita con nosotros, ante el cual podemos expresarnos, con el que podemos hablar. Este misterio de Dios que, más allá de su infinita grandeza, se hace finito para convertirse en el «Dios-con-nosotros», en el Sinaí es solo el comienzo y se realiza plenamente en Jesucristo, porque Jesucristo

es realmente el «Dios-con-nosotros», el Infinito que se ha hecho finito, hombre, palpable, uno de nosotros. Cristo es realmente este ser con nosotros, este hacerse accesible, palpable de Dios, y en este sentido Cristo es el «nombre» de Dios, es esta cohabitación de Dios con nosotros. El nombre de Dios no es una palabra, es una persona: es Jesucristo, el Dios-con-nosotros.

Así, esta palabra misteriosa del Señor, en la oración sacerdotal, dice que él da a conocer a Dios, haciéndose presente como el «nombre» de Dios, el Dios accesible. Al decir esto, nos invita a intentar conocer cada vez más en Jesús al Dios accesible, palpable, el Dios-con-nosotros, con el que podemos hablar y que habla con nosotros, y a dar a conocer, como san Benito, este «nombre» de Dios, este Dios-con-nosotros a los otros.

Este doble contenido es, en definitiva, el verdadero «arte de vivir», es el contenido del escuchar: conocer cada vez más en Jesús el «nombre» de Dios, es decir, del Dios vivo que se ha hecho finito por nosotros y con nosotros, y entrar así cada vez más en una relación viva con este Dios que nos abraza, y ayudar a los otros a que le conozcan y puedan amarle.

Volvemos al Salmo 44: «Escucha, hija, mira: inclina el oído, [...] prendado está el rey de tu belleza». Ofrezcamos nuestra vida a la comunión con Cristo, así nos convertimos en «benditos», así llegaremos a ser también nosotros fuente de bendición.

Demos gracias, en este día, al Señor por habernos dado a este gran padre y pidamos a san Benito que nos ayude a escuchar, a conocer y a amar. Amén.

LA MISIÓN DE PEDRO Y LA OFRENDA DE PABLO

29 de junio de 2014, Capilla privada, Monasterio Mater Ecclesiae

San Pedro y san Pablo, apóstoles

Lecturas: Hch 12,1-11; Sal 33; 2 Tim 4,6-8.17-18; Mt 16,13-19

Queridos amigos:

No he preparado una verdadera homilía, pero me gustaría decir aunque solo sean unas breves palabras sobre cada una de las tres lecturas de hoy, porque en cada una de ellas se refleja, de manera diferente y particular, el misterio de la misión de Pedro y Pablo, y así la misión de la Iglesia y nuestra vocación de cristianos.

Primera lectura. La dramaticidad del acontecimiento es imponente: Pedro está en la cárcel, encadenado, en la oscuridad absoluta, rodeado por dos guardias; le es imposible salir; a continuación, en la puerta hay otros dos guardias, y después otra puerta de hierro. Todo el poder mundano está presente, y, sin embargo, Dios puede abrir las puertas, hacer caer las cadenas. Este drama preanuncia el misterio de la Iglesia de todos los tiempos, donde al final parece ya vencida. Diocleciano pensaba que después de su persecución ya no habría cristianos. Hoy su imperio ha desaparecido, y así sucesivamente... Pero este drama nos muestra el poder de Dios, el poder del Crucificado, porque el Crucificado está vivo y vence.

También debemos tener presente una palabra que está en el centro de este texto, cuando dice que la Iglesia era unánime en la oración. Mientras Pedro está en la cárcel, la Iglesia ora y esta oración invoca el poder de Dios, esta oración es un poder en el mundo. Nos hace pensar en otro texto de los Hechos de los Apóstoles, al comienzo de las persecuciones, donde también se dice que la Iglesia estaba en oración y que al final tembló la tierra

(cf. Hch 4,31). En realidad, la oración hace temblar la tierra porque la transforma, porque hace entrar en ella el poder de Dios. Esta es una parte importante de la primera lectura: el poder de Dios, la impotencia de nuestra realidad en el mundo y el poder de la oración.

Pero hay también otra parte importante: este encarcelamiento de Pedro tiene, sin embargo, en los planes de Dios, el desenlace de una misión. Hasta ahora Pedro había estado solo en Jerusalén y en los pueblos vecinos para formar la Iglesia judeocristiana, mientras que ahora debe huir de Palestina, salir al mundo de los paganos; en este texto, solo se dice «a otro lugar», no se dice dónde, pero se da a entender que al final ese otro lugar será Roma.

San Pedro, que ha formado la primera Iglesia en Tierra Santa, ahora debe salir al mundo de los paganos; debe informar al mundo entero sobre la Iglesia y así asumir su responsabilidad universal por la Iglesia. Este acto violento de persecución entra, sin embargo, en los proyectos de Dios y da comienzo a una segunda fase en el camino de Pedro, la de su responsabilidad universal, cuya expresión final será su martirio en Roma. Jerusalén no puede ser el lugar de su martirio, aún debe ir a Roma, y es aquí donde asciende al primado y donde hace nacer la universalidad de la Iglesia de Cristo. Veamos cómo, incluso en la acción malvada, Dios crea una nueva salvación para todo el género humano.

Segunda lectura. Son las últimas palabras de san Pablo: sabe que está condenado, que el martirio es inminente y, sin embargo, no se desanima, sino que nos ofrece una maravillosa interpretación de su martirio, diciendo: «Yo estoy a punto de ser derramado en libación»; interpreta su misión en el sentido de una libación, de un sacrificio a Dios. Aquí debemos tener en cuenta que en la Antigüedad, tanto entre los judíos como entre los paganos, era habitual, antes de tomar el vino, ofrecer el don a la divinidad del vino, es decir, se vertía una parte para la divinidad:

se comenzaba con un sacrificio a Dios, para recibir bien lo que es el don de Dios.

San Pablo dice: «Ya estoy a punto de ser derramado como una libación». Lo que vale para su martirio vale también para toda su vida: toda su vida de apóstol fue un derramarse por Dios. El culto, la liturgia y la vida ya no están separados, toda la vida es una libación, un culto, un sacrificio a Dios; el martirio solo concluye lo que ha sido toda su vida y hace que san Pablo penetre en el misterio de Dios. Cristo, que en la Santa Eucaristía se derramó él mismo en el don del vino, que es su sangre, se derrama a sí mismo siempre, por todos los siglos, en la mesa eucarística, y también la vida de san Pablo se vuelve eucarística, entra en este dejarse derramar. Pidamos al Señor que nos ayude a comprender este misterio y que también nosotros lleguemos a ser, con toda nuestra vida, Eucaristía, don para el Señor.

A continuación, dice san Pablo al final: «Y fui librado de la boca del león». Esto es una alusión al primer proceso, en el que finalmente fue absuelto, pero también vale para ahora, porque, aunque fue ajusticiado y murió, el Señor le salvó de la boca del león: no cayó en los infiernos, no cayó en la maldad, no perdió la fe y así, muriendo como mártir de Cristo, se salvó. Aunque exteriormente murió, se salvó, porque está en las manos del Señor como mártir; vive de un modo nuevo, el martirio es vida incluso en la muerte.

Por último, el gran Evangelio de Mateo. ¡Cuántas veces lo habremos escuchado y meditado! San Pedro, con la fuerza del Espíritu Santo y por primera vez, expresa la confesión de la Iglesia para todos los tiempos: «Tú eres el Mesías, el Hijo del Dios vivo». Al vivir con Jesús, recibió el conocimiento de Jesús. Mucha gente lo conoce más o menos, sabe algo de él, pero no ha entrado en lo íntimo de su misterio, en esa intimidad que consiste en el hecho de que habla con Dios como Hijo: Jesús no es solo un profeta que ve algo, sino que ve el rostro del Padre, es Hijo del Padre. Y el conocimiento en este momento se convierte en

confesión, confesión que sigue siendo el Credo de la Iglesia.

Es importante ver que san Pedro ha recibido aquí un don de Dios, no es él mismo quien ha inventado estas palabras. Ahora su función es vivir y morir por esta confesión de Cristo y ser el guardián de esta verdad. Así aparece una realidad importante: la fe no es una invención nuestra, sino un don de Dios. Por consiguiente, no está a nuestra disposición, nosotros no podemos cambiarla como queramos; es un don de Dios que hay que custodiar y vivir, y así crece en profundidad.

El segundo aspecto que aparece es que el papa no es un monarca absoluto, que pueda hacer lo que quiera. Al contrario, el papa no puede hacer lo que quiera, es el garante de la obediencia, es él quien garantiza la obediencia al don de Dios, que es el verdadero tesoro del mundo: conocer la verdad, conocer el amor, ser amados, y así aprender también nosotros el amor y el don de Dios. El papa es el garante de la obediencia a algo que él no ha inventado, sino a algo que se nos ha dado y que es el verdadero tesoro de este mundo.

Como sabemos, hoy el papa entrega el palio como signo de la responsabilidad pastoral a veintisiete obispos del mundo, en los que aparece la catolicidad de la Iglesia ³⁶.

Recemos por estos pastores, para que el Señor les ayude, para que el Señor les conceda ser verdaderos apóstoles, para que los acompañe, para que puedan hacer presente el Evangelio de Cristo en el mundo y reunir a la Iglesia en una oración vigorosa, que cambie el mundo. Oremos también por el mismo papa, para que el Señor le custodie y le acompañe siempre en su responsabilidad de ser el primer confesor de la fe: «Tú eres el Mesías, el Hijo del Dios vivo». Amén.

LA FE DE TOMÁS: SOLO QUIEN CREE TOCA A JESÚS CON EL CORAZÓN

3 de julio de 2009, Capilla privada, Palacio Apostólico

Santo Tomás, apóstol

Lecturas: Ef 2,19-22; Sal 116; Jn 20,24-29

Queridos hermanos y hermanas:

El Evangelio de san Juan nos transmite cuatro episodios de la vida del apóstol Tomás, ofreciéndonos así una especie de retrato esencial de este discípulo y apóstol del Señor.

Primera pequeña historia. Jesús, sabiendo que en Jerusalén le esperaba la muerte, se encuentra al otro lado del Jordán, en la actual Jordania, junto con los apóstoles, hasta que le informan de la enfermedad de Lázaro. Tras la muerte de Lázaro, decide ir a Jerusalén, pasando por Betania. Los discípulos saben que va hacia la muerte, aparentemente demorándose un poco, y Tomás toma la palabra y dice: «Vamos también nosotros y muramos con él» (cf. Jn 11,1-16). Unas grandes y hermosas palabras las de este apóstol, en las que vemos, por una parte, su realismo: juzga bien la situación, sabe precisamente lo que va a pasar; pero, junto con este realismo, vemos también su profunda fidelidad al Señor, su fe en Cristo Jesús. Vemos que está dispuesto incluso a morir con y por Jesús: esto significa que Jesús es para él más importante que la vida, que se ha convertido en su vida, que ha encontrado realmente la vida en Jesús, le sigue hasta la muerte.

Segunda historia. En el Cenáculo, Jesús habla a los discípulos y les habla de la casa del Padre con sus muchas moradas, y añade: «Cuando vaya y os prepare un lugar, volveré y os llevaré conmigo, para que donde estoy yo estéis también vosotros. Y adonde yo voy, ya sabéis el camino». Y Tomás, con su realismo, su franqueza y su sinceridad, le dice: «Señor, no sabemos adónde vas, ¿cómo podemos saber el camino?». Y recibe esta grandiosa respuesta de

Jesús, unas de las palabras clave de la fe cristiana: «Yo soy el camino y la verdad y la vida» (cf. Jn 14,1-7).

Así pues, Tomás debe aprender una nueva y más profunda forma de caminar con Jesús: no solo a caminar con él por los caminos de Tierra Santa, de Betania a Jerusalén y así sucesivamente, sino a caminar interiormente con Jesús, con su corazón, a caminar por el verdadero camino que es el Señor, el camino de la verdad, el camino de estar siempre en marcha hacia el Padre, y desde el Padre a los hombres; debe aprender este seguir a Jesús con la vida interior, con toda su existencia, y así debe aprender también otra forma de morir con y por Jesús, es decir, dejarse a sí mismo, salir de sí mismo, dejarse transformar por la verdad y la verdadera vida, y así renacer en Jesús. Debe aprender el seguimiento de Jesús, que es más que una obediencia para quien le sigue por los caminos del mundo: es una comunión interior con Jesús, es una identificación de mi corazón con el Corazón de Jesús, y en este sentido es un camino infinito, es un camino glorioso.

Tercera historia. Hemos oído en el Evangelio de hoy que Jesús ha resucitado, pero Tomás no lo ha visto. Y vuelve a aparecer de nuevo el realismo de Tomás: para él no basta con que otros le digan: «Ha resucitado y lo hemos visto», no quiere seguir impresiones, rumores, no quiere seguir solo una idea. Para él no es suficiente con que la Resurrección sea tal vez una visión interior, una idea de lo que debería suceder; quiere tocar, quiere un realismo fuerte, incluso materializado.

Es posible que nos asombremos, pero este realismo pertenece precisamente a la estructura de la fe cristiana. En su segunda carta, dice san Pedro: «Pues no nos fundábamos en fábulas fantasiosas cuando os dimos a conocer el poder y la venida de nuestro Señor Jesucristo, sino en que habíamos sido testigos oculares de su grandeza» (cf. 2 Pe 1,16). Y san Juan, en su primera carta, dice: «Y palparon nuestras manos acerca del Verbo de la vida» (cf. 1 Jn 1,1). «Palparon», eso es lo que quiere Tomás:

tocar el Verbo de la verdad, ver.

En realidad, Dios se ha hecho tangible, porque el Dios cristiano no es un Dios mitológico, cuyas historias pueden haber ocurrido siempre y nunca, sino un Dios que ha realizado una historia real en la materialidad de esta tierra, que se ha insertado en esta tierra. Hay una huella de Dios en la tierra, podemos ver los caminos por los que Jesús realmente anduvo, podemos ver el lugar donde nació, podemos ver el sepulcro, podemos ver también el Gólgota, el lugar de su crucifixión.

Dejó su huella en esta tierra, quería ser tangible: en este sentido, es justo que Tomás no quiera seguir solo rumores, sino también «tocar», es decir, tener una certeza real de que esta Resurrección es verdadera, de que este Jesús realmente ha resucitado y vive. Y así sucede: Jesús viene con las puertas cerradas y se pone en medio de ellos, y Tomás mete su mano en su Corazón abierto. Y aquí, toca y aprende una nueva dimensión, una segunda dimensión del tocar, del ver: toca la herida mortal, y esta persona, que debía estar muerta a causa de la herida mortal, vive.

Tomás toca la muerte de Jesús y así ve la vida de Jesús, y también ve que Jesús ha entrado a través de las puertas cerradas en el Cenáculo, que es un hombre y, sin embargo, es tangible en la verdad de su Resurrección. Toca a Jesús, toca su Corazón de carne, y toca más: toca con su corazón el Corazón de Jesús, y ve a Jesús, y ve más que al hombre: en este momento, al ver, al tocar al hombre, ve a Dios con los ojos de su corazón abierto. De rodillas, adora y nos regala una de las oraciones más bellas de la cristiandad, una confesión esencial de nuestra fe: «¡Señor mío y Dios mío!». Por consiguiente, hay aquí dos dimensiones del tocar: Tomás toca la huella material y toca con el corazón el verdadero Corazón de Jesús, y así ve más de lo que ven los ojos corporales.

Esta segunda especie del tocar es la esencia de la fe. A la luz del Evangelio que hemos oído hace poco en la liturgia, podemos comprender mejor también el Evangelio de aquella mujer que,

durante doce años, había sufrido pérdidas de sangre, había gastado toda su fortuna en médicos sin resultado y, cuando oyó hablar de Jesús, puso toda su esperanza en él (cf. Mc 5,25-34). Jesús se encamina a la casa de Jairo, está en contacto con la multitud, le tocan por todas partes, pero la mujer se acerca y toca a Jesús, le toca no solo con la mano como todos los demás, le toca interiormente con la confianza de su corazón.

Y Jesús dice, para gran sorpresa de los apóstoles: «¿Quién me ha tocado?». Ellos le responden: «Ves cómo te apretuja la gente». «No», dice Jesús. A continuación, ve a esta mujer y le dice: «Tu fe te ha salvado». Ella le había tocado con las manos, sí, pero además, le había tocado con el corazón, y así se curó. Este tocar con el corazón es la fe. Y este tocar, que es la fe, cura, es salvación. Lo mismo podemos observar también hoy: muchos tocan a Jesús, como los de la multitud, porque conocen las Escrituras, saben mucho de Jesús, pueden decir esto y aquello, han ido a Tierra Santa, lo saben todo; pero le tocan como la multitud, y no le tocan verdaderamente. Solo quien cree toca con el corazón y así es curado.

Pidamos al Señor que nos conceda tocarle exteriormente como Tomás, como los muchos que pueden tocar a Jesús en el Evangelio, pero sobre todo que aprendamos a tocarle con el corazón, porque de este modo nos cura, nos da la salvación.

Cuarta historia. La encontramos en el último capítulo del Evangelio de Juan: se trata de la pesca milagrosa (cf. Jn 21,1-13). San Juan nos cuenta que los discípulos que participaron en esta pesca eran siete: Pedro, Tomás, Natanael, los dos hermanos Juan y Santiago y otros dos sin nombre. Estos siete participan en la pesca maravillosa, con la captura de 153 peces grandes.

No cabe duda de que podemos y debemos ver en esta pesca regalada por el Resucitado una imagen de la misión de la Iglesia, de la labor de los pescadores de hombres, que sacan de las aguas saladas de este mundo los peces del Señor y los guían a la luz del Evangelio, a la luz de la verdad. Es una parábola de lo que

comienza después de la Resurrección: la gran pesca milagrosa es la construcción y el crecimiento de la Iglesia.

Tomás, después de Pedro, es mencionado como uno de estos siete, lo que significa que es uno de los que realmente llevaron el Evangelio hasta los confines de la tierra, uno de los grandes pescadores de hombres que construyeron la Iglesia universal. Una antiquísima tradición dice que santo Tomás llevó el Evangelio a la India, al gran subcontinente indio, donde es venerado como el apóstol que erigió allí la Cruz, el signo del Redentor. Oremos para que precisamente la India, el continente de santo Tomás, encuentre cada vez más la luz de Cristo, pueda tocar cada vez más real y profundamente a Jesús y así pueda decir: «¡Señor mío y Dios mío!». Amén.

CONFIGURARNOS CON LA CRUZ DE CRISTO

14 de septiembre de 2014, Capilla privada, Monasterio Mater Ecclesiae

Exaltación de la Santa Cruz

Lecturas: Núm 21,4b-9; Sal 77; Flp 2,6-11; Jn 3,13-17

Queridos amigos:

La fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz, que celebramos hoy, tiene su origen en un recuerdo histórico.

Como sabemos, santa Elena, madre del emperador Constantino, encontró a principios del siglo IV la Cruz de Cristo y erigió solemnemente una iglesia en el Monte Calvario. Desde ese momento, la Cruz se había convertido en la reliquia más preciosa del Imperio, expresión de todo el misterio cristiano, y erigida en el Monte Calvario decía: «Cristo ha vencido», era expresión de la victoria de Cristo. Todos los adversarios habían desaparecido, Cristo vencía, se había erigido su reino.

Ahora bien, al mismo tiempo, esta reliquia tenía asimismo un contenido espiritual, porque la Cruz es una victoria muy particular, no es una victoria con el poder y con la riqueza; al contrario, la Cruz es la vergüenza más profunda posible, la derrota más terrible. Por consiguiente, esta victoria de Cristo está siempre ligada a un amor que desciende hasta lo más hondo del ser humano, hasta la última humillación del siervo, de la que habla hoy la Carta a los Filipenses. Así, esta Cruz era también una medida decisiva, un criterio para el reino, para el Imperio como tal. ¿Qué es, pues, decisivo? Que no se puede vivir de la gloria terrena, de la riqueza, del poder militar, y que la medida última de todo seguía siendo siempre esta Cruz como fuente de la verdadera victoria: el amor de Cristo que se entrega.

En el siglo V comenzaron las guerras contra Persia, que amenazaba cada vez más al Imperio bizantino; en el 614, tras una gran derrota de Bizancio, la Cruz cayó en manos de los persas.

Esta pérdida exterior era claramente también una pérdida interior para el Imperio bizantino. El emperador se veía obligado a preguntarse: ¿qué ha pasado? La respuesta era evidente: hemos perdido, también interiormente, la Cruz de Cristo, la victoria de Cristo, la medida de nuestro ser. El emperador ordenó entonces un tiempo de gran penitencia y, finalmente, en el 628, los bizantinos vencieron a los persas y reconquistaron la Cruz de Cristo. Una victoria fundamental para ellos, expresión del hecho de que Cristo seguía siendo su verdadero emperador.

Se decidió, pues, llevar la Cruz en una procesión solemne con el emperador, con toda la corte, con todos los obispos, al Calvario, y el mismo emperador, adornado, vestido con toda su solemnidad, con oro y gemas, llevaba la Cruz. Cuenta la leyenda que, curiosamente, cuando llegaron a la puerta de Jerusalén, el emperador ya no podía moverse, no podía entrar por esa puerta, porque, por un hecho inexplicable, no le era posible realizar ningún movimiento. Entonces, el patriarca Zacarías, obispo de Jerusalén, iluminado, le habría dicho: «¿No comprendes que la Cruz de Cristo, con la que él se hizo nuestro siervo, en la que Jesús con su amor descendió hasta lo más profundo del esclavo, no puede ser llevada con oro y gemas? Por consiguiente, debes asimilarte a Cristo, que descendió en humildad por nosotros». El emperador se quitó las vestiduras reales, la púrpura y la belleza de las joyas, y continuó vestido como uno de los pobres de la calle, y solo así pudo llevar la Cruz hasta la altura del Calvario.

No sabemos si hay o no un núcleo histórico en esta leyenda. En cualquier caso, expresa una profunda verdad interior: la Cruz de Cristo solo puede estar presente de manera eficaz, como medio de salvación y de alegría, si nos configuramos con ella. La Cruz de Cristo exige conformidad con lo que indica. Solo si hay en nosotros humildad —este descender de Cristo, que cada día toma su cruz— nos configuraremos con Cristo mismo, con su humildad, con su amor; solo así podremos llevar la Cruz y con la Cruz obtener la victoria, la gran promesa de Dios.

Sabemos que este camino de la Cruz, el *Vía Crucis*, no pertenece al pasado, es una presencia permanente. Sobre todo la Carta a los Hebreos, pero también la Carta a los Filipenses y san Juan nos han explicado que el camino de la Cruz de Cristo no se limita a un momento histórico determinado ni a un determinado lugar histórico. La Carta a los Hebreos nos dice que el *Vía Crucis* de Cristo atraviesa todos los grados del cosmos y llega hasta el rostro del Padre (cf. Heb 4,14; 10,11-14.24; 12,2-3). Esta unidad de amor divino y de amor humano, en Cristo, abre de par en par las puertas entre Dios y el hombre, entre criatura y criatura, abre los cielos y Cristo lleva consigo su amor y también a nosotros, sus hijos amados, ante el rostro del Padre. Y en el amor de Cristo, que reconcilia a Dios y al mundo, está contenida toda llama de amor encendida por Cristo en la historia y todas son, al final, una sola llama de amor en Cristo.

Este hecho está presente de nuevo, en particular, en el sacramento de la Eucaristía, en la Santa Misa. La Santa Misa es el movimiento de Cristo, en el que todos estamos implicados en el paso de la tierra a Dios, en el camino por el que Cristo nos presenta a Dios y nos reconcilia, nos da su amor; ese camino en el que se realiza la palabra: «Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Unigénito, para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna». La Eucaristía es la realidad de la Cruz, es el ahora de la Cruz: en el movimiento de la Eucaristía estamos implicados en el movimiento de Cristo, que nos invita a configurarnos con su amor, con su humildad y, así, podremos encontrar realmente la alegría de los redimidos.

Pidamos al Señor que nos ayude a aceptar, a comprender interiormente el mensaje de la Cruz y a configurarnos a ella, y así celebrar realmente con todo el corazón, con todo nuestro ser, la Sagrada Eucaristía, que se convierte en fuerza de nuestra vida, redención y alegría. Amén.

EL AMOR DE DIOS LLEVA A LO ALTO

1 de noviembre de 2015, Capilla privada, Monasterio Mater
Ecclesiae

Solemnidad de Todos los Santos

Lecturas: Ap 7,2-4.9-14; Sal 23; 1 Jn 3,1-3; Mt 5,1-12

Queridos amigos:

La Iglesia nos propone hoy, en el día de los Santos, el Sermón de la Montaña, el núcleo de la predicación de Jesús, porque estamos convencidos de que los santos son la verdadera interpretación del Sermón de la Montaña, interpretación hecha no con palabras, sino con la vida: así se vive, así se llega a ser bienaventurados, este es el camino de la vida bienaventurada, ¡feliz! Por consiguiente, el tema de este día es precisamente cómo vivir como hombres, cómo aprender el arte de ser hombres.

El cardenal Wojtyla, antes de convertirse en el santo papa Juan Pablo II, predicó en 1975 los ejercicios espirituales a la Curia ³⁷ y contó cómo los rusos impusieron desde el principio en Polonia el marxismo como filosofía del Estado y también como comportamiento en la vida de cada uno. Para la Iglesia, era obvio que debía mostrar que esa no era la verdadera filosofía, sino que es la vida cristiana, la palabra de Jesús, la que nos indica el camino de la vida verdadera. En este previsible debate, los marxistas pensaban que la discusión se refería esencialmente a la ciencia natural, por lo que trataban de demostrar que la ciencia natural moderna excluye a Dios, excluye la hipótesis cristiana: el cristianismo no es científicamente aceptable hoy en día, es una religión del pasado, solo el marxismo es científico en la vida actual. Pero no era así, porque el verdadero problema no era la ciencia moderna, el verdadero problema era el modelo de vida humana, es decir, quién podía mostrar el mejor modelo de cómo vivir. Los marxistas decían: «Vuestro cristianismo es inaceptable, nosotros mostramos la verdadera vida moderna». Pero el cristianismo no fue vencido, porque esta fe marxista no es un modelo de cómo vivir, mientras que la fe cristiana sigue siendo hoy un modelo.

Entre paréntesis, desearía señalar aquí que incluso en el famoso diálogo entre el emperador Miguel Paleólogo y el musulmán, del

que hablé en Ratisbona ³⁸, tras las primeras frases, el emperador llegó a decir: «La cuestión esencial entre nosotros es quién muestra el mejor modelo de vida». Su interlocutor afirmaba: «Pero vuestra vida, vuestro modelo, es demasiado elevado, es idealismo, nadie puede realizarlo, no es una verdadera posibilidad de vivir; en cambio nosotros, con nuestro realismo, mostramos el camino». Y el cristiano respondía: «Sí, nuestro ideal es muy elevado, pero vosotros, con vuestro realismo, degradáis al hombre, lo arrastráis hacia abajo; nosotros, con la grandeza de nuestra fe, elevamos al hombre hacia su verdadera grandeza». Pero esto sea dicho entre paréntesis.

La pregunta también sigue siendo esta en nuestros días: ¿quién muestra cómo se puede vivir mejor? Muchos están convencidos de que el cristianismo no es aceptable: tiene demasiados mandamientos, demasiadas dificultades, y nosotros podemos vivir libremente incluso mejor. El éxodo del cristianismo al comienzo de la era moderna se basó precisamente en esta afirmación: el cristianismo es inaceptable, esclaviza al hombre, nosotros mostramos cómo vivir.

El resumen de la crítica moderna lo encuentro sobre todo en Nietzsche, que dijo: «Pero ¿qué ofrecéis vosotros?». La crítica al cristianismo no es tanto una crítica a los dogmas, sino a la moral cristiana, a la vida cristiana, que no sería aceptable: estáis encorvados, como aquel publicano que no se atrevía a levantar la cabeza; estáis sin sangre, sin fuerza; la religión de los cristianos es la religión de los que no han tenido éxito, de los que fueron incapaces de vivir y después se justificaron diciendo que su vida de humillación y fracaso era el mejor camino. ¡No! No queremos estos santos de yeso, queremos personas vitales, que viven la vida en toda su belleza; queremos vivir, tenerlo todo. Como dijo también Albert Camus: «El reino de Cristo no es de este mundo, pero yo digo: ¡nuestro reino es de este mundo!».

¿Qué responder? Podemos decir que todos estos críticos han fracasado, y que nosotros queremos más bien mostrar que

realmente la vida cristiana, el modelo de vida de Jesús, es el verdadero. No puedo entrar ahora en detalles, tomo solo una de estas bienaventuranzas: «Dichosos los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios». La pureza de corazón nace de la verdad, nace del valor y de la humildad de la verdad, que se atreve a permanecer fiel a la realidad incluso contra los poderes dominantes. Si pensamos en los tiempos de las dictaduras, los grandes no eran los que pisoteaban a los otros, los que tenían el poder, los grandes eran los que se atrevían a estar del lado de la verdad aunque fueran destruidos, pisoteados, despreciados: ellos eran los verdaderos testigos de la verdad, la apología del hombre; ellos tenían la verdadera vida a pesar de la derrota exterior, ellos abrieron la puerta al futuro. La humildad y el valor de la verdad son más verdaderos y más grandes que la fuerza de los violentos.

Y así podemos continuar: no los violentos, sino los pacíficos, los obreros de la paz; no los que usan la violencia, sino los mansos son la verdadera vida del hombre. Es cierto que los cristianos no son santos de yeso, porque precisamente con la vitalidad de la fe viven la verdadera vida, que puede ser dura, pero al final es vida verdadera. En otras palabras: ¡sí! Nuestro camino es un camino elevado, pero podemos decir que es elevado porque nos precede el amor de Dios.

Este es el punto esencial: el amor de Dios nos precede y nos inflama, nos lleva consigo y así también podemos soportar los tragos duros. Atravesando también las noches de la vida, llegamos a la verdadera luz, porque nos lleva el amor de Dios, que nos precede, nos acompaña y nos levanta siempre de nuevo, aunque hayamos caído; porque sabemos que este amor es indestructible, es la verdadera luz, la verdadera vitalidad del mundo.

En este día, pidamos, pues, al Señor que nos ayude siempre a estar en su camino y encontrar así la verdadera vida. ¡Amén!

PIEDRAS VIVAS DEL CUERPO DE CRISTO

9 de noviembre de 2014, Capilla privada, Monasterio Mater Ecclesiae

Dedicación de la Basílica de Letrán

Lecturas: Ez 47,1-2.8-9.12; Sal 45; 1 Cor 3,9c-11.16-17; Jn 2,13-22

Queridos amigos:

La Iglesia, en la liturgia del rito romano, celebra hoy la fiesta de la Dedicación de la Basílica de Letrán, que es la primera iglesia construida tras la paz con el Estado romano, por voluntad del emperador Constantino. Es, por tanto, una fiesta de alegría, de gratitud: Dios está con nosotros, Dios no nos ha visitado solo por un momento, sino que permanece con nosotros, habita con nosotros, es casi ciudadano de nuestras ciudades, y nosotros podemos visitarle, sentirle, porque él se entrega en nuestras manos.

Durante más de mil años, esta fiesta fue solo una fiesta de la ciudad de Roma, pero en 1565 se extendió a toda la Iglesia. Era la época del naciente protestantismo, de la división en la Iglesia, y esta fiesta decía, ayer como hoy: «También ahora hay una sola Iglesia en todas las Iglesias del mundo y Pedro, el apóstol, el obispo de Roma, es el garante de esta unidad». Es la fiesta de la Iglesia, la fiesta de Cristo, la fiesta de Dios, pero también la fiesta de nuestra unidad.

Los textos de la liturgia de hoy presentan la esencia de la Iglesia, sobre todo en el Evangelio, en comparación con el templo de Jerusalén. Por consiguiente, para comprender bien la indicación: «Esta es la Iglesia», debemos comprender previamente qué es el templo. El templo era único, expresión de la unicidad de Dios, y era esencial que solo pudiera haber un único templo, un lugar donde Dios habita con nosotros, donde se ejerce el culto prescrito en los libros de Moisés. Las sinagogas no son casa de Dios, sino casa de la comunidad, donde la comunidad se reúne

para celebrar, para escuchar la Palabra de Dios, pero no son casa de culto: el templo es, en cambio, la expresión viva de la unicidad de Dios, de la unicidad de Israel. Por eso, tres veces al año, los israelitas debían peregrinar a Jerusalén, y así Israel permanecía casi en procesión permanente hacia el templo, reconociéndose en la disponibilidad siempre renovada de esta peregrinación.

Pero, ahora, ¿qué es la Iglesia? Me parece importante sobre todo la Palabra del Señor que hemos escuchado en el Evangelio, donde dice: «Destruid este templo, y en tres días lo levantaré». «Destruid este templo»: ¡el templo fue destruido! Y el Señor lo levantó en tres días. El nuevo templo no es un edificio de piedra, sino que el templo es el Resucitado, él es el Viviente, que es la verdadera casa de Dios en el mundo, con la que nos atrae a su Cuerpo y así nos convertimos nosotros mismos en el templo de Dios, el lugar donde habita Dios. Hay una correspondencia con el templo de Israel, pero no con nuestras iglesias de piedra, la correspondencia es: ¡la Iglesia viva somos nosotros! Nosotros somos el templo vivo; la Iglesia misma es el Cuerpo del Resucitado, en el que habita aquel que es el Señor, el Dios con nosotros.

De aquí se derivan también algunas consecuencias: nosotros somos piedras —dice, por ejemplo, san Pedro— de la única Iglesia viva, del templo vivo del Señor: somos piedras y debemos ser insertados en este templo (cf. 1 Pe 2,4-5). Por consiguiente, «convertirse en Iglesia» significa que debemos dejarnos insertar en él y también dejarnos «reconstruir», por así decirlo, para ser realmente insertados en su templo. Por nuestra parte, para convertirnos en templo, debemos dejarnos formar por el Señor, dejarnos insertar en la unidad de su templo.

Sí, nosotros somos la Iglesia, es cierto. No somos solo un grupo determinado que se llama así, sino que somos Iglesia en cuanto entramos en la gran comunidad del Cuerpo de Cristo, un cuerpo vertical y horizontal, sincrónico y diacrónico, que vive entre el cielo y la tierra y en todos los tiempos. Precisamente al insertarnos en este gran «nosotros», saliendo de los límites de

nuestro cuerpo, estamos en la comunidad del Cuerpo de Cristo.

Este es, pues, el primer elemento esencial sobre el que debemos meditar en este día: la correspondencia con el templo destruido es el Cuerpo resucitado de Cristo, y todos los bautizados hemos sido insertados en este Cuerpo. En realidad, el templo estaba hecho para el culto divino, pero este culto del Antiguo Testamento solo tenía valor en cuanto que significaba el verdadero culto futuro. Y el verdadero culto a Dios es este gran acto de adoración, de amor, que es la Cruz y así, en la Cruz —que es el verdadero culto a Dios, como acto del amor extremo de Dios por nosotros y del hombre por Dios— se destruye lo que era provisional y solo simbólico, y la novedad es que en la Cruz de Cristo se realiza el verdadero culto a Dios.

Ahora queda la pregunta: ¿qué expresan, pues, los edificios, empezando por la Basílica de Letrán, que es la madre de todas las iglesias del mundo? ¿Son solo, como las sinagogas, lugares de la comunidad, de la asamblea, y no son casa de Dios? Sí, en cierto sentido son sobre todo lugares de reunión, pero la palabra «*ecclesiae* » (las iglesias) significa «los convocados» y los momentos de esta convocación, y ya así son más que un lugar de escucha; son expresión de esta convocación permanente en la que el Dios grande nos reúne en el Cuerpo de Cristo.

En el segundo milenio se desarrolló otra comprensión: se comprendió que Dios, que Cristo, el Señor, que transformó fundamentalmente el pan en su Cuerpo, sigue presente, está siempre presente. Y así, cuando entramos en la iglesia, el Señor crucificado y resucitado, la Eucaristía, está presente; por eso, al entrar en la iglesia, entramos en esta Eucaristía permanente del mundo, en este acto en el que se abre el cielo, y el cielo y la tierra se encuentran. Este entrar en la iglesia, donde se encuentra el sagrario, es entrar en la Eucaristía permanente, y así celebrar con el Señor el acto de amor, y dejarnos formar, renovar con este acto.

San Juan nos dice aún en su Evangelio otra palabra importante

sobre esta problemática. A la samaritana, que había preguntado: «¿El verdadero culto es el del monte Garizín o el del monte Sion?», el Señor le responde: «La verdadera adoración no es en un monte u otro, la verdadera adoración es en espíritu y en verdad» (cf. Jn 4,9-24). Esta es la gran renovación realizada en el momento de la Cruz: ya no cuentan los montes, este lugar o aquel, lo que cuenta es el nuevo lugar de adoración, que es Cristo vivo.

En este sentido, el cristianismo supone una transformación fundamental de la historia de la religión, y el momento de la crucifixión de Cristo, en el que cae el viejo templo, es el momento de esta transformación de toda la religión. No este o aquel monte, sino «en espíritu y en verdad»: esta es la verdadera religión, que adoramos a Dios en espíritu y en verdad. El momento de la Cruz es la renovación del Antiguo Testamento en el amor, y es realmente el momento decisivo de la historia de las religiones. Pero «espíritu y verdad» no expresa una abstracción, no dice: cada uno tiene su espíritu, su verdad. Ciertamente, el cristianismo supone una espiritualización, en cuanto que trascendemos todas las exterioridades, pero también es una nueva encarnación, una nueva corporeidad.

Jesús dice: «Yo soy la verdad» (Jn 14,6), y el Espíritu no es un espíritu cualquiera, sino el Espíritu de Cristo, del cual dice Pablo: «Somos un espíritu con él» (cf. 2 Cor 3,17-18). Adorar en espíritu y en verdad no significa algo, digamos, «iluminista», es decir, que cada uno siga su espíritu. No, nos dice que el Espíritu, la Verdad, son Persona y que al entrar en la liturgia con esta Persona, nos encontramos en el verdadero templo, en la verdadera adoración. El Espíritu y la verdad son sobre todo realidades interiores y, sin embargo, no son realidades abstractas, sino realidades concretas: el Espíritu se entrega en el Cuerpo de Cristo resucitado y la Verdad, la verdad de aquel que viene del Padre, ¡es la Verdad en Persona!

Por último, demos gracias al Señor por este don, por el que él mismo se ha convertido en el verdadero templo. Pidámosle que

nos ayude a ser cada vez más verdadera Iglesia, a estar reunidos con él. Pidámosle que, en este momento en el que se entrega en nuestras manos, renueve en nosotros la fe, la caridad, la esperanza, y haga crecer a la Iglesia y sea cada vez más Dios en todos. Amén.

MARÍA ESTÁ CERCA DE NOSOTROS PORQUE ES INMACULADA

8 de diciembre de 2013, Capilla privada, Monasterio Mater Ecclesiae

Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen María [39](#)

Lecturas: Gén 3,9-15.20; Sal 97; Ef 1,3-6.11-12; Lc 1,26-38

Queridos amigos:

La doctrina de la Iglesia, según la cual María fue preservada de toda mancha de pecado original, nos parece hoy en día por lo general algo alejado de nuestra vida. Parece que tiene poco que ver con nosotros, y se piensa que una vida sin pecado es una vida un poco aburrida, como la vida de una persona ansiosa, que no se ha atrevido a navegar con el barco de su vida en alta mar.

Se piensa que la grandeza del drama humano, de la vida humana, solo aparece en la experiencia de la culpa, porque donde falta la experiencia de la gracia del perdón falta una dimensión esencial; la verdadera grandeza del hombre no aparece si el hombre no ha caído también en la culpa y resucitado de ella. Solo así, parece madurar el hombre realmente en sí mismo, llegar a la plenitud de su vida.

En realidad, detrás de esta idea —que solo con la experiencia de los pecados llegamos a toda la grandeza de la aventura humana— se encuentra otra posición de gran importancia, una posición que Goethe formuló y puso en boca de su diablo Mefistófeles, que se presenta a sí mismo con estas palabras: «Yo soy parte de esa fuerza que siempre quiere el mal y siempre crea el bien» [40](#) . Esto significa que siempre hay una dialéctica entre el bien y el mal, y que al final incluso el mal es necesario y sirve para el bien; el mal no sería, por tanto, un mal absoluto, sino solo relativo, ya que en sí mismo parece malo, pero en la totalidad de la dialéctica del ser tiene una función insustituible, porque solo en esta dialéctica

nace la grandeza de la historia humana.

Esta posición lleva en sí misma una verdad: a saber, significa que hay palabras muy diferentes, carismas diferentes, incluso en tensión entre ellos, que hay diversidad y diferencia, y solo en la tensión de estos valores, y también en la riqueza de las diferencias, de las diversidades, crece la plenitud del ser. Pero una cosa es la diferencia, la diversidad, y otra cosa es la contrariedad. El verdadero mal no es la diferencia, la diversidad, sino la contrariedad, es el «¡no!» al bien y, por consiguiente, no construye, sino que destruye.

El odio nunca tiene razón y la mentira tampoco; existe el verdadero mal. Negar esto y relativizarlo todo destruye la verdad del ser, nuestra verdad. Hay un mal que no es diferencia, sino contrariedad, y destruye y no crea; y la aventura del bien no necesita este mal. Ciertamente, en la dialéctica de los valores crece la riqueza del drama, pero esta es destruida, gravemente dañada por la contrariedad del verdadero mal.

Actualmente estoy leyendo la vida de don Bosco, y veo la grandeza de la aventura de la vida en la santidad; su vida, dotada de una gran dimensión social, de amor, es una aventura que demuestra que el mundo del amor y la verdad es mucho más rico que el mundo del odio, del mal y de la mentira; y que realmente la aventura del bien es más grande, más bella que la aventura del mal, que no necesitamos el mal verdadero para llegar a la grandeza de nuestro ser humano.

¡Y así fue con María! ¡Veamos qué vida! ¡Qué aventura! Ser invitada a ser Madre del Hijo de Dios: ¡qué desafío! Y después el establo, el nacimiento de Jesús en Belén, la huida a Egipto, más tarde la vida cotidiana en la sencillez y en la profundidad; y después aún la vida pública de Jesús y María fuera de ella, luego la Cruz, la Resurrección, estar junto a los discípulos en el Cenáculo y el comienzo de la Iglesia... ¡Qué grandeza de vida! Porque la aventura con Dios es la verdadera, la que nos abre la vida verdadera en toda su grandeza.

Otra objeción, muy similar a la primera, es: María no ha pecado, por lo tanto no nos conoce realmente. La solidaridad en el pecado sería necesaria. Si no es solidaria en el pecado es otro tipo de persona, no nos ayuda. Solo quien conoce el pecado nos comprende también a nosotros, los pecadores. ¡Pero tampoco esto es cierto!

El pecado no conoce, el pecado no hace conocer; cuanto más peca uno, tanto menos sabe que es pecador. Precisamente el pecar nos ciega, no nos da conocimiento, sino que nos excluye del conocimiento; el pecado no se reconoce a sí mismo, sino que se esconde y nos oculta nuestra vida. Y, a propósito de solidaridad, el pecado en su esencia es precisamente la falta total de ella; lo vemos hoy en la primera lectura. Cuando Dios habla con Adán, este dice inmediatamente: «La mujer que pusiste a mi lado me dio el fruto y yo comí de él». La mujer respondió: «La serpiente me sedujo y comí». La esencia del pecado es la falta de solidaridad, porque solo el amor crea solidaridad.

Así pues, debemos decir que cuanto más cerca está el hombre de Dios, tanto más cerca está de los hombres. María puede estar cerca de todos nosotros solo porque está con Dios y participa de la apertura de Dios. Solo Dios está cerca de nosotros, más cerca de lo que nosotros estamos de nosotros mismos: solo quien está con Dios está verdaderamente cerca del otro. Ya en el siglo III en Egipto rezaban: «*Sub tuum praesidium confugimus, Sancta Dei Genitrix* — Bajo tu manto nos acogemos, Santa Madre de Dios». Precisamente este estar con Dios acerca a María totalmente a nosotros: cada uno de nosotros puede acceder inmediatamente a ella, todos estamos seguros de la solidaridad de la madre con los niños que sufren, que sufren por la culpa. Solo porque sabemos que no tiene sospechas, no tiene sombras de egoísmo, podemos dirigirnos a María con tanta confianza, sabiendo que, precisamente porque ella está con Dios y en Dios, nos comprende; precisamente porque está llena de amor nos ama, porque está llena de verdad nos ayuda a ser verdaderos también nosotros.

Así, vemos que precisamente esta «concepción inmaculada» acerca a María a cada uno de nosotros y nos ayuda a comprender la vida, a encontrar el coraje de la vida verdadera. Si pensamos que una vida sin pecado no es posible, María nos dice: «¡Ánimo, elige la vida!». Así lo dijo Dios a Israel, así lo repite María: «Elige la vida y elige a ti mismo, elige el amor, elige la verdad, elige a Dios» (cf. Dt 30,15-20).

Demos gracias a Dios por el don de la Virgen María, que él nos ha dado; esta gran mujer que ha ido cada vez más al fondo de la humanidad, desde la pequeña casa de Nazaret hasta el Cenáculo, hasta las catedrales góticas, hasta Guadalupe, hasta Lourdes, hasta Fátima, hasta todos nosotros.

Oremos: «Santa María, ayúdanos en la aventura de la vida, danos el valor de vivir el amor y la verdad y encontrar así realmente la vida, la aventura humana en toda su grandeza». Amén.

ÍNDICE SEGÚN EL CALENDARIO LITÚRGICO

TIEMPO DE ADVIENTO

I Domingo

(A) Adviento: la «llegada» de Cristo a nuestra historia y a la del mundo (1 de diciembre de 2013) **25**

(B) ¡Entra en nuestra historia, Señor! (30 de noviembre de 2014) **32**

(C) Cómo debemos vivir el Adviento (3 de diciembre de 2006) **36**

II Domingo

(B) Adviento: el desierto, el camino, la voz (7 de diciembre de 2014) **40**

III Domingo

(A) Una voz: «¡Alegraos! El Señor está cerca» (15 de diciembre de 2013) **45**

(B) Alegría, porque nos sabemos amados (14 de diciembre de 2014) **49**

IV Domingo

(A) San José: el justo que escucha y actúa (22 de diciembre de 2013) **52**

(B) El «sí» de María y el cumplimiento de la promesa (21 de diciembre de 2014) **58**

TIEMPO DE NAVIDAD

Bautismo del Señor

(A) El bautismo de Jesús, el Siervo de Yahvé, y nuestro bautismo

(12 de enero de 2014) **65**

TIEMPO DE CUARESMA

I Domingo

(A) ¿Qué debe hacer el Redentor del mundo? (9 de marzo de 2014) **73**

(C) Para cambiar el mundo hay que adorar a Dios (25 de febrero de 2007) **80**

II Domingo

(A) La luz de la Transfiguración (16 de marzo de 2014) **85**

(A) Escuchar para salir y ser bendición (12 de marzo de 2017) **90**

(C) La Transfiguración: escuchar a Jesús para aprender el camino (4 de marzo de 2007) **94**

(C) Entrar en la luz, convertirse en luz (21 de febrero de 2016) **99**

III Domingo

(A) La Samaritana y el pozo del agua viva (23 de marzo de 2014) **104**

(B) El Decálogo y el cumplimiento de la Ley (8 de marzo de 2015) **109**

(C) «Yo soy». El Dios que nos mira y al que podemos llamar (28 de febrero de 2016) **115**

IV Domingo

(A) Llegar a ser hijos de la luz en el bautismo (2 de marzo de 2008) **119**

(A) Vivir en la luz (30 de marzo de 2014) **124**

(A) El hombre vive cuando ve a Dios (26 de marzo de 2017) **130**

(C) El hermano mayor: de la amargura a la alegría (10 de marzo de 2013) **134**

(C) La alegría de estar en casa con el Padre (6 de marzo de 2016) **137**

V Domingo

(A) La vida eterna: sostenidos en la mano del Señor (2 de abril de 2017) **140**

(C) La conversión (17 de marzo de 2013) **143**

TRIDUO PASCUAL

Jueves Santo, Misa in Coena Domini - Comer la Pascua, deseo de encuentro de amor (28 de marzo de 2013) **151**

TIEMPO PASCUAL

II Domingo

(A) Pascua: nueva Creación, perdón y misión (30 de marzo de 2008) **157**

(C) El Resucitado y la nueva Creación (11 de abril de 2010) **162**

(C) La visión de Juan en el día del Señor (7 de abril de 2013) **168**

III Domingo

(A) Emaús: siempre es Viernes Santo y siempre es Pascua (4 de mayo de 2014) **172**

IV Domingo

(A) El Buen Pastor (11 de mayo de 2014) **177**

(A) El Pastor que guía y defiende de los lobos (26 de abril de 2015) **181**

(C) La multitud de los salvados (21 de abril de 2013) **185**

V Domingo

(A) Nuestro sacerdocio real (18 de mayo de 2014) **190**

(B) Permanecer en el amor del Señor, que lo sabe todo (3 de mayo de 2015) **196**

(C) Dar gracias, pedir, caminar en la alegría (28 de abril de 2013) **201**

VI Domingo

(A) La fe en el corazón y el testimonio en los labios (25 de mayo de 2014) **206**

(B) Dar fruto: el don del vino (10 de mayo de 2015) **212**

(C) La ciudad de Dios con los hombres (5 de mayo de 2013) **216**

VII Domingo

(B) La Iglesia en espera del Espíritu (17 de mayo de 2015) **221**

(C) «¡Ven, Señor!» (12 de mayo de 2013) **226**

Pentecostés

(A) El misterio del Espíritu Santo (8 de junio de 2014) **231**

(C) Pentecostés: comunión universal, amor que transforma, viento que purifica (27 de mayo de 2007) **236**

(C) Pentecostés: la fiesta de la catolicidad (19 de mayo de 2013) **240**

SOLEMNIDAD DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD

Santísima Trinidad

(A) Trinidad: alegría por el Dios cercano (15 de junio de 2014) **247**

(B) ¡Un Dios tan cercano! (7 de junio de 2009) **251**

(B) En el monte: promesa y mandato (31 de mayo de 2015) **254**

(C) «Por tu inmensa gloria [...] te damos gracias» (26 de mayo de 2013) **258**

OTRAS FIESTAS - MARÍA SANTÍSIMA - SANTOS

Presentación del Señor en el templo - Entregarse a Dios para iluminar el mundo (2 de febrero de 2014) **265**

San Benito - «Escucha, hijo». San Benito, maestro de sabiduría (21 de marzo de 2006) **271**

Santos Pedro y Pablo, apóstoles - La misión de Pedro y la ofrenda de Pablo (29 de junio de 2014) **277**

Santo Tomás, apóstol - La fe de Tomás: solo quien cree toca a Jesús con el corazón (3 de julio de 2009) **281**

Exaltación de la Santa Cruz - Configurarnos con la Cruz de Cristo (14 de septiembre de 2014) **286**

Solemnidad de Todos los Santos - El amor de Dios lleva a lo alto

(1 de noviembre de 2015) **290**

Dedicación de la Basílica de Letrán - Piedras vivas del Cuerpo de Cristo (9 de noviembre de 2014) **294**

Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen María – María está cerca de nosotros porque es Inmaculada (8 de diciembre de 2013) **299**

ÍNDICE CRONOLÓGICO

2006

21 de marzo San Benito 271

3 de diciembre I Domingo de Adviento (C) 36

2007

25 de febrero I Domingo de Cuaresma (C) 80

4 de marzo II Domingo de Cuaresma (C) 94

27 de mayo Domingo de Pentecostés (C) 236

2008

2 de marzo IV Domingo de Cuaresma (A) 119

30 de marzo II Domingo de Pascua (A) 157

2009

7 de junio Santísima Trinidad (B) 251

3 de julio Santo Tomás apóstol 281

2010

11 de abril II Domingo de Pascua (C) 162

2013

10 de marzo IV Domingo de Cuaresma (C) 134

17 de marzo V Domingo de Cuaresma (C) 143

28 de marzo Jueves Santo – Misa de la Cena del Señor 151

7 de abril II Domingo de Pascua (C) 168

21 de abril IV Domingo de Pascua (C) 185

28 de abril V Domingo de Pascua (C) 201

5 de mayo VI Domingo de Pascua (C) 216

12 de mayo VII Domingo de Pascua (C) 226

19 de mayo Domingo de Pentecostés (C) 240
26 de mayo Santísima Trinidad (C) 258
1 de diciembre I Domingo de Adviento (A) 25

8 de diciembre Inmaculada Concepción 299

15 de diciembre III Domingo de Adviento (A) 45
22 de diciembre IV Domingo de Adviento (A) 52

2014

12 de enero Bautismo del Señor (A) 65
2 de febrero Presentación del Señor en el templo 265
9 de marzo I Domingo de Cuaresma (A) 73
16 de marzo II Domingo de Cuaresma (A) 85
23 de marzo III Domingo de Cuaresma (A) 104
30 de marzo IV Domingo de Cuaresma (A) 124
4 de mayo III Domingo de Pascua (A) 172
11 de mayo IV Domingo de Pascua (A) 177
18 de mayo V Domingo de Pascua (A) 190
25 de mayo VI Domingo de Pascua (A) 206
8 de junio Domingo de Pentecostés (A) 231
15 de junio Santísima Trinidad (A) 247
29 de junio Santos Pedro y Pablo Apóstoles 277
14 de septiembre Exaltación de la Santa Cruz 286
9 de noviembre Dedicación de la Basílica de Letrán 294
30 de noviembre I Domingo de Adviento (B) 32
7 de diciembre II Domingo de Adviento (B) 40
14 de diciembre III Domingo de Adviento (B) 49
21 de diciembre IV Domingo de Adviento (B) 58

2015

8 de marzo III Domingo de Cuaresma (B) 109
26 de abril IV Domingo de Pascua (B) 181

3 de mayo V Domingo de Pascua (B) 196
10 de mayo VI Domingo de Pascua (B) 212
17 de mayo VII Domingo de Pascua (B) 221
31 de mayo Santísima Trinidad (B) 254
1 de noviembre Solemnidad de Todos los Santos 290

2016

21 de febrero II Domingo de Cuaresma (C) 99
28 de febrero III Domingo de Cuaresma (C) 115
6 de marzo IV Domingo de Cuaresma (C) 137

2017

12 de marzo II Domingo de Cuaresma (A) 90
26 de marzo IV Domingo de Cuaresma (A) 130
2 de abril V Domingo de Cuaresma (A) 140

ÍNDICE BÍBLICO

Antiguo Testamento

Gén 2,1-4 II Cuaresma (A) 12.3.2017

Gén 3,8-10 V Pascua (C) 28.4.2013

Gén 11,1-9 Pentecostés (A) 8.6.2014

Éx 3,1-8.13-15 III Cuaresma (C) 28.2.2016

Éx 20,1-17 III Cuaresma (B) 8.3.2015

Dt 4,6-8 Santísima Trinidad (A) 5.6.2014

Santísima Trinidad (B) 7.6.2009

Dt 4,32-34.39-40 Santísima Trinidad (B) 7.6.2009

2 Sam 7,1-6 IV Adviento (B) 21.12.2014

Sal 23 (22) IV Pascua (A) 11.5.2014

IV Pascua (B) 26.4.2015

Sal 25 (24) I Adviento (C) 3.12.2006

Sal 40 (39),7-9 Presentación del Señor en el templo 2.2.2014

Sal 45 (44) San Benito 21.3.2006

Prov 1,8 San Benito 21.3.2006

Is 2,1-5 I Adviento (A) 1.12.2013

Is 11,1-9 I Adviento (A) 1.12.2013

Is 35,1-10 III Adviento (A) 15.12.2013

Is 40,1-5.9-11 II Adviento (B) 7.12.2014

Is 42,1-4.6-7 Bautismo del Señor (A) 1 2.1.2014

Is 43,16-21 V Cuaresma (C) 17.3.2013

Is 63,16-19; 64,2-7 I Adviento (B) 30.11.2014

Nuevo Testamento

Mt 1,18-24 IV Adviento (A) 22.12.2013
Mt 3,13-17 Bautismo del Señor (A) 12.1.2014
Mt 4,1-11 I Cuaresma (A) 9.3.2014
Santísima Trinidad (B) 31.5.2015
Mt 5,1-12 Solemnidad de Todos los Santos 1.11.2015
Mt 5,17-19 III Cuaresma (B) 8.3.2015
Mt 11,2-11 III Adviento (A) 15.12.2013
Mt 16,13-19 Santos Pedro y Pablo Apóstoles 29.6.2014
Mt 16,13-28 I Cuaresma (A) 9.3.2014
Mt 17,1-9 II Cuaresma (A) 16.3.2014
II Cuaresma (A) 12.3.2017
Mt 23,37-44 I Adviento (A) 1.12.2013
Mt 28,16-20 Santísima Trinidad (B) 7.6.2009
Santísima Trinidad (B) 31.5.2015
Mc 1,1-8 II Adviento (B) 7.12.2014
Mc 10,46-52 IV Cuaresma (A) 26.3.2017
Lc 1,26-38 Inmaculada Concepción 8.12.2013
IV Adviento (B) 21.12.2014
Lc 2,22-40 Presentación del Señor en el templo 2.2.2014
Lc 4,1-13 I Cuaresma (C) 25.2.2007
Lc 9,28-36 II Cuaresma (C) 4.3.2007
II Cuaresma (C) 21.2.2016
Lc 15,1-3.11-32 IV Cuaresma (C) 10.3.2013
IV Cuaresma (C) 6.3.2016
Lc 22,14-15 Cena del Señor 28.3.2013
Lc 22,61-62 V Pascua (C) 28.4.2013
Lc 24,13-35 III Pascua (A) 4.5.2014
Jn 2,13-22 Dedicación de la Basílica Lateranense 9.11.2014
Jn 3,13-17 Exaltación de la Santa Cruz 14.9.2014
Jn 3,16-18 Santísima Trinidad (A) 15.6.2014
Jn 4,5-42 IV Pascua (C) 21.4.2013
III Cuaresma (A) 23.3.2014
Jn 4,19-24 Dedicación de la Basílica Lateranense 9.11.2014

Jn 6,26-51 I Cuaresma (C) 25.2.2007
 Jn 8,1-11 V Cuaresma (C) 17.3.2013
 IV Cuaresma (A) 30.3.2014
 IV Cuaresma (A) 26.3.2017
 Jn 10,1-10 IV Pascua (A) 11.5.2014
 Jn 10,11-18 IV Pascua (B) 26.4.2015
 Jn 10,27-30 IV Pascua (C) 21.4.2013
 Jn 11,1-16 Santo Tomás 3.7.2009
 Jn 11,17-27 V Cuaresma (A) 2.4.2017
 Jn 14,1-7 Santo Tomás 3.7.2009
 Jn 14,22 I Cuaresma (A) 9.3.2014
 Jn 15,1-8 V Pascua (B) 3.5.2015
 Jn 15,9-17 VI Pascua (B) 10.5.2015
 Jn 16,23-28 III Cuaresma (C) 28.2.2016
 Jn 17,20-26 San Benito 21.3.2006
 Jn 20,19-23 Pentecostés (A) 8.6.2014
 Jn 20,9-31 II Pascua (A) 30.3.2008
 Santo Tomás 3.7.2009
 II Pascua (C) 11.4.2010
 Jn 21,1-13 Santo Tomás 3.7.2009
 Jn 21,15-19 V Pascua (B) 3.5.2015
 Hch 1,12-26 VII Pascua (B) 17.5.2015
 Hch 2,1-11 Pentecostés (A) 8.6.2014
 Pentecostés (C) 27.5.2007
 Pentecostés (C) 19.5.2013
 Hch 9,26-31 V Pascua (B) 3.5.2015
 Hch 12,1-11 Santos Pedro y Pablo Apóstoles 29.6.2014
 Rom 8,14-17 Santísima Trinidad (B) 7.6.2009
 Rom 13,11-14 I Adviento (A) 1.12.2013
 1 Cor 3,9-11.16-17 Dedicación de la Basílica de Letrán 9.11.2014
 1 Cor 12,3-7.12-13 Pentecostés (A) 8.6.2014
 2 Cor 13,11-13 Santísima Trinidad (A) 15.6.2014
 Ef 5,8-14 IV Cuaresma (A) 2.3.2008
 IV Cuaresma (A) 30.3.2014

IV Cuaresma (A) 26.3.2017
 Flp 2,1-11 Exaltación de la Santa Cruz 14.9.2014
 Flp 3,8-14 V Cuaresma (C) 17.3.2013
 Flp 4,4-5 III Adviento (A) 15.12.2013
 III Adviento (B) 14.12.2014
 Col 3,15 V Pascua (C) 28.4.2013
 2 Tim 1,6 III Adviento (B) 14.12.2014
 2 Tim 1,8-10 II Cuaresma (A) 12.3.2017
 2 Tim 4,6-8.17-18 Santos Pedro y Pablo Apóstoles 29.6.2014
 Heb 4,14; 12,2-3 Exaltación de la Santa Cruz 14.9.2014
 Heb 11,24-26 II Cuaresma (A) 12.3.2017
 1 Pe 2,4-9 V Pascua (A) 18.5.2014
 Dedicación de la Basílica de Letrán 9.11.2014
 1 Pe 3,15-18 VI Pascua (A) 25.5.2014
 1 Jn 3,18-24 V Pascua (B) 3.5.2015
 1 Jn 4,7-10 VI Pascua (B) 10.5.2015
 1 Jn 4,11-16 VII Pascua (B) 17.5.2015
 Ap 1,9-20 II Pascua (C) 7.4.2013
 Ap 7,9.13-14 II Cuaresma (A) 16.3.2014
 Ap 7,9.14-17 IV Pascua (C) 21.4.2013
 Ap 21,10-14.22-23 VI Pascua (C) 5.5.2013
 Ap 22,12-20 VI Pascua (C) 12.5.2013

- ¹ Hemos seguido el mismo criterio en la traducción española (ndt).
- ² Cf. Bernardo de Claraval, *Sermón 5 sobre el Adviento*, 1-3 (hay edición de sus Obras Completas en la BAC).
- ³ Cf. Agustín de Hipona, *Carta* 199, 11. 41; *Exposición sobre el Salmo* 95, 14. [v. 13].
- ⁴ Cf. Bernardo de Claraval, *Sermón 5 sobre el Adviento*, *Opera omnia*, 4, 188-190 (existe edición española en la BAC).
- ⁵ Cf. Agustín de Hipona, *Comentario al Evangelio de Juan* 123, 5.
- ⁶ Los ornamentos son rosáceos y no morados como en el resto del Adviento.
- ⁷ Cf. Agustín de Hipona, *Carta* 167, 11; *Doctrina cristiana*, Libro II, 7, 10.
- ⁸ Hilario de Poitiers, *Tratados sobre los Salmos*, Salmo 127.
- ⁹ Cf. Bernardo de Claraval, *Homilías sobre Nuestra Señora*, Hom. 4, 8-9, *Opera omnia*, ed. Cisterc. 4, 1966, 53-54 (hay edición española en la BAC); citado en el Oficio de Lecturas del 20 de diciembre.
- ¹⁰ Aquí se hace referencia al hecho de que el Bautismo de Jesús tuvo lugar en las inmediaciones de la desembocadura del Jordán en el Mar Muerto, que es, en efecto, la depresión más profunda de la tierra, a más de 400 metros bajo el nivel del mar.
- ¹¹ Al traducir «los hombres de mi complacencia», Benedicto XVI pone de relieve que Lucas utiliza la misma palabra griega empleada en la voz del cielo con ocasión del Bautismo de Jesús: *eudokia*.
- ¹² Juan Crisóstomo, *Homilía 6 sobre la oración*.
- ¹³ El sacerdote albanés Ernest Simoni (nacido en 1928) había sido creado cardenal por el papa Francisco en noviembre de 2016, tras haber sufrido 18 años de trabajos forzados y otras persecuciones por parte del régimen comunista.
- ¹⁴ Probablemente hace referencia al Himno de la Hora Prima del Domingo: *Jam lucis orto sidere, Deum precemur supplices, ut in diurnis actibus, nos servet a nocentibus...*
- ¹⁵ El Evangelio del domingo anterior, primero de Cuaresma, era el de las tentaciones de Jesús, en el texto de Lucas, usado en el Año C.
- ¹⁶ Cf. Mt 1,21: «Le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados»; cf. Jn 5,16-17.
- ¹⁷ Cf. Agustín de Hipona, *Comentario al Evangelio de Juan*, 2, 16.
- ¹⁸ En vez de los ornamentos morados, característicos de la Cuaresma, se utilizan ornamentos rosados. El Introito comienza con la palabra «*Laetare*», es

decir, «Alegraos».

¹⁹ Ireneo de Lyon, *Adversus Haereses*, 4, 20, 5-7.

²⁰ Ambrosio, *Sobre la muerte de su hermano Sátiro*, Libro 2, 132-133.

²¹ Agustín de Hipona, *Confesiones*, libro VII, X, 16.

²² Cf. Gregorio Magno, *Homilías sobre los Evangelios*, Hom. 26, PL 76, 1201-2.

²³ El presidente de Vietnam, Nguyễn Minh Triết, visitó a Benedicto XVI en Roma el 12 de diciembre de 2009; el primer ministro, Nguyễn Tấn Dũng, el 25 de enero de 2007.

²⁴ La catedral de Split se encuentra en el antiguo mausoleo del emperador Diocleciano, en su palacio de la ciudad croata.

²⁵ El cardenal François-Xavier Nguyễn Văn Thuận (1928-2002), arzobispo de Saigón, estuvo encarcelado trece años. Diez años después de su liberación fue nombrado por Juan Pablo II presidente del Pontificio Consejo Justicia y Paz en Roma. En 2017 fue declarado venerable por el papa Francisco.

²⁶ Ireneo de Lyon, *Adversus Haereses*, op. cit., IV, 20, 7.

²⁷ Tradicionalmente, el cuarto domingo de Pascua, domingo del «Buen Pastor», el papa preside en San Pedro la ordenación de nuevos sacerdotes.

²⁸ Véase la nota 27.

²⁹ Cf. Agustín de Hipona, *Sermón* 400, 10, 12.

³⁰ Cf. Agustín de Hipona, *El don de la perseverancia. A Próspero e Hilario*, PL 45.

³¹ Viaje apostólico de Benedicto XVI a Brasil, visita a la «Fazenda da Esperança», Guaratinguetá, 12 de mayo de 2007.

³² Las historias de David se narran en los Libros de Samuel (1 y 2), que en la Vulgata latina se denominan Libros de los Reyes (1 y 2).

³³ Cf. Agustín de Hipona, *Tratados sobre el Evangelio de san Juan*, 32, 8, 8.

³⁴ Benedicto XVI se refiere a los testimonios en la Vigilia de Pentecostés, celebrada en la Plaza de San Pedro con el papa Francisco.

³⁵ Juan Crisóstomo, *Homilía 33, 1 sobre el Evangelio de Mateo*, PG 57, 389-390.

³⁶ Tradicionalmente, en la solemnidad de los santos Pedro y Pablo, el papa entrega el palio a los nuevos arzobispos metropolitanos nombrados durante el último año.

³⁷ Las meditaciones del entonces cardenal Karol Wojtyła están recopiladas en su libro *Signo de contradicción*, Cristiandad, Madrid 2013⁵.

³⁸ Se hace referencia al famoso discurso de Benedicto XVI en la Universidad

de Ratisbona, el 12 de septiembre de 2006, en torno al cual se desarrolló un acalorado debate.

³⁹ En 2013, la Inmaculada Concepción cayó en domingo y, por lo tanto, sustituyó al segundo domingo de Adviento.

⁴⁰ J.W. von Goethe, *Faust* , Parte I, Studio, W 1336-7 (existen numerosas traducciones al español en Cátedra, Alianza, Planeta, etc.).